



MONTEVIDEO DE LA CRUZ

ANT

XIX

800

ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS

ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS

ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS

ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS
ESTADO DE LA UNIÓN DE PROYECTOS

Ex libris
M. de la Borde



PORTENTO DE LA GRACIA

Vida admirable y heroicas virtudes

DEL SERAFIN EN EL AMOR DIVINO,

ESCLARECIDO CON EL DON DE PROFECIAS

EL VENERABLE SIERVO DE DIOS

Fr. Francisco Gamacho,

del sagrado hospitalario Orden de nuestro Padre San Juan de Dios, natural de la ciudad de Itores de la Frontera en el Reino de Andalucía.

DEDICADA

Por el Rmo. P. Fr. Juan de Dios Salas,

Ex-Comisario general por S. M. de las provincias del Perú, Chile, Buenos Aires y Santafé de Bogotá, en el nuevo Reino de Granada,

A nuestro Excmo. y Rmo. P. Fr. José Vbueno,

General de la Religion de N. P. S. Juan de Dios en estos Reinos de España, Indias, Asia y Portugal; Grande de España de primera clase, Socio de varias Reales Academias científicas, etc., etc.

ESCRITA EN LIMA EL AÑO DE 1778

Por el D. Fr. Domingo de Soria,

Fundador del hospital de la ciudad de Guayaquil, y ex-Prior de los Conventos Hospitalares de Coquimbo, Guanuco y Baldivia, Cirujano en dicha plaza y de las Haciendas de S. M., actual Consiliario mayor y Procurador in curia de la Beatificacion y Canonizacion de este venerable Siervo de Dios.



MADRID:

Ymprenta de D. Comas Jordan, 1833.

PORTINHO DE LA GRACIA
DEL REY EN EL AÑO DE 1778
ESCLARECIDO CON EL DON DE PROFECIA

En este libro observa el que admirable
Es del nuevo Abrahan blason glorioso,
Camacho celestial, que incomparable
Lo austero hará enlazar con lo piadoso;
Hospitalario siempre infatigable,
Mendigo liberal tan prodigioso,
Que cuando el ruego y el socorro espide,
Al que mas llega á dar es á quien pide.

Ex libris
M. de la Barquilla

EXHIBITA EN LIMA EL AÑO DE 1778

MADRID:

Imprenta de D. Juan de la Cruz, 1778.

A NTRO. EXCMO. Y RMO. P. DR. FR. JOSÉ BUENO;
GENERAL DE LA RELIGION DE NUESTRO PADRE S. JUAN
DE DIOS EN LOS REINOS DE ESPAÑA, INDIAS, ASIA Y POR-
TUGAL; GRANDE DE ESPAÑA DE PRIMERA CLASE, Y SOCIO
DE VARIAS REALES ACADEMIAS CIENTIFICAS, &c. &c.

EXCMO. Y RMO. P. N. GENERAL.

*Al presentar á V. E. Rma. la vida admirable del Sier-
vo de Dios venerable P. Fr. FRANCISCO CAMACHO, del sa-
grado Orden Hospitalario de N. P. S. Juan de Dios, escri-
ta por el P. Fr. Domingo de Soria, fundador del Hospital
de la ciudad de Guayaquil, ex-Prior de las casas hospi-
tales de Coquimbo, Guanuco y Baldivia, Cirujano en di-
cha Plaza y de la Hacienda de S. M., Consiliario mayor
y Procurador in curia de la Beatificacion y Canonizacion
de este siervo de Dios; temeria distraer la atencion de V. E.
Rma. en los graves negocios que le rodean, sino estuviese
convencido de que el paternal desvelo de V. E. Rma. abraza*

cuanto puede conducir al mayor lustre de la Religión Hospitalaria que tan dignamente gobierna, y á la edificacion y mayor provecho de todos sus individuos.

Una feliz casualidad y docilidad de su autor puso en mis manos este compendio de Las Heróicas virtudes del Serafin en el amor Divino Venerable P. Fr. Francisco Camacho, cuando recorrí las provincias del Perú, Chile, Buenos-Aires y Santafé de Bogotá en el nuevo Reino de Granada, siendo Comisario General en ella. La causa de este esclarecido varon se hallaba próxima á su conclusion en la Romana curia, segun decreto de su Santidad, fecha 10 de marzo de 1787: era, pues, llegado el tiempo de que se imprimiese su vida para la edificacion é imitacion de sus virtudes; pero esta gloria estaba sin duda reservada á V. E. Rma. Su autor me aseguró, como con espíritu profético, que desde el año de 1778 en que la escribió y presentó á mi antecesor el Rmo. P. Visitador y Reformador general de aquella Santa provincia, Fr. José Colomina, hasta el de 1804, en que me hizo su entrega, no obstante á su ardiente deseo en este punto, y diligencias que habia practicado para su impresion, sin haberle arredrado la avanzada edad de noventa y dos años en que se hallaba, solo habia podido conseguir que el dicho Rmo. P. Colomina la hubiese pasado á la censura de los Rmos. PP. maestros Fr. Mariano Yañez y Fr. Francisco Ponce de Leon, y preveo, me añadió, que V. Rma. tendrá que procurar un Mecenas mas afortunado: me dió á entender en esto, Excmo. y Rmo. Sr., que mis fuerzas no serian bastantes para allanar todos los obstáculos, y así se ha verificado: desde que vine á España no he dejado de procurar por cuantos medios son permitidos á la prudencia cristiana, la impresion de una vida tan edificante, mas todos han sido inútiles; quise mas de una vez hacer dueños de este tesoro á los últimos generales an-

tecesores de V. E. Rma., pero un interior presentimiento me anunciaba que V. E. Rma. era el que la divina Providencia señalaba con su dedo infalible para esta empresa que tanto honor ha de dar á nuestra sagrada Religion. Apenas V. E. Rma. fue elevado al Generalato; desplegó su celo animado de los mas ardientes deseos, en honor de este héroe de la caridad, haciendo que el Procurador general en Roma promueva la causa de su Beatificacion; el siervo de Dios quiere sin duda que V. E. Rma. tenga tambien el lauro de dar á luz sus virtudes y milagros.

Admita, pues, V. E. Rma. este obsequio emanado del filial y reverente amor con que deseo complacerle y coadyuvar á sus justos deseos. La impresion de la vida del venerable P. CAMACHO aumentará el número de obras grandes que V. E. Rma. ha ejecutado en comun provecho de la Religion, y nuestros amos los pobres, en el corto tiempo que lleva de gobierno; influyendo cual Astro lumínar con sus benignos rayos, alentando á todos sus súbditos al mejor cumplimiento del Santo Instituto que profesamos; granjeándose el agradecimiento y veneracion respetuosa de cuantos tienen la dicha de obedecerle. Mi intento no es hacer los justos elogios de las prendas que adornan á V. E. Rma. y de los méritos y virtudes que le distinguen, empero no puedo contener las dulces emociones de mi corazon sensible, que se complace en pagar, del modo que puede, el tributo del agradecimiento.

Justo es que V. E. Rma. tenga en sus generosas manos la vida del V. P. CAMACHO, cuyas virtudes se ha propuesto imitar, é inculcar en todos sus súbditos; no está adornada con las flores de la elocuencia humana, está desnuda de las frases y tropos de la Retórica, pero brilla en todas sus páginas el carácter y hermosura de la verdad y buena fé; de esas virtudes que tanto ama V. E. Rma., y que deben adornar á los hijos del Patriarca de los pobres; el autor de la vida del

V. P. CAMACHO, de cuya mano la recibí, estaba reputado por una fiel copia del siervo de Dios; parece que habia estudiado su candor y todas sus virtudes, que tanta estimacion y concepto le adquirieron.

V. E. Rma., justo apreciador del mérito Religioso y Literario, la recibirá por esto con mas subido aprecio; la gratitud del V. P. CAMACHO solicitará de la Magestad Divina conceda á V. E. Rma. una muy dilatada y próspera salud, para el bien y aumento de N. Sagrada Religion: asi lo pide por la intercesion del siervo de Dios, el mas humilde súbdito de V. E. Rma. Málaga 2 de junio de 1832.

Exemo. y Rmo. P. Ntro. General,

V. L. M. de V. E. Rma.

Su mas humilde hijo y obediente súbdito

Fr. Juan de Dios Salas.

CENSURAS.

Rmo. P. Comisario general Fr. José Colomina:

Muy señor mio y de mi mayor aprecio: devuelvo á V. Rma. el libro de la portentosa vida del siervo de Dios, V. P. Fr. Francisco Camacho, que se sirvió remitirme, para que lo leyese sin duda, porque habiendo percibido el ardor de mi corazon y voluntad á este prodigioso varon, quiso encender mas mi afecto y devocion, poniéndome á la vista sus virtudes y milagros: la relacion que el R. P. Fr. Domingo Soria hace de ellos, ofrece un objeto hermoso, adornado con amenidad de erudicion, y con viveza de afecto tan valiente, que parece se miran las acciones, y que están pendientes los ojos de los sucesos: ella es un monumento que inmortalizará el nombre del P. Soria; manifiesta el amor que tiene á su Religion; el respeto con que venera al venerable siervo de Dios, y la utilidad que desea al público, descubriendo sus virtudes, para que las imiten; por todo lo cual, y no conteniendo la menor sombra que pueda empañar la verdadera luz de la fé, ni hallando en él cosa que perjudique las buenas costumbres y regalías de nuestro Soberano, puede V. Rma., si gusta, conceder su superior licencia para que vean la luz pública los prodigios que Dios obró en su siervo el V. P. Fr. Francisco Camacho. = Convento de Jesus de Lima á 5 de junio de 1778.

RMO. P.,

B. L. M. á V. Rma. su atento servidor y Capellan,

Fr. Mariano Yañez.

Censura del R. P. Fr. Francisco Ponce de Leon, Dr. Teólogo en la Real Universidad de S. Márcos, Calificador y Consultor del santo Oficio, Examinador sinodal de este Arzobispado, ex-Difinidor de Provincia, Comendador del convento Recoleta de nuestra Señora de Belen de esta Capital, Regente de estudios muchas veces, y actual del régio y militar orden de nuestra Señora de la Merced.

Es escritura bien sabida que en sus santos es admirable Dios: tambien está escrito que en claridad se esceden unas á otras las estrellas; metáfora con que esplicó S. Pablo que entre los santos háy tambien su mas y su menos; luego Dios no es igualmente admirable en todos. Asi vemos en la portentosa *vida del V. P. Fr. Francisco Camacho*, la que ofrece mas á la admiracion que á la lectura, por no haber en toda ella suceso en que no repase prodigios el asombro, que es ástro de magnitud primera en la esfera de la gracia, la Omnipotencia y poder de Dios, y cuanto resplandeció en este su siervo.

Iba á llamarle Santo, siguiendo el general grito con que le aclamaron muchos aun én vida. ¡A tal llegaba su ejemplo, que introducido por los ojos, cuando llegaba al corazon se trasformaba en culto! Pero no es razon me adelante al juicio de nuestra santa madre Iglesia, de la cual penden nuestros deseos, tan vehementes, que su dilacion solo produce el que nuestras ansias ahoguen entre fatales congojas la vida. *Spequæ difertur affligit animam.*

Mucho tenemos que agradecer al R. P. Fr. Domingo de Soria, Procurador en esta curia de la beatificacion y canonizacion del venerable, por el ahinco con que solicita dar á pública luz su vida y virtudes: el que la leyere conocerá el

enorme trabajo que ha tenido para reunir las esquisitas noticias con que recrea la curiosidad, y habian ya raído el tiempo, teniéndolas casi perdidas de vista la memoria: en ella las afianza con antiguos y seguros monumentos, que no pudo hallar sin mucho é imponderable trabajo. Mas este no le considero en el paralelo que hace de la vida de su héroe, con la de aquel atlante de la gracia que sostuvo en sus hombros á todo el cielo, el Patriarca y P. adorado mio S. Juan de Dios: en esto no le confesaré al autor trabajo alguno, porque el V. Camacho arregló sus acciones tan puntualmente á esta pauta, que ni en un ápice se separó de sus líneas; pero el registro de tantos antiguos documentos; la armonía y buen arte que manifiesta la obra; el lleno y hermoso estilo con que habla, instruyendo y deleitando á un mismo tiempo, y la razon con que lo dice, encendiendo la voluntad con el eficaz ejemplo que propone, estan diciendo es un trabajo incomparable, propio de la disposicion y facilidad que tiene para todo, pues en medio de las graves atenciones en que le ha puesto su religion de Procurador de la causa, que con tan pronto espediente ha seguido en esta curia sobre la informacion de virtudes *in specie* de nuestro venerable y de otros negocios de no menor importancia, se dedicó á escribir esta vida con tanta prolijidad, como si este fuese el único cuidado de la suya. Esto ha escitado mucho nuestra gratitud por tanto como se interesa el espíritu en la leccion de vida tan portentosa; mas cuando faltara caudal para remunerar sus desvelos, poniéndonos en la precision de declararnos quebrados en la deuda, será si á sus diligencias debemos lo que con ansia esperamos, y es ver en los altares, con pública veneracion, al que ya de antemano lo tenemos en nuestros corazones. ¡Dichoso dia! ¡Quién gozará de su luz, deseada con tanto anhelo por todos los de este reino! ¡Quién? Nosotros; así lo espero de Dios principalmente, pues aun en este

mundo ha de querer honrar á su fiel siervo , aunque le cueste ceñirse, y repetir los pasos que dió quando le recibió en su augusta corte. *Præcinget se et transiens ministravit illis.* Mas esto firmemente no lo creo hasta que la iglesia lo declare; pero de fé para abajo estoy tan tenaz en este ascenso, que no será suficiente á separarme de él toda la persuasion del abismo. Mucho dió que hacer á este nuestro venerable. ¿Cuántas almas libró de sus agudos dientes? El que leyere su portentosa vida lo sabrá, y conocerá lo que debemos á su autor, quien en medio de sus vastos cuidados se afanó en escribirla, y ahora se empeña en estamparla. ¿Y por qué? ¿por el deseo de nuestro provecho! Hijo verdadero de aquel padre que por librar de la esclavitud del infierno á muchas almas, cargó sobre sí las penas en tan crecido número de azotes, que absorto el escándalo no pudo dar paso adelante, quedando convertido en ejemplo. ¿Caro te costó, adorado padre mio Juan de Dios! ¿Pero cuándo costó poco lo que vale mucho? Nada vale tanto como un alma, y por ella echó Dios sobre sus hombros una sola oveja, dejando en el desierto tantas, porque aquella perdida valia en su estimacion tanto mas, que las noventa y nueve seguras.

No tuvo otro fin el reverendo padre autor en darnos escrita la vida del venerable Camacho, que alentar nuestra tibieza con el activo fuego de tan abrasado ejemplo, en quien no fue menos el empeño de convertir las almas, considerando que el deshaogo mas desenfrenado pararia su precipitado curso al ver en el venerable con la facilidad que el mas perverso puede, si le llama con eficacia Dios, quedar repentinamente mudado en justo.

Este fue el alto designio de Dios en la conversion milagrosa de su perseguidor Saulo, segun dictámen de la superior luz de la iglesia mi padre S. Agustin, á fin de que viese el mundo, que el mismo que en la mañana de la juventud

fue lobo, que cual desaforado se encarnizaba en la presa, á la tarde del desengaño, despues que le alumbró el sol con todo el golpe de sus luces, pródigo dividia lo que avariento robaba. ¿Y quién, viendo mutacion tan prodigiosa, en que visiblemente se manifiesta el poder del Escelso, no se alentará á olvidar los desenfrenos de una juventud perdida, cuando mas briosa y lozana, y entrará con mejor luz en la tarde del conocimiento y madurez? Igual prodigio á la conversion milagrosa de Saulo repitió Dios en el venerable Camacho: era soldado animoso y arrojado; militaba mas bajo las banderas del mundo, que del español Monarca, porque olvidado del cielo, corria desbocado al abismo mas repentinamente. ¡Qué prodigio! Deja el uniforme con que viste á los suyos ese engañoso tirano, y se alista bajo el glorioso estandarte de aquel Monarca, que solo es con verdad Soberano. ¿Quién causó una mutacion tan instantánea? Esta es obra de aquella diestra, á cuyo soberano esfuerzo no hay resistencia, aun la mas obstinada. ¿Y tan eficaz ejemplo no podrá mover la rebeldía mas porfiada á dejar la milicia del mundo, que solo conquista almas para aumentar sus atezadas huestes al triste y oscuro reino del espanto? Pues esto es lo que movió al autor á escribir la portentosa vida de nuestro venerable, presentando á la imitacion un ejemplo que aliente la esperanza del pecador mas empedernido, á ser otro Camacho, si como él corresponde á los golpes, que cual en su corazon, dá tambien en los nuestros aquella misma soberana diestra.

No me es posible desentenderme de la crecida deuda en que me ha puesto el Rmo. P. Fr. José Colomina, reformador y visitador general de esta ejemplar provincia, remitiendo á mi censura esta bien cortada obra, pues no me da motivos para obedecer, y sí muchos para agradecerle me haya proporcionado la ocasion de leer en cuerpo de oratoria los prodigios que obró el soberano poder con varon tan portentoso,

que ni la admiracion basta á alcanzarle de vista, porque tanto se elevó en la esfera de la gracia, que se le pierde al asombro: solo una cosa me deja que sentir la orden de su reverendísima, y es haberme visto precisado á poner en dura prensa la no afectada modestia del R. P. Fr. Domingo, pues no siéndole grato los elogios y aplausos, me ha sido indispensable tributárselos, aunque haya puesto en amargo desabrimiento su amistad, pues no por esto habia de faltar al testimonio de mi conciencia, omitiendo manifestar lo acreedor que es á toda alabanza; y así, revistiéndome con el caracter de rígido censor, digo que la historia de la vida del V. P. Fr. Francisco Camacho, glorioso esplendor de la sagrada orden de la caridad, y honor inmortal de esta santa provincia, escrita por el R. P. Fr. Domingo de Soria, no contiene la menor sombra que pueda empañar la luz pura é incontaminada de la fé, no encubre riesgo en que se tema el mas leve tropiezo en las costumbres, ni la mas pequeña ofensa á las regalías del Soberano, por lo que puede V. Rma., si es de su superior agrado, dar la licencia que se solicita para que vea la luz tan recomendable y útil obra. = Convento de nuestra Señora de la Merced, 23 de setiembre de 1778.

Fr. Francisco Ponce de Leon.

Nos *Fr. José Bueno, Grande de España de primera clase*
Socio de varias reales Academias científicas, y General
de la Religion de N. P. S. Juan de Dios en estos Reinos
de España, Indias, Africa y Portugal; por elección, ca-
nónica, confirmación apostólica, etc., etc.

Decimos que habiéndosenos dirigido por el Rmo. P. Fr. Juan de Dios Salas la portentosa vida del V. P. Fr. Francisco Camacho, hijo de la provincia del Arcangel S. Rafael, y convento hospital del Sr. S. Diego de la ciudad de los Reyes del Perú, escrita por el R. P. Fr. Domingo Soria, procurador *in curia* por la religion para las diligencias de beatificación y canonización del venerable siervo de Dios, quien las sacó de los procesos originales, ya aprobados por la sagrada congregacion de Ritos, habiéndola examinado y visto las censuras puestas por los Rmos. PP. Fr. Mariano Yañez y Fr. Juan Ponce de Leon, á solicitud del Rmo. P. Visitador de aquella santa provincia Fr. José Colomina, adhiriéndonos á sus dictámenes, y deseosos de que los fieles admiren en el Señor las virtudes que obró en su siervo, para que con santa emulacion las imiten, determinamos su impresion, con acuerdo de N. R. Difinitorio, en el celebrado el día 10 de setiembre de 1833, quien para el efecto, y el de impetrar la superior licencia del Consejo, comisionó al R. P. Difinidor Procurador general Fr. Antonio Albors, el cual, habiendo presentado á dicho supremo Tribunal el original, lo pasó al señor Vicario de esta H. V., Dr. D. Francisco Ramirez y Arados, para su examen y aprobacion; y habiéndola obtenido, se comunicó por el señor secretario mas antiguo y de gobierno del referido Consejo, con fecha 22 de setiembre de 1833, la

oportuna licencia para verificarlo. En su vista, y con sujecion á quanto en ella se previene, y decreto del santo Concilio de Trento, se procederá á la impresion acordada por Nos y Reverendo Difinitorio, distribuyendo ejemplares á cada uno de los conventos de la orden, para que los religiosos, tomando conocimiento de las virtudes en que floreció el siervo de Dios, se emulen á su imitacion. = Dado en este convento hospital de nuestra Señora del Amor de Dios y V. P. Anton Martin, orden de N. P. S. Juan de Dios, de la M. H. V. y corte de Madrid, á 20 de octubre de 1833.

Fr. José Bueno.

Por mandado de Ntro. Excmo. y Rmo. P. General,

Fr. Antonio Pineda,

Secretario general interino.

PROTESTA DEL AUTOR.

Si en el contenido de esta obra uso de las dicciones de santidad, revelaciones, visiones, apariciones, milagros etc. obrados por la intercesion de este ilustre varon, segun aparece de los procesos originales, es por tenerlos aprobados la sagrada congregacion de Ritos; pero protesto, no intento prevenir el juicio y determinacion de la Santa Iglesia y Sede Apostólica, en las diligencias que se continúan practicando para su beatificacion y canonizacion, ni de aumentarle culto alguno, pues deseo guardar íntegro el decreto apostólico de la sagrada congregacion de Ritos, dado en el año de 1625, y confirmado por la santidad de Urbano VIII en 1634.

Esta sagrada máxima pretendo observar en este libro poniendo a la vista de los que lo leyeren la piamosa vida del V. P. Fr. Francisco Camacho, religioso profeso de mi sagrado y venerable orden hospitalario del nuevo Abasco de la ley de gracia, mi amigo Fr. Fr. Juan de Dios, a quien sirvió los paños de su admirable vida, con portentosos milagros como consta de los procesos informativos de esta Lima, en que ya aprobados por la sagrada congregacion de Ritos.

Ello conmueve la dificultad que hay en escribir las vidas milagrosas de los santos, y su utilidad, y por ello experimento el mismo temor que tenía en otro tiempo el celebre Tro-

PROTESTA DEL AUTOR.

Quien el contenido de esta obra uso de las dicciones de san-
tidad, revelaciones, visiones, apariciones, milagros etc. obra-
dos por la intercesion de este illustre varon, segun aparece
de los procesos originales, es por tenerlos aprobados la sa-
grada congregacion de Ritos; pero protesto, no intento pre-
venir el juicio y determinacion de la Santa Iglesia y Sede
Apostolica, en las diligencias que se continuan practicando
para su beatificacion y canonizacion, ni de aumentarle culto
alguno, pues deseo guardar integro el decreto apostolico de
la sagrada congregacion de Ritos, dado en el año de 1625, y
confirmado por la santidad de Urbano VIII en 1634.

PRÓLOGO.

Son las historias los mas poderosos ejemplares para mover los ánimos de las criaturas á su gloriosa imitacion. En ellas ven grabadas las heroicas acciones de sus antepasados, y mudamente, aunque con admirable elocuencia, les hablan á sus corazones, para que sigan la misma conducta, y lleguen á coronarse de gloriosos triunfos. A este fin usaron los antiguos el grabar ó imprimir, ya en láminas de bronce, bien en tapices ó lienzo, los mas famosos hechos de aquellos héroes, que con su incomparable valor consiguieron admirables conquistas para infundir de este modo valor y espíritu á los que viesan con atencion dichas empresas. Con el propio intento, y por especial providencia del Altísimo se han escrito las vidas portentosas de los santos, y aun se mandaban leer antiguamente en presencia de los cristianos, para que se esforzasen á imitarlos, padeciendo martirios, y dar la vida por la fé de Jesucristo.

Esta sagrada máxima pretendo observar en este libro, poniendo á la vista de los que lo leyesen la pasmosa vida del V. P. Fr. Francisco Camacho, religioso profeso de mi sagrado y caritativo orden hospitalario del nuevo Abrahán de la ley de gracia, mi amado P. S. Juan de Dios, á quien siguió los pasos de su admirable vida, con portentosos milagros, como consta de los procesos informatorios de esta Lima-na curia, ya aprobados por la sagrada congregacion de ritos.

Bien conozco la dificultad que hay en escribir las vidas milagrosas de los santos, y su utilidad, y por ello experimento el mismo temor que tenia en otro tiempo el célebre Teo-

doreto cuando emprendió escribir la vida admirable de san Simeon Stylita. Todo el mundo, dice, es testigo de los prodigios que voy á referir, y no obstante recelo escribirlos, temiendo entregar la verdad á la crítica de los incrédulos, que acostumbran medirlo todo segun el curso ordinario de las cosas del mundo, mirando como una fábula lo que les parece escede á los límites de las leyes comunes de la naturaleza (1).

Hablando de esta suerte Teodoreto notaba los falsos sábios del paganismo, que no queriendo reconocer cosa alguna divina en el cristianismo, no querian ver en él nada sobrenatural y milagroso. Mas por una parte la certidumbre de los hechos que habia de contar, y por otra el número de los que instruidos en los misterios de Dios eran dignos de que supiesen las maravillas que obraba el Señor con sus santos para que sacasen el debido fruto de ellas, determinaron á este grande hombre publicar su historia, prescindiendo de los vãos discursos de la incredulidad.

Los mismos motivos me inspiran, igual confianza que á Teodoreto; y aunque el mundo esté todavía lleno de estos falsos sábios que blasfeman gustosos lo que ignoran, y estan siempre dispuestos á desechar sin exámen lo que es sobre el curso ordinario de la naturaleza, he creído con el famoso Obispo de Giro, que valia mas esponerse á su frívola crítica, que dejar en olvido las maravillas de Dios, privando á las almas, sólidamente virtuosas, del fruto que pueden sacar de una vida que no es menos instructiva que admirable.

Por esta causa en los primeros siglos se vieron los milagros multiplicados infinitamente para el triunfo de los mártires: de siglo en siglo ha levantado Dios personas estraordinarias para despertar con el espectáculo de su poder sobre-

(1) Teod., Hist. Relig., cap. 26.

natural la fé lánguida de los fieles; por la misma causa en los últimos se vieron las admirables operaciones del espíritu de Dios en las almas sencillas y fervorosas: unas santas Brígida, Teresa, Getrudis, Magdalena de Pasi y Catalina de Sena; en los presentes siglos, y en esta ciudad de Lima, una Sta. Rosa, Sto. Toribio, Arzobispo de esta metrópoli, santo Solano y otros muchos ilustrísimos varones que han florecido, cuya santidad es tan milagrosa como parece cierta, porque cuando estas vidas lo que contienen de extraordinario y divino está bien averiguado, se puede con toda libertad darlas al público, por no ser oportuno sepultar en el olvido las maravillas de Dios, ni extinguir en las tinieblas del silencio la luz que ha encendido para consuelo de sus Santos: ni conviene por temor á las contradicciones de los incrédulos privar á los justos de este consuelo que Dios les ha preparado.

A la verdad no escribo para el mundo crítico y curioso; este necesita para entretenerle otros sucesos y distintos espectáculos; guerras de muchos intereses, sangrientas victorias, imperios vacilantes, conquistas, pasiones y máquinas políticas. Nada de esto se hallará en esta vida, y quien solo la leyere por curiosidad, no encontrará en ella con qué satisfacer su gusto. Mas lo que parece insípido á un espíritu curioso puede tener algo que satisfaga, y aun atraiga dulcemente á las personas que buscan solo edificarse: un acto heroico de paciencia y humildad, una mortificación constantemente mantenida, una obediencia siempre fiel, una caridad perfecta, una vida probada, y una muerte santa, bastan para ocupar y satisfacer al lector piadoso, que sabe, cual dice la Escritura, que el hombre paciente es mas estimable que el valeroso, y que el que se vence á sí mismo, es mayor que un héroe feliz en sus conquistas (1).

(1) Prov. 16, 32.

Los santos Padres no tuvieron la falsa delicadeza de omitir aplicar su pluma á semejantes historias; sabian que es siempre honorífico, como dice la Escritura (1), contar las maravillas de Dios; y es digno de notarse que los sábios juiciosos y críticos entre los santos Padres, son los que dieron á la Iglesia las vidas milagrosas de muchos personajes ilustres de la antigüedad. S. Atanasio no temió referir las maravillas de la vida de S. Antonio, y aun los embustes que empleaba el demonio para engañar y aterrar al santo solitario; Teodoreto no se arredró en escribir la vida pasmosa y casi increíble de S. Simeon Stylita; S. Sulpicio Severo la de san Martin; S. Gerónimo la de S. Pablo, primer ermitaño, y la de otros varios; Rufino la de los solitarios de oriente: cuidaron sí asegurarse de la verdad de los hechos, no dejándose seducir de los ruidos populares, y entresacando con discrecion lo que era espíritu de Dios, que es la máxima que deben tener presente los que dan al público estas vidas.

Para el discernimiento de la verdad bien conozco se necesita tener presente las reglas que los santos Padres han señalado. Véase en los primeros siglos, segun refiere san Atanasio, las que S. Antonio, aquel gran maestro de la vida espiritual, enseñaba á los solitarios sus discípulos, para que supiesen distinguir la aparicion de los ángeles, de la que hacen los demonios algunas veces para engañar á los santos: se hallan llenas de estas sábias reglas de discrecion, las obras de S. Basilio, S. Agustin, S. Gregorio Papa, Teodoreto, Casiano y otros muchos, cuyas reglas nos dejaron, y han sido seguidas por sábios y piadosos autores de estos tiempos: entre otros se puede ver lo que escribieron el célebre Gerson y Cardenal Bona. Mas los que ignoran estas reglas, tan sábiamente dictadas, los que jamás han profundizado ni su soli-

(1) Tob., 127.

dez, ni su certidumbre, son los que se atreven, no obstante su ignorancia, á censurar y condenar todo lo que les parece escede al curso de las cosas humanas, y al alcance de su conocimiento. La temeridad manifiesta de su decision debia servirles de remedio.

Sobre los principios referidos conviene juzgar de los sucesos extraordinarios que se hallaren en la vida que escribo; lo que se refiere en ella no es ni sobre el poder de Dios, ni opuesto á las reglas de su bondad, ni contrario á sus promesas; pueden tambien decir que nada se vé admirable y extraordinario en esta vida, de lo cual no se lean otros muchos ejemplares en las de distintos Santos: todo el punto consiste en la prueba de los hechos particulares; esto es, saber si las operaciones sobrenaturales de Dios, y las gracias singulares concedidas á este venerable varon, han sido indagadas con cuidado, examinadas con madurez, y probadas hasta la certidumbre.

Con estas sospechas, y con todas las precauciones que la prudencia humana puede seguir, se ha examinado y probado de diversas maneras cuánto hay de maravilloso y extraordinario en la vida que refiero por tres ilustrísimos señores Arzobispos, por esta integérrima curia y autorizado tribunal apostólico. La incredulidad misma, por mas de ochenta años, se ha mezclado en estas pruebas; y así las maravillas y verdad con que escribo no está solamente contestada con pruebas de personas prudentes, lo está mucho mas con el desengaño manifiesto de muchas personas incrédulas en tanto grado, que los espíritus difíciles en creer no tendrán que añadir en el presente tiempo á las precauciones y desconfianzas de los que entonces vivian. Estas mismas personas son, no obstante, á las que su larga incredulidad confundió la evidencia, deponiéndolo judicialmente en los procesos informativos ya aprobados por la sagrada congregacion de Ritos, y

cabeza de la iglesia en pleno consistorio sin la menor objecion.

De todas las operaciones milagrosas, aquellas en que se manifiesta la virtud de Dios mas seguramente, son en la de las predicciones de sucesos futuros: Dios solo tiene la llave del porvenir: si los hombres sutiles pueden engañar á otros, penetrando sus secretos con modos admirables; si los demonios con la agilidad de su naturaleza pueden dar conocimiento de lo que pasa en lugares remotos, solo Dios tiene lo futuro en los tesoros de su ciencia y poder. Anunciadnos lo que nos sucederá, y confesarémos que sois dioses, decia un profeta, insultando las falsas deidades del paganismo. Dios solamente puede preveer con certidumbre los efectos de la eleccion de las voluntades libres de los hombres; los actos libres solo pueden ser inciertos antes que sucedan; mas todos los instantes futuros é inciertos para nosotros estan presentes á su eternidad, y cerrados en sus decretos: solo el Señor puede con su poder fijar los sucesos, que no son mas que dudosos y casuales en el conocimiento de los hombres mas sábios y perspicaces. Los que estan, pues, favorecidos de estas luces proféticas, los que estan dotados de ellas, no una vez sola, sino con frecuencia, y siempre con suceso infalible, estos son manifestamente ilustrados de Dios.

Veráse en la série de la historia del V. P. Camacho cuántas veces manifestó Dios su santidad con predicciones, que al mismo tiempo aseguran la verdad de otras maravillas, así presentes como futuras, que Dios obró en él ó por él; estas no son ni mas dificiles para Dios, ni mas increíbles en sí mismas. Mas lo que dá á todos estos prodigios nuevo grado de certidumbre, es la gloria con que Dios ha honrado el sepulcro de su siervo con los milagros que en él ha obrado; milagros indagados, examinados y disputados con precaucion; milagros reconocidos por verdaderos aun de aquellos mismos

que al principio los miraban con desconfianza; milagros en fin bastante frecuentemente y públicos para mantener despues de 80 años la devocion de esta ciudad. La gloria futura del sepulcro de nuestro Señor Jesucristo fue anunciada en otro tiempo por un profeta (1) como señal de su divinidad; proporcionalmente se puede decir que la gloria milagrosa del sepulcro de los santos es la prueba mas ilustre de su santidad, y una confirmacion auténtica de todas las maravillas que se admiran en sus vidas. ¿Por ventura favorecería Dios con milagros los embustes de un hipócrita, ó las necias visiones de un cerebro leso? ¿Qué hombre, engañado con ilusiones del demonio, ó muger ilusa con sus propias imaginaciones, ha mantenido despues de su muerte con milagros una falsa reputacion de santidad? ¿Qué embustero ó hipócrita ha podido estender mas allá de su vida los artificios de sus imposturas, y conservado en el sepulcro el secreto de atraer allí á los vivos con aparentes engaños? Solo el Señor, que es Dios de los muertos y vivos, puede comunicar á las cenizas inanimadas y vestiduras de sus santos parte de aquel poder que le habia dado en vida, confirmando con nuevos prodigios los que antes habia obrado en su favor.

Por todo lo dicho reconozco que este siervo de Dios fue de los escogidos, para que con sus virtudes se recompensasen en parte los vicios de estos tiempos, valiéndose del mas culpado instrumento para publicarlos, con el fin de manifestar á sus siervos tiene su profunda sabiduría innumerables medios, aunque tan varios, que si alguna vez permite escriban las vidas de los Santos otros Santos, no reusa que tambien las refieran los que no lo son.

Réstame solo decir lo que me empeñó á escribir esta vida, y los medios que tuve para recoger las memorias de sus vir-

(1) Isa. 11, 10.

tudes, confesando haber sido este asunto mas de mi obligacion que de mi eleccion. Ocupado me hallaba por orden de nuestro Monarca en las haciendas nombradas S. Juan y Villa, ejerciendo la medicina y cirugía, segun mi profesion, cuando me ví obligado á renunciar dicho destino por falta de salud, y retirarme á este convento primitivo de esta santa provincia, titulada del Arcangel S. Rafael del Perú y Chile, dichosa cuna de este venerable siervo de Dios. Inesperadamente me encargó la obediencia el cuidado de postular su causa, con el honorífico título de procurador de su beatificacion, la que fue principiada el dia 10 de febrero de 1699; finalizado el primer proceso, hecho por autoridad ordinaria, en 3 de octubre de 1712, y compulsados los testimonios el 8 de abril del siguiente año, en que fueron remitidos á la romana curia, que la aprobó el 20 de diciembre de 1721, como consta del decreto pontificio: el de opúsculos en 15 de setiembre de 1753; el de *non culta* en 5 de mayo de 1757; el de fama de santidad se principió en 20 de marzo de 1764, y se concluyó en 28 de abril de 1768; en este año se principió en 1.º de setiembre el último proceso de *virtutibus in spetia ne pereant probationes* que ha sido de mi cargo, y última actuacion de esta limana curia, que concluyó con la nueva visitacion del cadáver de este ilustre varón el dia 27 de agosto del presente año de 1778, el que cerrado y sellado fue conducido á la romana curia.

Tan ciega quise fuese mi obediencia en este mandato, como reconozco fue la eleccion que de mí hizo el Rmo. P. Fr. José Colomina, reformador y visitador general por S. M. en esta santa provincia, quien deseoso de la mas pronta conclusion, libróme el poder el dia 2 de diciembre de 1774, recomendándome este negocio con vivo celo. Pero si antes de ella hubiera reconocido los papeles é instrumentos informativos, sin duda se habria trocado la obediencia en pretension,

porque de ello parece que la Divina Providencia me tenia reservado ó escogido para dar ejecucion á esta obra, librándome antes de la muerte en una gravísima y molesta enfermedad, de la que á juicio de los físicos no habia remedio en lo humano, por lo que ocurri al sepulcro de este portento de la gracia, y no dudo que mediante su proteccion logré la deseada sanidad para continuar el crédito de las suyas en la eleccion de débiles instrumentos: á fin de ejecutarla con mayor lustre, y para que en todo parezcan suyas, referiré lo que consta de los autos procesales impresos en Roma en lengua toscana, y del sermon que el muy erudito P. Mtro. José Buendia, de la sagrada compañía de Jesus, predicó en las honras de este siervo de Dios, á presencia del venerable Dean y Cabildo de esta Santa Metropolitana Iglesia, que dedicó al Excmo. Sr. conde de la Monclova, virey, gobernador y capitán general, que á la sazón era de estos reinos, y siendo tanto dicho Excmo. Sr. como el orador los mas fidedignos testigos de las virtudes y milagros del siervo del Señor, no obstante omitió darlo á la prensa, hasta que se hizo y finalizó la informacion de vida, virtudes y milagros del Venerable, para ver si de ella constaba, como consta por autoridad ordinaria, mucho mas de lo que en él patentizó el orador. He encontrado en el citado impreso toda la vida de este heroico varon de Dios, desde su cuna hasta el sepulcro, y los milagros que se refieren despues de su muerte, reservando yo muchos que pudiera referir, acaecidos despues por no faltar al religioso juramento de calumnia que he prestado como su procurador, por mas que su grande humildad procuró ocultar de nuestra vista, reduciendo á cenizas su vida, que tenia escrita por orden de sus confesores en varias apuntaciones.

Deseoso uno de sus superiores que no se perdiese la memoria de las misericordias que de Dios habia recibido, entró en su celda, estando próximo á su dichoso tránsito, con áni-

mo de obligarle, con precepto de santa obediencia á que se los manifestase; apenas le vió entrar el siervo de Dios cuando levantando la voz le dijo: mire P. Prior que todo es vanidad: ¿para qué es el precepto á un pobre hombre que no tiene mas que pecados? Salió el prelado atónito y confuso de hallar su intencion descubierta y detenida con tan prodigiosa humildad. Segunda vez se valió de un superior de otra religion para que le persuadiese convenia á la gloria de Dios manifestase los favores que habia recibido del Altísimo en vida; al que no dió otra respuesta que decir: ¡Ay padre mio; esas son vanidades! ¿qué puedo yo tener sino muchos pecados? Mucho pudiera decir de lo que Dios ha perdonado á un tan mal hombre como yo, pero no es del caso. Aquella noche se levantó á deshoras de la cama, y quemó todos sus papeles. ¡Oh humilde de mi alma! deten la mano y atiende á que quemas tu misma vida, por hacer un sacrificio á tu humildad. ¿En qué han pecado esos cuadernos que archivan las misericordias que Dios á manos llenas te ha hecho para que así lo arrojes á la hoguera? Humildísimo era el santo Job (1); mas sin ofensa de su humildad, quisiera que los consuelos y favores que de Dios recibia quedasen á punta de cincel grabados en mármoles, ó burilados en láminas de acero, no escritos en frágiles membranas de pieles, ó débiles hojas de papel que las rompe el tiempo, sino en tablas de mármol ó láminas de acero que duren á la eternidad.

Puedo segun esto juzgar rindiendo católicamente con toda resignacion la flaqueza de los discursos humanos á los altísimos fines de los juicios divinos, que la providencia de Dios me reservaba para publicar las virtudes de este bendito siervo suyo, y que así como todo está presente en la mente Divina, lo estaria yo entonces para este efecto, cuando

(1) Job. 19, v. 23.

prodigiosamente me libertó de la muerte. Esta consideracion me alentó de tal suerte, que sin alzar las manos del trabajo, le puse fin en breves dias, no sin gran mortificacion al considerar podia haber sido mayor este volumen, y mas las noticias de las virtudes y favores recibidos, si no hubiese precedido el incendio referido que ocultó muchas mas que no ha podido vencer la diligencia.

Tambien me ha impulsado á escribirla el lisonjear la humildad del venerable Camacho, que ha impedido hasta el presente se escribiese su vida por elocuentes plumas, recelo-so de los aplausos que le pudiesen conciliar sus discretos estilos, y cual sol que de las esferas se despeña al Ocaso, ha venido su vida rodando, hasta tropezar en las mias, para que ya que salen sus heroicas virtudes del silencio que las sepultaba, pierdan mucho de su claro esplendor y belleza en los borrones de mi pluma; pues asi como la soberbia de Alejandro no permitió se hiciese pintura, estatua ni impresion de su semblante, que no fuese con el pincel de Apeles, con el buril de Phidias, ó con la forma de Lisipo; la humilde modestia del venerable Camacho que aun conserva en el cielo entre las soberanías de espíritu glorioso, parece ha alcanzado de Dios fuese quien delinease su perfeccion el pincel menos diestro de esta provincia.

En fin, la principal causa de lo mucho que se nos ocultó de esta prodigiosa vida, fue el particularísimo cuidado que el Venerable tuvo en ocultar sus virtudes á los ojos de los hombres, guardando estos secretos para sí en tanto grado, que si el mismo Dios no sacara á luz algunas de las mercedes que le hacia, no hubieran sido sabidas, quedando en gran parte ignorada la hermosura interior de su alma; con lo que se patentiza que su espíritu no fue de los comunes, ni su humildad de las ordinarias. Sabia bien que tanto mas segura está la santidad, cuanto menos entendida de los demas, y que

siendo la perfeccion tesoro escondido, el que en su camino lo lleva descubierto está espuesto á ser despojado de él, por el robo de la propia vanidad, que es el ladron mas pernicioso, y asi lo que ejecutaba su diestra mano, procuraba lo ignorase la siniestra para que de una á otra no se desvirtuase. ¡Tan delicada y fragil es la vasija en que se trae el precioso licor de las virtudes!

Cuanto hay que referir de sus obras es un rastro que descubrió la diligencia, buscando algo de lo que su mucha humildad encubria. Las medras de su espíritu sola su grande meditacion las conocia, pues su afabilidad, mansedumbre y llaneza deslumbraban de tan alta perfeccion á los que no velaban por ellas; mas era preciso se viese su resplandor, para que le ayudasen á servir y agradecer á nuestro Dios, que para él siempre eran sus alabanzas cortas y menguadas tan sin atribuirse nada, que solo miraba como suyo el desagradecimiento de esas mismas mercedes. Sabia bien que el que se pone á contar los merecimientos y servicios que á Dios hace, no le cuenta otra cosa que los dones y beneficios que ha recibido de su mano. Tal es su bondad infinita pues hace que esos dones sean muchos merecimientos nuestros, y cuando nos paga los servicios es galardonando sus propias mercedes.

Sin embargo no podia disimular el fuego, y algunos rayos manifestaron su luz; centellas hubo que descubrieron su grande claridad, y por el hilo de lo poco que se diga, se podrá sacar el ovillo de lo mucho que hay que decir. Quiere el Señor que asi queden encubiertos para que la fé de sus imitadores tenga mayor premio, y para que los tesoros de la Iglesia no se derramen del todo á los pies de los que los huelan con el menosprecio, y finalmente para que en el dia postrero en que tiene Dios determinado juzgar al mundo, asi como sabremos infinitas maldades que nunca se descubrie-

ron, del mismo modo se nos manifiesten innumerables virtudes ignoradas, que con su resplandor y claridad luzcan mas que aquel dia tan claro y alegre para los justos.

Nadie estrañe la humildad de la obra, pues no sería vida del venerable Camacho sino fuese humilde; no se pueden copiar las tinieblas con los rayos del sol, ni con los colores de la primavera los lutos, y la misma dificultad hay para espresar la humildad con un elegante estilo: retórica es acomodarse el escritor, aun en las voces, al objeto de quien las dice; mas en mi no ha sido retórico cuidado, sino necesidad precisa, el estilo humilde, por encontrarme con un objeto tan modesto, que hace parecer elocuencia las ignorancias de mi pluma.

Esto me ha parecido advertir al crítico lector de esta obra, y en cuanto á las disposiciones de ella podrá juzgarla como guste, pues licencia tiene para censurarla; veneren el objeto y no importa hieran al escritor las lenguas, que si lo hicieren con la pluma, él sabrá soltarla para que no lastimen la mano sus dientes: teman el rayo de la censura los que escriben para el aplauso, pero no se acobarden los que trabajan para el ejemplo; para este escribo: si se supieren aprovechar de los del siervo de Dios, lograré el fin de mi fatiga; mas sino lo hacen y me murmuran, se pierde todo, ni ellos quedan enmendados, ni yo corregido; porque como no consagro mi pluma á la vanidad sino á la obediencia, les prometo he de volver á errar siempre que me vea en esta precision. *Vale et jube.*

SONETO.

Del insigne Camacho el fiel traslado

A los ojos ofrece enternecido

El buril victorioso del olvido,

Y en la veneracion acreditado;

Y este hermoso edificio, dedicado

Para abrigo piadoso al desvalido,

Siempre será recuerdo repetido

Del activo fervor de su cuidado:

En fábrica y retrato se eterniza,

Dejando de su aliento la victoria

Mas permanente luz en la ceniza,

Que á la virtud por mas plausible gloria,

Cuando su nombre el mérito autoriza,

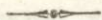
Solo es vida, sin riesgo la memoria.



El Reix lo gravó.

VERDADERA EFICIE DEL V.^o SIERVO DE DIOS F.^o FRAN.^o CAMACHO
*natural de Xerez de la frontera, Religioso del orden de N.^o P.^o M.^o Juan de Dios
 en cuyo Con.^o de la Ciudad de Lima falleció el 23 de Diciembre de 1698.
 Dedicado á su Relig.^o por su General el Ex.^omo y R.^omo P.^o F.^o José Bueno.*

EPITAPHIUM.



Quis est iste qui ad humilitatis imo, ascendit per desertum sicut virgula fumi absque superbiæ fumo et aromatibus penitentiæ ac orationis, veluti Mirrhæ et thuris, et universi virtutum pulveris piæ mentarii?

V. P. Franciscus à Camacho Jerezanus Fronteræ, natus anno milëssimo sexagessimo viginti nono die tertio octobris. Qui Limensis montes inedia insatiabili maceratione indefectibili, amore satianti, ac robore tangens perpetim fumigabant, hanc hospitalitatis aulam, sine fundamento in terra erexit à fundamentis, impauperies divitias providentiæ reponens et contra vim egestatis contendens egenos innumeros aduc aliit mortus sicut alius vivus anno milëssimo sexagessimo nonaginta octo die viginti tertius decembris secunda ora matutina; fuit è terra sublatus, atque (ut pie creditur) in celum receptus, undè plorantes respicit lacrimis exactus.

Vixit ad desiderium populi parum, ad edificationem multum, ad memoriam semper.

EPITAFIO.

¿Quién es este, que de lo profundo de la humildad sube por lo encumbrado al desierto como vara de humo, sin humo de sorberbia, exalando de las confecciones aromáticas de las virtudes la mirra é incienso de la oracion y penitencia?

El V. P. Fr. Francisco Camacho que nació en Jerez de la Frontera el día 3 de octubre del año de 1629, aquel que tocando los montes de Lima con la fuerza de una necesidad insaciable, de una maceracion indefectible, y de un amor llagado hacia que humeasen. Fundando esta sala de hospitalidad, sacándola en la tierra desde los fundamentos, sin fundamentos en la tierra, y poniendo la providencia de las riquezas en la pobreza, trabajando contra la fuerza de la necesidad, sustenta todavía innumerables pobres como hacia vivo; y el año de 1698 á las dos de la mañana del 23 de diciembre fue llevado de la tierra (como piadosamente se cree) y recibido en el cielo, donde ya sin lágrimas mira á los que lloran.

Vivió para el deseo del pueblo poco, para la edificacion mucho, y para la memoria siempre.

VIDA, VIRTUDES Y MARAVILLAS

DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS

Fr. Francisco Camacho,

DEL SAGRADO ORDEN DE N. P. S. JUAN DE DIOS.

CAPITULO PRIMERO.

Patria, padres y nacimiento.

Aquel prodigioso dedo de Dios, que resplandeciendo en todas sus obras dió fecundidades á la tierra, pureza á las aguas, movimientos al aire, actividades al fuego y luces al sol; aquel en quien subsiste todo con maravillosa dependencia; aquel que solo con el instrumento de una voz redujo desde los abismos de la nada á felicísimo ser todas las criaturas; aquel, pues, con ser admirable en todas sus obras, es incomparablemente mas prodigioso en sus Santos. Asi el real profeta, queriendo distinguir las maravillas de Dios, explica esta diferenciencia altísima, que tienen los santos á las demas; pues despues de haber dicho (1): confiéscnte ¡oh Señor! todas tus obras; añade, y bendigante tus Santos. Las demas obras reconocen con sencillo agradecimiento el beneficio de

(1) Psalm. 144.

su ser, confesando á su criador; pero á los Santos, como obligados de mayor beneficio, y obras en que resplandece mas su mano, no solo toca confesarle, sino bendecirle.

¡Oh altísimo! ¡Oh prodigioso dedo de Dios! ¿Quién podrá contar tus maravillas? Timantes para mostrar las señas de un gigante, con celebrada discrecion pintó un dedo; y yo para mostrar las señas de un dedo, he de pintar un gigante; mas ¡ay! que á tanto peso vacilarán los hombros mas robustos. ¿Cómo podrá la flaqueza de los mios emprender tan alta fatiga? Del santo Simeon canta la iglesia (1) que llevaba en sus brazos el sagrado peso de Jesus niño, mas que el niño llevaba, y regia la flaca senectud del anciano. Asi yo espero en tí, ¡oh heróico varon! que cuando mas parezca que caminan tus santas memorias sobre los débiles brazos de mis discursos, has de ser tú mismo el que los guie, dirijas y encamines á mostrar al mundo alguna, aunque pequeña luz de las infinitas con que resplandecieron tus virtudes.

Es, pues, Dios admirable en sus obras, mas admirable en sus santos, y singularmente maravilloso en la conversion de los pecadores; en lo que parece pone toda la eficacia su poder, pues habiendo entre los pecadores y Dios tan infinita distancia para atraerlos y reducirlos de tan lejos, necesita valerse de su inmensidad á fin de no perderlos de vista, en lo que milagrosamente resplandece con superior ventaja á todo, su misericordia. La estraordinaria caridad de nuestro Dios es un prodigio, en que parece se fatiga su incansable brazo.

A sola una voz, en el último, tremendo y espantoso dia del mundo (2) resucitará á todos los hombres; revocándolos desde los horrores del sepulcro á una vida infinita; y para resucitar á un hombre solo (en quien está significado el pe-

(1) August. serm. 13 de temp. (2) Joan 5.

cador), practica muchas diligencias, gasta pasos, da voces (1) y derrama lágrimas. ¿En qué consiste tanta diferencia? En que en la comun resurreccion habrá muchos pecadores que no son llamados allí á la enmienda, sino al castigo. Reducir á Lázaro desde el sepulcro oscuro de la culpa á las claras y celestiales luces de la gracia, es un milagro en que se fatiga su Omnipotencia, se empeña todo su amor, y resplandece infinitamente su bondad, no porque tenga imposibles ni dificultades su incomprensible poder, sino porque quede enseñado nuestro escarmiento á temer tan infeliz estado, viendo que para sacarnos de él todo un Dios se fatiga, cansa y llora.

Esta, pues, tan estupenda maravilla de Dios, se ejecutó con estrañas admiraciones en el sí pecador, valeroso penitente, V. P. Fr. Francisco Camacho, cual veremos en el curso de su vida portentosa, si lo permiten las lágrimas, no menos precisas en su contemplacion, á presencia de nuestros pecados, que la admiracion á vista de sus virtudes.

En este venerable varon nos puso la liberal mano del Altísimo un palpable documento para que se diese al Señor toda la gloria (2), aplaudiéndole admirable en sus santos (3), descubriéndonos en él las grandezas de su poder y misericordia, con mucha mas singularidad en aquellos que sumergidos antes en el abismo de las culpas, los saca á la venturosa luz y libertad de la gracia, abriendo puerta y camino por los mismos peligros á su seguridad. Los inocentes desengaños, que nunca padecieron los desaires del escarmiento, no se puede negar que sean los mas felices, pero son pocos, y muy raros, porque como el deleite de los vicios es mayor y mas dulce imaginado que poseido, se dejan con mas dificultad sus esperanzas que sus posesiones, por el mentido y falaz en-

(1) Joan., c. 11. (2) Psalm. 113. (3) Psalm. 67.

gaño con que embelesa los sentidos, aparentando bienes, y prometiendo dichas que nunca llegan á conseguirse. Los desengaños del escarmiento, sin duda, son menos dichosos, pero no menos firmes, porque desmentida la imaginacion con la esperiencia, halla la razon mas corriente salida para la fuga; y el astío del deleite aborrece lo mismo que ansiosamente habia elejido y deseado, corrida y avergonzada de su engaño. Este astío, aborrecimiento y cansancio de los vicios, han llevado de la mano á muchas almas á la region felicísima de las virtudes, y de grandes pecadores han hecho portentosos bienaventurados. Los santos que salieron ensangrentados de las crueles manos del escarmiento, y rompieron las prisiones de la culpa, para ponerse en la libertad de la gracia, son trofeos que levantó en su Iglesia la divina Misericordia, y padrones ilustrísimos que sirven de aviso y consuelo á aquellos miserables que arrastran la pesada cadena de sus delitos, con desalientos de salir de su esclavitud, pues ven no hay eslabon tan duro que no rompa la invencible fuerza de la gracia, si el entendimiento, voluntariamente ciego, habre los ojos á la luz del desengaño y de la verdad. Un ejemplar penitente, escarmentado, y en todo maravilloso, pongo en el venerable Camacho, que sumergido en un abismo de torpezas, zozobrado en un golfo de vanidades, se halló en la seguridad del puerto, ayudado de los contrarios vientos que ocasionaban la tormenta y su peligro.

Fue este ínclito varon natural de la ciudad de Jerez de la Frontera. Fundaron los griegos esta famosa ciudad por los años de 1324, antes del nacimiento de Cristo, Señor nuestro, aunque segun otros fueron fenicios los que la fundaron; en unos y otros se halla este término de antigüedad, y que la dieron por nombre Fera, que quiere decir seca. Reedificóse en tiempo de Julio César por los romanos;

otros sienten que el mismo César la reedificó, y puso por nombre Civita Régia. Fue poseida de los moros en la pérdida de España, hasta que la ganó el Rey D. Alonso el Sábio. Poblóla el mismo Rey de trescientos hijodalgos, y la hizo frontera contra los moros, y de esta ocasion tomó por nombre Jerez de la Frontera; su situacion es á dos leguas del mar, á cuya distancia y al Norte está el Puerto de Santa María; á 7 leguas Cádiz; 17 de S. E. de Sevilla y 103 de Madrid; en long. 12, 5, y lat. 36, 4, colocada en una hermosa y fértil llanura, distante media legua del célebre rio Leteo ó Guadalete, tan aplaudido por los antiguos, quienes le dieron el nombre del Olvido, porque decian que sus riberas eran los Eliseos campos, en donde los estrangeros que las paseaban, por gozar de sus delicias, amenidad y fertilidad de sus valles, se olvidaban de sus pátrias; es abundante en toda clase de granos, aceite y escelente vino; tiene grandes dehesas para toda clase de ganados, de los que abundan el lanar, vacuno y caballar, cuya casta es la mas perfecta y fina de España; se encuentran muy buenos edificios, entre ellos una magnífica colegial, 8 parroquias, con dos anejas, 13 conventos de religiosos, 8 de monjas, 2 beaterios, un hospicio, 4 hospitales, 2 para mugeres y 2 para hombres, de estos el uno es convalecencia y para ancianos, y el otro para la curacion de todo género de enfermedades, el cual fue fundado el año de 1574 por el venerable siervo de Dios Fr. Juan Pecador, cuyo nombre tomó y aun conserva, aunque va degenerando en el de S. Juan de Dios; á este se redujeron todos los demas hospitales que habia en tiempo de Felipe II, cuya reunion se practicó por dicho venerable el año de 1592, siendo Arzobispo de Sevilla el Eminentísimo Señor Don Rodrigo de Castro, quien teniendo noticia de lo mal que eran asistidos los hospitales en dicha ciudad por los seculares, en cumplimiento de su pastoral

celo, tomó la determinacion de reducirlos al de Juan Pecedor, para que de todos tuviese la superintendencia. Este varon santo, conociendo ser la vida religiosa mas estable y adecuada para la salvacion, en el año de 1579, á los 33 años de su florida edad, marchó a Granada con todos sus compañeros, y se agregó á la congregacion de Ntra. Hospitalidad, que la buena memoria del Sr. S. Pio V habia aprobado en el año de 1562, concediéndoles grandes privilegios y gracias, con la forma del hábito que hoy vestimos, siendo este venerable varon una de las primicias de santidad de mi amada religion, cuya beatificacion se espera en breve ver celebrada en Roma.

En esta deliciosa ciudad de Jerez de la Frontera, Arzobispado de Sevilla, nació nuestro siervo de Dios Fr. Francisco Camacho, en la noche del día 3 de octubre del año de 1629, no siendo contingencia del acaso, sino alta providencia del cielo el que naciese en este dia, pues en él consagra la Iglesia cultos 'al serafin llagado. Y si de los ástros que brillan en el natal de los sugetos, se arguyen sus fortunas, ¿qué nos puede anunciar un Francisco de Asís, que rayó en la cuna de este esclarecido varon, sino que habia de ser otro serafin en el amor, otro humilde y amante de la pobreza, para dechado de seculares, y ornamento de la Iglesia? Lázaro Rodriguez Camacho y María de Vivar fueron sus padres: enriquecióllos el cielo, no tanto de bienes de fortuna, cuanto de virtudes: su ocupacion era el simple cultivo de los campos; de sangre limpia y sana, sin que hiriese ni menoscabase su honrado estirpe alguna vil espina, providencia especial á la verdad para que con alguna semejanza á la del estado feliz de la inocencia (1) brotase Camacho fragante rosa. Salió, pues, á la hora de las 12, del natal alvergue de su buena madre, al estilo que guarda la vanidad con la po-

(1) Basil. in exm.

breza; sin duda para que despues mirase á los pobres con el amor que á sus padres.

En el dia de su regeneracion pusieronle por nombre Francisco, siguiendo la costumbre muy antigua de poner á los varones los nombres de los padres (1) para que agradecidos al que les dió el ser, les fijasen en sus memorias. En el dia décimo de nacidos se juntaban para esta celebridad los gentiles (2), de los egipcios lo refiere Pausanias (3), de los atenienses y romanos Alejandro *ab Alexandro* (4), de los antiguos ingleses Polidoro (5), y ascendiendo á las historias sagradas, basta ver la repugnancia de los parientes del Bautista al nombre de Juan (6) para convencerse que era costumbre comun; pero en esta ocasion llámese Francisco, pues nació bajo su tutela.

Crióse en el campo, en el noble ejercicio de Adán, labrando la tierra, donde con el trabajo se cria mas robusta la virtud separada del ocio y vicio de que se adolece en las ciudades, y procurando por varios medios darle una honrada y suficiente educacion. Benditos padres, que conociendo ser los hijos tiernos como el papel blanco, que con facilidad recibe la letra, y despues es difícil borrarla (7), cual la tabla lisa, que admitidos los primeros colores se pudre antes que dejarlos, ó en fin, como la blanda cera, que recibe sin trabajo el sello, pero endurecida resiste á la impresion, no omitieron por su parte cuanto juzgaron conducente para que Francisco les coronase de gloria (8), saliendo perfectamente instruido en el catecismo.

(1) Beyerl. v. Nóm. Corn. Alap. Sup. Luc., cap. 1.

(2) Celin. Rodrig., lib. Antig. Lec. (3) Pau, lib. 5.

(4) Lib. 5. Dicr. Gén., cap. 4. (5) Virg., lib. 9 de Serm. Juv.

(6) Luc., cap. 1. (7) Jacob. Mart., in Hort. Fast. T. 8.

(8) Diu Bas, in regul. interp.

CAPITULO II.

Deja la casa de sus padres, sienta plaza de soldado; vése en peligro de horca, escapa de este riesgo, y pasa á Cartajena.

Fiero tirano llamó el filósofo al amor paternal (1); mas cariño inspira la naturaleza en los padres, que se merecen los hijos, aun siendo porciones de su corazon y entrañas; y si estiman sus fortunas con antelacion á las propias, sienten con esceso sus infelicidades é infortunios: testigo de esta verdad, ademas de muchos otros, si damos crédito á las historias, puede ser Cambises (2), pues el llanto, que á un Rey cautivo suyo daba consuelo y deshaogo, no tuvo lugar al ver su hijo en igual cadena. Iba creciendo en años nuestro Camacho, y en cada uno tomaban los padres del infante mas dichosa posesión, aumentándoseles el gozo y regocijo, y con su amable compañía, llevando su pobre y trabajosa vida con singular consuelo. No erró el que fabricó la imagen de la fortuna de frágil vidrio (3); no pudo manifestarnos con mayor viveza lo inconstante, vario y endeble de su ser, como la llamaba Plinio (4); asi se acreditó con los padres de nuestro Francisco. Trocóse la dulce armonía de su lira en lúgubre y funesta cinira del quebranto, sobreviniéndoles inopinadamente el mayor, cual fue dejarlos, juntamente con su patria, un hijo, que hasta allí hizo el oficio de lucido y claro espejo.

Ya mancebo, salió de labrador á soldado, del campo á la campaña, empuñando la espada por la esteva, y militando en Cataluña en el cerco de Lérida, cuya plaza gobernaba

(1) Aristot. (2) Herod., lib. 3. Hist. (3) Corn. in Isai. 55, v. Alex. v. Fort. (4) Plin., lib. 2, c. 5.

el célebre D. Manuel Brito, quien obligó á los franceses, y á su general, el conde de Arcur, á levantar el cerco y retirarse vergonzosamente. Asi militó mi Patriarca santo contra franceses en el cerco de Fuente Rabía. No se sabe á punto fijo el motivo que tuvo el varon santo para semejante mudanza; solo como verosímil se discurre que el mismo oficio de pastor le sirvió de estímulo á su lozanía, viéndose mozo de mucho valor y brio, propiamente español, pues no lo fuera si diera á entender un ánimo femenino, enteramente ageno de la española nacion: su natural arrogante, estatura famosa, alto de cuerpo, bien formado; sin que le sirviese de imperfeccion ser membrudo, y fornido, de buena cara, el rostro abultado, frente espaciosa, grandes los ojos, gruesos los labios, nariz bien sacada, manos fuertes, el talle con arte de labrador, infatigable ó de militar invencible. Con esto, y lo valeroso de su espíritu, se hizo lugar con su general.

Iba nuestro valeroso Francisco lleno de arrogancia, confiado en sus 23 años, no cumplidos, y hecho cargo que servia al Rey, y por ello sufriendo las continuas penalidades, mortificaciones, mala comida, peor cama, obediencia ciega y arriesgada la vida, no solo por llevarla espuesta á toda inclemencia, sino por correr en busca de los enemigos de su patria. Mal juzga quien llama la vida de la milicia viciosa, cuando á cada paso ofrece ocasion para lo perfecto. Esta siguieron de entrambos testamentos los mayores santos. En el antiguo Josue, grande segun su nombre, y del Salvador anticipada copia (1): el gran caudillo Moisés, muy agradable á los ojos de Dios (2): David, gran soldado, que por diez mil valía; héroe cortado á la medida del corazon divino (3): los valientes Macabeos, todos santos, de lo sagrado devotísimos, de la oración amantes, y que por el honor del culto debido á la

(1) Eccles. 46 seg.

(2) Acter., c. 13.

(3) Mach. 1, tit. 2.

mayor magestad dieron las vidas (1): en el nuevo Testamento un Centurion, cuya fé no tuvo semejante en Israel (2): un Cornelio, comandante de la brigada itálica, y de los gentiles gloriosa primicia (3): el gran Teodosio, que empezó á servir de soldado raso, y en cuyo elogio se esmeró la pluma de S. Ambrosio: S. Fernando el Católico, singular gloria de España: un S. Juan de Dios, S. Camilo, S. Ignacio de Loyola, fundadores de tan ilustres religiones. En fin, si fuese dable déjar correr la pluma, se pudiera formar un *Flos Sanctorum* abultadísimo de santos, que resplandecen en la Iglesia, habiendo seguido el militar estruendo en la campaña: conténtome, por último, con recordar la legión fulminante en tiempo de los romanos (4). La Tebea con su caudillo S. Mauricio, y aquellos diez mil soldados, que en tiempo de los dos azotes del cristianismo, Diocleciano y Maximiano, espionaron sus alientos por la verdadera fé entre inhumanos martirios. A imitacion, pues, de todos estos ejemplares, seguia este ínclito héroe la vida de soldado, quizás ensayándose para la verdadera milicia que le esperaba en el Perú.

Con crédito de buen soldado, y hombre de valor, pasó en las galeras de España á Cartagena de Levante, y despues á Gibraltar y Cádiz, donde no sé por qué lance se halló sentenciado á muerte y al pié de la horca; así consta de la declaración de dos sacerdotes, á quienes se lo dijo el mismo siervo de Dios, quien en este riesgo de la vida siguió á mi Patriarca Santo: no consta el modo cómo se libertó, sería sin duda por alguno de los que la Providencia divina proporciona á sus escogidos, ó igual al acaecido con mi glorioso padre. Estando ya para ejecutar la sentencia, se apareció un caballero interponiendo sus ruegos con el capitan general, por cuya orden le iban á ahorcar, ángel sin duda muy parecido al que

(1) Mach. 1, c. 4, t. 2. (2) Luc., c. 7. (3) De Obít. Teod.

(4) Tod. cod., lib. el B. Sold.

ablandó la dureza de las cadenas de S. Pedro. (1); ó al que trasformó en aura suave la boracidad del fuego de Babilonia (2).

Libre ya de este riesgo el congojado Camacho se embarcó en el patache *Margarita*, con plaza de sargento, y pasó á Cartagena de Indias, donde enfermó y se curó en el hospital que mi Religion sagrada tiene en aquella ciudad. ¡Oh Francisco, cuánto bien ha de sacar Dios de tu mal, pues te ha introducido en la piscina de la caridad. Mira que tu enfermedad ha de ser medio para sacar grandes bienes, pues las enfermedades del cuerpo muchas veces vienen á ser medicinas para las almas; ellas enseñan que somos mortales, y que á la fuerza han de acabar con nuestra existencia: repara que la salud en que se sustenta la vida, no es tuya, pues tan fácilmente la has perdido; atiende lo poco que se puede fiar en cosa tan frágil; ten presente que los pecados de ordinario suelen acarrearlas, y teme al juicio de Dios, quien si en el tiempo de la misericordia castiga, ¿qué será en el de su justicia?

Recobrada la sanidad, penetró al nuevo reino de Granada y provincia de Quito, de donde vino á esta ciudad de Lima, y se acomodó para servir de administrador en la hacienda de Copacabana; tres años asistió en el valle de Carbaño, mas su natural, demasiadamente entero, y condicion bastante agria, no se avenia bien en el gobierno de los negros. Corrió las provincias de Bombon, Nuevo Potosí, Conchucas y otras circunvecinas, rodando siempre con las licencias y desgarró militar de una en otra fortuna, y siempre de mal en peor, hasta caer á los pies de Cristo, como otro Sauló. Confieso que así consta de los autos; pero ni la negacion en el apóstol Pedro, ni en S. Pablo la persecucion contra el nombre cristiano, ni en Sta. María Egipcíaca las disolucio-

(1) Act. Apost., c. 12. (2) Dani, cap. 3.

nes, ni en Sta. Margarita de Cortona las vanidades, ni en S. Bonifacio y David los adulterios, ni los hurtos en S. Dimas, ni las echicerías en S. Cipriano les disminuye en un ápice sus glorias, antes bien, segun refiere Sta. Geirudis, hablando de la vision que tuvo Sta. Maria Magdalena, las culpas lloradas son preciosísimas piedras para el mayor adorno de sus galas (1); mas como en la historia es la verdad la que se debe escribir, es preciso buscar la mejor luz para su entera claridad y ejemplo de los pecadores, como al fin de esta historia se verá en el capítulo 35.

Asi corria nuestro valeroso soldado, conocido ya con el renombre del valiente de Copacabana, hasta que quizás, ostigado de la continua divagancia, y cansado de su método de vivir, volvió á esta ciudad de Lima, teatro de sus felicidades, y fecunda madre de santidad.

CAPÍTULO III.

Fundacion y descripcion de la ciudad de Lima, capital y emporio de la América meridional, con noticia de las varones ilustres que han florecido en armas, letras y santidad en todos estados y sexos.

La muy noble y leal ciudad de Rimac, cuyo nombre se deriva de un ídolo de la gentilidad, así llamado por ser parlero en lo frecuente de sus respuestas; y este propio se le dió al rio y valle por su sonido, y despues corrompido á la ciudad de Lima, poniendo en su escudo por simbolo la fruta del mismo nombre. Pasa por su Zenith; el grado 27, minutos 48, segundos 8, del signo de Acuario. Tiene esta ciudad de latitud, ó altura de polo austral, 12 grados, 15 minutos; su

(1) Vid. de los santos.

longitud es de 301 grados, 25 minutos, puesto el primer meridiano en la isla del Ferro. Asimismo tiene la diferencia de meridiano con la de París de 5 horas, 16 minutos, 20 segundos.

En el día 8 de enero de 1535 envió el marqués D. Francisco Pizarro desde el valle de Pachacamac, nombre propio del mayor ídolo de la gentilidad, que en su idioma gentilico quiere decir el hacedor de todo, á este lugar de Lima, que dista cuatro leguas, á Rui Diaz, Juan Tello y Alonso Martin de D. Benito, para que reconociesen su temperamento, fecundidad, río, leña y puerto, á fin de hacer en él la fundación de su ciudad, trasladando á ella la que habia comenzado en Jauja, y despues en Gargallan, por no poderse mantener en estas sus vecinos por la distancia del mar.

Llegados que fueron los referidos emisarios, y reconocido el valle, río, puerto y las benignas influencias de su apacible cielo, bajo el cual no debian temer experimentar truenos, rayos, tempestades, ni los ardores del sol en el estío que solo calienta con templados rayos, ni los hielos del invierno, pues jamas encanecen los montes las nieves, y observando que el blando rocío de sus nubes es suficiente para que en ella viva todo el año la primavera, teniendo constantemente matizados sus campos de flores, y vestidos los árboles con la gala de sus frescas hojas, en quienes se ven á un mismo tiempo mezcladas flores con frutas, sazónadas y por madurar, para que se regalen en ellas las posesiones y esperanzas de sus moradores, que deberian gozar una estación siempre templada, y tan feliz cual la antigüedad atribuía á sus finjidos Eliseos campos; regresaron á Pachacamac el día 13 de enero del espresado año, dando noticia de cuanto habian observado, segun consta del auto original que se halla en el libro primero del cabildo de esta ciudad al fol. 10, firmado del mismo marques y autorizado por su secretario Antonio Picado, el cual está trasuntado al fol. 9 del libro

de autos, cédulas reales y ordenanzas: en él consta este reconocimiento por las declaraciones que hicieron los referidos comisionados ante el dicho marques.

Por la variedad con que asignan el día de la fundacion de esta ciudad los autores de primera nota, diciendo Garcilaso, á quien siguen otros, y Morery en su diccionario, que se hizo el 6 de enero, día de la Epiphanía; y al contrario Fr. Antonio Calancha, y con él don Francisco Montalbo, que fue en el 18 del mismo mes consagrado á la cátedra de san Pedro; reconocí en los libros que quedan citados los autos de su fundacion, y hallé haberse comenzado el mencionado día 18 de enero, segun arroja el mismo auto, cuyas palabras decisivas son las siguientes: «Mandaba, y mandó don Francisco Pizarro, que el dicho pueblo de Jauja, y asi mismo el de san Gallan, porque no estan en asiento conveniente, se pasen á este dicho asiento y sitio; por cuanto, quando el dicho pueblo de Jauja se fundó arriba en la sierra, no estaba visto la amenidad de este valle: para que el dicho pueblo estuviere mejor fundado, se hizo la dicha fundacion de él, con aditamento y condicion que se pudiese mudar en otro lugar, que mas conviniese y pareciese; y por ahora como dicho es, conviene que á honra de ambas magestades y de los dichos pueblos se haga nueva fundación; acordó y determinó defenecer y hacer fundar el dicho pueblo; el cual mandaba y mandó que se llamase desde ahora para siempre jamas, *la ciudad de los Reyes*.”

Son muy dignas de eterna memoria y veneracion las tier-
nas y elegantes palabras del grande don Francisco Pizarro, en el auto de esta fundacion, que se hallan de letra antigua azul, en el libro primero de Cabildo y en el universal en que fue trasladado auténticamente desde el fol. 11 vuelto; las cuales son las siguientes: «La cual ciudad de Lima es-
pera en N. Señor y en su bendita Madre, que será tan grande y

tan próspera cuanto conviene, y la conservará y aumentará perpetuamente de su mano; pues su edificio es para su santo servicio, y para que nuestra santa fé sea ensalzada, aumentada, comunicada y sembrada entre estas gentes bárbaras que hasta ahora han estado desviadas de su conocimiento y verdadera doctrina y servicio. Para que la guarde y libre de los peligros de sus enemigos, y de los que mal y daño le quieran hacer &c. En 18 de enero de 1535: testigos, Rodrigo Masuelos, Ruiz Diaz y Juan Tello. Los que firmaron el auto con el marques fueron: Alonso Requelme, tesorero; García de Salcedo, veedor; como oficial real, Rodrigo Masuelas. El grande emperador Carlos V, por su cédula dada en 7 de diciembre del año de 1537, le señaló por armas de su escudo tres coronas y una estrella; por orla unas letras de oro que digan *Hoc signum verè regum est*; por timbre dos águilas con coronas de oro, y una *I* y *K* como iniciales de los nombres de doña Juana y don Carlos, segun consta al folio 14 del libro citado, en el cual se vé que esta ciudad de los reyes fue consagrada á los santos Magos, y de aqui el origen de solemnizar esta festividad con la pompa, aparato triunfal y paseo de su primitivo estandarte.

Fundóse esta ciudad con solo setenta vecinos, y al presente tiene de españoles muy cerca de diez mil, que con negros, mulatos, mestizos é indios pasan de treinta mil habitantes; compone su nobleza ilustres ramas de la mayor calidad española, y por los benignos influjos de sus astros, produce naturales, dóciles y singulares habilidades de floridos ingenios, que se adelantan á sus años produciendo al mundo continuamente en sus hijos nobles prelados para las mitras, sábios maestros, elocuentes oradores, rectos jueces y valerosos héroes que en las armas igualaron su valor con los mas señalados campeones, dando reputacion á los primeros bastones de la milicia, tanto en las campañas

de Europa como en los campos de Arauco, y militares plazas de Flandes de las Indias Occidentales, numerándose desde su fundación, que solo son hasta el presente 243 años; 12 arzobispos, 72 obispos, 10 consejeros, 12 presidentes, 14 inquisidores, mas de 100 oidores, 5 vireyes, 8 generales, 2 capitanes generales fuera de otros generales del Callao y de este mar del Sur, siendo lo mas glorioso tener tres santos canonizados, 9 por canonizar, y 104 siervos del Señor de notoria santidad.

Puso el marques Pizarro en el dia 18 de enero la primera piedra de la obra de la santa Iglesia catedral, como consta del ya citado auto de la fundacion, la cual tiene cinco naves y diez y ocho capillas, consagradas á diversas advocaciones, dándole el título de la *Asuncion de nuestra Señora*, por haberle puesto él mismo poco antes á la iglesia del Cusco; mas el santo padre Paulo III, por su bula de ereccion en Metropolitana dada en 14 de mayo de 1544 la dedicó á san Juan Evangelista. Son sufragáneos de esta los obispos del Cusco, Quito, Arequipa, Trujillo, Guamanga, Panama, Santiago de Chile, y el de la Imperial ó Concepcion. Acompañan á esta catedral cinco parroquias con un anexo.

Tiene esta insigne catedral siete puertas, tres en la fachada principal, la de en medio que es la mayor, es de orden compuesto, con columnas de piedra de una pieza, ó striadas, y las colaterales de orden dórico: tuvo dos soberbias torres que fueron arruinadas por los grandes terremotos que se han experimentado en este reino, los cuales se han reproducido, despojándolo de sus mas magnificos edificios, habiéndose experimentado desde su fundacion nueve ruinas generales, á mas de dos inundaciones del mar en el Puerto del Callao.

Corre al Occidente de la plaza, y frente á esta fachada el pórtico ó portal que llaman de los Escribanos, por te-

ner allí sus oficios, en el cual está la casa del ayuntamiento: en su bajo se ve la cárcel de ciudad: en la lonja de su portal los tribunales de los alcaldes ordinarios; y en el medio del mismo pórtico se miran las tribunas de los jueces de provincia, y correjidor de los indios de esta ciudad: al mediodía ó sur corre el portal de los mercaderes, con sus tiendas, en las que se hallan muchos y esquisitos géneros y preciosidades: por frente de este portal, que es el Norte, corre el palacio de los escelenísimos señores vireyes, ocupando cuatro cuadras en contorno con la real cárcel de corte, chancillería, cajas reales y demas tribunales.

La casa del ilustre ayuntamiento está erigida sobre varios arcos y columnas, adornada de otros iguales en su altura; fue reedificada de nuevo con los pórticos, galerías de la plaza y la grande de palacio con firme y hermosa arquitectura por el Excmo. Sr. conde de la Monclova, virey vigésimo tercio que entró en esta ciudad en 15 de agosto de 1689. Compónese este ayuntamiento de veinte y cuatro regidores perpétuos, en que se comprenden el alférez real, alguacil mayor, alcalde de la hermandad, y el juez de aguas que es electivo; precedenlos, aunque sin voto, los jueces, oficiales reales, y á todos dos alcaldes ordinarios electivos.

La longitud de cada uno de los portales que forman la plaza es de ciento cuarenta y cuatro varas, y en medio de ella hay una hermosa fuente toda de bronce, de tres cuerpos; ésta por remate tiene una primorosa estatua de la Fama, de altura de mas de dos varas, y en su alberca doce leones abrazado cada uno de una sierpe; ademas hay otras cuatro fuentes que á un tiempo vierten el agua, con todas las figuras referidas: rodéanla gruesas cadenas de hierro pendientes de columnas ó pilastras de piedra labrada: fue construida por el insigne Francisco Noguera, famoso arquitecto que hizo la fachada de la catedral.

Se vé esta deliciosa ciudad poblada de alegres y vistosas fuentes, á las que conducen el agua porcion de acueductos subterráneos que tuvieron de costo muchos millones; corre la mayor longitud de Lima, ó sus calles principales, casi al sesto rumbo, que es el esnordeste ó esudeste. Autorizan á esta madre de forasteros, y corte opulenta del dilatado reino peruano, el consejo y real chancillería pretorial con sus tribunales; el de la fé y régia casa de moneda; una célebre universidad con dos colegios seculares, uno nombrado real seminario, que fundó santo Toribio, arzobispo de esta diócesis, y el otro convictorio de san Cárlos, antes nombrado san Martín; ademas hay tres de regulares en los cuales se crien sujetos estraordinarios en el orbe literario; gozan los mismos privilegios, indultos y constituciones de la Salmatitense.

Sustenta esta populosa ciudad diez y nueve conventos de regulares, catorce monasterios, seis beaterios, nueve hospitales de curacion y convalecencias, una casa de niños espósitos para ambos sexos, y un colegio para las niñas nobles y pobres; cuéntanse por todos setenta y cuatro templos públicos, donde se rinde culto á la magestad Divina; sus adornos de retablos, ornamentos, relicarios, ramos, blandones y candeleros preciosos en cada iglesia puede formar un templo de plata; los vasos sagrados, las lámparas tan grandes como innumerables, los tronos frontales, atriles, andas de nuestra Señora y otros santos componen un imperio y triunfo de la riqueza; y las que de oro, pedrería y perlas, en custodias, coronas, joyas y relicarios tienen todas, son los mayores erarios del culto divino.

Ciñe á toda la ciudad una gran muralla con numerosos y soberbios valuartes; por el lado del Norte pasa el rio Rimac bañando la falda del monte de san Cristobal; el crecido aumento que ha tenido esta poblacion ha hecho estenderla tanto al otro lado del rio, que hoy pasa este por medio de

ella, para cuya comunicacion hay un famoso puente de piedra, con un soberbio arco que se estiende en todo su ancho, bajo del cual pueden pasar de frente con toda comodidad tres coches; tiene cinco ojos ó cauces en toda su estension, y fue construido por el célebre arquitecto Juan Corral; corona el arco un relox colocado dentro de una vistosa y hermosa torre, que sirve para gobierno del público, y recordar la buena memoria del Excmo. Sr. D. Manuel Amat, virey que fue de este reino, héroe digno de la mayor veneracion por sus escelentes obras y máximas gubernativas; desde la fundacion de esta capital la han gobernado y residido en ella treinta y tres vireyes con el actual Excmo. Sr. D. Manuel Guirion, autoridad en cuyas manos se ve la espada con la oliva, símbolos de la justicia y misericordia, demostrando en todo su gran respeto al estado eclesiástico, y conmiseracion con los pobres.

Bajo este benigno cielo han resplandecido quince arzobispos, con el actual Ilmo. Sr. Dr. D. Diego Antonio de Parada, príncipe justo y celoso del culto de los santos, á cuyo piadoso celo se debe la conclusion de la causa del ínclito y venerable P. Fr. Francisco Camacho. Últimamente, no es tan esclarecida esta ciudad por las grandezas referidas y otras muchas de que son testigos la admiracion de los estrangeros, como por la gloria de los hijos que ha producido, héroicos en santidad; entre los cuales puede contarse el venerable P. Camacho, que renació en ella para la gracia, y dar resplandor á sus tres coronas, ó para añadirse como tercera águila, á las dos que hermosean sus armas, y que se vea corresponde á cada una de sus coronas un águila real.

Nació para el mundo el venerable Camacho en Jerez de la Frontera, mas en Lima nace para vivir en Dios; no debe contarse por vivido el tiempo que estuvo envuelto en las tinieblas de la culpa, porque segun la persuasion de los san-

tos, solo se vive el tiempo que se está en gracia, y es esto lo divino: contar los días por las luces; porque el primer día se principió á numerar, luego que despejada de las tinieblas se vió brillar la luz (1).

Patria llamé la que con singular sentimiento de su casa dejó nuestro Francisco. Donde quiera que al sábio le vaya bien, allí, decia Séneca, tiene su patria natural (2); patria de Cristo, llamó S. Mateo en opinion de algunos á la ciudad de Cafarnaun, siendo así que quien lograba esta gloria era Nazaret: dicen con el Crisóstomo otros padres (3) que ningun profeta es acepto en su patria; verdad tan cierta como que salió de la boca de Cristo (4); bellamente se concilia una enseñanza con otra, pues cual envidiosa la tierra que no es patria, quiere serlo, usurpando este famoso timbre por el agrado y benignidad con que aficiona al extraño; por tanto dice el astrólogo que ningun ástro se exalta en su casa propia, sino en la ajena: Mercurio en casa de Marte; en la de Mercurio Saturno; Venus en la de Júpiter; últimamente, llega hasta los ástros la desgracia de no tener estrella en la que reconocen por patria suya.

Vuelto á Lima nuestro Camacho se hospedó en una de las hosterías ó tambos del sol, en el mercado ó baratillo: aquí fue favorecido por el Altísimo con los primeros preludios ó crepúsculos de su futura conversion, porque estando durmiendo una noche, despertó repentinamente, sintiéndose herido de un vehemente temor, que le hizo salir precipitadamente al patio, donde vió una columna resplandeciente en el aire, tan cerca de la tierra, que juzgó poderla coger con las manos, pero no pudo porque se le huyó. ¡Oh Francisco, síguela, que Dios te habla en esa columna de nube como á

(1) Gene. 1. (2) Senec. ad Gal. (3) Crist. hom. 3o in Math. Eut. Teop. (4) Luc., cap. 4.

su querido Israel (1): sal del Egipto, ó mundo en que vives cautivo, y goza la libertad de hijo de Dios.

En los mayores Santos suelen rayar con las primeras luces singulares ejemplos, que son pronósticos ó flores de los frutos que el tiempo ha de sazonar. Asombro fue que la Madre de S. Gibiberto, estando de él embarazada, viese una estrella que buscaba en sus entrañas hospedage: admiracion que se apareciese en la concepcion de S. Francisco de Paula un globo lisonjero de fuego: espanto que al nacer S. Carlos Borromeo despidiesen resplandores los tejados de su casa: consternacion por fin los sucesos que se advirtieron en los orientes de los Santos Domingo de Guzman, Benito, Bernardo, Vicente Ferrer, Camilo de Lelis, y otros, sin que se escluya á mi ínclito Patriarca S. Juan de Dios, con aquel alegre repique de campanas en la torre de la Iglesia de Santa María de Montemor, ó Monte Mayor, su patria, en Portugal, y la resplandeciente columna de fuego sobre su casa, que estendió sus rayos hasta la fuente en que fue bautizado, como consta de la justificacion que se presentó á Urbano VIII por un sacerdote de la misma parroquia, de vida extraordinariamente ejemplar.

CAPITULO IV.

Conversion admirable del siervo de Dios, oyendo predicar al venerable P. Castillo en la capilla del Baratillo.

Predicaba en aquél tiempo, y en la plaza del Baratillo, todos los domingos por la tarde el Apóstol de esta ciudad, venerable P. Francisco del Castillo: acudió á oirle, por su dicha, nuestro Camacho, y al espíritu de sus palabras sintió

(1) Psalm. 97.

herido su corazón, mudados sus pensamientos, y su alma convertida á Dios. Así el Apóstol de Andalucía, maestro Juan de Avila, en Granada, con otro sermon convirtió á mi glorioso P. S. Juan de Dios. Comenzó á disparar el soberano espíritu saetas muy agudas que penetraban con su infinita aljaba en el corazón de nuestro Camacho; y flechando el arco de su irresistible fortaleza, le penetró las telas mas secretas y escondidas de sus entrañas, quedando herido, y como siervo sediento en la necesidad de acudir á la fuente de la penitencia.

Determinóse al fin, y resolvió comunicarlo con el P. Castillo, y ponerse bajo su direccion. Parece que habia oido á David cuando con espíritu celestial dijo: «Con el santo serás santo; con el varon inocente tendrás inocencia; con el escogido serás de su número, y con el perverso quedarás pervertido.» Pero el demonio, conociendo cuán contrario suyo habia de ser, y cuántas almas por su medio se le habian de quitar, procuraba afligirle con varias imaginaciones, haciéndole argumentos sobre su mudanza, con las sugestiones tristes y halagüeñas que usa por costumbre, y con la destreza que cual comun enemigo tiene estudiada.

Grande fue sin duda la lucha que hubo entre el amor de Dios, que le incitaba á arrojarle ante aquel predicador y maestro grande, y el demonio que se lo contradecia con muchos y diversos géneros de tentaciones; mas venciendo el fervor del espíritu en su alma, se arrojó á sus pies, y con grandes ternuras le dijo: «Habia de saber que no habia en todo el mundo otro hombre mas ingrato á los imponderables beneficios que habia recibido de la mano misericórdiosa de Dios, pues aunque no fuese otro que haberle sufrido aquella bondad infinita tantos años, no tenia caudal para poderlo agradecer. ¡Oh, Padre mio! exclamaba llorando, qué fuera de mí, si Dios no hubiera querido hacer alarde de su infinita mise-

ricordia, y me hubiera castigado como merece la multitud de mis pecados! ¡Oh, Dios, origen y centro de todo bien! ¡En dónde estuviera si vuestra misericordia infinita no me socorriera!" Dió fin á estos suspiros nuestro Camacho, y empezó á referir por estenso toda su vida, concluyendo con la relacion del sermon que le oyó predicar en la capilla de la plaza del Baratillo.

Lleno de regocijo el apostólico varon, le dió el saludable consejo de que fuese á la casa de Noviciado de la Compañía de Jesus, é hiciese alli ejercicios espirituales, bajo la direccion del P. Alejo Ortiz, eximio director de almas, por lo cual, condescendiendo á las exortaciones del mismo siervo de Dios, se retiró Camacho á donde se le mandaba, y despues de haber recordado con amargura y lágrimas los pecados que habia cometido en el discurso de su vida, purificó su alma por una confesion general que hizo con suma contricion con el P. Castillo, el que encendió en su dispuesta alma celestiales luces de desengaño y desprecio del mundo.

Aquí fue donde Dios espidió abundantemente rayos y luces que traspasaron el corazon y alumbraron el entendimiento de nuestro converso: aquí le abrió los ojos para que viese la vanidad del mundo, la poca duracion de sus felicidades, y cómo su resplandor se convierte en tinieblas. Representósele la hermosura de la virtud, la fealdad del vicio, los engaños del mundo, la brevedad de la vida, la ciega brutalidad del apetito, los lazos que blandamente halagan, y mortalmente cautivan: consideraba que lo que ahora deleita, atormenta despues, despedazando con el rigor de sus dolores las conciencias, ó abrasando en eternos ardores las almas. Miraba la inconstancia de los bienes que ofrece el mundo, el vano esplendor de sus honras, el peligro de sus riquezas, la inquietud con que se desean, la fatiga con que se buscan, el temor con que se poseen, y el dolor con que se pierden: cor-

ria su memoria sobre un dilatado campo de sucesos de varias fortunas, unos de que tenia noticias, otros que esperimentó en sí, y otros de que sus ojos fueron testigos en el dilatado mundo que habia corrido: consideraba arrebatados por la muerte algunos grandes personajes, cuando ya habian conseguido un gran destino ó dignidad; no pocos jóvenes en las mas verdes lisonjas de su florida edad, unos en el mayor fervor de sus pretensiones, otros en la opulencia de sus riquezas, y algunos infelices en el mas peligroso y culpable olvido de lo Eterno.

Esta consideracion le hacia ya mirar á nuestro penitente novel con horror lo mismo que antes discurría con deleite, y pasó á tanto el desagrado de las cosas del mundo, que las empezó á aborrecer. No tenia ya esta inocente paloma dónde fijar el pie con seguridad, y acogiénose á la arca sagrada de María Santísima, se prometía en ella el sosiego de su corazon y descanso de su alma. En este recurso sentia unas voces interiores que le infundian mayores alientos para pisar el mundo, y con suave violencia, nacida en lo íntimo del corazon, repetia en su mente, y con los labios aquel trueno espantoso del Redentor (1): ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Estas palabras, que han derribado las mas soberbias torres, no dejaron de hacer efecto en el ya humilde Camacho, hiriéndole y postrándole aun mas de lo que estaba. Salió otro hombre nuestro ejercitante, convertido de leon en cordero, y con vivos deseos de ejecutar lo que fuese del mayor agrado de Dios. De aquí es que habiendo conocido con superior luz la caducidad de las cosas humanas, se dedicó todo, y entregó su corazon eficazmente á la divina voluntad en obsequio y sacrificio de la Virgen Santísima de los Desamparados, cuyos cultos recibia esta soberana

(1) Mat. 16.

señora en la casa profesa de los padres que fueron de la Compañía de Jesus, en cuyo domicilio moraba su maestro espiritual el venerable P. Castillo, móvil del culto de dicha Soberana imagen.

CAPITULO V.

Comienza el siervo de Dios á recibir favores del Altísimo y de María Santísima de la Antigua, que se venera en la Iglesia catedral.

Como tenia ya nuestro Camacho corazon puro, ánimo sincero y limpio, buscó unos regalados amores con la madre de toda limpieza y puridad, constituyéndose devotísimo sobre todo encarecimiento de la Purísima Virgen nuestra Señora; saludábala con estraña dulzura y regalo en la devocion del santo Rosario, que con atencion meditaba, pidiendo siempre á la piadosísima Virgen le alcanzase de su Hijo precioso limpieza de corazon para servirle. Con el favor de esta divina Señora consiguió grandes victorias de sí mismo, gloriosos trofeos de los vicios y del demonio. A ella acudia despues en sus trabajos, y en todas las ocasiones le ayudó la Serenísima Reina. No hubiera él llegado á grado tan supremo de virtud sino hubiera sido gran devoto de esta Señora, porque el serlo de veras es caminar á la santidad con estraordinaria velocidad, pues sin Maria no hay nada.

Entre las devociones que estableció era particular la que tenia al Smo. Sacramento del Altar; ponderaba en su divina presencia el beneficio que le habia dispensado, le daba gracias, y manifestaba sus vivos deseos de servirle; procuraba que todos asistiesen ante aquel Soberano Señor con el mayor cuidado y pureza que pudiesen, á imitacion de los santos ángeles que tienen este glorioso y santo ejercicio. En esta ma-

ravillosa leccion sacaba muchas de virtud el cuidadoso Camacho para su aprovechamiento. Aqui aumentaba el cuidado de traer su conciencia siempre limpia, escitaba su amor, crecia su agradecimiento, y deseaba dar la vida por un Dios tan bueno que se le habia dado en aquel Soberano Sacramento: de alli sacaba grandísimo afecto á la castidad, que cuidadosamente guardó, no solamente por obras y pensamientos, si tambien en sus palabras, pues ninguna se le oyó que pudiese ofender su gran limpieza. Consideraba el sufrimiento y paciencia en que tenia puesto á Dios su grande amor hacia los hombres, estando sujeto á que pecadores indignos le recibiesen en sus asquerosos cuerpos y almas, y deseaba sufrir muchas injurias con paciencia por imitar en algo la de Dios.

Se hizo particularmente devoto del Sr. S. José, y con la misma ternura del grande apóstol y evangelista S. Juan, á cuya devocion sin duda le movió el haber sido uno esposo de María nuestra Señora, y el otro tan amado de la Virgen, y haberle Cristo, Señor nuestro, dejado por hijo, guarda y consuelo de su Santísima Madre.

Confesaba y comulgaba todos los domingos y fiestas, causándole estraordinario provecho tan divino manjar, porque ademas de ser cual es, le recibia con tan buena disposicion, que este pan de ángeles confortaba su corazon, y le aumentaba tanto en la virtud, que apenas empezó, quando ya era en ella fuerte gigante, poderoso por Dios, para rendir cualesquiera mónstruos infernales. Como persona á quien Dios tenia destinada para el servicio de los pobres, siendo aun secular, se ocupaba en ir á los hospitales y servir á los enfermos; ayunaba para dar de comer á los hambrientos; afligíase para dar descanso á los afligidos; y descuidábase de sí por cuidar á los pequeñitos de Cristo, y lo que es mas, que á pesar de esto, se tenia por siervo inútil, y de ningun provecho en el servicio de su Criador; pero por este conoci-

miento de su pobreza, iba granjeando la verdadera abundancia.

Visitaba las iglesias, asistía á la predicacion de la palabra de Dios, y diariamente al santo sacrificio de la Misa, en cuya presencia estaba con suma devocion; y era tanto el deseo en que ardía Francisco de hallarse al incruento sacrificio, tanto el gozo y complacencia que en él experimentaba, que Dios y la Virgen no reusaron remunerarle este deseo y ardiente devocion con particulares y manifiestos favores.

Entró un dia de fiesta á oír Misa en la iglesia catedral, y no hallándola tan pronta como quisiera, al pasar por la capilla de nuestra Señora de la Antigua levantó los ojos á esta divina Señora, y la dijo: ¿Es posible, madre y señora mia, que no ha de haber misa en tu altar? Al punto oyó esta voz: *Espera, hijo, y tendrás misa*: quedó atónito y como fuera de sí á la estrañeza inopinada de tan peregrina voz, y mirando á una y otra parte para examinar de dónde podia haber nacido, vió, que bajando el Niño Dios de los brazos de su Madre, ya en la estatura y proporcion de 33 años, y revistiéndose con paramentos sacerdotales, se puso á decir Misa en el mismo altar, ayudándosela los apóstoles y evangelistas S. Mateo y S. Juan, los cuales, del mismo vino que habian propinado en el Cáliz, le dieron á beber, con lo que quedó tan dulcemente enagenado de sus sentidos, como el alma santa en los cantares (1), ó como los discípulos el dia que los bañó el fuego del espíritu consolador, que se juzgaba ser más furor de vino que incendio de espíritu (2): desapareció la vision, dejando á nuestro Camacho arrebatado de amor de Dios, y no pudiendo contener el interior incendio que le abrasaba el pecho, salió á la plaza con ademanes y movimientos de un hombre fuera de sí. Repararon en él

(1) Cant. 2, v. 4. (2) Act. 2, v. 13.

los niños, y comenzaron á gritarle: *al loco, al loco*, tirándole piedras y tierra, y corriendo así por las calles y plazas; á semejanza de un embriagado, era mofado con irrisiones y palabras contumeliosas.

¡Con cuánta razon dijeron del amor, si es escesivo, que con todas las dificultades atropella (1)! Tropezaba el fingido loco con una piedra, y los angelitos, que para esto les dá la naturaleza mucha gracia, le arrojaban con toda la fuerza de sus años muchedumbre de ellas. Daba un grito, y como si llevase la voz de unísono, correspondian con burlesco acompañamiento: corrian tras él, si corria; y quedaban firmes centinelas si paraba; últimamente, de esta manera le sirvieron de escolta hasta su casa tantos cuerpos de juguetona infantería. Al escribir este suceso parece que la mano no halla ponderacion alguna para encomendarlo á la pluma: cierto es que al Patriarca Noé los mas le tuvieron por loco porque fabricaba el Arca (2): loco se fingió el real Profeta cuando cayó en poder del filisteo (3): al precursor sagrado del Redentor, por verle predicar casi desnudo, y en traje inusado, le tuvieron por loco (4): á mi amado P. S. Juan de Dios, en la ciudad de Granada, le mofaron y burlaron por loco: si tal vez quiso nuestro Camacho tomar por prototipos de sus acciones á estos santos, no lo discurro.

Aunque quedó un poco apaciguado aquel efecto del amor con que Francisco era llevado de aquí para allí, la causa de ninguna suerte quedó estinguida, porque su corazón, ya soberanamente encendido del divino amor, no dejó jamás de guardarlo y conservarlo con todas sus fuerzas, y esto es tan cierto, que todas las veces que se le ofrecia alguna ocasion, al instante salian de su pecho las internas y encendidas llamas, y parecia Camacho arrebatado y fuera de sus sentidos;

(1) Robl. or. sag. f. 227. (2) Gén. c. 6. (3) Reg. 1, c. 12.

(4) Luc. c. 3.

así aconteció muchas veces, cual veremos en el progreso de su pasmosa vida, segun consta de las declaraciones contestes por los testigos de su informacion.

CAPITULO VI.

Origen de la milagrosísima imagen de nuestra Señora de la Antigua, estrella precursora de este nuevo mundo.

Creo necesario á esta historia dar una breve noticia del origen de la milagrosa imagen de nuestra Señora de la Antigua, que se venera en esta santa Iglesia catedral, por haberse dignado conceder la dicha que acabo de referir á nuestro héroe, sin duda porque como copia de la original que se venera en la santa Iglesia catedral de Sevilla, quiso manifestar su especial patrocinio á uno que habia nacido en su Arzobispado. Ahora suplico á su original la gran madre del Verbo, é Inmaculada Virgen María, postrado ante las aras de esta su antiquísima copia, me conceda lo que para sí le suplicaba su devotísimo capellan S. Ildefonso, esto es, que lo que escribiese, no solo fuese verdadero, cual lo exigen las leyes de la historia, si tambien digno por su estilo de la magestad del asunto. *Vera et digna sapiam, vera et digna loquar.*

Dios (1) que *ab eterno* produjo una consubstancial imagen de sí mismo en el Verbo, que engendra eternamente (2), y en la creacion del Universo sacó á luz en Adán un gran retrato y semejanza suya, no en la figura corporal, sino en lo espiritual é intelectual, de que consta, y es tambien Autor de las artificiales en la Iglesia; de cuya verdad nos garantiza las sagradas letras, las tradiciones apostólicas,

(1) Adcolos, v. 15. (2) Psal. 109.

el uniforme consentimiento de los Santos Padres y Concilios, y la inmemorial costumbre de los tiempos, que admitiendo su uso lo ha reputado siempre por mas divino que humano beneficio, porque Dios fue, dice la Escritura, el que al legislador de su pueblo, Moisés, mandó que en el propiciatorio colocase dos querubines (1), que mirándose uno á otro, cubriesen con sus alas el arca del Testamento, obra, que conforme al diseño, ejecutó Bercecé, artífice celebrísimo.

Dios fue, dice el libro de los números (2), por cuyo precepto levantó el mismo Moisés aquella serpiente de metal, simbólica imagen del crucificado Jesus, con el fin de que los heridos por las venenosas serpientes, fijando en ella la vista, lograsen la sanidad. Y Dios, en fin, fue el que ilustró á Salomon para que en su venerado Templo colocase aquellos dos grandes serafines, fabricados de madera de olivo, y enteramente dorados (3), obra de tan admirable escultura que no tuvo dificultad en decir Flavio Josefo que ninguno acertaria, segun su perfeccion, á describirlos con exactitud (4).

De estos irrefragables testimonios se prueba eficazmente que el mismo Dios, que en la ley escrita ordenó á Moisés y Salomon hiciesen las espresadas imágenes, inspiró tambien á los primeros fieles desde que empezó á rayar la de gracia, que tuviesen imágenes sagradas, porque aun viviendo nuestra adorada Madre, se vieron en la Iglesia bellas y prodigiosas copias suyas. Las de occidente conservan varios traslados de la bellissima imagen, retrato original de la Madre de Dios, que segun pública voz pintó S. Lucas, cuando la misma inmaculada Virgen honraba con su presencia corporal el mundo, el cual se conserva en Roma en aquella Basilica, que por ser la primera que se consagró á nuestra Señora se intitula Santa María la Mayor (5): otra semejante y de la misma ma-

(1) Exod. 25. (2) Num., c. 21. (3) 3. Reg. cap. 8. (4) Lib. 8. Antig. cap. 3. (5) Lib. 5, c. 14.

no, escribe Niceforo Calixto (1), habia en Constantinopla, en un templo que para colocarla edificó la Emperatriz Pulcherria, y la hubo por inestimable dádiva que de Antioquía le enviaron.

Siguiendo tan laudables ejemplos nuestros primitivos cristianos, usaron, cual verdaderos discípulos de la cristiana escuela de las sagradas Imágenes, y por esto en los tiempos Apostólicos, á muy poco despues, predicada ya nuestra santa fé en Sevilla, se consagró Iglesia la casa de un católico, en su principal sala ó senáculo, cuyas paredes eran de ladrillo y cal; mandó pintar en ella S. Pio Mártir, primer Arzobispo de Sevilla, discípulo de Santiago, la imagen de nuestra Señora, que por primera llamamos de la Antigua, para rendir cultos á la Madre de Dios; omitiendo por entonces el uso de imágenes de escultura, y valiéndose de la pintura para huir con lo primero de los gentiles, á apartarse con lo segundo de los hebreos.

Nadie ignora tenerse por efecto del pincel del Evangelista S. Lucas la imagen de la sagrada Virgen que venera Roma, y á la verdad, si se observa bien esta pintura, se conocerá en la semejanza del cuerpo y rostro de tan prodigiosísima efigie la indentidad que guardó con aquella, porque sin duda se tomó del verdadero y natural retrato que copió el Evangelista santo, ó de señas que dieron de esta señora los que tuvieron la dicha de conocerla, ó vieron su imagen sacada al vivo; y así el que la cotejare con el original del Evangelista, hallará en cuanto lo permite la simetría de mayor estatura, una gran semejanza en las facciones, aire del rostro, postura del manto, movimiento del cuerpo, modo de sostener el Santo Niño, y aspecto de la vista, encontrando solo la diferencia en el color del traje, pues el de la primera es tal, cual lo usó la Virgen en esta mortal vida llano y sin adornos, y el de la segunda está floreado y guarnecido de oro, cuya

(1) Vid. Spinelo, de B. virg. c. 29, n. 4.

diversidad debe atribuirse á que la representaron, segun manifiesta su superior estatura, fuera de lo humano y en estado de gloria. Tal es la hermosa gala con que nos la representa David, proponiéndola Reina inmediata al Trono de su Hijo. *Astitit Regina adextris tuis in vestitu de aurata circumdata varietate.*

Lo simbólico del manto blanco con que está vestida esta Señora nos denota mas su antigüedad, porque en los primeros siglos de la Iglesia era distintivo é insignia de nobleza, como se lee en la epístola de Santiago (1), sobre cuyo texto dijo el docto P. Alonso Salmeron (2) que la vestidura blanca en otro tiempo era Real; y solo los hombres nobles é insignes en hazañas la podian usar; y quizás por ser Real vestidura, apareció con ella el Salvador cuando hizo ostentacion de su Magestad en el Tabor; lo que no queda duda es que fue insignia de su gloria (3), como lo dice la Iglesia; y como está maravillosa imágen es obra de aquella edad, no hay duda se pintó así para demostrar su escelencia, magestad y gloria con el manto cándido, ó blanco matizado de oro.

Continuó el artifice simbolizando en la sagrada efigie, poniéndole en la mano derecha una rosa, como Reina de todas, queriendo significar en ella que como este bello adorno de los huertos, es la dominante entre las flores: María es la Reina de las Vírgenes, y escede á todas las hembras, como á las restantes flores la rosa; por lo mismo, encarnada ó de color purpúreo, porque la rosa teñida de este color, dice Ricardo de San Lorenzo, es propia de los Reyes, y se ajusta bien así para significar á nuestra Señora, porque otras hermosas flores son símbolo de santas mugeres; mas la rosa purpúrea lo es de María, que por escelencia es la Reina de las Vírgenes, y honra de todas las mugeres (4), ó

(1) Jacob. cap. 2. (2) Salm. cap. 2, disp. 3. (3) In Offic. Jacob.

(4) De Laudib. Virg. lib. 12.

más bien tiró el discreto pintor á significar que Maria era como aquella rosa, que aunque nacida entre espinas de culpas, como descendiente de Adán, carecia de todas las personales y de la comun original, cual la rosa del todo indenne, de la que lleva su bástago.

De la Soberana Virgen debemos pasar al Divino Infante que tiene sobre su brazo, porque en él igualmente hallamos lo simbólico, é indicio para discurrir la edad en que se pintó; está el Niño en ademan de bendecir con la diestra, teniendo en la siniestra un pajarillo, asido de tal suerte, que puede conservarlo vivo, ó muy fácilmente apretándolo privarlo de la vida. Señales sin duda con que nos quiso significar el primitivo Director en el camino de la Religion, que aquel infante era verdadero Dios, Criador de todas las cosas, autor de la vida y muerte, porque en la accion de bendecir denota haberle dado el ser á cuanto existe, y por esta causa los pintores, para significar lo fecundo de la Omnipotencia, ponen al Padre Eterno bendiciendo, porque su bendicion es fecundísima, y así David. (1), pidiendo á Dios la abundancia que deseaba á su pueblo, usó de estas palabras: *Benedictio Domini super vos*: la bendicion de Dios venga á vosotros. El pajarillo, en circunstancias de vivir ó morir, conforme á la voluntad del Santo Niño, representa á Dios, dueño y árbitro de la vida; por eso decia el rey profeta que en sus manos estaban nuestras suertes, y la de vida larga, ó abreviada, conforme á su voluntad (2) *in manibus tuis sortes meae*. Por peana ó coturno tiene un serafin y dos ángeles, poniéndole una imperial corona, en símbolo de ser esta Señora la Emperatriz soberana de cielos y tierra. Por todos estos indicios quisieron nuestros mayores darnos á conocer que aquella bella copia que pintaban era la Madre

(1) Psalm. 302. (2) Psal. 128.

de Dios, acomodándose al uso de aquellos primitivos siglos, como observa Baronio al año 57 de Cristo, trayendo varias pinturas simbólicas en apoyo de su aserto, que se veían en los primitivos templos.

Y como la pintura es suplemento especioso de los objetos amados, siendo del todo innegable que aquello que la escritura nos manifiesta por medio de los caracteres nos lo pone á la vista el pincel con sus colores, y por lo cual sábiamente en el derecho canónico se dice que lo que sirve la escritura al que lee, eso da la pintura al que la mira (1); por esto llamó el poeta á la accion de ver una pintura leerlas: *Quin Protinus omnia per legerent oculis* (2). Y de aquí el origen de que en nuestros tiempos se hayan ejercitado tanto los pinceles, trabajando muchos en la útil y santa ocupacion de sacar varias copias del apreciable original de nuestra Señora de la Antigua, para consuelo de sus aficionados y devotos, que no pudiendo ir á Sevilla, pueden recurrir á sus aras en esta santa Iglesia catedral, donde se venera desde el primitivo tiempo de su creacion en Metrópoli; esperando de la sagrada Virgen, no menos propicia tutela, con la veneracion del traslado, que con la que tributan á su original, y esta es una gran prueba de la ventajosa devoción que en todas las edades le han profesado los fieles de este nuevo mundo, para cuya cabal inteligencia diremos con los historiadores de este nuevo orbe peruano, que á esta divina Palas se han debido todas las conquistas de Méjico, Darien y Perú; en una palabra, el descubrimiento de estas tierras incógnitas.

Nadie debe dudar que aquellos gloriosos argonautas, que respectivamente descubrieron una y otra América del Norte y Meridional, fijaron en su ánimo conquistarían estas indómitas é innumerables gentes, con la direccion y patrocinio de

(1) Deconsecr. Dist. 3. Cap. Perlatum. (2) Virg. 6 Æneid.

la sagrada Virgen, porque á fuer de españoles, despues de Dios, pusieron toda su confianza en María, diciéndola con mejor espíritu y mas verdad que Enéas, á la mentida diosa su madre *Tu quæ, ò dubiis ne defice rebus, Diva Parens* (1). Tú que, oh Madre Santísima, en los casos asiste inciertos, guia nuestros pasos. Cuya confianza no quedó ilusoria, cual observará el curioso que lea con atencion las historias de estas vastas conquistas, en las que no solo conocerá la protección de María en ellas, sino que podrá decir, cual yo escribo sin temeridad, que María, en su venerable imágen de la Antigua, venia como delante, esforzando á los unos para el triunfo, y obligando con maravillas á los otros á la rendicion. En unos sucesos hallo nominadamente á esta Señora, y en otros la descubre el discurso, guiado de buenos fundamentos, que sacan el dictámen de la esfera de sospecha, y lo colocan en la línea de opinion fundada.

Para los descubrimientos de las islas y Tierra firme del mar Océano fue Sevilla el caballo troyano de donde salieron los que se empeñaron en tan árdua y dificultosa empresa, por lo que prudencialmente se infiere, que ellos, viendo por aquel tiempo tan ferviente en Sevilla la devocion de nuestra Señora de la Antigua, y las promesas, votos y tablas que en su capilla aparecian, la suplicaron fervorosos los favoreciese, prometiendo dilatar su culto en las Indias, lo que mas cierto prometian, quanto nó ignoraban que en lo tocante á religion se habian de acomodar las iglesias que erigiesen al ceremonial de aquella metropolitana, constituida *Matris* de todas ellas, por lo que siendo alli nuestra Señora de la Antigua el objeto de la adoracion, trajeron sus copias ó retratos para entablar aquí la reverencia, amor y culto debido á dicha nuestra Señora, á que contribuyó mucho haberse alli erigido un

(1) *Æneid.* lib. 6.

tribunal ó junta Real, á cuyas instrucciones, direccion y fondos debian los conquistadores atender para el acierto de sus empresas, de la que era el primer móvil de todo D. Juan Rodriguez de Fonseca, dean de aquella santa Iglesia, y capellan devotísimo de esta Soberana Reina, quien dió muchas copias á los descubridores de estas Indias para que les favoreciese, y que estas gentes ciegas, la primera especie que concibiesen de la Madre de Dios, y á la que primero, como á tal adorasen, fuese á esta Santísima advocacion, que tan al vivo representa á su original, como queda demostrado.

Y la verdad de que estas copias fueron conducidas desde un principio por los conquistadores desde Sevilla, lo acredita un acuerdo tenido por el Ilmo. Cabildo de aquella metropolitana Iglesia catedral el dia 26 de febrero del año de 1524, cuyo contenido literal es el siguiente: «En dicho dia cometi6 el Cabildo al Sr. Arcediano de Sevilla, y á Pedro Pinelo fagan que en la cofradía de la Antigua ganen los perdones de ella, como se ganan en esta ciudad, en las Indias, en Yucatan y en todas las partes de Ultramar; fagan que les manifiesten los perdones que tiene la capilla é imágen; y si fuere menester dar las insignias, esto es, estampas ó pinturas suyas, que las den y fagan todo lo que conviniese en este caso (1).» Creo queda con esta autoridad justificado nuestro aserto, y por ella nos consta le fueron concedidas las mismas gracias y privilegios á las copias de aquella sagrada imágen que trajeron los conquistadores á estos dominios, de las cuales habló Bernal Diaz del Castillo cuando repetidas veces dice en el capítulo 40. Puso el religiosísimo marques del Valle, D. Fernando Cortés, la imágen de Ntra. Sra., con su precioso Hijo en los brazos, en los adoratorios ó templos de las Indias; y los indios, que la vieron de estatura mayor que el natural, la llamaron

(1) Aut. cap. de 26 de feb. 9 de 1524.

la gran Tecle-ciguata, esto es, la señora Grande de Castilla. A ella acudian, rindiéndole los mas fervorosos cultos, y por esto dijo Aranda, que donde la adoracion de esta santa imagen se habia estendido mas era en el nuevo mundo de Indias, á lo que contribuyó los manifestos milagros que llamamos sucesos maravillosos, ó milagros sucesivos con que esta Señora ha favorecido á sus devotos, pues desde el primer descubridor de este nuevo mundo, el Almirante D. Cristóbal Colon, no han cesado; por lo que en la ciudad de Sto. Domingo le edificó en la catedral una suntuosa capilla, al lado derecho del altar mayor. Piedad que imitó en la ciudad de Méjico el valeroso Cortés el año de 1521, pues ademas de otros diversos templos, en que erigió aras, y colocó á esta Soberana Reina, segun refiere Aranda, guiado por Guebrardo, cuales son Cozumel, Campeche, Tabasco, Zempoala, Trascala y otros muchos, no paró hasta que logró el gusto de verla adorar en el gran templo del mayor ídolo de Méjico, llamado por la gentilidad el Cú. Ya es tiempo de que pasemos al Perú, y nos acerquemos reverentes á su altar, contrayéndonos al principal asunto de este capítulo, pues hemos corrido tantas y diversas estaciones, guiados de esta Soberana estrella.

El año de 1544, en que la santidad de Paulo III se dignó espedir el breve de ereccion en metrópoli á esta santa Iglesia catedral de la ciudad de los Reyes, el Sr. Arcediano de Sevilla, Dr. D. Juan Federegui, devotísimo capellan de esta Soberana Señora de la Antigua, remitió la copia de la milagrosa imagen que se venera en aquella hispánica metrópoli, viniendo á ser estrella fija de los alumnos de esta régia universidad de S. Márcos, quienes la colocaron en la capilla principal, al respaldo del coro, por la parte que da frente á la plaza, en un curioso y costoso retablo de primorosa talla, adornada de un soberbio arco, mallas, marialetas, atriles y

frontal de plata, ardiendo continuamente tres grandes lámparas de igual metal, y teniéndolo todo con el mayor primor, aseó y curiosidad, hijo todo del esmero, por su culto de esta ilustre universidad de doctores y estudiantes, los que reciben la borla ante esta divina Señora, reconociéndola propicia, y confesando deberse á ella la reduccion de este vasto imperio al Evangelio; el maravilloso aumento de la Religion en él, la estension de su culto, y la heroicidad de las virtudes de muchos insignes varones en santidad, y de los cuales se adoran ya tres en los altares, esperando ver muchos mas, con el ínclito Camacho, á quien como hemos visto llamó hijo, por todo lo cual se puede afirmar que de nuestra Señora de la Antigua, como de fuente ó nacimiento, corren todo lo santo y sagrado de este Nuevo mundo, por cuyo reconocimiento, así de ciudadanos como de forasteros, es venerada y reverenciada con gran piedad, religion y culto, no faltando desde el alba al mediodia una extraordinaria concurrencia de ellos que asisten á oír devotamente el crecido número de misas que en su altar se dicen, de las que muchas son celebradas por las dignidades y canónigos, no faltando los sábados uno de estos señores á cantar la Salve, junto con la armoniosa capilla de música.

Finalmente, sabe esta religiosísima metrópoli, que en su Soberana efígie tiene una copia del gran monumento de nuestra primitiva cristiandad: le consta cuánto se ha empeñado el Cielo en conservarla: está bien persuadida de los inesplicables beneficios que á la misericordia debe, dispensados como por instrumento estimadísimo á este nuevo orbe por este simulacro adorable de la Madre de Dios: ha visto los continuos y famosos milagros que á su presencia ha obrado la Omnipotencia; y la cree firmemente asilo en todos sus infortunios; y últimamente, conoce cuánto le agrada á la Santísima Virgen se le tributen cultos en este su sagrado Al-

tar, y penetrados de estos grandes deseos el Ilmo. Cabildo eclesiástico y la Real Sociedad, se han entregado á este importantísimo asunto; así es que estas comunidades respetables son solas las que saben y pueden echar todo el resto á su desempeño; viviendo como águilas generosas, observando las luces de este sol de su sagrada imagen de la Antigua, pudiendo afirmarse que los individuos que componen estas corporaciones no degeneran separadamente de esta devocion, antes si parece que en cada uno reside todo el cariño de estas respetables personas, y se ve una como especie de Sacramento, porque el todo reside en todo este gran cuerpo, y todo en cada una de sus partes.

CAPITULO VII.

Asiste el siervo de Dios Camacho á un sermón en la Iglesia de S. Pedro y S. Pablo, que fue de la Compañía de Jesus, hoy Oratorio de S. Felipe Neri: vuélvese á fingir loco, y lo llevan al hospital Real de S. Andrés.

Vuelven, dice el sabio, los rios al lugar de su origen para correr de nuevo: *ad locum unde exeunt flumina revertuntur, ut iterum fluant*, y vuelve nuestra historia á su centro despues que ha recorrido en uno y otro mundo, llevada la pluma del agradecimiento debido á tal Madre, título con que quiso nominarse el objeto de quien escribimos. Concurriendo este un dia á la iglesia de S. Pedro y S. Pablo, que se nominaba Colegio máximo de la Compañía de Jesus, estaba predicando el apóstol de Lima, venerable P. Mro. Francisco del Castillo, y por segunda vez el fuego concebido de amor dentro del pecho de nuestro Venerable reventó por los sentidos, saliendo nuevamente de la Iglesia, arrojando en el cementerio ó átrio el sombrero y la capa, á cuya demos-

tración correspondieron los estudiantes de gramática gritando: ¡*al loco, al loco!* ¡Oh loco de amor de Dios, silbado como tal en las calles de Granada! ¡Qué bien te vá siguiendo los pasos Francisco Camacho, destinado por Dios á ser hijo tuyo, pues en Lima renueva tu locura! Río de juicio se interpreta el Jordan, dice S. Gerónimo, y parece que lo perdió el día que entró en él el arca de Dios, saliendo de madre, y arrojándose y estendiéndose por riberas y campiñas: entró Dios en el corazón de Camacho, y salió fuera de sí. Una continuada tempestad de piedras y tierra le cubria por todas partes con la continuada gritería de ¡*al loco, al loco!*

Las personas de distincion y cordura viéndole tan desahogado, y reflexionando que poco antes estaba tan juicioso y modesto, le miraban llenos de compasion y lástima, condo-liéndose de la desgracia con que Dios le affijia; pero el valeroso nuevo soldado tomaba estas borrascas al modo que el monte Olimpo las tempestades y nubes, las cuales si hacen estrago en sus dilatadas vertientes, queda su alta cumbre con serenidad y tranquilidades gustosas. Bastaba para esto fijar la consideracion en que lograba singularísima dicha por concederle el cielo verse afrentado, herido de piedras, maltratado, perseguido, escarnecido, mirado como loco entre gritos y algazaras por las calles de Lima, cual por amor al mundo padeció por las de Jerusalem la magestad de Cristo.

Pasado bastante tiempo púsose de rodillas ante la Iglesia del máximo colegio de S. Pablo: en tal postura comenzó á dar tales clamores que no será mucho decir, llegaban á los cielos. Señor y Dios mio, gritaba, á quien tengo tan ofendido, tened misericordia de este pecador el mas ingrato; yo soy aquella vil criatura que á vuelta de innumerables mercedes he correspondido con infames alevosías: proseguia arañándose la cara con crueldad; dábase muchas y desapiadadas bofetadas con prontitud; despues se arrojaba en tierra, y daba gol-

pes contra ella; arrastraba su cuerpo por los parages en que mas se maltrataba; gemía, lloraba, suspiraba y se estremecía, repitiendo continuamente con el Rey Psalmista y clamores mas tristes el *Miserere*.

Atónitos quedaban muchos viendo un conjunto de estremos casi opuestos, por una parte las acciones y visages de loco ó delirante, por otra las palabras sin mezclar un leve desacierto y recitacion del sermón que acababa de predicar con el celo que acostumbraba el ínclito Mtro. P. Francisco del Castillo, y con esta perplegidad lo levantaron del suelo discuriendo llevarle por caridad á su casa, y dar cuenta al Apóstol de Lima de un suceso tan exótico; mas este primer impulso lo variaron creyendo sería más acertado conducirlo al hospital real de S. Andrés donde se curan los locos.

Era cosa rara ver que cuando este espectáculo hubiera ablandado y enternecido el corazón del sayón más tirano, servia de incentivo para la risa del pueblo el terrero de los holgazanes, y el oprobio de los estudiantes y mozos. Aunque así se veia atropellado nada sentia, porque como era intensísimo el dolor de haber ofendido á Dios, segun su imaginacion humilde le proponia, y juzgaba haberle perdido por la gravedad de sus pecados; esta pena absolvía las demás, y las anegaba en sus amargos golfos. Verdaderamente le sucedia lo mismo que á la esposa, segun el Espíritu Santo nos la pinta; pues ni el haberla maltratado en la persona, en la honra ni en la hacienda bastó para acongojarla, porque la afliccion de haber perdido á su esposo no dió lugar á otro sentimiento (1). Reducido, pues, nuestro Camacho á ser estatua que convidaba á la compasion, no faltaron dos honrados hombres, temerosos de Dios, que copiando la de aquéllos santos varones, José y Nicodemus, tratasen de quitarle de una tan pesada cruz (2),

(1) Cant. c. 7. (2) Math. c. 27.

procurando apartarle de las manos de sus perseguidores, y llevándolo con espíritu de amor al hospital, hablaron al mayordomo, que le recibió con ternura y entregó á los enfermeros, los cuales empezaron á tratarle con blandura y agasajo; bien que este modo duró poco, pues muy luego se convirtió en crueldad y aspereza. No hay regalo para el amor como padecer por el amado, en el descanso se fatiga, y en la fatiga descansa (4), motivo por el cual dijo Isaías que corrían sin molestia y caminaban sin desmayo (2) los que seguían á Dios á impulso de sus ardores, y por esto escribió la dulzura de Bernardo, que el ejercicio en servir es posesion de gozar (3); de esta manera lo enseñaron los serafines del trono, que continuando su vuelo quedaban firmes en el sitio (4). Profunda reflexión del cartujano sobre el testo, que se vió con claridad así en la mística doctora Sta. Teresa de Jesus como en S. Juan de la Cruz, quienes anhelaban únicamente por morir ó padecer para poder gozar (5). Viéndose, pues, nuestro loco de amor divino tan bien tratado, con buena cama, alimentos de sustancia, y con esto algo fuerte y robusto, prosiguió en sus acciones como verdadero loco. Los enfermeros llegaron á cansarse de asistirle, y viendo que no manifestaba mejoría y se acrecentaba su furia, determinaron echar mano del rigor y mal tratamiento, con el vulgar y seguro documento de que el loco por la pena es cuerdo. Amenazáronle á nuestro sábio loco, y llegaron las amenazas á ejecucion pronta, porque con presteza le ataron con inhumanidad de pies y manos, y con la misma empezaron á sacudirle fieros azotes. Esta fue la primera receta que aquellos enfermeros escribieron, mejor que en el papel en las espaldas y cuerpo del fingido loco. De tan buena gana y con mano tan liberal aplicaron la medicina, que

(1) Gran. del Evang. (2) Isai. c. 40. (3) Bern. apud. orm. gran. del Evang. (4) Isai. c. 6. (5) Vidas de los Santos.

no le dejaron hasta quedar rendidos y sin fuerzas, bien al revés del valeroso paciente, en el cual rebosaba por los sentidos el gozo, y por más que se veía su cuerpo matizado de verdugones y cardenales daba á entender no quedaban aun satisfechas sus ansias; de esta manera se labraba nuestro Camacho la inmarcesible corona de la gloria, tomando acaso ejemplar del apóstol Pablo cuando decia con santa jactancia, que las cárceles, los grillos, las cadenas, las piedras y demás tormentos le fabricaban la suya. Azotes no mas fueron los tormentos que padeció en esta ocasion Camacho; pero de tal calidad que si los que dieron dos ángeles á Heliodoro por sus crímenes, merecieron que el sacerdote Onías rogase á Dios por su vida, no menos estragos causaron estos en el venerable siervo de Dios siendo inocente. ¿Quién no dijera que para desahogar su llama bastaba una receta tan dura? No fue así, porque dando á entender que su aparente locura cobraba nueva furia, estimulaba á los enfermeros á que reiterasen la medicina.

CAPITULO VIII.

Prosigue el mismo asunto, aparécesele S. Juan de Dios y lo consuela, visítale el V. P. Castillo, declárase su mejoría, y sale del hospital á continuar sus santos ejercicios.

Como tenia notado nuestro venerable Camacho el modo con que aquellos ministros trataban á los enfermos, habiasele avivado el vesubio de su pecho en los primeros días que estuvo en las enfermerías del hospital, y habiendo como suspendido su discreto frenesí, derramaba lágrimas viendo el descuido en que estaban los pobrecitos enfermos por el ningún cariño con que se les asistia, el escaso y cortó consuelo que se les daba, y la falta de caridad y descuido con que se servian. Este dolor no pudo omitir de manifestárselo á los

enfermeros, valiéndose el amor de esta sutileza para que le doblasen los castigos y enmendasen la asistencia. Proseguian, pues, aquellos mancebos la curacion de nuestro enfermo de amor, y esplicándoles sentimientos de su corazon les hablaba en esta forma: «Mas crueles sois conmigo y los demas locos, que caritativos con los otros enfermos; el desvelo con que procurais azotarnos y castigarnos fuera mejor y mas acertado lo emplearais en asistir á los miserables enfermos, que además de sus dolencias padecen la mayor que es la de vuestra omision y olvido; no sé en qué se gastan tantas rentas y tan gruesas cantidades de dinero con que los piadosos católicos Monarcas han dotado este hospital para curar con solicitud y caridad los pobres.»

Estas razones, que eran propias de un hombre heróico en sabiduría verdadera de amor de Dios y del prójimo, como las decia estando en concepto de desmentado, las atribuian á la fuerza de su amor frenético; mas no por esto desconocian la verdad que encerraban aquellas lacónicas cláusulas, y tal vez se acordaban de que los niños y los locos acostumbran decir las mas evidentes verdades. Arrojaba, en fin, el valiente Camacho aquellos dardos en tal saxon y circunstancias, con tal aire y desenfado, que les irritaba el ánimo, los desazonaba y ofendia inculcándose en el dicho, mientras le estaban azotando, y con estos coloquios no solo no se acordaban de la compasion, sino que con espíritu de venganza descargaban mas cruel tempestad de azotes, dejando aquel maltratado cuerpo lleno de heridas.

No terminaba aun la industria de su amor y ansia de padecer, porque añadia cuando los sentia mas encarnizados y crueles, «castigad, castigad con valor esta carne maldita que ella tiene la culpa de todo; mirad que no sanará si la medicina no es fuerte.» Llegaron al extremo de cinco mil los azotes que en tempestuosa lluvia descargaron los enfermeros sobre

sus laceradas espaldas; mas el paciente en el rigor de los azotes pedia al Señor por merced le diesen tantos cuantos habia padecido en la columna; favor que no le fue concedido.

Apareciósele en esta ocasion, por orden del Altísimo, mi glorioso Patriarca S. Juan de Dios, como Nuncio celestial, para que le consolase y amonestara no desease ser herido con aquel mismo número de azotes con el cual lo fue Cristo Señor nuestro, sino que se contentase con aquel número con que él mismo en otro tiempo, reducido al hospital de Granada por semejante causa, habia sido afligido. En este paso se nos representa una viva imágen de S. Juan de Dios, azotado por loco en el hospital de Granada, donde le visitó su padre el Mtro. Juan de Avila: con esta celestial visita, hecho cargo el varon de Dios de las consolatorias y dulces razones del parainfo del cielo, y que el número de azotes iban rayando con el de los que por nuestro amor padeció la Magestad de Cristo en su pasion dolorosa, por haber sido de cinco mil y tantos: no pudo dejar de resistirse su humildad profunda, sin duda acordándose tambien que el Príncipe de los Apóstoles S. Pedro, condenado á morir en una cruz como su Divino Maestro, quiso poner la cabeza donde aquel Señor los pies, juzgándose indigno de univocar el martirio con Jesus (1).

A vista, pues, de lo que ocurría dió cuenta á su virtuosísimo director y padre, y como el recado no iba con aquel complemento que pedia el caso para no salir defectuosa su inteligencia, practicó lo que en semejante ocasion el Evangelista S. Juan (2), no quiso valerse de mensajero ni carta, sino visitarle en persona, y dirigirle á boca en prosecucion de su espíritu. Faltan términos y locuciones para escribir el alborozo de nuestro Camacho al ver en su presencia á su amado

(1) Crisost. apud Metaphr. (2) Epist. 2. Joan. infin.

maestro, quien le correspondia con no menor contento y gusto. Bien se puede discurrir el estado en que hallaria al sábio loco, traspasado, molido, herido, atado á una cadena, macilento, flaco y casi exánime por la tormenta de tanto azote como sufrió por Cristo; mas con todo alegre y fervoroso para proseguir con este género de vida hasta dar el último aliento, y con este ánimo le preguntó al santo director le mandase lo que debia hacer, si proseguir en el comenzado delirio ó emprender otra carrera, pues uno y otro haria con obediencia ciega. El venerable maestro lloraba viendo en Camacho un fruto casi enteramente sazonado para el cielo: las lágrimas le embargaban la lengua, viéndole tan aprovechado en todo género de virtudes: levantaba los ojos á Dios dándole las debidas gracias por haberse valido de su estéril barro para producir en sola aquella planta tan gran cosecha espiritual.

Fluctuaba el corazón del insigne P. Castillo en una lucha de afectos: se regocijaba estrordinariamente en ver esta nueva planta consumada en la humildad y en el desprecio de las cosas de este mundo; se admiraba de ver la braveza y condición que tenia de león el valiente de Copacabana, nombre que le dieron los que experimentaron su condición tan feroz y arrojada, convertido en cordero, y al mismo tiempo del rigor con que era tratado, y rumbo que con el fin de padecer por Cristo habia escogido; por otra parte lo acerbo de los azotes á que se sujetó, y la crueldad de los enfermeros, no dejaban de entristecerle; al mismo tiempo la misericordia de Dios en mandarle por Nuncio al Patriarca y segundo Abraham de la ley de gracia mi adorado P. S. Juan de Dios.

No hay motivo para negar en el P. Castillo esta contradicción de afectos cuando observamos que nuestro adorado Jesus, en medio del deseo de su alma por padecer para la redención del género humano, se entristeció en la agonía del

huerto hasta morir (1). Condolido y juntamente alegre aquel maestro espiritual quiso confortarle diciéndole, se apercibiese para salir á campo descubierto y pelear hasta la muerte contra los enemigos del alma, confiando en que el Señor le asistiría en cualquier lucha (2). Quedó nuestro Camacho tan agradecido y lleno de consuelo con la visita y doctrina de su venerado maestro como con la de mi adorado P. S. Juan de Dios, desaciéndose en rios de lágrimas, pues tambien hay llanto de gozo, y dando á conocer era efecto de la nobleza del Espiritu Divino, el magisterio de aquel apóstol de Lima, y que á impulsos de la tercera persona de la Trinidad augusta se formaba Francisco Camacho perfecto discípulo; consolador óptimo le llama nuestra madre la Iglesia (3). Maestro del género humano que bajaria á enseñar las verdades menos claras, dijo el Redentor tratando de su venida sobre el sagrado colegio (4), y todo esto en raudales de lágrimas lo funda su amor substancial é infinito (5).

Mandóle, al fin, como prudente médico el V. P. Castillo diese á entender su notable mejoría, pues ya bastaba de fingida locura, y que hecho esto convenia á su alma salir del hospital y seguirle á la casa profesa de los Desamparados, en donde trataría con despacio lo mas acertado para el Divino servicio. Con esto echóle la bendicion, y rogó á los mayores le dejasen libre: estos respondieron al V. P. Castillo que el enfermo estaba rematado loco por haber dado las últimas señales de su amencia, y era imposible darle libertad; mas el santo varon, á quien era notorio que solamente la eficacia y abundancia del Divino amor, de que estaba lleno el corazon de nuestro Camacho, era la causa de su fingida locura, no se detuvo un momento en responderles: «Tal sea mi locura.»

(1) Math. c. 26. v. D. Thom. (2) 1. Cor. (3) In fest. Pent.

(4) Luc. c. 12. (5) Ad Rom. c. 8.

No dejó de hacer eco y bastante ruido en el hospital la visita y razones del P. Castillo, á aquel que creían loco, pobre y desvalido, porque no tenían presente la doctrina del Apóstol de las gentes, Pablo, cuando dijo eran como vidrios colorados nuestros ojos, en esposicion de Cornelio (1), porque así como el que mira por un vidrio azul todo lo que ve le parece azul, y al que por uno verde todo se le representa así; mirando á nuestro héroe, solamente por sus demostraciones de locura, juzgaban ser efecto de la desorganizacion de su cerebro. Los enfermeros fueron de los mas engañados en este asunto, y por lo mismo, como estaba en manos del enfermo la dolencia, quedó al arbitrio de él conocieran la mejoría.

Así es que de repente le advirtieron sosegado y quieto, preguntando y respondiendo como el mas cuerdo, fundando sus discursos en razones de mucho peso, por lo cual le declararon libre de la cura, y suspendieron el medicamento cruel. Sabida la salud de Camacho por el mayordomo, mandó le quitasen las prisiones, dejasen la puerta abierta, y le permitiesen andar solo por toda la casa: con esta orden, que se ejecutó en el momento, consiguió el varon de Dios respirarse, no solo su naturaleza, antes sumamente oprimida, sino su caridad, que por instantes iba aumentando. Asistia á los pobres enfermos, los consolaba, animaba á la paciencia, exhortándolos á que todo lo sufriesen por aquel que padeció muerte en un infame suplicio. A los oficios mas humildes se aplicaba con mas agrado; las dolencias ajenas le hacian mas impresion que si fuesen propias, hasta decir que se hallaba en aquella ocupacion tan bien, como en su centro natural; mas como por disposicion divina habia de ilustrar mi sagrada religion hospitalaria, que se iba estendiendo por los cuatro

(1) Ad Corint. c. 13 Alap. sup. Ep. Pauli.

ámbitos del mundo, con conocida utilidad y consuelo de los pobres enfermos: no bastaba ejemplarizase solamente á todos los de aquella casa, sino que era necesario derramase su luz edificante desde el Oriente al Océano, y del Septentrion al Mediodia.

Llegó por fin el dia en que tenia determinada su salida para la casa profesa de los Desamparados: despidióse con recíproca ternura y llanto, así del mayordomo, como de los enfermos y enfermeros, pidiéndoles perdon á todos de sus molestias, y dándoles las gracias por los buenos oficios que por su bien habian hecho, á que le contestó y dijo entre suspiros el mayordomo: «No tiene duda, Francisco, que os quisiéramos mas tiempo en esta casa, y uno de los motivos, dejando á parte las utilidades de los enfermos, es para que cobraseis mas fuerzas; pero siendo vuestra determinacion diferente, Dios os guie, y derrame sobre vos su bendicion soberana.»

CAPITULO IX.

Sale del hospital, preséntase al venerable P. Castillo, y dedícase en la Iglesia de los Desamparados á seguir sus ejercicios santos.

Con el consuelo de haber tolerado por amor de Jesucristo aquella que el mundo tenia por locura, y era en verdad altísima sabiduría de la Cruz, salió de aquel hospital, dirigiendo sus pasos á la casa profesa que fue de la Compañía de Jesus, concha donde residia su verdadero maestro. Llegó á dicho santuario nuestro Camacho, poco menos que cadáver con aliento; la estremada flaqueza en que se hallaba, lo maltratado de su cuerpo, las roturas de sus vestidos, la descalzéz de sus pies y cabeza descubierta le constituían objeto digno de toda compasion. Bellamente le cuadra la ponderacion que se

suele hacer de otros santos penitentes, llamándoles por su figura raíces de árboles (1). Recibióle el maestro con amor de padre, á que correspondió Francisco con cariño de hijo; pero tan respetuoso, que juzgándose en su interior pecador el mas grande, le parecia ser indigno de disfrutar la presencia de aquel santo director, al modo que S. Pedro del Redentor (2). Mandóle descansar algunos dias para que se reparase: preguntóle por sus acaecimientos desde la última vista, y trataron con tanto desvelo y eficacia del negocio de la salvacion de su alma, y gobierno de su espíritu, que con aprobacion del santo maestro se confesó con él generalmente.

Corta es la fuerza de la pluma mas elocuente y perfilada para espresar debidamente con cuánto dolor, lágrimas y señales de arrepentimiento verificó este acto; me contento con decir que al venerable P. Castillo le sirvió aquella confesion de pasmo y confusion propia: esplayado asi su espíritu se dedicó enteramente á la oracion; conocia ser ya esta la fragua, en la cual, ardiendo ya el fuego divino, se fabrican las armas, mejores que las que fingió la antigüedad, forjaban los cíclopes en la herrería de Bulcano (3) para combatir con los enemigos del alma: meditaba vivísimamente sobre los beneficios recibidos, y la diferencia entre lo temporal y eterno, y por consiguiente heria su alma aquella reflexion poderosísima del Dr. Seráfico S. Buenaventura: «si quieres vencer las tentaciones, pasiones y aflicciones, procura ser hombre de oracion: si deseas conocer los engaños de Satanás, y burlar sus lazos, procura ser hombre de oracion: si quieres caminar con alegría en el camino de la virtud, y pasar los trabajos sin trabajo, procura ser hombre de oracion: si quieres no distraerte, y desterrar de tu alma todos los malos pensamientos, saturándola en devocion, y llenándola de santos pensamien-

(1) Sta. Teresa de S. P. Alcántara. (2) Luc. c. 5. (3) Trat. de los Dioses, l. 1, part. 1.

tos, procura ser hombre de oracion; y finalmente, para auyentar todos los vicios, alcanzar todas las virtudes, y llegar con rectitud á la cumbre de la perfeccion y santidad, procura ser hombre de oracion (1).

Tanto se consagró á este santo ejercicio el varon santo, haciéndose cargo de ser raiz de toda la perfeccion de espíritu, que no solo ocupaba los dias en ella, si tambien las noches enteras. De este modo se abrió una entrada casi continua en la capilla de la Sma. Virgen de los Afligidos, en donde sin cesar, y con un plenísimo recreo de su alma, pasaba la mayor parte del dia y noche. Este, su reciente siervo, fue lleno y recreado por Dios de los superiores dones con muchas visiones celestiales; asi sucedió que estando un dia patente el augusto y divino Sacramento, espuesto á la pública adoracion de los fieles, vió sentado al pie de la custodia un niño de extraordinaria hermosura, y volviendo con reflexion á verla, observó al mismo niño en la hostia. Estas apariciones, ora sea por inmutacion del objeto ó de las especies sacramentales, siempre son milagrosas, como sienten con Sto. Tomás, y el eximio Dr. P. Francisco Suarez, los teólogos (2).

Asistiendo otro dia al incruento sacrificio de la Misa, en la capilla de la Sma. Virgen de la Concepcion, situada en la Iglesia del Seráfico Francisco de Asís, vió que corria tan gran copia de preciosísima sangre del costado del Smo. Cristo que está en el segundo nicho del Altar, que todo su cuerpo Santísimo quedó bañado de ella; y de esta intelectual vision se encendió con tal devocion y amor en la pasion del Señor, que venerándola sin cesar, meditaba en ella frecuentísimamente, y asi sucedió en su extrema agonía, que teniendo en sus manos el simulacro del Crucificado, lo retenia, aplicando sus labios á la herida del costado, cual si de él lactase algun

(1) D. Bern. in Medit. vit. Cristi. (2) D. Tom. 3, p. q. 76, art. 8. Suarez q. 3, in 3, p.

licor, ó como oficiosa abeja, de tal suerte, que le dijo el religioso enfermero: «mire, P. Fr. Francisco, que es el Santo Cristo:» «ya lo veo, contestó el siervo de Dios; bien sé no es jarro de agua»; volviendo despues con mayor ansia á beber en aquella fuente de misericordia.

Entregado, pues, á la oracion con tal vehemencia, unida al continuo ayuno y mortificacion, que le sirve de báculo, y es necesaria muchas veces para el triunfo, segun dijo la sabiduría infinita (1), y con el cual el alma levanta mas su generoso vuelo, por cuya razon escribió la sublime pluma del Crisólogo, que el ayuno es de las virtudes nave, y llave del Cielo, que lo franquea hasta colocar el alma en la divina Presencia (2); y de esta arma, asi doble, se valieron muchos santos, con singularidad el Dr. Angélico Sto. Tomás (3); y no menos nuestro Camacho, vencedor de innumerables luchas, y triunfante de molestas baterías que fabricaba el infierno.

Asi se coronaba nuestro Camacho, hércules invicto, al mismo tiempo que conseguia favores de la Magestad suprema, resplandeciendo en él la promesa del Redentor cuando dijo que suplicando lograrían el deseado despacho (4) de este medio tan eficaz, omitiendo por mas notorios ejemplares los de la Reina de los ángeles, S. Pedro y S. Pablo, se valió S. Juan Evangelista para resucitar á Drusiana, puesta en el féretro, para ser conducida al sepulcro; del mismo para convertir unas ramas de árboles y guijarros del mar en preciosísimas piedras, volviéndolas despues con nuevo prodigio á su ser; de este para derribar los cimientos del templo de Diana; de igual para no dañarle el veneno, y para que lograsen segunda vez respirar los que habian padecido el indispensable horror. De este medio tan eficaz se valió S. Mateo, Apóstol y Evangelista, para volver la vida á Exippo, hijo del Rey

(1) Mat. cap. 17. (2) Crisol. ser. 11, 12, 34, 41 y 43. (3) V. de Sto. Tom. (4) Joan. c. 16.

de Etiopia (1); del mismo se valió S. Judas Tadeo para sanar á Abagaro, Rey de los Medos, librando su alma de tinieblas, y su cuerpo de intensísimos dolores: de este San Andrés Apóstol para libertar á Nicolao del vicio de la torpeza: de igual S. Bartolomé para dar perfecta salud á la hija del Rey Polemo, en la India Lunática declarada; y de iguales peticiones se valieron Santiago, patron de España, para sanar á un paralítico, y S. Bernabé estando en la isla de Chipre; pues tocando á muchos enfermos con el Evangelio de S. Mateo, escrito de su mano, por medio de la oracion, quedaron sanos. La gloriosa Santa Marta, que hospedó en su castillo la soberanía de Cristo, logró por la costumbre de orar, cien veces al dia de rodillas, imponderables mercedes (2), y para no detenerme mas en este asunto, diré que tuvo la mas clásica aprobacion de ser la óptima parte, cuando entregada á la contemplacion María Magdalena, su hermana, quedó humildemente á sus pies estática (3).

CAPITULO X.

Entra en la Religion con particulares señales del Cielo, acompañado del Arcangel S. Rafael, y guiado de Cristo Crucificado.

Armado, pues, el venerable siervo de Dios Camacho con estas armas de luz, le concedió el Señor manifestarle su gusto, cual era saliese del siglo para vivir en religion; pero su corazon padecia angustias y perplejidades porque deseaba elejir un estado de vida, en el cual mas plena y perfectamente sirviese á Dios, é inclinándose su ánimo en-

(1) V. Abd. Eusebio etc. Marul. ap. Saliam frut. sant. (2) Aut. cit.

(3) Aut. cit.

tre los religiosos institutos al de los menores observantes reformados del Serafin llagado, como fluctuase dudoso en su resolucion, y profesase puntual observancia al venerable P. Castillo, su director, en cuanto hacia; al punto fue á comunicarle la nueva inspiracion que sentia en su alma; y revelado este secreto de su intencion y duda, le amonestó ser del agrado de Dios, que para servir á los pobres se entrase en el sagrado Orden hospitalario de mi adorado P. S. Juan de Dios, lo cual tenia ya anotado entre sus memorias en un libro que le demostró con estas palabras: *Francisco Camacho, religioso de S. Juan de Dios.*

Aun con todo quiso nuestro Señor por sí declararle ser de su agrado esta eleccion, para que saliendo Francisco de la capilla de los Desamparados, donde acababa de recibir la órden del venerable P. Castillo, y dirigiéndose á hacer oracion á la Sma. Virgen del Rosario, en la Iglesia de Predicadores, para ofrecer su corazon á esta Soberana Reina, se le puso delante un mancebo muy hermoso, sin duda el Arcángel S. Rafael, como guía y protector de la hospitalaria familia de mi adorado P. y Patriarca S. Juan de Dios, quien le dijo: ¿Qué hay, paisano? ¿Pues de dónde es vuesa merced? le preguntó Camacho. Yo soy de Sta. Fé, le respondió el mancebo; pues yo soy de Jerez, le contestó el siervo de Dios, ¿cómo seremos paisanos? Tambien yo soy de Jerez, dijo el mancebo; y tenemos un negocio que tratar en el convento de S. Juan de Dios: pues vamos, respondió Camacho. Marcharon juntos, conversando apaciblemente hasta llegar á la portería principal del convento de nuestra Señora de las Mercedes, en donde se le desapareció el mancebo, y levantando los ojos se le representó en el aire Cristo Crucificado: suspenso quedó, y herido de amor á tan Soberana vista, y recobrándose lo mejor que pudo, continuó su viage hasta el lugar citado de san Juan de Dios, mi Padre, en cuya portería halló algunos re-

ligiosos, que le saludaron diciendo: Sr. Francisco Camacho, sea vuesa merced bien venido: pues, padres mios, ¿de dónde me conocen? les contentó Camacho; y ellos le dijeron: aquí nos avisó un mancebo que vmd. venia á pedir el hábito, y que se llamaba Francisco Camacho: á estas palabras, hincándose de rodillas el buen Francisco ante un Sr. Crucificado que estaba en la portería, reconociendo tan dulces prevenciones de su providencia y misericordia, pasó despues en busca del prelado á pedir el santo hábito, que recibió el dia 3 de octubre del año de 1663, siendo Prior del convento el R. P. Fr. Melchor del Cármen.

Cuando se vió vestido con aquellas armas comenzó á sentir nuevos brios para rendir vicios y entronizar virtudes. Estudiaba en recogerse con Cristo, y oirle las admirables lecciones que desde la cátedra de la Cruz le enseñaba. Inflamábase en el amor de su Redentor, y olvidábasele todo lo que no era Dios. Acordábasele todo género de penitencias y ejercicios virtuosos, conforme á su vocacion. Esmerábase en la limpieza de corazon, y con sus santas prevenciones, y grandísimo recato, fue Dios servido guardase todo el resto de su vida el tesoro preciosísimo de la castidad, que cual como conservado en vaso de barro, es necesario particularísimo cuidado para evitar todas las ocasiones que al menor deslíz pueda dar entrada al enemigo, que continuamente procura dejar al alma sin esta riqueza.

Y pues ya le tenemos en el puerto seguro de la Religion, recojamos velas, y echemos las anclas, ínterin reunimos, como una guirnalda, los repetidos favores y misericordias de Dios para convertir á este hombre. María Santísima le llama hijo; por aquí principió el Todopoderoso á favorecerle: Jesucristo le dice Misa, y dió á beber del vino de su Cáliz por mano de los dos Apóstoles y Evangelistas, S. Juan y S. Mateo: S. Juan de Dios, mi padre, le visitó en el hospi-

tal, y le acompañó en los azotes: el Niño Dios se le aparece en la hostia, y crucificado se le mostró bañado en sangre: el Arcángel S. Rafael, en disfraz de mancebo, lo llama paisano, y encamina como otro Tobías al convento hospitalico. ¡Oh cuánto para la gloria de Dios debe importar la conversion de esta alma! Zaqueo subió al Albor con el fin de ver á Cristo; pero aquí el Señor, para que Francisco le vea, se le aparece crucificado en lo alto; con lo que dió á entender sin duda que Cristo hizo empeño de su mayor fineza para obligar á este su siervo. Me importa entrar en tu casa, le dijo Cristo á Zaqueo. ¿Y qué os importa, Señor, podemos preguntar, que tan de prisa le favoreceis? ¿qué obras, qué limosnas, qué virtudes se han visto en sus manos que así han arrebatado vuestros ojos? Mucho, responde la Magestad divina, porque en este novel ha de lograrse otro limosnero, hijo de Abrahan, ó Juan de Dios, y así no hay que admirar emplease su amor todas sus misericordias y favores en ganarle, pues tanto á los pobres, que representan á Cristo, habia de importarles.

Si por aquí comienza el P. Camacho, ¿por dónde acabará? Si estos son los principios de su virtud, ¿cuáles serán los fines de su perfeccion, despues de treinta y cinco años de vida religiosa en el continuo ejercicio de virtudes, penitencias, ayunos, oracion y empleos de caridad? Si en quien solo le desea servir emplea Dios tanto caudal de misericordia, en quien le sirvió despues con tan ardiente fineza, fidelidad y amor, ¿hasta dónde no llegaría el resto de sus favores?

Pregunta el angélico maestro si Moisés fue el mayor de los Profetas (1), y responde que sí, fundándose en que Moisés vió á Dios, como Pablo en su rapto; y prosigue diciendo: ¿cuál de los dos os parece mayor santo? Cotejad méritos y favores, y vereis que Moisés mereció ver á Dios despues de

(1) Div. Thom. 2. 2. g. 174 art. 4.

muchos años de méritos y servicios; pero Pablo logra verlo al principio de su conversión, comenzando por donde los mayores santos acaban (1). Apliquemos, pues, con el respeto y proporcion debida, esta doctrina del ángel maestro á los favores y misericordias de Dios, hechas á su siervo Camacho, tan en los principios de su conversión; y si esta es la faldada del monte, ¿cuál será la cumbre? Si tan crecido viene por las orillas el río, ¿cuáles serán las corrientes? Si así se coronan los principios de su carrera, ¿cuál será el galardón en la raya última del estadio?

Entre tanto que damos razón del año de aprobacion ú noviciado de este venerable, haré una breve relacion de la fundacion del dichoso convento hospital y casa matriz de san Diego de Alcalá, cuna de este ínclito Varon, y de otros doce ilustres en santidad que han florecido en esta santa provincia del Perú y Chile, intitulada del Sn. S. Rafael.

CAPITULO XI.

Fundacion del convento y casa matriz del sagrado Orden de N. P. S. Juan de Dios de esta provincia del Perú, nombrada del Arcángel S. Rafael.

Habia en esta gran ciudad de Lima dos virtuosos consortes, que deseosos de hallar los tesoros del Cielo, pusieron los que tenian de la tierra en manos de los pobres, para encontrar en ellos mas fácilmente los que buscaban. Emplearon, pues, su hacienda en la fundacion de un hospital para los enfermos que salian del general, nombrado S. Andrés, con designio de que en él convaleciesen, dedicándole á san Diego de Alcalá, con cuyo nombre, y el de convalecientes,

(1) Id. ad Corint. cap. 12, lect. 1.

lo titularon: llamábanse los devotos fundadores D. Cristóbal Sanchez del Vilbad y Doña María, de Esquibel, quienes consiguieron licencia del Rey para esta fundacion el año de 1594, la que retuvieron en sí cuatro años, hasta que tuvieron noticia de haber llegado al nuevo reino de Granada religiosos de mi sagrado Orden, á quienes solicitaron para que viniesen á hacerse cargo de este nuevo hospital, con cuyo fin llegó á esta ciudad el R. P. Fr. Francisco Lopez, varon de notoria santidad, quien habiendo ajustado las capitulaciones convenientes, y héchose cargo de sus rentas para la estabilidad de doce camas, determinó volver á Sta. Fé, así para traer religiosos operarios, como para solicitar licencias del Sumo Pontífice Clemente VIII, que entonces gobernaba la Iglesia, y de nuestro Monarca el Sr. D. Felipe II, quien murió el mismo año de 1599, en que la dió para que pudiesen entregar el dicho hospital, que con su hacienda habian fundado los devotos seculares á los religiosos de mi Orden.

Venido á esta ciudad de los Reyes el religiosísimo P. Fr. Francisco Lopez, con cinco alumnos de mi ínclita Religion, tomó la posesion de este convento á principios del año de 1606. Reservó para sí la fundadora viuda el título de patrona por su vida; pero así que pagó el tributo de haber nacido á la muerte, dejó en su testamento y última voluntad el gobierno, administracion y patronato al R. P. Lopez, como Prior que era del convento hospital, y á todos los que le sucediesen para siempre jamás, con cláusula irrevocable, y sin que pudiese ni hubiese lugar á ninguna interpretacion; el cual fue presentado al Excmo. Sr. Virey, marqués de Montes Claros, y al Ilmo. Sr. Arzobispo, el glorioso Sto. Toribio Alfonso Mogrobejo, y no habiéndose encontrado dificultades para su cumplimiento, se confirmó, y ha quedado el gobierno y patronato en la religion y prelados locales de este convento, cual lo pide la dicha cláusula.

De este principio, en 172 años de fundacion, se ha extendido mi sagrada Religion en 24 hospitales, ó probáticas piscinas por todo el Perú y Chile. Compónese esto que llamamos Perú de diferentes reinos y provincias, que tienen 28 obispados, 2 arzobispados, 150 ciudades, sin contar villas, lugares y otras poblaciones, gobernadas por 136 corregimientos. Los reinos se denominan de Lima, Charcas, Quito, Chile y la Paz, porque el nuevo reino de Granada, que está en lo que se dice Tierra-firme, tiene mas de 500 leguas de llanos, siendo su ancho de 10 y de 15 leguas, lo demas son montes y cordilleras, que aquí llamamos andes, y principian en el estrecho de Magallanes, y corren hasta Panamá, y nombre de Dios, que es ya Tierra-firme.

Se hallan en las entrañas de esta gran cordillera las ricas minas de todos los metales y piedras preciosas que atraen á muchos del otro mundo, con el ánimo de buscar plata y formar caudal para hacerse poderosos y caballeros, sustentando á costa de su conciencia la grandeza y nobleza, de que tal vez se están riendo sus pañales.

Mejor que los ricos metales que da este reino, son los varones que continuamente ha producido y está produciendo en santidad, pues de mi sagrada Religion desde su fundacion se numeran 12 religiosos, que cual resplandecientes ástros han ilustrado esta provincia con sus ejemplares vidas para edificacion de los moradores de este reino, siendo uno de ellos nuestro venerable siervo de Dios Fr. Francisco Camacho, quien como lumínar mayor reluce entre los ástros de nuestra sodalidad religiosa.

No siendo de inferior esfera los que han brillado en las demas comunidades religiosas de ambos sexos, pues de la luminosa estrella de Sto. Domingo se señalan 14, de los que se hallan tres causas en Roma, clamando por su beatificacion: del observantisimo convento de Jesus, y provincia de los 12

apóstoles, se manifiestan con los que han logrado las palmas del martirio 22, y en los altares el glorioso Sto. Solano, apóstol del Perú: de la remontada águila africana, Orden de ermitaños, se cuentan con los mártires el número de 9, además de otros muchos insignes, en todo género de virtudes: de la ilustre orden de redentores mercenarios se numeran 16, y de estos tres causas se hallan en la romana curia, esperando se declaren beatos.

De la compañía de Jesus, que fue espulsada de estos reinos, desde su fundacion hasta el año de su supresion, florecieron con los que se señalaron sus noticias 20 mártires y varones ejemplares en púlpito y confesonario, realzando sus heróicas virtudes el que llamamos apóstol de Lima, venerable P. Francisco del Castillo, cuya causa se halla en Roma, concluido del todo su proceso.

De la caritativa y ejemplar religion de los clérigos ministros de los Agonizantes del Patriarca S. Camilo de Lelis, estando en su minoridad en esta ciudad, floreció el humildísimo, aunque grande, el R. P. Dr. Martin Andrés Perez, varon apostólico, y fundador de este primitivo convento de nuestra Señora de la Buena Muerte.

Fuera de 6 ilustres hijos del Sr. S. Pedro, que con sus notorias virtudes han esclarecido este orbé; no siendo menos 4 seculares, 5 beatas teresas de S. Francisco, 6 religiosas en distintos monasterios; y por conclusion veneramos en los altares á Sta. Rosa, de Sta. María fragante flor de este peruano reino, y á Sto. Toribio, Arzobispo de Lima, y sol de este nuevo mundo, cuya ejemplar vida han procurado sus sucesores imitar, haciéndose dignos de ser numerados en los sagrados dísticos, y dejándonos el buen olor de sus virtudes.

CAPITULO XII.

Vestido del santo hábito corre el año de aprobacion, esmérase en los ejercicios de virtud y extraordinarias penitencias.

Cualquiera creerá que el vestir Dios á nuestro venerable Camacho con el hábito pobre y humilde de mi religion sagrada, fue como armarle caballero poniéndole celada, peto, lanza y demas piezas correspondientes para salir con mas valor al campo á combatir sus enemigos, en lo que sin duda no se equivocan, cual se demostrará. Del alma santa escribió la pluma del Espíritu Santo que seria terrible, formidable y espantosa, como un poderoso ejército que presenta batalla (1). En sentir del Abad Ruperto el combate que se disponia era contra todo el infierno junto (2), y se aseguraba la victoria en el vestido humilde y pobre con que el alma salia armada, segun Navarino (3).

Con este propio hábito apareció el arcangel S. Rafael á mi adorado P. S. Juan de Dios, y como rebosando gozo le dijo: Hermano Juan, todos somos de una orden. ¡Rafael, uno de los siete espíritus que estan delante de Dios (4)! ¡Rafael, uno de los principales ministros del Altísimo (5)! ¡Rafael, una de aquellas lámparas hermosas que resplandecen en el celestial supremo trono, asiéndose de la misma Orden de mi P. S. Juan de Dios, vistiendo el mismo hábito, y confesándose hermano suyo! no me parece que cabe aprobacion mayor, ni mas escelente prerogativa.

Viéndose, pues, nuestro Camacho vestido con el santo

(1) Cant. c. 6. (2) Abad Rup. in Cant. hic. (3) Nobar lib. 4. Sac. Elec ex Cant. 37. (4) Tob. c. 12. (5) Apocal. c. 4.

hábito que recibió de mano del P. Prior, y hallándose entre los demas novicios, juzgó encontrarse entre ángeles, y discurria haber resucitado del oscuro sepulcro del mundo á una bienaventurada vida: no cabia en su pecho el gozo y agradecimiento; parecíale que el Señor cuando le vino guiando á este nuestro convento le habia dicho aquellas amorosas palabras, que el mas feliz de los ladrones mereció oir en la cruz, «Hoy estarás conmigo en el paraíso»; y al verse entre las paredes religiosas del noviciado juzgaba que esta promesa se le habia cumplido. Aqui fue donde como en puerto seguro besó la tierra, y recogió las velas de sus deseos para no apetecer otra cosa: aqui soltó las áncoras de las esperanzas para no volver á recobrarlas, porque conseguida esta fortuna le parecia no tenia mas que esperar en esta vida. Descansaba como en su centro en esta casa porque consideraba, cual Jacob, que era casa de Dios, y escala segura para llegar á las puertas de los celestiales alcázares.

De los feryores del noviciado, que es la primera cuna para la vida religiosa, se pueden colegir los progresos á que las almas han de subir despues: dificilmente llegará con aliento al término el que empieza á cansarse con un desmayo perezoso á los primeros pasos de la carrera; si la llama está tibia dentro de la esfera del fuego, ¿qué se puede esperar si no que se apague despues con el primer rocío de muy ligeras ocasiones? En su primera cuna, y á las primeras llamas en que ardíó nuestro novicio, nos dió muchos ejemplos: traia este prodigioso hombre desde el siglo aprendida la virtud, y por eso la lima de la religion no sirvió para labrarlo y sí para pulirlo. Fue novicio en la capilla de los Desamparados, y en esta casa dechado y ejemplar de novicios: todo su cuidado era no perder ocasion alguna de mortificarse, y observar los ápices de las reglas de nuestro instituto: su humildad quisiera ponerle á los pies de todos; su obediencia era

igualmente rendida á los superiores, y á los que por disposicion de éstos servian las oficinas.

La modestia de su rostro y todas sus acciones daban una idea de su alma, tan santa como la señala nuestra regla: guardaba un silencio muy exacto, sin que se le oyese palabra alguna fuera del tiempo y ocasiones en que es permitido: era el primero á la señal de la campana, dejando á su primer toque cuanto tenia entre manos: su mayor gusto lo cifraba en los ejercicios mas humildes y de mas sensible mortificacion, á que se aplicaba con singular gloria de su alma. Aqui comenzó la admirable templanza y abstinencia, de que hablaremos, porque no comia sino lo muy preciso para alimento de su vida, privándose de todo aquello que le parecia regalo.

En lo que mas cuidado puso fue en mortificar las pasiones ó afectos interiores con que la voluntad se aparta de lo mejor, y se deja arrastrar á lo imperfecto que deleita. Puso todo su esfuerzo en vencer el deseo de la estimacion propia, y la vanidad de la honra, por esto no se contentaba con ser humilde, sino que solicitaba su abatimiento, pidiendo servir al cocinero y enfermeros. A los enfermos asistia con gran caridad, deleitándose en los oficios mas abatidos: enlazaba sus humildades con sus obediencias, y para que todas sus obras tuviesen este esmalte pedia á los dichos operarios le mandasen hacer todas las faenas de su ministerio. Asi obedecia el hermano Camacho al que tenia en lugar de superior, meditando continuamente ser á Cristo á quien obedecia. De aqui puede inferirse la puntualidad con que ejecutaba las obediencias: veia á Dios en quien le mandaba, y le obedecia rendido, siéndole gustosos los preceptos mas áridos, porque no tenia otra complacencia que la de aquel en quien habia puesto todo su amor. Traia tan recogidos sus sentidos exteriores que por ellos se manifestaba la interior devocion y trato con Dios, en que vivia su alma con una suavidad y paz de es-

píritu que parecía mas ciudadano del cielo, que morador entre las groserías de la tierra. Con estos pasos de gigante corria nuestro Camacho el camino de la perfeccion, adelantándose en las virtudes religiosas, venciendo las mayores dificultades, y aspirando siempre á lo mas perfecto. No hallaba repugnancia ó dificultad, sino gusto en las asperezas de la religion: era un atento lince á los ápices mas delicados de la constitucion é instrucciones del noviciado. De estos primeros favores se encendió tan vivamente el sagrado fuego de amor Divino que ardia en su pecho, que en todas sus meditaciones y ejercicios, y en sus pensamientos y obras, resplandecia esta divina llama, la cual creció tanto en nuestro novicio que llegó á incendios de serafin, hasta necesitar, como otro S. Estanislao de Koska, de refrigerar su abrasado pecho con el alivio de las aguas, ó con ponerle al aire para disminuir el incendio del interior volcan que abrasaba su corazón.

Este amoroso incendio le hizo dulces las asperezas, las mortificaciones y los empleos humildes de su noviciado, porque en ellos hallaba una dulzura Soberana, tan estraordinaria, que en su concepto tenia por muy desabridos y aun por amarga hiel todos los deleites de la carne. Por muchos años gozó de esta dulzura, y no tuvo su admiracion otro á quien atribuirla que al Divino amor, que solo sabe sazonar las penas dando á los que le sirven en copa de trabajos un nectar delicado, y haciendo que las piedras duras se le conviertan en peregrinas fuentes de la miel mas suave (1).

Efecto de este amor era la diligencia cuidadosa con que andaba nuestro novicio buscando á su amado: nunca se apartaba de su presencia, hallábale en todas las ocasiones y en todas partes fijo en él los ojos de su entendimiento como án-

(1) Psal. 80.

gel de la tierra, que no deja ver el sumo bien de que empezó á gozar; pero aunque en todas partes hallaba nuestro hermano Camacho á Dios, le buscaba frecuentemente en su casa arrebatado del imán amoroso de su presencia en el Sacramento, empleando cuantos ratos le permitian sus obligaciones en la capilla interior, no contentándose con los tiempos de oracion, rosarios y exámenes á que acudia con la comunidad. Esta capilla del noviciado era el encendido horno en que se abrasaba su espíritu; esta era su descanso, porque en ella tenia el centro de su amor á Dios Sacramentado, en cuyo círculo de nieve se quemaba como inocente mariposa, al mismo tiempo que penetraba las esferas en alas de su meditacion como águila real.

El ejercicio del amor Divino era el de su exámen particular en el tiempo de su noviciado, de donde puede coleccionarse el grado heroico de perfeccion á que subia este novicio, porque siendo el exámen particular el que arrebatava y arranca de raiz los vicios, sembrando despues en el campo del alma la hermosura de las virtudes, y destruida la cizaña por el fuego del fervor, se recoge limpio el grano de la virtud; no habiendo en Camacho, segun el sentir de sus padres espirituales, cizaña de pasiones ó vicios que arrancar, comenzó desde un principio á recoger aquellos frutos á que aspiran los mas perfectos, y que solo consiguen los consumados. Tanto le arrebatava la llama de este amor que muy frecuentemente le sacaba fuera de sí, y enagenada su alma de los sentidos del cuerpo se entraba en el abismo inmenso de la bondad y hermosura de Dios, quedando su rostro tan encendido y hermoso que parecia un serafin, infundiendo devocion á los que le miraban. No pocas veces, estando barriendo el claustro, ejercicio en que se ocupa la humilde aplicacion de nuestros novicios, se quedaba por algun tiempo estático con la escoba en la mano, arrebatado el corazon de

la dulce violencia de sus pensamientos. Ni se contenía en el retiro de su pecho la llama de este amor; brotaba por los labios hablando de él con elevados discursos, y tan graves ponderaciones que no parecia novicio, sino un gran maestro muy consumado en la mística teología.

Tambien se esmeró nuestro Francisco en su tiempo del noviciado en el filial afecto y devocion á María Santísima, como que fue su primera leche la devoción de esta Señora, y de su favor reconocia todos los bienes y medras de su espíritu. Amábala muy tiernamente, y de continuo la visitaba en su capilla: cuando pasaba por delante de sus imágenes le hacia profunda y devotísima reverencia, poniendo la rodilla en tierra y saludándola diciendo: *Monstrate esse Matrem*. En sus vísperas ayunaba á pan y agua, añadiendo alguna especial mortificacion con licencia del maestro de novicios, estilo santo de mi religion no dar pasos en una virtud sin el ejercicio de otra, sacrificando á Dios las mortificaciones en el traje de las obediencias, medio con que se consiguen los aciertos, porque la sal de la prudencia de los superiores lo sazona todo, y no permiten que se disfrace con lo fervoroso lo indiscreto. En todas las octavas de las festividades de la Santísima Virgen ponía especial cuidado en imitar las virtudes de esta Señora, por ser en la que consiste su verdadera y mayor devocion; y aunque siempre sus pláticas fueron de cosas espirituales y santas, en estos tiempos procuraba introducir las con suavidad, refiriendo ejemplos de la Divina Reina, de los Santos que mas resplandecieron en su devocion, y de la utilidad y aumentos espirituales que trae á las almas la devocion á la Emperatriz de los cielos. Con este fervor encendia en todos el fuego del amor y devocion á María Señora nuestra: no se hablaba de otras materias en su presencia, y salian de ellas con el ardor de espíritu y aliento para seguir lo mas santo que pudieran sacar de una encendida meditacion.

Este mismo estilo guardó toda su vida en las fiestas y octavas de María Santísima.

Correspondia la Soberana Reina á su amado novicio con singularísimos favores, llenando su entendimiento de luces, y su voluntad de sentimientos y ardores divinos con que regalaba su espíritu, creciendo de virtud en virtud. A María acudía en sus dudas, y esta Señora lo enseñaba: representábele sus temores, y sacaba de su presencia firmes seguridades: ponía á sus pies los deseos de agradar á Dios y corresponder al estado de religioso y obligaciones en que le habian puesto sus beneficios, y esta Señora le mostraba los medios y senda para el camino de la virtud. Interiormente sentia su direccion, advirtiéndole lo que era del mayor agrado de Dios y provecho de su espíritu, fijando en su alma por infalible dictámen, que para uno y otro era el único medio la mayor y mas exacta observancia de sus reglas. Este dictámen le imprimió en su corazon la Soberana Reina de los Angeles, cuyas lecciones escuchaba nuestro hermano Francisco con la mayor devocion, sintiendo tan eficaz y dulce mocion que no es dado explicar con humana lengua. Asi lo referia á su padre espiritual, dándole cuenta del estado de su conciencia. Por este feliz arcaduz de María comunicó Dios á este varon Santo singulares favores en el tiempo de su noviciado, que si su humildad no los hubiera reducido á umo quemando el cuaderno de sus apuntes, como ya dejamos manifestado, tendríamos mucho de que alabar y magnificar las misericordias del Señor; pues opino las explicaria el siervo de Dios con iguales palabras á las que usó el Apóstol Pablo despues de su raptó á la Jerusalem triunfante: «Oí, diria, los secretos de Dios; ví los tesoros de la Divinidad, y gusté celestiales delicias que no es suficiente la lengua humana para poderlas explicar.»

Desde este tiempo se encendió mas y mas en su pecho

la llama del amor al prójimo que se deriva del de Dios, como el rayo del sol, y como el arroyo de la fuente. Ardía en el pecho abrasado de nuestro Camacho un deseo muy vivo de que todos conociesen á Dios, para que le amasen y sirviesen, y en cuanto se lo permitía el estado de novicio lo llevaba á ejecucion, pues entre los domésticos solicitaba con obras y palabras su aprovechamiento espiritual, consolando al que reconocía triste ó aflijido, aliviando en sus trabajos al que veía estar sobrecargado, introduciéndose con la dulzura que pudiera un ángel, con beneplácito de su maestro, á llevar la carga que á otros era pesada, facilitándole con su fervor y ejemplo lo que á otros era dificultoso; diciendo: que él había venido á la religion para servir á los pobres y religiosos; confesaban sus compañeros que parecía tener nuestro hermano Camacho en sus palabras una virtud secreta con que les hacía vencer la repugnancia que nuestra frágil naturaleza halla en la mortificacion y humildad.

Quisiera el abrasado celo de este novicio que todo el mundo se quemase y ardiese en amor de su Dios, y que no hubiese en él la mas ligera ofensa contra S. M. Ofrecia al Señor su vida por ver logrado este intento, y ya que no podía salir á predicar desengaños á los hombres, por las calles y plazas, solicitaba en sus oraciones los sacase Dios de su ceguedad, siendo desde este tiempo muy conocido en nuestro Camacho el encendido celo por la salvacion de las almas, cual despues veremos, el cual creció estraordinariamente, dando luces y ardores á todo Lima.

CAPITULO XIII.

Cumplido el año de noviciado hace su profesion, y le manda la obediencia se ocupe en pedir limosna para el sustento de los pobres convalecientes.

Cumplido que fue el año de su aprobacion, llamó Dios á nuestro Francisco Camacho para cuatro gloriosos triunfos, ofreciéndole como al alma santa, entre lazos de oro otras cuatro coronas. Hizo nuestro novicio, con singular consuelo de su alma, y suave alegría de su espíritu, los cuatro votos de obediencia, pobreza, castidad y hospitalidad, en manos del mismo Prior que le dió el hábito, siendo general de la religion nuestro Rmo. P. Maestro en sagrada teología, Fr. Fernando de Estrella, y comisario de esta provincia el Rmo. P. Fr. Juan Ferrior.

Cuatro virtudes, significadas en los cuatro extremos de la santísima Cruz, son los votos con que las almas escogidas por Dios se crucifican con su divino esposo Cristo en el madero de la Cruz, astrayéndose del mundo, y formando en su observancia cuatro baluartes que resistan los asaltos que el comun enemigo dá para rendirlas. Hizo estos votos nuestro venerable el día 4 de octubre de 1664, á los 35 años de su edad. Parecíale á su humildad ser indigno de estar entre el número de los demas religiosos, porque siendo perspicaz lince para conocer los ejemplos ajenos, se hallaba ciego para ver virtudes en sí. Juzgaba que el recibirle Dios entre sus escogidos era una singular misericordia con que lo empeñaba á servirle, y cuanto se quitaba de méritos daba de alabanzas á su Magestad, fundándose en lo humilde para lo agradecido.

No sabia qué ofrecer á Dios por este beneficio, pues aunque le sacrificaba su libertad, vida y potencias, se tenia

en tan poco, que no le parecia tributarle prenda digna de su agrado; y así, dirigiéndose á los santos Evangelistas Juan y Mateo, al Sr. S. José y ángeles de la gloria les pedia que con su dulce música supliesen lo ronco de sus voces, y que en su nombre le tributasen á su Dios, eternas alabanzas. Conoció Fr. Francisco Camacho las obligaciones estrechas del nuevo estado que abrazaba, y se dispuso para este heroico acto con una valiente resolucion de cumplir cuanto prometia á Dios, sin omitir los medios que le ofrecia la religion para realizarlo.

Habiendo hecho los religiosos votos, dejó con ternura y lágrimas el noviciado; como quien sentia violencia en apartarse del lugar y santos ejercicios de aquel paraíso de virtudes. Mandóle la obediencia que pidiese la limosna para el sustento de los pobres convalcientes de este hospital, ocupacion en que se ejerció hasta su muerte, por espacio de 34 años, en cuyo ejercicio reedificó nuestra Iglesia, invirtiendo en esta obra 60,000 pesos; sus adornos, cálices, lámparas, custodias, baras de páblio, ciriales, incensarios, todo de plata; ornamentos y cuantas preseas tiene para el culto divino, que aun susisten, fueron debidas á su generoso celo.

En este admirable varon tuvo el convento un jornalero fiel y puntual, que le proporcionaba en cada un año 5,000 pesos de limosnas para el sustento de los pobres: de suerte, que en los 34 años que fue limosnero percibió este convento mas de 90,000 pesos, sin numerar el costo de esta enfermería tan aseada y hermosa, con 36 camas, que mas parece hospicio de ángeles, que hospitalidad de pobres; coronando el ámbito de sus paredes con una muy primorosa vida de nuestro Patriarca S. Juan de Dios, en que se mira el original de la vida del venerable Camacho, ó en padre é hijo una misma vida, pues fueron casi unos mismos los pasos en la caridad de entrambos. Si bien en la vida pintada está

la vida de mi adorado padre muerta, en la vida de este héroe se representa la de S. Juan de Dios viva, con aquella gran diferencia que vá de lo vivo á lo pintado.

En esta nueva sala se repite aquella piscina de Jerusalem, cuyos pórticos ocupaban enfermos de toda especie de males (1); el tullido, que padeciendo como hombre la dolencia le pone inmóvil tronco; el hidrópico, que degenerando de su sexo espera hinchado ser parto de la muerte; el asquerosamente llagado, del cual los gusanos tomaron posesion ántes del sepulcro; los que con la cabeza lacerada de úlceras afean la porcion mas noble de su cuerpo, hecho esqueleto con alma; el incurable, que á fuerza de su dolencia burla de Hipócrates y Galeno la medicina; el ciego, que tropezando por la calle padecía la infelicidad de la arrastrada culebra; los mudos, que desbaratando los rumbos regulares no tienen mas lengua que las manos; los sordos, cuya tristeza les consume hasta los huesos, fiscales de sí mismos; finalmente, los leprosos, paralíticos y frenéticos, pues á todos se estendia la caridad del siervo de Dios Camacho, consolándolos, alimentándolos, y remediándolos, pues ninguno dejaba de participar de los rayos de este encendido, cuánto benéfico sol, cual padre, médico y maestro universal (2).

Ocupáronse las camas con esta clase de míseros, cuyos gemidos y suspiros rasgaban al paso que los aires su corazon; no se contentaba el siervo de Dios ser uno; muchos se queria hacer, imitando á aquel hombre del hospital de Emaus, que siendo uno era plural, segun afirman Sigisverto y S. Agustin (3), ó verificando aquel lema que puso un discreto para explicar la llama mas amante, y fue juntar la multiplicidad con la unidad y la letra: *Uno-muchos* (4): con esta ansia acu-

(1) Joan. c. 5. (2) Mac. lib. satum. c. 17. (3) Sigisr. in cro.

(4) Celad. de Bened. Pat. y Tumay. Mart. die 8. Marti Aug. de cib. l. 10, cap. 5.

dia á los enfermos de casa, y corriendo buscaba al que habia quedado fuera. En todas partes se hallaba para el socorro del necesitado, repartiendo su amor, y alcanzando á todos, sin llegar á agotarse; no descansaba de dia, ni dormia por la noche; entregábase los ratos que le daba el tiempo de su ocupacion en la limosna, á la armería de la oracion, en la cual cobraba fuerzas mejor que Anteon, al abrazarse con la tierra, segun fingieron los poetas (1), pudo por fin tanto, que logró poner 36 camas á los enfermos, triplicando el número del primitivo fundador, perfectamente abastecidas de colchones y sábanas; manifestando Dios cuán de su agrado era obra tan heroica, con los siguientes prodigios: faltando lienzo para las sábanas, le dijo el enfermero: padre Camacho ¿qué harémos para vestir estas camas? á lo que respondió el varon justo. Dios proveerá: al instante entró un mancebo, con todo el lienzo necesario para ellas. En varias ocasiones se le manifestaba la magestad soberana en disfraz de pobre en la enfermería.

No es menor maravilla el haber crecido tres varas una viga que está puesta en el corredor de la enfermería, cuyo suceso fue del modo siguiente: habiendo salido un dia por la mañana el siervo de Dios á su acostumbrada tarea de la limosna, mandó á los oficiales de la obra subiesen la viga que estaba destinada para el corredor del patio, y que al mediodia, cuando regresase á casa, habia de estar puesta en su lugar; dicho esto, marchó á su postulacion: hé aquí el prodigio: subida que fue la viga, y sentada en el lugar de su destino, vieron faltarle cerca de dos varas del largo que debia tener para su seguridad, por lo que resolvieron echarla al suelo. Cuando llegó el padre Camacho, y supo lo de la falta, dijo, lleno de extraordinaria confianza en la Divina Provi-

(1) Teat. de los Dios., p. 2, c. 17, l. 2.

dencia: ¿Por qué no la han estirado? Y mandando á los oficiales la tomasen por un extremo, y él del otro, comenzó á decir: obra de Dios, casa de pobres, y al punto, como si fuera de blanda cera el palo, tomó aumento, no solo de lo que le faltaba, sino de una vara mas, que fue necesario cortarla. Parecido es este prodigio al que obró Dios por mi P. S. Agustin en la isla de Córcega, y el mismo que ejecutó por S. Francisco de Paula en la fábrica del convento de Palermo. En el progreso de la vida de Cristo, dice el obispo Equilino (1), que trabajando el Patriarca S. José en su oficio de carpintero, halló que una tabla de las que habia cortado para su obra estaba demasiadamente corta, y entristecido por esto el Niño Jesus, acudió pronto á consolarlo; y tomándola en sus santísimas manos, la estendió y alargó hasta la necesaria medida; pero en el caso presente, permitió sobrara para eterno monumento de su grandeza.

Lo que en el Buey es el yugo, que le inclina la cerviz al precepto del gaban, en el religioso es la obediencia el yugo al mandato del superior. A Abraham le ordenó Dios que dejase su casa y subiese al Monte (2), y á Zaqueo le mandó Cristo bajase del árbol, y entrase en su casa (3): movimientos son contrarios, pero imperados de una obediencia. A nuestro venerable Camacho le entregaron los prelados la demanda de sus pobres, y en su ejercicio le vieron en continuo movimiento, calle arriba, como Abraham, y calle abajo cual Zaqueo, ya subiendo las escaleras de los palacios y casas altas, ya bajando á las mas humildes viviendas por recoger la limosna, obedeciendo con tan viva agilidad, cual un rayo, pues parece volaba como los querubines del carro (4). Fue tan exacto obediente á la observancia de la regla, tan puntual á las distribuciones y ejercicios de la Religion, y tan dispues-

(1) In Cat. l. 3, c. 209. (2) Géne. 22, (3) Luc. 19. (4) Exe. 9.

to á complacer al prelado, que llegó al grado de heroicidad, cual verémos; pues aunque se hallaba en la ocupacion de la limosna, jamás aflojó en el voto de la hospitalidad, antes con el mayor fervor de caridad asistía á la cura y demas actos de los enfermos, como aquel que conocia tocarle ya de obligacion servirlos y sustentarlos.

Las horas que le sobraban de su ministerio las gastaba en la oracion, asistiendo á ella con tanto fervor de espíritu, que ordinariamente andaba casi arrobado por la suavidad y regalos que el Señor le comunicaba. Para encender este fuego recogia en su memoria los beneficios recibidos de Dios, y hallándose obligado á darle gracias, conocia la ingratitud de su vida, y procuraba con afectos amorosos descontar descuidos pasados. No tenia tiempo particular para esto, porque desde que mudó de vida, no trató en otra cosa. Muchas ocupaciones tuvo corporales, y entre todas prebalecia siempre la del Espíritu, que aunque suele pedir recogimiento y descuido de cosas exteriores, tenia en él la larga costumbre granjeado lo que en otras causa este recogimiento.

CAPITULO XIV.

Virtudes heróicas que adornaron al siervo de Dios, su encendida fé en los misterios divinos, particularmente en el de Dios Sacramentado.

Hasta aquí hemos manifestado las acciones principales de la vida de este héroe de la gracia, que llegaron en mi entender á la heroicidad, continuaremos en ellas con mas particularidad sobre las virtudes teologales en que resplandeció este siervo del Señor hasta su dichoso tránsito.

La fé es la primera de las virtudes teologales, que son las que miran á Dios; el primer oficio de la fé es alumbrar

el entendimiento y elevarle á creer firmemente todo lo que Dios, por medio de la Iglesia, nos rebela, aunque nos parezca difícil, y que sobrepuja á la razon natural. Es la fé el fundamento de todo nuestro bien; infúndela Dios en las almas, y sin ella es imposible agradarle por ser el primer paso para la vida eterna.

Resplandeció en esta virtud el venerable Camacho en heroico grado, creyendo con gran firmeza lo que la sagrada escritura y la Iglesia romana enseñan. Amaba tanto esta virtud que se negaba á todo aquello que podia desviarle de tan seguro camino, haciendo firmeza de creer sin ver, y cerrando sus ojos á todo lo demas; porque esta virtud es crédito de lo que no vemos, y sustancia de lo que esperamos, puerta de la salvacion, y fundamento de la Santidad. Los efectos de que reinaba en su alma esta soberana virtud, eran que visitaba las Iglesias con grande devocion, y sentia con extremo que los lugares sagrados no estuviesen con la decencia debida, ó que se faltase en algo á las ceremonias. Frecuentaba con fervor los Sacramentos, traía continua la presencia de Dios, así en los claustros como por las calles en el laborioso ejercicio de la postulacion, tolerando con ánimo alegre los grandes trabajos que le ocurrían.

Semejante á su heroica fé fue su singular estudio y diligencia, con que no solamente se mostró reverenciador de los mandatos de Dios y de la Iglesia, celador de su gloria y de la salud de las almas, si tambien cuidaba, así con las palabras como con su ejemplo, se cumpliesen los mismos divinos mandatos y dogmas de la santa Iglesia, no solo por los religiosos de nuestra comunidad, sino por las personas seculares de esta ciudad, para que todos mirasen y entendiesen lo que era de la mayor gloria de Dios; igualmente se entristecía en considerar que tantos infieles y católicos estuviesen y viviesen olvidados de sus almas, y atropellasen la gloria de Dios.

De su heroica fé se derivó aquella sólida firmeza, con la que se adhería á los artículos de nuestra católica Religion, dando sin cesar abundantes gracias á Dios de que hubiese tenido sus natales en el seno de nuestra santa Madre Iglesia; y el ódio con que perseguía cada una de las proposiciones opuestas ó repugnantes al santo Evangelio; corrigiendo agriamente á aquellos que locamente hablaban alguna errónea proposicion. Por la firmeza de su fé se producía con aquellas instrucciones de los mismos artículos, con las cuales cuidaba ayudar á los pobres é idiotas, principalmente á los enfermos que se hallaban en nuestro hospital, insinuándoles á todos ellos con toda eficacia asistiesen continuamente á la esplicacion de la doctrina cristiana, y de la palabra de Dios, para instruirse en ella y ser enseñados, cuya obra de misericordia la ejecutaba como si fuese consumado maestro.

De la heroicidad de la fé del siervo de Dios fue esclarecido argumento aquella íntima y ferviente devocion con que meditaba continuamente los misterios de nuestra santa fé, principalmente los de la encarnacion del Señor, de su Santísima pasion y muerte, cuyos dias ó aniversarios que celebraban en memoria de ellos, ejercitaba obsequios mas fervorosos y mas especiales actos de piedad, mortificacion y abstinencia, no dejando de exortar á otros para que meditasen en dichos misterios con devota y continua conmemoracion, á cuyo fin leía libros que tratasen de la pasion del Señor; de suerte, que todas las veces que hablaba de ella, ú oía hablar á otros, el encendimiento de su rostro, y las frecuentes lágrimas que de sus ojos corrian, descubrian claramente la heroica firmeza de su corazon para con este misterio de la fé.

Tambien relució en este santo varon la eminente fé, mediante la singular devocion que tuvo con el incomprensible misterio del Smo. Sacramento del Altar: aquella suma de las maravillas de Cristo, suavísima memoria de su muerte, pren-

da cierta de la bienaventuranza, que por escelencia se ha alzado con el misterioso nombre de la fé, la tenia particular y singular devocion á este soberano misterio, pasando muchas noches delante de su sagrario, y muchas horas elevado en su contemplacion. Procuraba que todo lo que servia al culto de este divino Sacramento estuviese á punto con limpieza y curiosidad, para que los hombres remedasen en algo el ejercicio de los santos ángeles, cuidando y sirviendo á tan misericordioso Dios, que quiere vivir entre hombres para llevarlos á todos á la vida de los ángeles.

No se contentaba con recogerse en la celda cuando tenia tiempo para asistir ante Dios Sacramentado: allá le llevaba su amor, adonde estaba su corazon, verificándose en este varon lo que en el amante, que mas vive donde ama que donde anima. Arrodillábase ante este divino Señor, á quien desconataba con lágrimas el descuido con que á su parecer le servía; hacíale nueva oferta de las ocupaciones del dia, pidiéndole perdon de las faltas; y conociendo que debia mucho amor á Dios, le suplicaba se lo concediese.

Los dias de su festividad y octava lo acompañaba en sus procesiones, y asistia á los divinos oficios con tanta devocion, que edificaba á todos los que le veían continuamente en las parroquias y monasterios de esta ciudad, especialmente en el convento de S. Francisco, donde asistia á las horas y oficios divinos, hincado de rodillas ante el Smo. Sacramento, con tanta devocion que atraia á sí toda la gente que se hallaba en la Iglesia por la estraordinaria devocion con que oraba.

No se satisfacía su amor con manifestar los internos ardores de su pecho en los términos dichos; se juzgaba no ser bastante conforme á los deseos de su corazon, ni la asistencia á muchos sacrificios de la Misa en cada mañana, ni el aproximarse á la mesa Eucarística en aquellos dias que permite nuestra constitucion: todo lo creía insuficiente, y así se empe-

ñó en esto tanto con el superior y confesor, hasta que obtuvo licencia para poder comulgar mas frecuentemente que la comunidad, ampliándosela para que todos los dias se recrease con el Sacrosanto manjar; y á la verdad fue visto que el siervo de Dios usó de este permiso con gran recreo de su corazon, consumiendo un crecido número de horas, ya en su preparacion, ya dando fervorosas gracias, al no impedírsele las obligaciones y ejercicios del convento.

A la heroicidad de esta misma virtud igualmente se debe atribuir aquella especial devocion y filial culto con que reverenciaba nuestro venerable Camacho á la Santísima Virgen, lo que demostró clara y espléndidamente, ya por las frecuentes visitas á los altares de sus imágenes, ya por los actos de veneracion que hacia en novenas, ayunos y mortificaciones con que se disponia á celebrar las festividades de la divina Señora, y tambien por aquella confianza que habia puesto en su patrocinio é intercesion á esta verdadera é insigne devocion y filial afecto que tuvo con María, Señora nuestra: ciertamente le debió aquella pureza sin manchilla de su alma, tan admirada de sus confesores como su modestia insignes gracias y preservaciones.

La eminencia de su fé fue reconocida por la devocion y especial culto con los Santos, especialmente para santa Rosa de santa María, Virgen Limana, porque leyendo frecuentemente los libros de su vida cuidaba imitar sus virtudes, é infundir y persuadir lo mismo á otras personas con singular celo y eficaces exortaciones; yendo á visitar sus altares é Iglesias en los dias de sus festividades. Encomendábase á ellos con ejemplar devocion, oraciones y humildes actos de obsequio, invocando su patrocinio y amparo en todas sus necesidades y tribulaciones, mereciendo conseguir sus deseos en muchos y repetidos casos, asi en las preservaciones de sí y de otros religiosos en las ruinas del ter-

remoto que experimentó la mayor parte de esta ciudad el día 20 de octubre de 1687.

Igualmente fue reconocida su fé con el milagro que la Divina Providencia obró enviándole una taza de dulce en ocasion de tener en su celda á un religioso huesped, sugeto de toda graduacion: fue el suceso que habiendo venido uno de sus confesores á visitarle á la hora de mediodia, usando el Venerable de la urbanidad religiosa, le instó á que se quedase á comer en casa, y advertido por otro religioso no haber dulce que servirle, el Venerable Siervo de Dios, lleno de confianza, le dijo: «Calle, Padre, que Dios proveerá», á cuyo tiempo entró el religioso portero avisando buscaban al P. Camacho con una taza de conserva, sin decir quien la enviaba.

La intensa fé del P. Camacho, su íntima é insigne devocion con los Santos, y el deseo de imitar sus virtudes maravillosas, se comprobó por el siguiente caso. Un dia buscando la acostumbrada limosna para el sustento de los pobres convalcientes de su hospital, andando por la ciudad llegó á la casa de Gerónima Morillo, la cual habiéndosela dado le convidó á que entrase á ver el altar que, á honra de santa Rosa, habia compuesto en su oratorio, como piadosamente tenia de costumbre: admitió la oferta, entró el siervo de Dios, y habiéndose puesto á venerar la imágen fijó obsequioso y atentamente los ojos en la Santa, estendiendo sus manos cerca de ella con gran veneracion y afecto, en términos que arrebatado en una gran contemplacion casualmente puso la estremidad de un dedo sobre la luz de una de las velas, donde lo retuvo por espacio de un credo, y aunque contrajo una notable lesion y combustion pareció que el siervo de Dios no habia recibido ningun dolor, habiéndosele oido decir en aquella contemplacion: «¡Ojalá, Santa mia, te pudiera yo imitar!» en cuya abstraccion y quemazon del dedo hubiera continuado mas tiempo, al no haber conocido le habian obser-

vado las personas que alli estaban; por lo que viéndose descubierta retrajo sus manos, no dando señal ninguna de dolor, y con gran tranquilidad dijo: «Haber hecho aquello para librtar á aquel dedo de una película ó padraito que le incomodaba.»

La heroica fé en el siervo del Señor manifestamente fue confirmada por aquel celo con que ardió por la exaltacion y mayor propagacion de ella, pues hacia continuas preces al Altísimo por la conversion de infieles y demas hereges, encomendando intensísimamente á Dios á los misioneros que estaban dedicados á su conversion, trabajando en la viña del Señor como buenos operarios, á quienes deseaba ayudar hasta derramar su sangre. Procuraba ademas instruir á los negros esclavos con espirituales consejos á que persistiesen firmemente en la unidad de nuestra santa Madre Iglesia, no omitiendo rogar constantemente á Dios por los cautivos cristianos retenidos por los infieles, para que no se apartasen de la fé de Cristo.

De esta virtud resultaba la suma veneracion con que obedecia al Vicario de Cristo, á los Prelados de la Iglesia, á sus Superiores y á los Sacerdotes, de quienes siempre hablaba con toda reverencia, recibiendo sus sermones, consejos ó discursos modestísimamente, y compadeciéndose de las naturales imperfecciones, si alguna observaba, manifestando dolor por ellas. Si conocia que esto mismo no se practicaba por sus correligiosos ú otras personas, proporcionaba ocasion de encomendarles eficazmente diesen á aquellos este obsequio y reverencia.

De su heroica fé nacia la eximia obediencia á sus confesores y padres espirituales; estos fueron el Apostólico P. Francisco del Castillo, que le convirtió y gobernó mientras vivió; el doctísimo P. Francisco de la Maza, quien le dió una instruccion por donde se dirigió siempre, ambos sugetos de la

sagrada Compañía de Jesus; el R. P. Fr. Bartolomé de Ulloa, del Orden de N. P. S. Agustin, que le confesó algun tiempo; el M. R. P. Lector Jubilado Fr. José de Guadalupe, del Orden Seráfico, que como santo y humilde decia: «Que mas era el P. Camacho su padre espiritual, que él lo era suyo.» Tambien tuvo por director al P. Mtro. Fr. Gaspar de Saldaña, del sagrado Orden de Predicadores, á quienes para obedecerlos les penetraba á veces los pensamientos.

Siendo Rector del noviciado de la Compañía de Jesus, hoy colegio secular de S. Carlos, el P. Francisco de la Maza le visitaba frecuentemente, para las consultas de su espíritu, el siervo de Dios: despidiéndose éste una tarde del dicho P. Maza, á breve rato bajó el P. Rector en su busca: ya ha tiempo que salió, le dijo el portero: si habrá con quien llamarle, contestó el Rector, pues me importa: al punto dieron un golpe en la puerta; quién es, preguntó el portero: á que contestó el P. Camacho, aqui estoy para que no se cansen en buscarme. Admiróse el portero porque no le conocia, y porque le conocia no se admiró el Rector.

Mayor prodigio, sin duda, aconteció varias veces con el P. Mtro. Saldaña, quien tenia superior dominio en el espíritu del venerable Camacho. Hallábase dicho padre maestro en su celda trabajando sus ilustres comentarios sobre las obras de Santo Tomás, y cuando se le ofrecia alguna dificultad ó duda desde su silla citaba al siervo de Dios ausente, diciendo *in mente* P. Camacho, mañana á las ocho le he de menester en el cementerio y puerta de mi Iglesia. Al dia siguiente á la hora señalada y en el propio sitio estaba el siervo del Señor esperándole. Salia el padre maestro, y le decia: Ea, padre Camacho, por santa obediencia le mando recoja á lo interior su espíritu, y me diga á lo que vengo. Pues si ha de ser á gloria de Dios, sea, respondió el varon santo, y dándose una palmada en la frente se suspendia un tanto, y volvien-

do en sí decia: A gloria de Dios, padre maestro, es esto y aquello, descubriéndole cuanto habia pensado. ¿Pues y á esta duda, qué me respondeis? le preguntaba el P. Saldaña: á esa se responde esto, decia el P. Camacho, ¡mas qué sé yo, que soy un pobre ignorante! y despidiéndose dejaba á un varon tan sábio como el padre maestro, y tan ilustrado de Dios por sus grandes virtudes, atónito y enseñado con la solucion de sus dudas. Sobre lo que podia decir: *Confiteor tibi Pater* &c. (1). Llueve Dios donde quiere, y á veces dejando la cumbre de los montes inunda la humildad de los valles: al sábio le anochece la luz, y le retira sus secretos; y al humilde ignorante le corre las cortinas del santuario, y le hace ver con luz profética lo que los sábios no alcanzan. No solo le ha de explicar el venerable Camacho al P. Saldaña las dudas que tiene en lo que piensa, sino que le ha de manifestar lo mismo que se trae pensado.

Pregunta la luz de los Doctores mi P. S. Agustin, ¿cuál fue mas ilustrado Profeta de Dios, José en la explicacion de los Sueños de Faraon, Rey de Egipto, ó Daniel en la explicacion de los Sueños de Nabuco, Rey de Babilonia? A José le dice Faraon: He soñado hallarme en las riberas del Nilo (2) adonde á siete vacas hermosas se las comian otras siete macilentas, y siete vanas espigas consumían otras siete bien granadas; mas no entiendo lo que significa el sueño. Aqui José descubre, como en las siete vacas pingües y espigas llenas, se significan siete años de abundancia, y en las siete vanas espigas y siete vacas macilentas otros siete de tan terrible esterilidad que se consumirán cuantos frutos rindió copiosa la fecundidad de los campos.

Sueña Nabuco, y despertado se olvida de lo que ha soñado. Vengan, pues, todos los adivinos y ariolos de Babilonia

(1) Mat. c. 23. 2. (2) Gen. 41. v. 22.

y díganme, dice el Rey, el sueño y su significado: no hay de los sábios quien se atreva; diga el Rey lo que soñó, y lo definiremos, pues lo demás es soberanía de los dioses. Eso no, dijo Nabuco, ó adivinar ó morir. Ya la sentencia fatal se ejecutaba en la vida de los sábios (1), y para este estrago sangriento se busca al Profeta Daniel para el cuchillo si no adivinaba el sueño. Entra Daniel á la presencia de Nabuco, pídele treguas para pensar y decir lo que el Rey había soñado, y valiéndose de la oracion fervorosa de sus tres Santos compañeros, Ananías, Azarias y Mizael, por espacio de una noche, se halló ilustrado de Dios con noticia del sueño y su explicacion, y volviendo al Rey le dijo: Ea, señor, tu sueño fue este. Comenzastes á pensar cual seria el fin de tu reino y monarquía, y en el acto á tus ojos se representó una estatua de extraordinaria grandeza, con la cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y muslos de bronce, canillas de hierro y pie de barro, á la que cayéndole una piedrezuela de un monte hirió los pies de la estatua, y dando con ella en tierra la deshizo, y sus metales en polvo. ¿No es esto lo que entre sueños pensastes? Eso es, exclamó Nabuco; mas fálteme digas lo que significa este sueño. Esplicóle Daniel la significacion de los cuatro metales de la estatua en las cuatro monarquías que habian de sucederle, de que admirado Nabuco echóse á los pies de Daniel, mandando le ofreciesen sacrificios y quemasen incienso como á Dios. Ahora pregunta Agustino, ¿quién de los dos te parece mas ilustrado Profeta, José con Faraon, ó Daniel con Nabuco? En José se halla la explicacion del sueño; mas en Daniel el sueño y la explicacion: José declara lo que dice el Rey ha soñado; pero Daniel, sin que el Rey se lo diga, le dice lo que ha soñado, y se lo declara. Luego Daniel es mas ilustrado Profeta.

(1) Dan. 2. v. 12.

¿No es este el eminente grado de ilustracion profética del V. P. Camacho, á que le elevó la obediencia de su padre espiritual el Mtro. Saldaña? No solo le declara la dificultad de lo que piensa como otro José, sino que cual Daniel le dice su pensamiento, y le esplica la dificultad. Notemos cuanto le costó á Daniel de fervorosa oracion y á sus tres compañeros toda una noche para merecer esta ilustracion de Dios; mas el V. P. Camacho con la mayor facilidad, con una palmada en la frente y un rato de suspension, se halla ilustrado del cielo para conocer el pensamiento, aclarar la duda ó desatar la dificultad.

CAPITULO XV.

Continúa el mismo asunto, y particulares milagros por la ilustracion de la virtud de la Fé.

Eran argumento de su fé aquellas continuas preces que dirigia á Dios por el feliz gobierno de los Prelados, para que iluminase sus mentes con especiales y superiores luces, y les conservase la salud corporal concediéndoles rectitud en sus obras, y apartando de ellos todo lo adverso; con iguales oraciones rogaba continuamente á Dios por los Sacerdotes, principalmente por aquellos que sabia estaban enredados en alguna culpa mortal, exhortando á otros para que con alguna eficacia asi lo hiciesen. No omitió el siervo de Dios diligencia alguna para conservar intacta é íntegra la gloria de Dios, interponiendo su celo y todos sus conatos á apartar los delitos y escándalos de otros, é impedir las injurias contra Dios, como aseguran los testigos informantes.

A su celo por amplificar el divino culto se debió la nueva reedificacion de la Iglesia, el complemento de las oficinas y enfermerías de los pobres convalecientes, proveyen-

do tambien al sagrario no solo de las alhajas necesarias, si tambien enriqueciéndolo de las mas esquisitas de plata y oro, guarnecidas de diamantes, tabernáculo, vasos, lámparas y otras cosas para el mayor ornato de la casa de Dios é incremento de su honra, todo por su industria, ruegos y exhortaciones para con los devotos y piadosos fieles, decia con mucho amor y sin cansarse: Hermanos, la casa de Dios está arruinada, edificadla, y lograreis que los ángeles os labren en el cielo vuestro descanso. Con estas palabras juntó muchas cosas, ya para la Iglesia, ya á beneficio de los pobres convalecientes de su hospital y utilidad del convento, con solo la mira del mayor honor de Dios y aumento de su gloria.

Esta eminente fé del venerable Camacho se dignó el Altísimo comprobarla con muchas superiores señales y milagros, y así sucedió que celebrándose en la Iglesia de su convento la festividad del Sr. S. José, el siervo de Dios, deseando que fuese mas solemnizada, mandó al segundo sacristan encendiese toda la cera que estaba en el altar mayor prevenida para su ornato: al principio se opuso el sacristan, tanto por evitar el mayor gasto, cuanto por no tener orden del sacristan mayor; mas el siervo del Señor, redundando en una viva confianza, le volvió á instar lo hiciese, exhortándole á que tuviese fé, asegurándole, por último, que el gasto que se originase correria por su cuenta, oido lo cual por el segundo sacristan condescendió á los deseos del siervo de Dios, encendió toda la cera que habia puesta en el altar, la cual habiendo ardido todo el dia, pesadas despues las velas una y otra vez por el cerero que las habia alquilado, se halló no solo que subsistian con el mismo peso que las alquiló, sino que habia habido multiplicacion y aumento al valor del alquiler, prodigio que admiraron cada uno de por sí y referian todos, atribuyéndolo á una particular gracia con que el Señor premiaba la heroica fé de su insigne siervo.

Asimismo fue efecto de su eminente fé ya la instantánea sanidad del bachiller Cristóbal de la Cerda, presbítero, de un intenso dolor de estómago, por la aplicacion á la parte dolorida de una cruz que el siervo de Dios traía colgada al rosario; ya tambien la súbita restauracion de la salud de Diego, mercader, curado de una enfermedad que le angustiaba vehementísimamente, mediante la aplicacion é invocacion de la imágen de S. Juan de Dios, mi padre, que traía fija á la demanda en que recojia las limosnas. Mucho mas esclarecidamente se dejó ver su gran fé en el siguiente suceso. Habiendo subido á una calesa una niña de siete años, hija de Catalina de Cárdenas, ignorante de esto el calesero concita la mula, y puso en carrera para llegar mas pronto á su destino: con la velocidad que tomó la calesa la niña fue arrojada con violencia al suelo, y una de sus ruedas pasó precipitadamente sobre una pierna: al momento fue levantada por algunos de los muchos que pasaban por la calle, los que reputándola próxima á la muerte mandaron buscar facultativos y la condujeron á su casa, á cuyo acto tuvo la buena suerte pasase por allí el venerable P. Camacho, quien impuesto del acontecimiento entró en la casa de la doliente Catalina, á quien consolaba mientras signaba muchas veces á la niña con la imágen del Santo Patriarca S. Juan de Dios, que llevaba consigo, implorando su patrocinio, y á poco rato se vió quedar perfectamente sana, sin ninguna señal de contusion, y principiando á andar libre, espedita y perfectamente sana, dejando á todos asombrados con tan claro é insigne prodigio.

Con no menos evidente significacion fue comprobado por el Altísimo la eminencia de la fé del venerable, así en la sanidad del bachiller D. Francisco de la Peña, como en la de Gregoria, esposa del Dr. D. Juan Perez de Llanos. El primero padecía un dolor agudo de costado ó pleurítico, que no habian podido aliviar los esfuerzos de muchos é insignes

médicos, á pesar de la estraordinaria asiduidad con que le habian propinado los mayores específicos: en tal conflicto se le aplicó por disposicion del siervo de Dios una uncion de ungüento rosado, invocando el patrocinio del Altísimo, y al momento quedó enteramente sano. La segunda se hallaba oprimida por un agudísimo dolor que se estendia desde la cintura á las plantas de los pies: hizo porcion de remedios, y viendo el ningun efecto que le producian, acudió por medio de su esposo al siervo de Dios, el cual inspirado de celestial luz para ocultar sus dones naturales le aconsejó le aplicase unos fomentos, hechos con cualquier yerba, con los cuales tendria todo alivio: asi lo hizo disponiéndole un cocimiento de romero, con el cual al momento se restableció, y puso enteramente buena.

Con la mas esclarecida y milagrosa sanidad de Sebastiana Perez dió un indubitable testimonio de su heroica fé: hallándose esta afligida de un incurable zaratán en el pecho y mamila siniestra, enseñada por la esperiencia, y desconfiada del todo de la pericia de los facultativos y sus medicamentos, conociendo que su enfermedad era absolutamente incurable, y para prevenir no le faltase una regular asistencia en los últimos dias de su vida, marchó á la casa de su comadre, y en el camino encontró al siervo de Dios, que instruido por superior luz de la intencion de aquella desconsolada muger la consoló y aconsejó volviese á su casa, porque Dios en su curacion manifestaria su misericordia y poder: al principio repugnó la muger manifestándole el deplorable estado en que se hallaba; pero viendo la instancia del Venerable para que se volviese á su casa, y que por tres veces en cada mañana rezase el credo en honor de Cristo Crucificado, cuya efigie tenia en la cabecera de su cama, á quien ofreciese las incomodidades y dolores que padecia con humildad y corazon contrito, se resolvió, en fin, la muger á seguir el consejo y obe-

decerle en todo, como lo hizo. El próximo domingo fue el siervo de Dios á su casa, como lo tenia de costumbre, por la limosna, y enterado del estado de la enferma, la que á pesar de haber cumplido cuanto el siervo le habia prescrito, arrojando los apósitos y medicamentos que le habian ordenado los facultativos, no habia logrado ninguna mejoría; viendo la afliccion en que se hallaba, y lleno de una viva fé, santiguó con la señal de la cruz la parte enferma, y en el instante cesó la enfermedad dejándola en perfecta sanidad, previniéndole que á nadie refiriese este suceso. Asi consta del proceso por declaracion de la paciente, y contestacion de muchos testigos. Dilatado campo se me presenta para patentizar lo heroico de esta maravilla, segun mi profesion; pero lo dejo á la admiracion de los facultativos, que pueden darle su justo valor como inteligentes de semejante enfermedad, mientras paso á referir otros no menos dignos de la piadosa admiracion y devocion.

Para comprobacion de la fé de este siervo de Dios fue el hallazgo de una letra de cambio de gran interés que habia perdido D. Antonio Ruiz Escalera, quien con singular solicitud muchas y repetidas veces habia revuelto toda su casa, rincones, y la parte mas secreta de ellos, buscándola sin haber logrado hallarla, ni en los libros, papeles, ni escritorio, por lo que convencido de su pérdida, y aflijido extraordinariamente, iba con aceleracion á ver al mercader contra quien era la libranza, para prevenirle no la pagase á otro mas que á él; en el camino encontró al siervo de Dios Camacho en el sitio que acostumbraba pedir la limosna, y rogándole se detuviese un poco, impaciente el D. Antonio de cualquiera demora, en breves razones le manifestó el motivo de su precipitacion, suplicándole no le detuviese mas; pero el P. Camacho, no condescendiendo en ello, le dijo por segunda vez se detuviese y volviese á su casa, cierto de que en su cuarto,

bajo el escritorio, encontraría la libranza perdida. D. Antonio obedeció al siervo de Dios, aunque contra su voluntad, por constarle las eficaces é inútiles diligencias que habia practicado en buscarla, y habiendo llegado á su casa se fue al lugar señalado, y la halló, no sin gran espanto y admiracion.

Fue tambien un poderosísimo argumento de su eximia fé la asidua é intensa contemplacion de los divinos misterios y de los atributos del supremo númen á que se dió el siervo de Dios, principalmente consiguió su mente y entendimiento tanta infusion y claridad de luz para explicar el inefable misterio de la beatísima Trinidad, haciéndolo con tanta alteza y devocion, que causaba admiracion y reverencia á quien le oia, infundiéndole nueva luz para que lo entendiese. Las palabras que su mucha fé, ayudada de la asistencia de Dios, hallaba para declararlo, eran tales que ilustraban los entendimientos mas oscuros, y enfervorizaban las voluntades mas tibias en el amor de aquel Soberano Ser, trino y uno.

Consultáronle en materias de espíritu varones científicos de su tiempo, y cuanto mas doctos y eminentes eran en ambas teologías, tanto mas penetraban su caudal, y lo mucho que Dios atesoraba en él; por lo que decian tenia don de ciencia infusa; y asi en muchas ocasiones, en casos árdus y dificultosos, y en puntos delicados de teología, le consultaban y pedian su parecer, hallando tan agudas y sublimes respuestas, con los propios términos y voces de escuela, que ellos mismos, habiendo seguido carrera, y estando doctorados en ellas, ignoraban y admiraban, teniéndolas por sobrenaturales, asi como sus cartas por las razones tambien corroboradas con las sentencias y dichos de los santos Padres y doctores de la Iglesia; siendo á todos notorio que nunca se habia dedicado á las letras, y mucho menos á las ciencias teológicas, sino que rudamente habia pasado su vida en las cosas campe-

sinas en su infancia, y su juventud entre soldados y estruendos marciales, dejando estos para venir á este reino del Perú con el ánimo que todos traen de buscar plata para hacerse poderosos, y despues caballeros.

Pero cuando Dios enseña, no se gradúan los hombres por actos, sino por suficiencia: solo tres dias estuvo S. Pablo arrebatado hasta el tercer cielo, y aprovechó tanto que bajó graduado de doctor de las gentes, y lleno de misterios tan encumbrados, que no se podian tratar con los hombres. Casi á esta eminente sabiduría llegó nuestro Camacho, en términos que universalmente decian ser todo ello sobrenaturalmente infuso. Finalmente, la heróica fé del siervo de Dios Camacho fue comprobada por otras muchas acciones, dichos y obras, asi hechas y ejercitadas, como respectivamente proferidas, las cuales se refieren por los testigos informantes en el proceso de su informacion.

CAPITULO XVI.

Resplandece el siervo de Dios en la virtud de la esperanza, sus deseos de la vida eterna, y varios milagros que comprueban esta materia.

La virtud de la esperanza, en que resplandeció maravillosamente este venerable, era hija de su grande fé, y del mucho conocimiento que tuvo de Dios: por eso dijo David: esperen en tí, Señor, los que conocen tu nombre, de donde se le siguieron las grandes misericordias que usó con él su divina Magestad, porque estan rodeados y cercados de ella los que esperan en él. Su mayor consuelo era tratar, ó que le hablasen de la bienaventuranza y gloria de los santos: traia particular ansia de ver á su Señor, no pudiendo sufrir la vida que tanto bien le estorbaba, y muriendo de pena porque

no moria. El Señor, que miraba sus fatigas, para que no muriese á manos de ellas, le entretenia con sus divinos favores: los gozos que resultaban de ellos escedian á cuantos puede ofrecer el mundo con todas sus honras, pasatiempos y placeres; y no quisiera trocar un instante breve de estos gustos, por largos años de felicidad humana.

De ordinario quedaba arrobado y como fuera de sí en las conversaciones y pláticas de la gloria, considerando la que gozan los bienaventurados en la pátria celestial: todos se olgaban mucho de conversár con él en estas materias, por el consuelo que su espíritu recibia. Su lenguaje en ella era heroico y superior á todo entendimiento, y las palabras dulces con que la trataba, mas parecian reveladas que aprendidas; siempre gustaba hablar con gente santa y espiritual, y con religiosos de ejemplar vida. Las personas autorizadas solitaban su comunicacion, por ser tal la dulzura de su trato, que á todos atraia: siempre firme en la virtud de la esperanza, y de que habian de tener buen despacho sus peticiones acudia al consuelo de toda clase de gentes, infundiendo esta misma confianza en las almas que trataba: con su ejemplo y palabras les suavizaba sus trabajos, haciéndoselos llevar con resignacion, asegurándoles de parte de Dios el remedio de ellos, y prometiéndoles en sus aflicciones y enfermedades el premio oportuno, pues tenia presente que en faltando la esperanza de la paga que ha de dar el Señor, los mas fervorosos deseos se desvanecen, armando el demonio sus tiros contra la misma esperanza, y escondiendo el premio á la sombra de mil dudas. El siervo de Dios prometió remedio en las tribulaciones para engendrar en las almas la confianza en Dios, y ofrecia de su parte el premio de los mismos trabajos, todo para consolar y aliviar á los afligidos, cual se verificó en los casos siguientes:

De esta virtud, en grado heroico de la esperanza, cogió

en cuantas acciones ejecutó durante la carrera de su vida, las flores que son fruto de ella (1). Los trabajos, persecuciones y calamidades fueron tantas, que llegaron hasta verse condenado á un suplicio. Las limosnas que le daban, y los socorros que le ofrecian, en nada tropezaba, pues aun siendo el fin una necesidad determinada, sócorria á la que mas cerca se le presentaba. Un monge mozo preguntó á otro anciano en la escuela de la perfección cristiana, si era bueno reservar algo para alguna necesidad grave: no por cierto, le respondió, porque así desconfiarás de la divina Providencia (2). El venerable P. Camacho estuvo tan lejos de este lunar, que esperando en que Dios proveería, dejaba la necesidad que daba ocasion á sus trabajos; y el Cielo en premio para ambas le franqueaba remedio. En lo que mas daba á entender su esperanza heroica era en la asistencia de los enfermos: no temia se le pegasen los males, y sometido á la voluntad divina, aun cuando así sucediese, esperaba bienes. Para delinear Enrico Farnesio una heroica esperanza, pintó un pájaro llamado caradrio, que tiene la propiedad de atraer á sí la enfermedad mas deplorable, y lo puso á la vista de un doliente con estas letras: *No hay necesidad alguna* (3). No cabia mas en el pincel para geroglífico de la esperanza que adornó el alma del venerable siervo de Dios Camacho.

La corta ó ninguna confianza que de sí tenia añadía nuevo realce á la esperanza en Dios que le animaba: publicaba sus pecados por las calles, plazas y corrillos, diciendo: ¿si á mí que soy tan gran pecador hace Dios muchos favores y beneficios, qué hará con los que le sirven? De este modo se proponia conseguir, así la conversion de muchos pecadores y mugeres perdidas, como la salvacion de su alma, que era el fin que llevaba en todos sus trabajos; así lo daba á entender

(1) Eccl. c. 24. (2) Vita Patrum. (3) Henr. Farn. ap. Picin, l. 4, c. 16.

cuando decía: «la esperanza se ha de tener solo en Jesucristo, pues por los trabajos y enfermedades que por su amor pasemos en esta vida miserable, nos dará la gloria eterna por los méritos de su sagrada pasión y gran misericordia.” El fervor con que estimulaba á recrecentar en los corazones esta virtud, hacia lo heroico y sublime mas patente.

Esta eximia esperanza resplandeció en la invencible tolerancia y fortaleza de ánimo que demostró nuestro venerable siervo de Dios en las adversidades, angustias y tribulaciones que sufrió con corazón siempre intrépido, no solo recibiendo las irrisiones y contumelias que se le hicieron, si tambien conteniendo acérrimos insultos de los demonios, puesta toda su esperanza en Dios: luego que se desnudó y arrojó al antiguo hombre, saltando de placer, y movido del espíritu de Dios, salió de la Iglesia catedral con sus vestiduras descompuestas, dando motivo para que al instante que los niños y otros le vieron de este modo le tuviesen por loco y recibiesen con irrisiones, ensuciándolo con tierra, y acometiéndole con piedras hasta hendirle una costilla; pero el varón fuerte, no doliéndose nada de estas contumelias, pareció sufrirlas todas con ánimo alegre, cual se le notó cuando le llevaron al hospital Real de S. Andrés, donde se curaban los locos, y por un menos verdadero y fingido vicio de demencia le castigaron los enfermeros y ministros con frecuentes azotes, que toleraba de buena gana, rogando solo á Dios que á su imitación le concediese ser castigado con mas crueles, y muchas mas heridas. Igual fortaleza y tolerancia de ánimo manifestó en todas las ocasiones en que despues sufrió otras tribulaciones.

Demostró no menos constancia de ánimo en sobrellevar las vehementes tentaciones é insultos del demonio; porque este maldito muchas y repetidas veces procuró apartarlo y amedrentarlo de las continuas obras de piedad, unas veces

bajo la especie de un ferocísimo perro, dando horribles ladridos y mordeduras, otras con el estrepitoso ruido de una cadena y de un globo rotante de fierro, otras bajo diferentes formas terribles y espantosas; pero el venerable Camacho, demostrándose del todo impávido á estas invenciones, lo aumentaba y dejaba ileso, invocando el dulcísimo nombre de Jesus, ó implorando el patrocinio de la Virgen María, ó escupiéndolo, sin que al cruelísimo enemigo le fuese fácil distraerle ni un punto de los actos devotos.

Asimismo se vió lo sublime en la virtud de la esperanza de este ínclito varon por sus empresas árduas y difíciles, para aumento de la gloria de Dios, decencia de su templo y de los pobres enfermos convalecientes de este hospital, pues confiado con eximia esperanza en Dios, nada le parecia tan difícil y árduo que no juzgase poder conseguir y obtener con la divina Providencia. Y así la iglesia de este convento, poco antes concluida por él, con notable gasto y perfeccion, habiendo sido despues por la frecuencia de los terremotos parte lastimada y parte arruinada, este venerable, tan solamente confiado en la superior Providencia, no dudó dar principio á obra de tanto gasto; y suministrándole aquella oportunos medios, la restituyó al último grado de perfeccion; no omitiendo la bondad de Dios recompensarle la insigne confianza que su siervo habia puesto en ella, y así se vió que habiéndose siempre afanado por el mayor aumento de la gloria de Dios, utilidad y beneficio de los pobres, y notase que la Iglesia necesitaba para el complemento de su coro una balaustrada y otras cosas necesarias, como alhajas de plata y otros adornos, y que el hospital carecía de salas y oficinas precisas para sus usos y demas ornato para el recreo y deshaogo de los convalecientes, llegó á tal grado su esperanza, que no contando con mas auxilios que los que le proporcionaba la celestial Providencia, no titubeó en emprender tan árduas y

costosas obras, logrando realizarla por la proteccion sin duda del Altísimo, quien hizo beneficios milagrosos, suministrándole los medios necesarios para concluir las y perfeccionarlas con magnificencia.

No sin milagros evidentes le agradó á Dios remunerar la esperanza de su siervo, lo que se observó cuando el venerable Camacho intentó poner en ejecucion la construccion de dicha balaustrada, quien deseando que ella se hiciese de la madera mas lucida y sólida, cual es la llamada cocobola, se fue en casa de un naviero, único que la tenia, para que le proveyese de ella por su debido precio; pero habiéndole dicho el mercader se habia ya vendido toda, no satisfaciéndose el siervo de Dios con esta respuesta, y confiado en la divina Providencia, le volvió á instar, diciéndole que si se buscaba en el almacen no dejaría de hallarse, y así le suplicaba se la vendiese; mas el mercader, cerciorado enteramente de que no le habia quedado ni una vara de la tal madera, para eximirse de sus instancias le respondió viniese con él á su almacen, y que si se hallaba alguna se la llevase toda de limosna, pues se la daba de muy buena gana: partieron juntos al instante, y apenas entraron en la bodega, lo primero que se presentó á sus ojos fueron las dichas cocobolas: tomó de ellas la cantidad que necesitaba, no sin grande admiracion del dueño, que no cesaba de decir que aquéllo no podia ser sino por virtud divina, pues segun su libro de caja habia vendido toda la cantidad que existia.

De la admirable confianza del venerable P. Camacho, colocada en el favor del Altísimo, aconteció que necesitando el hospital de lienzo para vestir y completar todas las camas nuevas que se habian hecho, angustiado gravemente el P. Fr. Juan de Figueroa, enfermero mayor del convento, porque conocio ser insuficientes los recursos del hospital para comprarlos, el siervo del Señor, sin demostrar ninguna turba-

cion, como lo tenia de costumbre, encomendó este negocio al Altísimo, y repentinamente vió se le traía para un incógnito mancebo un envoltorio de lienzo de Holanda para el surtido de las enfermerías, lo que con admiracion del P. Figueroa lo entregó á su compañero para que de aquella tela hiciese las sábanas que faltaban.

A esta misma eximia confianza de nuestro héroe se deben referir aquel esclarecido subsidio de dinero que alcanzó de la divina clemencia para el capitán D. Fernando Ortiz de Montemayor, con el que pudo pagar un crecido débito que le oprimia, despues de haber encomendado este negocio al siervo de Dios: otro semejante subsidio impetró de Dios para Antonio Castro, quien dudando por su indigencia dar limosna al venerable Camacho, que se la pedia, inspirado este de Dios con superior luz, le dijo: dadme una de esas dos monedas que llevais en la bolsa para comprar pan, y no desconfieis, pues con la otra Dios te providenciará suficiente mantenimiento para muchos dias: condescendió al instante Antonio á estas palabras, y despedido del siervo de Dios se entró en una casa de juego público, y con la moneda de medio real que le habia quedado, experimentó tan buena suerte, que ganó una gran cantidad, no sin extraordinaria admiracion suya, cuya feliz suerte atribuyó únicamente á la intercesion del siervo de Dios Fr. Francisco Camacho, de quien no olvidando jamás sus palabras lo patentizó en su declaracion.

Del mismo modo aconteció á una muger que no llevaba mas que tres medios reales para comprar una cuarta de seda, y divisando al P. Camacho algo retirado, para no encontrarse con él, y evitar verse en la precision de darle limosna, torció el camino; mas hé aquí que de improviso se halló junto á sí al varon de Dios que le dice: quien tiene tres, y dá uno á Dios, dos le quedan, y le sobra; dé limosna para el sustento de los pobres: la muger, viendo descubierto su pensamiento, sacó

un medio real, y se lo dió, determinando volverse á su casa por no tener ya con qué comprar la seda; pero impulsada interiormente llegó al mercader que la vendia, quien se la donó de valde, verificándose que le sobraban los dos medios reales, llevando su necesidad socorrida.

CAPITULO XVII.

Prosigue la misma materia.

Fue tan extraordinaria su confianza en la Providencia y misericordia de Dios, que jamás dejó de acongojarse y exhortar á muchísimas personas, recomendándoles fervorosamente confiasen con fé en ella, y colocasen firmemente en su corazon esta virtud: así contestaba al P. Fr. Juan García Paredes, religioso de mi Orden, siempre que se trataba de la fábrica de la Iglesia y de las oficinas del convento. Esto mismo le dijo al P. Fr. Juan de Figueroa, cuando curioso procuró saber por qué persona habia sido enviada aquella porcion de lienzo de Holanda que habia llevado un mancebo, como queda dicho; á que respondió el venerable siervo haber sido remitido por Dios, y sobre cuyo punto no se debia escudriñar mas; debiendo estar advertido que él le habia de suceder en el encargo que al presente tenia, y que en las angustias y tribulaciones que le sobrevendrian, en manera alguna se amilanase ni angustiase por ellas, pues Dios haria que todas se disminuyesen y disipasen, siendo socorridas cual convenia. Esto mismo aconsejó al enunciado capitán Ortiz, que se hallaba muy sobrecargado de deudas, diciéndole convenia confiar en Dios, pues aunque alguna vez coartaba y cerraba su mano benéfica, con todo, cuando conviene, misericordioso la abre y estiende con liberalidad para consolar á los que en él confían.

Del mismo modo persuadió nuestro Camacho á D. Luis de Pimentel para que pusiese su esperanza en Dios cuando solicitaba la plaza de Tesorero, porque aunque muchos la pretendian, no por eso debia desconfiar de su proteccion, con cuyas persuasiones, y habiendo el siervo de Dios dirigido recurso al Altísimo con el ardor de su espíritu y vivo sonido de su voz, le instó fuese á la presencia del señor Virey, y sin desconfianza le presentase un memorial, pues él tenia esperanza en Dios le habia de conferir el deseado empleo: el caballero Pimentel, esforzado con estas palabras, hizo lo que el siervo de Dios le habia dicho, y la esperiencia le acreditó, pues fue el elegido entre los demas, consiguiendo el premio de la confianza en Dios, que le habia insinuado nuestro venerable mediante su intercesion.

Sucedióle á un soldado, nombrado Martin Rojas, que pedia limosna para el culto de la Virgen, que habiendo visto al venerable Camacho ir á pararse en el mismo sitio donde él estaba á pedir para su hospital, cual lo tenia de costumbre, pensó luego apartarse de aquel lugar, considerando sería consumir inútilmente el tiempo, una vez que el P. Camacho alli se paraba; pero el siervo de Dios, conociendo la poca fé é intencion del soldado, le salió al encuentro, y persuadió á la virtud de la esperanza con estas palabras: Señor soldado, Dios dá para todos; de lo que admirado el Rojas determinó permanecer alli, y renovada su confianza con la amonestacion del venerable Camacho, alcanzó aquella mañana mayor limosna que de costumbre solia recoger.

No fue menos el suceso siguiente, en el que se deja ver su eximia confianza en Dios: hallándose sumamente angustiado el R. P. Fr. Pedro Gudiño, religioso del esclarecido orden de nuestra Señora de la Merced, por una notable cantidad de dinero que le debia una persona que acababa de fugar á regiones muy distantes, condoliéndose el siervo de

Dios de él, le persuadía á que no solo pusiese su confianza en Dios, si tambien tomase los medios oportunos para conseguir las órdenes del Sr. Virey, y ejecutor, que activase la restauracion de su dinero; en efecto, confiado en esta esperanza vió cumplido su deseo dicho religioso, cooperando la heróica confianza del siervo de Dios y sus oraciones, de lo cual, habiendo ido á darle las gracias el P. Gudiño, le contestó las diese solamente á Dios, por quien habia sido hecho todo aquello, moviendo el pronto despacho del Virey y ligereza del soldado comisionado para la cobranza.

Fue tal y tanto el amor de este varon del Señor para con la virtud de la esperanza, y tan estraordinario su celo á fin de que todos constituyesen su confianza en la Divina bondad, que jamas desistia de persuadir y corregir fuertemente á aquellos que ó no tenian fé en ella, ó parecia confiaban muy tibia y lentamente, y asi se vió que ademas de lo sucedido con el P. Fr. Juan de Figueroa, religioso de nuestro Orden, como queda demostrado, aconteció amenazarle un gravísimo peligro á una muger noble por haber faltado á la fé conyugal estando ausente su marido, y aproximándose su regreso temió que cerciorado de su preñez tomase alguna cruel determinacion contra ella. Rogado nuestro siervo por otro religioso para que implorase la misericordia de Dios en su favor, respondió, hiciese ella por su parte todo cuanto pudiese para corregir su vida, porque Dios era tan misericordioso que sabia perdonar á los pecadores: esta respuesta fue transmitida á la muger por el religioso; mas pasados algunos dias, habiendo abusado ella de las amonestaciones del siervo de Dios, solo cuidaba de reiterar sus instancias al religioso mediador para que se repitiesen en su favor los ruegos á Dios mas eficazmente por el piadoso varon: condescendió como antes el religioso repitiéndolo al siervo de Dios, quien ante el mediador respondió á la instante muger del abuso hecho á la

Divina clemencia bajo de estas palabras: Si alguna cosa se escribe con la mano se borra con el codo. Dando á entender que la misma muger debia haber sido mas fiel á Dios, respecto á que deseaba gozar los efectos de su Divina clemencia, y en lugar de reiterar sus crímenes debia arrepentirse de los cometidos, y confiar en su bondad para alcanzar su deseo.

No obstante la dicha increpacion, el venerable Camacho, renovando las amonestaciones al religioso para que explicándoselas á la muger la induciese á tener confianza en la Divina misericordia, le dijo, la asegurase que mediante ella no peligrarian ni su persona, ni su honor; mas que estuviese entendida que por otros acontecimientos que sobrevendrian á ambos consortes deberian despues vivir separados. Estas predicciones del siervo de Dios fueron verificadas en un todo, pues por otras causas y amarguras originadas entre los conyuges fue seguido el divorcio por mútuo consentimiento. De aqui con razon se infiere que por la infusion de superior númen obtuvo el venerable siervo de Dios en el acto de los ruegos y oraciones que habia efundido eficazmente para recomendar un negocio tan árduo á Dios el conocimiento de aquella prediccion.

A la esclarecida virtud de la esperanza que poseyó nuestro héroe se debe referir aquel continuo cuidado de la oracion, en la cual repetidamente se ejercitaba pasando los dias, noches, y cualquier intervalo de tiempo que le quedaba de los ejercicios de su ministerio; de tal suerte que si sus Prelados ú otros por alguna contingencia lo buscaban, era suficiente ir á la Iglesia para encontrarlo, pues que la celda poco ó nada le servia. Su oracion parecia perfeccionarse con tanta modestia y composicion de su cuerpo, con tanta elevacion de la mente en Dios, y con tanto ardor de su espíritu, que pereanamente fijado en la contemplacion de las cosas celestes y de los divinos misterios parecia disolverse en suspiros y

lágrimas, y que de la inflamacion de su semblante salia un interno incendio, con el cual se abrasaba de amor cual otro serafin, no sin grande admiracion, ejemplo y edificacion de otros.

De este frecuente é intenso estudio de la oracion nacieron aquellas infusiones de superiores luces, con las cuales penetraba y conocia las ocultas necesidades de otros, sus pensamientos, sucesos, y otras cosas absconditas, como ya se ha dicho. De esta misma fuente de la oracion emanaron asi su insigne confianza en Dios, como aquellos singulares beneficios que alcanzó del Altísimo en utilidad espiritual ó temporal del prójimo, y tambien aquellas abundantísimas limosnas de las cuales fue proveido por la Divina clemencia para que satisficase no solo las necesidades de la Iglesia y sagrario, si tambien al convento, enfermerías y demas ornato con decencia, y aun magníficamente.

De la eminencia de la esperanza se le originaba un vehementísimo deseo de morir, porque deseaba disolverse cuanto antes para ser con Cristo, ni de otra suerte estimaba se le dilatase por mas tiempo la vida, sino para que se le diese mas dilatada accion de padecer por Dios, y tener fuerzas para trabajar en beneficio del prójimo y de sus pobres. Adornado con esta virtud toleraba grandes mortificaciones, maceraciones de su cuerpo, vigiliás, trabajos y ayunos, pues desde que entró en la religion, como buey fuerte y robusto, aplicó la cerviz al yugo, trabajando con la reja para romper y surcar la tierra de su cuerpo con el arado de la penitencia.

Sus disciplinas crueles bañaban de sangre los ladrillos y pilares de la Iglesia, de tal forma que era necesario el cuidado de los Superiores para que se lavase la sangre del sitio en que se azotaba: unas veces se disciplinaba en el ante-coro, otras retirado á los desvanes del convento para no ser observado ni sentido, y martirizarse á su gusto, y siempre varian-

do de sitio, sin remudar el verdugo ni paciente. De esto nacía tener su cuerpo hecho una pura llaga, cual se reconoció despues de muerto. Sus silicios continuos eran tres de hoja de lata, colocados en la cintura y brazos. De ellos le resultó en un brazo úlceras pútridas, que fue necesario sajárse las por tres veces para conseguir su curacion, con admiracion del cirujano. Otras ocasiones se ceñía fuertemente los brazos con gruesos bordonos de arpa. Esto sin duda era mucho apretar la cuerda; mas si es instrumento del agrado de Dios asi se debe templar, porque si se afloja no hace armonía con la música del cielo.

Sus ayunos en veinte y dos años seguidos fueron á pan y agua caliente, con algunas gotas de aceite y vinagre, de veinte y cuatro en veinte y cuatro horas: el jueves, viernes y sábadó de la Semana Santa, lo pasaba al traspaso sin tomar bocado alguno, cuyo rigor observado por los Prelados le mandaron comiese alguna cosa caliente, y por espacio de cinco años despues comió únicamente un potage, cuya cantidad no llegaba á un cuartillo, en términos que con medio real se sustentaba dos dias, resultando no haber pobre que gastase menos, ni mortificado que ayunase mas.

Por nueva obediencia admitió algun tiempo un plato de pescado, hasta que atendiendo á su edad avanzada, falta de salud y fatigas de su demanda, le obligaron á comer de carne, de la que comia tan poca que á juicio de los demas se sustentaba de milagro. Si al ruego importuno de algun amigo piadoso admitia un corto desayuno, en este dia no comia, componiendo asi no faltar á la cortesía, ni dispensarse en su abstinencia, disimulando de esta forma lo poco que comia con lo mucho que ayunaba.

El sueño mas era quebranto y vigilancia que descanso, pues apenas llegaba á dormir tres horas; mas esto en el banco de la Iglesia, ¡qué dura pauta para el descanso! en la

peana fria del altar de la Virgen de Réglá, ó en solo el cuero del catre de su celda que tenia de respeto para dar á entender que dormia como todos; pues aunque en tiempo de enfermedad se bajaba al suelo á dormir, de suerte que parecia pasar su vida muy de buena gana, no dándole ningun descanso á su fatigado cuerpo, ni admitiendo para si aquellas recreaciones del ánimo, lícitas y comunes á todos.

CAPITULO XVIII.

De la caridad ácia Dios del V. P. Fr. Francisco Camacho.

Despues que por la fé y esperanza se ha conocido y experimentado en parte la suma perfeccion de la esencia, amor, obras y promesas de Dios, es cosa consiguiente el amarle, y asi como anuncia la flor á su fruta y la alimenta la raiz, asi tambien despues de estas dos virtudes se forma la caridad, reina y fin de las demas, corona y perfeccion de los Santos, y que constituye aquel grande y escelente mandamiento que escribió S. Mateo, y el fin de todos los preceptos que dijo san Pablo, virtud que perfecciona todas las virtudes, y que tiene por oficio propio mirar á Dios y amarle, segun es, sumamente bueno, y último fin de todos los deseos del corazon humano.

Este es el fuego que Cristo pegó al mundo, y en que quiso que todo ardiese y se abrasase. Ultimamente, Dios es caridad, y quien permanece en ella, dijo el Benjamin Evangélico, queda en Dios, y Dios en él (1). No permite la caridad, virtud teológica, y la mas noble, ausencias de Dios que por medio de la gracia se halla en el alma: tenga el cristiano la fé que quiera, aunque traslade con su poderoso brio pe-

(1) Ep. Joan. 1. c. 4.

sadas montañas, si le falta la caridad de poco le sirve (1). Esta gran virtud es la mayor de todas, y de tan gran bien que quien la tiene no puede perder la salud espiritual si antes no pierde la caridad; mas quien no la posee no puede en manera alguna salvarse, aunque tuviese todas las otras virtudes y dones de Dios.

Resplandeció ejemplarmente nuestro siervo de Dios Camacho de tal forma, que viviendo en la tierra parecia un serafin encarnado. Fina señal de que uno tiene caridad y amor de Dios es holgarse de hablar y comunicar con él; en lo que los hombres se adelantan mas es en pensar en lo que aman, y conversar con las personas á quien bien quieren. La mayor parte del dia y de la noche la pasaba en la Iglesia, donde hablaba de ordinario tierna y amorosamente con el Señor, recreándose y regalándose con él. Todo lo que le impedia estarse absorto en Dios gozando de su soberana conversacion, lo juzgaba por desabrido; pues como el espíritu celestial le ocupó y abrasó todo en su Divino fuego, no se movió á cosas de la tierra, porque el incendio del amor le habia purificado de la bajeza y escoria de las pasiones, dejándolo tan puro y semejante á su naturaleza que vivia mas Dios en él que él en sí.

Su trato y conversacion toda era del amor de Dios, el que infundia en todos para que le amasen: muchas veces tratando de esto era arrebatado en contemplacion, de modo que las personas que mas familiarmente le oian quedaban de su conversacion encendidos en fervorosos deseos del amor de Dios, con grandes propósitos de servirle, y particular aprovechamiento y medras de sus almas. Parecíale, segun han declarado, poco todo cuanto se hacia para servir á Dios. Este era el tema de todas sus conversaciones, que procuraba arrai-

(1) Ad Corin. i. c. 3.

gar en los ánimos para que amasen de veras á un Dios tan digno de ser amado , y que persuadidos de ser poco todo cuanto se hiciese en su servicio fuesen humildes , y procurasen hacer mas evitando al mismo tiempo la ociosidad.

Para conseguir de todos el amor de Dios alegaba que el estimarle y quererle era deuda que le debíamos desde la eternidad , en que nos principió á amar cual hijos. Los entendimientos de los Santos ilustrados con los divinos rayos de la gracia , alcanzaron algo de lo mucho que Dios nos amó , haciendo evidencia de ello para que le pagásemos en la misma moneda. No hay virtud tan acendosa , laboriosa y casera como la caridad , y es imposible se sustente y perfeccione sin obras , pues es semejante al fuego , que si no está siempre obrando se enflaquece. Su vida es hacer por donde el ejercicio de las buenas obras no solo sea conveniente á esta virtud , sino necesario mas que á otras.

Tan llena tuvo el alma de esta pasion amorosa que cuanto hablaba , aconsejaba y decia salia á esta virtud , trasmitiéndola al corazon aun de aquellos mas helados y tibios. Eran como unas saetas penetrantes , que sacadas de la aljaba de su encendido corazon , y despedidas por su lengua , herian dulcemente los de todos aquellos á quienes exortaba á la correspondencia de los favores divinos. Cuando estaba en la Iglesia y salia de la oración decia muchas jaculatorias , y con gran ternura y lágrimas repetia : Amado sea Dios. Amemos mucho á Dios. ¡Oh si amásemos cual debemos á Dios! ¡Oh, Señor, si todas las criaturas te amasen! Estos y otros muchos afectos de esta especie repetia continuamente , y con tal afecto y devocion que la causaba grande en quien le oia , y todos se edificaban , admiraban y compungian.

Decia muchas veces , tratando del amor de Dios : Miren , es tanto y tan eficaz el amor de Dios , y de tanta fuerza al espíritu , que inflamado en él es llevado hasta su presencia.

Lloraba y exageraba mucho el descuido de algunos pecadores, que no conocen la gravedad de sus culpas, ni cuán digna es de ser amada la infinita bondad que con ellas ofenden: á todos quisiera ver santos, temerosos de Dios, y comunicarles aquel ardor sagrado que le abrasaba su corazon por la honra de Dios, y evitar la menor ofensa en las almas. En su oracion fervorosa, ante la presencia de Dios Sacramentado, avivaba este fuego de amor, que impaciente á veces de estar encerrado en el pecho brotaba por los sentidos, hasta inflamar el ambiente, comunicando su incendio á cuantos llegaban á hablarle. Aun el paño que cojia en sus manos para recibir la sagrada Comunión lo dejaba por el contacto de ellas tan ardiente como si hubiese estado muchas horas al sol ó calentándose en un brasero.

Particular oracion hacia por los que vivian en pecado mortal, suplicando á Dios devotamente les abriese los ojos para que conociesen su peligro, y huyesen de las ocasiones: todo su deseo iba encaminado á amar solamente á Dios con el mayor afecto, sirviéndole con el mismo, y deseando que todos le obedeciesen y amasen.

De su ardiente caridad con Dios tuvo origen aquel vehementísimo deseo de recrearse todos los dias con el Eucarístico manjar, cuyo permiso concedido por sus Prelados disfrutaba con sumo recreo de su alma, vivificándose todos los dias con él, y permaneciendo por dos horas en continua é inmóvil oracion, que regularmente era desde las cuatro á seis de la mañana, en la cual repetia gracias abundantísimas por haberse dignado Dios entrar en su pecho, contemplaba en la magestad de tan augusto Sacramento, y hacia actos de intenso amor y dileccion con tanto fervor y eficacia que al esterior parecia evaporarse los fuegos de su corazon, mediante la inflamacion de su rostro.

De la intensidad del Divino amor que residia en él, na-

cia aquel eximio celo de la divina gloria con que ardia, y asi este siervo con todo su corazon, mente, alma y fuerzas, procuraba no solo se desterrasen los delitos y contumelias contra Dios, si tambien que fuese conocido de todos, reverenciado y amado de corazon, en lo que trabajó mucho, tanto en los seculares como con sus hermanos los religiosos, á quienes continuamente velaba para que no se introdujese en ellos abusos que los separasen de la mayor gloria y decoro de Dios, amonestándoles á todos aun de las cosas mas pequeñas, corrigiéndoles con saludables consejos y dulcísimas palabras, de lo que resultó muchos progresos en el camino espiritual, cual lo declaran los religiosos informantes.

Para inflamarlos á ellos y otros mas y mas en la divina caridad, procuraba referirles repetidas veces aquella virtud que habia obrado la diestra del Señor misericordiosamente con él en los principios de su conversion, realzando mirífica y ardientemente la bondad y clemencia del Altísimo, especialmente en una tan grande obra, con lo que escitaba y llevaba á todos al amor, culto y mayor veneracion, logrando por estas conversaciones obtener abundantes frutos, tanto de los religiosos como de otras personas que ocurrían á él por consejos y espirituales direcciones en sus perplejidades, como entre muchos lo testifica Soror Antonia Ludovica del Espíritu Santo, religiosa del monasterio de la Encarnacion.

Esta refiere que hallándose gravemente necesitada de direccion en cierta materia espiritual, y habiendo ocurrido al R. P. Jubilado Fr. José de Guadalupe, de quien ya se ha hecho mencion, á consultarle, como á sugeto santo y maestro, en estas materias, le dijo: Vaya á S. Juan de Dios, y comunique este asunto con el P. Camacho, y en todo siga su dictámen. Ella dudando, respecto á ser un religioso laico, quedóse suspensa, mas habiéndole vuelto á instar el pa-

dre Guadalupe fuese adonde le decia, pues el P. Camacho mas era su director que su hijo espiritual, con lo que la religiosa, aunque algo disgustada, obedeció, mas luego que le trató quedó tan consolada y satisfecha de la molesta duda que le acongojaba, que volvió muy alegre al P. Guadalupe, estremadamente admirada, alabando sin cesar al Todopoderoso por haber puesto en sus palabras tal dulzura y suavidad que hasta el presente en que declara le dura, radicándosele un grande é intenso amor de Dios con especial consolacion de su alma.

Esta misma exactísima vigilancia practicó nuestro venerable Camacho fuera de su claustro para apartar de los seculares varias ofensas á Dios, impidiendo y destruyendo todas las maldades que intentaban hacer, y entendia por luz superior. Si conocia algunas personas que peligraban por pobreza ó necesidad, acudia á ellas al momento socorriéndoles con subsidios ú otros medios, y esto se patentizó mas, ademas de otras muchas, con Juana María Hita, á quien habiendo nuestro venerable siervo de Dios encontrado al tiempo que iba á ejecutar una maldad, estimulada por la necesidad, iluminado de superior luz lo conoció, y llamándola con voz baja para no ser oido de otros la dijo: Abstenete de hacer la visita á que vas, porque sé has de pecar; vuélvete prontamente á tu casa, toma este dinero para socorrerte, y todas las veces que la necesidad del sustento te urgiese ves al convento, y serás socorrida con lo necesario, con tal que no ofendas á Dios; con cuya amonestacion y socorro, corregida la muger, emprendió nueva vida, cual consta de su declaracion.

CAPITULO XIX.

Efecto de su intensa caridad y amor con Dios fue su continua y fervorosa oracion, comprobada con varios sucesos miraculosos.

Efecto fué sin duda del encendido amor que á Dios tenia nuestro serafin Camacho, su continua y fervorosa oracion: como tenia la carne tan mortificada, y las pasiones y apetitos tan rendidos, casi no resistian al espíritu, dejándolo obrar segun la razon le dictaba. De tal suerte moraba con los hombres en la tierra, que su conversacion era con los ángeles en el Cielo, y con sus inseparables compañeros los Evangelistas y Apóstoles S. Juan y S. Mateo, por cuyo motivo nunca se cubrió la cabeza, aun en el rigor del estío é invierno. Tan perseverante y continuo estaba en la oracion, como en las demas virtudes, no teniendo en ella tiempo señalado, porque siempre oraba. Su orar era á todas horas; su tiempo á todos tiempos, y el lugar para este santo ejercicio era todo el lugar, pues en la iglesia, calles y enfermería todo le servía para unirse con Dios.

No le quitaba este santo ejercicio poder acudir con lo necesario para alivio del prójimo, pues como la causa de la oracion es el deseo de la caridad que siempre le acompaña, no le impedía atender al gobierno de su enfermería, al cuidado de proveerla, de asistir á la fábrica de la iglesia, y demas negocios que se le ofrecian por amor del prójimo, sin que ellos fuesen bastante para distraerlo ni quitarle el sosiego de su alma, porque su intenso amor le hacia unir la solicitud de Marta con la contemplacion de María, pues el amor quando es verdadero es tan oficioso, que por toda incomodidad pasa, y sufre con gusto.

En este santo ejercicio perseveraba tan frecuentemente, que le sucedia muchas veces pasar orando, hincado de rodillas, desde la prima noche hasta rayar la aurora: algunas veces se ponía en forma de cruz, con los brazos estendidos, y los ojos clavados en el Cielo, conservándose en tan devota postura largo tiempo; acto tan penoso que un jóven robusto apenas podrá soportarlo un cuarto de hora; mas como la carne de este siervo de Dios estaba tan sujeta al espíritu, no es maravilla que él mismo la sustentase.

Tenia granjeado el particular don del Cielo, que con gran facilidad lo trocaba por la tierra, subiéndose á él en la oracion mental en brevísimo tiempo, como quien tenia andado tantas veces aquel camino. Traía su espíritu levantado siempre á Dios, en cuya presencia se hallaba sin poder hurtar el cuerpo á su divina asistencia, ni el alma á las obligaciones que tenia para amar á la suma bondad; con este cuidado no apartaba los ojos de Dios, ni permitia se los ocupasen las criaturas, y mucho menos las ocasionadas y peligrosas.

La fuerza del amor y sus ímpetus eran tan violentos, que adormecidos los sentidos exteriores, quedaba como fuera de sí, arrebatado en espíritu. Infundía en su alma tan gran suavidad y dulzura, que haciéndola perder los estribos de los sentidos, se hallaba toda absorta en Dios, sin saber él mismo explicar lo que gustaba. En estos éxtasis y raptos tenia admirables revelaciones; y en ellas recibia particulares mercedes de la divina mano; pero era tan recatado en descubrirlas, y guardaba tanto secreto, que á no ser por sus directores apenas se supieran, por haber quemado el cuaderno donde los tenia apuntados por mandato de sus confesores; satisfecho que los favores de Dios, en sugetos tales, cuanto mas encubiertos y reservados esten, se conservan mejor, y es medio para asegurarlos el encubrirlos: solo se percibia quedar tan enfervorizado en Dios, que no se podia imaginar hubiese per-

sona tan enamorada de otra, como él lo estaba de la magestad divina, hablando y conversando siempre con él, sin poderse hallar en su ausencia. Con sus voces continuamente confesaba con tierno gozo que era su Criador, su Redentor, su dueño, su padre, su luz, verdad y gracia.

Que el amor todo lo puede es comun adagio. Para significar lo poderoso de un amante fino puso Alsiáto un árbol por la inclemencia de los tiempos, ó por la violenta fuerza de los rayos, desnudo, carcomido y seco, á quien hermoscaba una vid frondosa, dando así á entender, que á pesar de los mayores infortunios lograba sus amorosos intentos (1). Quién viera á este esclarecido varon padecer tantas inclemencias, intentar unos proyectos los mas árdüos, tolerar sumos desprecios, fabricar una sala de enfermería con 36 camas del mayor costo y primor, con las oficinas de ropería, recreación, refertorio, repartidor, cocina y celda del enfermero, con todos los adornos y enseres necesarios, la reedificación por dos veces de la Iglesia, con todos los correspondientes adornos y alhajas de plata y oro, bien pudiera esclamar: ¡Oh, amor de Dios! ¡Oh caridad grande! que como no eres ambiciosa (2) ni lo tuyo buscas, eres sufrida, benigna y tan poderosa, que asi como en pluma del Abulense (3) para el amor de Jacob no fue embarazo la piedra que á los demas pastores pareció insoportable peso; asi, y con mucha ventaja, ejecutas acciones de heróico brio.

Singular sentencia, del amor intenso, dijo Platon quando reconoció que arrebatava con la fuerza de su ardor á cierta clase de furia, frenesí ó demencia (4), cuya máxima cristianizan muchos autores hablando del amor de Dios segun ha obrado en algunos santos (5). Al loco, al loco decian en Granada á S. Juan de Dios quando se fingió loco, y asi tambien grita-

(1) Alcib. lib. 1.º, Emb. (2) Ad con. c. 13. (3) Gene. c. 29.

(4) Anach. canon. diat. 2.º (5) Idem.

ban al venerable Camacho en esta ciudad de Lima; y estas locuras ¿qué otra cosa fueron que unas internas y ardentísimas llamas? Ultimamente, es esta caridad aquella escelentísima virtud que no se goza ni complace con la iniquidad (1), y en esto resplandeció mucho lo heroico del venerable Camacho: aquellos ruegos y subsidios con que solicitaba de los hombres y mugeres, ya doncellas, ya viudas, que no saliesen con frecuencia de casa, á fin de que se impidiesen graves culpas: aquel dolor con que meditaba en Dios ofendido, por cuya penetrante impresion se le veía á deshoras de la noche deshaciendo pendencias, evitando muertes, reconciliando enemigos, y exhortando á jóvenes, que dejados de la divina mano corrian á pecar, dominados de la lascivia, á que levantasen sus ojos al Cielo, y procurasen separarse de su criminal intento, llenándose de santa alegría si lograba apartarlos y convertirlos; prueban en verdad todas estas acciones la caridad de que estaba animado nuestro venerable.

Con esta superior virtud le reveló á D. Diego Manrique de Lara, alcalde ordinario de esta ciudad, las secretas pasiones de su corazon, con que se hallaba engreido, amonestándole mirase por sí, y no abusase mas de la experimentada divina clemencia, cuidando limpiar las manchas de su alma con una general espiacion de sus pecados, y reconciliacion con Dios, cuyo consejo obedeció prontamente el caballero, volviendo al camino de la virtud por obra de este abrasado serafin en el amor Divino; así consta por su propia declaracion.

Igual caso, ademas de otros muchos, le sucedió á Juan Perez Llano, quien pasando un dia con el propósito de pecar con cierta muger, le salió al encuentro el siervo de Dios, y conociendo lo abscondito de su intencion, lo tomó del brazo, y amonestó con estas palabras: no ofendamos á Dios: esto fue

(1) Paul. ad cori. c. 13.

bastante para que Juan, habiendo admirado la superior luz de este iluminado varon, variase de propósito, y hubiese emprendido nueva vida, reconciliándose con Dios.

Meditando Francisco de Zúñiga vengar cierta injuria que creia habersele hecho, se prevenia con un trabuco bien cargado para matar á su ofensor: llegóse el siervo de Dios, iluminado de su designio, y con salubérrimas amonestaciones lo disuadió de su propósito y delito que iba á cometer, consiguiendo del Virey favorable éxito en el negocio que habia dado origen á su determinacion.

Premeditando Cristóbal Paredes tomar venganza de una injuria que se le habia hecho, lleno de furor se resolvió á deshoras de la noche ir á la esquina de palacio, provisto de armas, á aguardar á su aborrecido hombre: estando en su acecho vió repentinamente á nuestro venerable, quien le preguntó qué hacia allí; y repugnando Cristóbal decirle la verdad, el siervo de Dios, sabedor sobrenaturalmente de su propósito le dijo: teme á Dios, reprime tu ira, y compadécete de tus hijos y hacienda, renunciando tu propósito y mal consejo, y retírate de aquí; á cuya exhortacion, confundido Cristóbal, volvió á su casa con apaciguado corazon; mas á la mañana siguiente, antes de rayar el alba, no pudiendo persuadirse que de noche, y á tal hora, hubiese salido el siervo de Dios de su claustro, contra su acostumbrado recogimiento se fue al convento, curioso de averiguarlo por el religioso portero, quien le respondió: que el P. Camacho, puesto el sol, tenia por costumbre recogerse á su convento, y que jamás habia vuelto á salir hasta la mañana á la hora de emprender el ejercicio de su limosna: esta respuesta lo afirmó en su presuncion, y le hizo formar una estraordinaria opinion de su santidad, juzgando desde luego que aquello le habia acontecido sobrenaturalmente y por aparicion. Asi consta de su propio dicho.

Ademas de esto, muchas veces fue visto con estraños resplandores en su rostro y cuerpo; y no es de maravillar, por que contemplando los justos en la divina magestad, refulgente sol de las almas, resplandezcan sus rostros, como si dentro tuviesen llamas de fuego, cuyos resplandores y rayos salen y se manifiestan al exterior, cual sucedia á este varon admirable. Todos los que le veian en aquella encendida y resplandeciente postura, juzgaban, y con razon, que su alma gozaba de alguna avenida de gloria, con que le favorecia Dios; tal era lo refulgente y glorioso que aparecia en su cuerpo, postura y semblante, con los ojos alegres y de fiesta.

Asi lo vió Fr. Francisco Soriano, religioso de nuestro órden yendo á tocar la campana de la torre á las dos de la mañana, creyendo eran las cuatro, en que se hacia la señal para rezar las aves marías, y dar luz á la comunidad para levantarse á la oracion mental, segun previene nuestra constitucion. Habiendo entrado en el coro para transitar á la torre, lo vió en la forma referida, y asustado por la estrañeza del caso, y no haberlo conocido, se retiraba espavorido y lleno de temor, quando el varon justo le habló desde la Iglesia, diciéndole: hermano Fr. Francisco, no es hora todavía: con lo que el religioso se aquietó y conoció ser el mismo venerable P. Camacho que habia penetrado el susto y espanto en que se hallaba; así consta de su declaracion.

Indecibles son los regalos que el Señor le hacia en estos éxtasis y arrobos, segun declaran sus confesores; la carne como villana y frágil no podia gozar de tanta gloria, desfalleciendo al fin cual vaso humilde y quebradizo. El espíritu noble y poderoso no se hartaba de favores celestiales, por subidos que fuesen; el cuerpo no era bastante para recibirlos, y en este temor procuraba, quando no reusarlos que se disminyesen. Continuamente nuestro glorioso patriarca S. Juan de Dios le hablaba y dirigia á donde habia de ocurrir por limosna. El

Patriarca Sr. S. José lo favorecía, y los santos Apóstoles y Evangelista, sus inseparables compañeros, como queda referido. Su Magestad Divina en diferentes ocasiones y disfraces se le ofrecía á la vista, llenando de consolaciones su corazón, y confortándolo en su incesante trabajo de la limosna.

Muchos sucesos mas de los referidos hay en que se demuestra la heroica caridad del venerable Camacho para con Dios, apartando é impidiendo se cometiesen delitos, en cuyos actos se vé patente la proteccion que el Altísimo con superiores dones, dispensaba á su siervo, ya en la penetracion de las cosas ocultas, ya en las apariciones que verificaba para lograr su piadoso intento; mas referirlos todos sería hacer demasiado difusa esta obra, y asi terminaré este capítulo con la referencia de otro comprobado en las informaciones, donde aparece que al pasar Jacinto de Ródas, gran maestro de esgrima, y valor en este reino, por una esquina de los portales, se llegó el héroe, de quien escribimos, y le dijo: ¿No sabes que si Dios no quiere no se puede quitar la vida á nadie? ¿Pues cómo intentas dar muerte á fulano? Se desentendió Ródas, como si tal idea y propósito tuviese, y volvió á decir con toda seriedad el siervo de Dios: yo sé vás á matar á ese pobrecito; mas ves advertido que tan luego como ejecutes tu intento, saldrá de la Iglesia de Sto. Domingo un Alcalde de Corte que está oyendo Misa y te mandará prender y colgar en esta plaza. Al rayo de tan severa sentencia se le cayeron luego al vengativo las alas del corazon, y el respeto al siervo de Dios le hizo mas formidable la amenaza. Pues trata de aquietarse y temer á Dios; añadió el celoso varon, que cuando menos pienses tendrás la muerte en tu casa; el efecto mostró la verdad de la profecía, porque al poco tiempo murió de repente, habiendo arreglado cristianamente su conducta. De este ramo de caridad hácia Dios descendia la que tenia al próximo cual veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XX.

Caridad espiritual del siervo de Dios con el prójimo; su ardiente deseo por la salvacion de las almas, y fruto de sus diligencias para encaminarlas al Cielo.

Del abrasado amor de Dios, que su siervo poseía, resultaban encendidas centellas de caridad con el prójimo con colmados frutos de utilidad de las almas, y grandes deseos de su aprovechamiento: manifestarémos primero su caridad espiritual con los prójimos, y despues la corporal que con ellos tenia.

Procuraba con gran empeño que todos los enfermos que entraban á combalecer y curarse en este hospital saliesen enteramente buenos y limpios en sus almas y conciencias, para cuyo efecto en la asistencia y servicio de ellos era el primero y único en el singular amor con que los consolaba y servia: persuadíales á que se confesasen con frecuencia y tratasen muy de veras de salvarse, porque las enfermedades que Dios le habia enviado eran avisos para que lo hiciesen, pues aunque habian escapado de ellas, y estaban convaleciendo, no por eso habia desaparecido el peligro, que solia ser mas eminente muchas veces en la convalecencia que en la enfermedad, porque es tan grande nuestra miseria, que un cuerpo maltratado por los dolores y achaques, si convalece y no vive con mucho cuidado y arreglo, fácilmente recae de mas gravedad y peligro por un pequeño esceso en la comida, bebida, ambiente ú ejercicio, siendo constante que nuestros achaques son producidos por nuestros pecados, y que habria menos enfermedades si hubiera menos pecados, por lo que el alivio mayor que podemos darle es arrojarlos de nosotros por la confesion y enmienda de vida.

Con estas y otras santas razones los persuadia y consolaba, dándole rosario al que no lo tenia, encargándoles mucho á unos y otros lo rezasen todos los dias, haciéndoles ver no podia el hombre mas afligido tener mejor consuelo en esta vida que el estar un rato hablando con nuestra Señora, por serlo de tan grandes misericordias, que á los pobres y pecadores mas desconsolados del mundo los ampara y favorece en la presencia de su Hijo Santísimo, ofendido de ellos, haciendo trueque su justa ira en amor, y que con él les proporcione los ausilios espirituales y temporales que necesitan.

Era muy singular la modestia y ejemplo que daba á los seglares, y entre las gracias con que nuestro Señor le dotó, fue particular y digna de memoria su persuasiva, pues quando queria reprender algun vicio, ó aficionar los corazones al estudio de alguna virtud, usaba de palabras tan vivas y eficaces, que parecia sacaba á quien le oia de sí mismo, y le trasformaba en su intencion. Representaba con espiritu lo que queria, ganando de tal suerte las voluntades, que mejoró muchas en el camino de la virtud con su admirable doctrina, y ganó otras que estaban perdidas.

Con mucho afecto solicitaba la conversion de las mugeres perdidas, reduciendo á muchas de las que parecia estaban mas prostituidas y obstinadas, á que saliesen de sus engreimientos, reformasen sus vidas, y entrasen en recogimientos ó monasterios, cual lo hicieron muchas con gran gloria de nuestro Señor y admiracion de los fieles; á estas las proveía de lo necesario, y á otras, buscándoles marido y dote, las casaba; visitábalas de ordinario, confortándolas, y animándolas en el camino de la virtud para que perseverasen en él.

Satisfechos los moradores de esta ciudad de su buena distribucion, le daban buenas limosnas, con las que tenia para este convento-hospital, y atender, con licencia de sus prela-

dos, á otras muchas necesidades, que generalmente socorria: pedíanle algunos pobres limosna, y se las daba de lo que le daban, diciéndoles: tomen hermanos, que para todos dá Dios. Llevaba la opinion de mi glorioso Patriarca, quien decia, que la necesidad se habia de remediar donde se hallase, pues en todas partes estaba Dios por quien se hacia.

Las limosnas, que como lluvias del Cielo caian en sus manos, corrian á la misma tierra como por canales, librándola de toda especie de calamidad; dabánselas al venerable Camacho, y de sus manos pasaban á otros pobres, dándoselas á Cristo en ellos, segun esplicó el Señor á sus Discípulos (1), y á mi Patriarca Santo, cuando en el disfraz de pobre se dejó cargar y llevr al hospital de Granada, y despues que le lavó los pies al besárselos se le manifestó el sacratísimo rubí de la llaga, despidiendo tales rayos que creyeron los pobres se incendiaba el hospital, diciéndole: Bendito eres Juan de mi Padre, y ten entendido que lo que haceis con los pobres lo ejecutais conmigo.

Tenia á su devoción muchos hombres poderosos y ricos, de que en aquellos años estaba bien abastecida esta gran ciudad, pues en muchos reinos, aun con la decadencia que se nota en los presentes tiempos, no hay la riqueza que en esta. Habian formado gran concepto de nuestro siervo de Dios, venerándole y queriéndole por su mucha virtud y santidad. Con el seguro, pues, de que habia de hallar en ellos el socorro y remedio á las muchas necesidades que estaban á su cargo, se llegaba á ellos y les decia: Hermanos, la hacienda que Dios os ha dado no es tanto vuestra como de los necesitados: tened entendido que sois dispenseros de los pobres; yo os los pongo delante para justificar vuestra causa, ¿quién sabe si mañana sereis como ellos? ¿cuántos hombres poderosos

han llegado á la miseria, en términos de no tener que llevar á la boca, ni quien se lo dé, porque cuando tuvieron no lo daban? Asi, hermanos, tened presente que todo se acaba, y que cuanto hay en el mundo tiene fin, con especialidad las haciendas, porque quizás las mas no son bien ganadas. Atesorad para el cielo, que son los verdaderos tesoros, y haced en los pobres vuestros depósitos socorriéndolos, que yo os aseguro de parte de Dios el cielo, si asi lo haceis, porque el Señor lo tiene prometido á quien socorre y remedia á los pobres; á lo menos no dará otra razon de haberle dado en el dia del juicio, sino porque se remediaron y socorrieron las necesidades, segun hallareis en el Santo Evangelio. Otras veces solia decir: Hermanos, si vosotros fuérais pobres, ¿no os alegraríais que os socorrieran? Pues haced ahora con los pobres lo que quisierais hicieran con vosotros si lo fuérais.

Con estas santas y evangélicas persuasiones predisponia sus ánimos para que diesen limosnas, con las que socorria los pobres, haciendo dos grandes beneficios; á los que la daban beneficio para su alma, pues asi como el agua apaga el fuego, la limosna estingue el incendio del pecado, y á los que la recibian beneficio para el cuerpo, obligándoles á que no ofendiesen á Dios por la necesidad. Este motivo ha introducido la astuta malicia del demonio para que hallen las ofensas contra Dios disculpa, como si la pudiera haber, para ofender á un Señor tan bueno, y á quien debemos tantos beneficios, absurdo que por desgracia se halla esparcido en el mundo para cohonestar y hacer capa de cuantas maldades se cometen á la sombra de la necesidad; y se equivocan, porque si Dios les ha de socorrer, ¿á quién lo hará mejor, al que le ofende porque le dé, ó á quien le busca para que le dé por no ofenderle? Esta necedad, agena de toda urbanidad y consideraciones, tanto mas impropia es se ejecute con el Supremo Ser, cuanto lo seria si para conseguir que cualquier

sugeto nos prodigase un beneficio, é hiciese cualquier favor, usásemos de los ultrajes y ofensas para predisponerlo á que nos sirviese: se ha de buscar á Dios en las necesidades con humildad, rendimiento y confianza, cierto de que lo mucho que tiene, para los hombres lo tiene destinado, porque su Magestad de nada necesita mas que el que no le ofendamos, y que procuremos en todo observar sus santas leyes.

Finalmente, el gran siervo de Dios Camacho miraba las necesidades y las flaquezas de sus prójimos para salirles al encuentro con el socorro y alivio, evitando de este modo sus funestos resultados: habíale dotado el Señor de especial gracia para reconciliar á los que estaban enemigos, y cuando observaba en algunos rencores, ódios ó enemistades, las ajustaba y disponia con tal arte que á los mayores enemigos los dejaba no reconciliados, sino verdaderos amigos, y esta favorable transformacion era debida no á la gracia de ajustarlas, sino á la fuerza del amor de Dios y de la oracion frecuente que hacia para que el Señor asistiese á componer los ánimos de aquellos que trataban de quitarse las vidas, y así lo conseguia facilmente, en términos de que los que hoy estaban para matarse, mañana quedaban tan unidos que perderian los unos por los otros sus vidas, haciendo en esto un gran servicio á Dios y á la república, pues muchas se han reducido á miseras ruinas por las enemistades y rencores de sus moradores.

Por prueba de lo dicho en este capítulo referiré el suceso siguiente. María Coronado, que por la fé conyugal, violada por su marido, maquinaba aprehenderlo con su manceba en el ilícito comercio para asesinarlos, se resolvió á ello esta apasionada muger, y tomó un cuchillo bien afilado, que ocultó bajo de su mantilla, y muy dispuesta marchaba á la casa, donde á la sazón estaba su marido, á cometer el omicidio, cuando he aquí que encuentra al venerable padre Camacho que

le dice: ¿A dónde vas? vuélvete á tu casa, mira que el demonio es quien te indispone con tu marido. ¿Pues yo, padre Camacho, á qué voy? le respondió la muger; y el siervo justo, manifestándole á lo que iba, le hechó mano á la faja y le sacó de debajo de la mantilla el agudo acero, con lo que confusa la iracunda muger condescendió á las reiteradas amonestaciones del siervo de Dios, y volviéndose á su casa, juntamente con él, se prestó á seguir los consejos del bendito varon para que se retirase á un monasterio, y se eximiese de las ocultas asechanzas, que muchas ocasiones en el sueño habia prevenido á su esposo, lo que del todo cumplió con gran recreo y consuelo de su alma; asi consta por declaracion de ambos consortes, escusando de este modo la muerte á aquellos descaminados é infelices amancebados, y el escándalo á todos los vecinos de esta ciudad.

CAPITULO XXI.

Su caridad corporal en las necesidades del prójimo, su piedad con los enfermos convalecientes, y cuidado en la adquisicion de la limosna para sus socorros.

Si alguno afirmare que ama á Dios, escribia el Evangelista estático (1), y aborrece á su hermano, téngase por embustero; ¿pues si no estima á su prójimo, con quien está en relaciones por la sociedad, á Dios que no vé, cómo le amará? Descubrió la Magestad de Dios al Patriarca Abraham el castigo que iba á ejecutar con los sodomitas, y fue tan eficaz la súplica para el perdon, que siendo precisa condicion hallarse algunos buenos, fue disminuyendo el número hasta solos diez (2). Dejo por ahora la caridad de Moisés, de Da-

(1) Joan. Epist. 1. c. 4. (2) Genes. c. 18.

vid, de Jonatás y de S. Juan de Dios, mi Padre; y solo presento la del samaritano, que mereció de la soberanía de Cristo claro elogio (1). Heróico, no menos que ella, resplandeció nuestro venerable Camacho en este santo ejercicio; pues además de su genio muy piadoso, lo ennobleció el cielo con suave, sobrenatural y vivo fuego.

Todo el instituto de mi Religion sagrada tiene por norte hacer bien al prójimo, especialmente á los enfermos y necesitados, siendo por esto el blason de mi amada Religion una Granada, mostrada por el Rey de los Reyes, el mismo Dios, á mi adorado Patriarca S. Juan de Dios caminando desde Gibraltar á Granada, cuando le cargó sobre sus hombros, porque ella es el símbolo de la amistad y caridad, cual discretamente demostró Darío, cuando abriendo una granada muy gruesa exclamó diciendo: «No desearia yo otra felicidad en el mundo que hallar en los hombres tan enlazada y unida amistad como tienen entre sí estos granos.»

Con este geroglífico se ilustra mi hospitalaria Religion, que la buena memoria del Sr. S. Pio V aprobó en el año de 1562, concediéndola grandes privilegios y gracias con la forma de hábito que hoy vestimos, cuyos estatutos despues han aprobado misericordiosamente los Sumos Pontífices que hasta aquí han sucedido, constituyéndola al alto grado en que hoy la vemos; favores bien merecidos por la gran caridad con que se emplean nuestros religiosos en la curacion de los enfermos, no solo en la Europa, si tambien en todas las Américas, Africa y parte del Asia, asistiendo en los ejércitos, armadas, plazas y presidios con esposicion á perder su salud y vida.

Y como es la caridad la reina de las virtudes, posee todos los atributos, ofrece el don de profecía, comunica la gracia

(1) Luc. c. 10.

de obrar milagros; es madre de la paz y concordia, fuente de sabiduría y vida angelica, segun dice S. Juan Climaco. Y solo basta para conocer esta verdad, tener presente la de mi adorado padre S. Juan de Dios y la del venerable padre Camacho, quienes resplandecieron en ferviente caridad corporal con los prójimos.

Todo el tiempo que le permitia su ejercicio de la limosna, lo gastaba en servicio de los enfermos: acudiales como si fuera una madre amorosa de cada uno; dábales de comer por su mano; abrazábase con ellos para levantarlos cuando su debilidad no les permitia menearse; haciales las camas; barria las enfermerías; aseaba lo mas asqueroso, sin tener escrúpulo de las llagas, las untaba y curaba medicinando el horror que le causaba con la dulzura de la caridad; ningun oficio habia asqueroso y sucio que no lo ejecutase con alegre semblante: solamente en verle se alegraban los dolientes, y muchas veces los curó milagrosamente con el fervor de su caridad; finalmente, era el único refugio de los enfermos; asi ayudaba á todos en comun, y á cada uno en particular, como si cada uno fuera solo.

Aunque tenía particular cuidado de su hospital y de sus pobres vergonzantes, no dejaba por eso de acudir, con licencia de sus Prelados, á los pobres presos de la cárcel, al beaterio de Nazarenas, hoy monasterio de Monjas Reales, bajo la regla de Santa Teresa, á quienes suministraba copiosas limosnas, cual á la observantísima recoleccion de la Magdalena del Orden de Predicadores. Jamás se cansó en el servicio de los pobres, teniendo siempre para socorrerlos tan gran confianza en la misericordia de Dios, que cuando mas se veía cargado de cuidados y falto de recursos mayor ensanche daba á su corazon.

Este su amor á Dios lo hizo jornalero y esclavo de los pobres, ; tal era su teson y afan en servirlos, y tal su solicitud

en buscarles limosnas para su curacion y sustento! Por esta causa los mejoró de sitio y vivienda, fabricándoles á toda costa esta nueva enfermería, cual lo hizo en Granada mi glorioso Patriarca. ¡Tal celo por socorrer aun mas que las pensiones del cuerpo los trabajos de sus almas! Ni Jacob por su querida Raquel padeció mas soles y destemplanzas que el venerable padre Camacho por sus pobres. Aquel desvelo y puntualidad activa en pedir para socorrer á otros en que á veces atendió mas al alivio del mismo á quien pedia.

Un pobre hombre cargado de obligaciones con muger é hijos, atenidos únicamente á los cortos recursos que podia buscar para suministrarle el indispensable sustento, salió un dia de su casa faltó de medios á proporcionar algun socorro para llevarles de comer. Encontróle el padre Camacho, quien le dijo: Ea, deme limosna. Pobre de mí, respondió el angustiado hombre, que he amanecido sin tener que llevar un pan á mis hijos. ¡Miserable! si tiene, le contestó el siervo de Dios; busque en sus faldriqueras, y hallará. ¿Qué he de hallar, padre Camacho, donde nada hay? Sin embargo, metió la mano en ellas, y en verdad que halló una moneda de ocho reales. Al punto esclamo: ¡Milagro! Pues aqui tiene siete reales, le dijo el siervo de Dios; vaya y dé de comer á los suyos, y déjeme un real para los demas pobres.

Dijo Cristo, vida nuestra, á Pedro: En la boca de un pez hallarás una moneda, con que por los dos pagues el tributo al César (1), ¿y de dónde le ha de venir al pez esa moneda? de milagro, dice la glosa con S. Gorónimo (2). Criando milagrosamente la moneda, ó como sienten otros, poniéndola por ministerio de ángeles, donde antes no la habia, lo que cumplió Dios con su siervo haciendo se verificase su palabra, y con el pobre hombre socorriendo su necesidad; mas si en rea-

(1) Mat. c. 7. (2) Glosa S. Hieron. apud silveri hic.

lidad no tiene dinero, ¿para qué le pide limosna el padre Camacho? Sin duda para dársela, sin dar á entender que se la hace; esto es pedir para dar al mismo á quien se pide.

Asi pidió Cristo de beber á la Samaritana (1), y á breve rato la muger le pide agua á Cristo, obsérvese este enigma, ¿Pues qué, tan pronto se pasó la sed de Cristo á la Samaritana? Si tiene agua el Señor, ¿para qué la pide? Es que no pide para recibir sino para dar, dice S. Crisóstomo (2). Asi el venerable Camacho pide limosna á quien no la tiene para dársela; pide un real para darle siete, haciendo el bien como que le recibe, y no como que le hace. ¿Qué bien dijo aquí Séneca (3), que la limosna aprovecha mas al que la dá, que al que la recibe! Este era el modo de pedir de mi Patriarca S. Juan de Dios; haced bien para vosotros mismos. Y no se puede dudar que este modo de socorrer á los pobres del venerable padre Camacho, es de mayor mérito y de mas ingeniosa caridad que la de Zaqueo, aun dando la mitad de su hacienda, porque Zaqueo dió, mas no pidió; nuestro siervo de Dios pedia para dar. El dar solamente es grandeza y generosidad del Señor; pero el pedir para dar es abatimiento y molestia de siervo humilde que se avergüenza en pedir. Esta fue la caridad del venerable padre Camacho que, como pobre y humilde, se arrojaba por las calles á pedir para tener con que regalar á sus pobres, cual si fuesen sus amos.

Bien le pagó el Señor estas finezas de caridad; pues diversas veces se le apareció, como si fuese pobre, disfrazado entre los convalecientes de la enfermería, quien enferma de amor, solo puede convalecer en el buen templo de la caridad. Esto fue autorizarle el Señor los empleos, entrándosele por sus puertas á recibir su agasajo, cual lo hizo en casa de Za-

(1) Joan. c. 4. (2) S. Crisost. omilia de Samaritana.

(3) Sen. in Prov. c. 14. vita.

queo, y repitió en la de Abrahan, en Mambre, y en nuestro hospital de Granada.

Salió un dia de este convento para la plaza llevando delante á un pobre con un poncho ó capote de dos faldas, una que le caía por el pecho, y otra por las espaldas hasta las rodillas, medias blancas y sin sombrero, su rostro venerable, sereno, y barba proporcionada. Le indujo á nuestro varon á creer si seria Cristo nuestro bien en trage de pobre, y apresurando un poco el paso le preguntó: ¿Amigo, de dónde es usted? á que contestó el mancebo: Yo no tengo principio ni fin. Quedó fuera de sí arrebatado el venerable Camacho, y cuando pudo recobrarse ya no halló visible á quien buscaba; sin duda que de la hospitalidad, donde con tanto amor asistia el varon santo á sus pobres, salió el Señor acompañándole para hacerle esta honra y dársele á conocer para aliento de su ministerio y corona de su caridad, pues reconocia en cada pobre á Dios, como hijo de Abrahan, que sirviendo á sus tres peregrinos, en ellos reconoció y adoró á Dios: *tres vidit et unum adoravit.*

Con estos repetidos favores del Altísimo se enardecia mas y mas en la virtud de la caridad, no solo para los pobres, si tambien para con sus correligiosos, á quienes continuamente persuadia á la tolerancia y paciencia, á que los animaba diciéndoles, que habiéndose constituido religiosos por su profesion debian serlos igualmente en sus obras, sirviendo, padeciendo y callando, porque el religioso una vez abdicada su propia voluntad, estaba obligado á llevar la carga de las tribulaciones y dolores á manera de yumento.

A un religioso que seducido por una mala sugestion habia dejado el hábito de nuestra Orden, el siervo de Dios de tal suerte le asistió con sus frecuentes visitas, consejos y dulces amonestaciones, que convencido por ellas de su fragilidad y ligereza en haberse dejado llevar de las tentaciones

del comun enemigo desistió de su propósito, é instó al venerable influyese con el prelado para que lo volviese á admitir. Asi lo practicó el siervo de Dios, con la dulce persuasiva y humildad con que de ordinario trataba á su prelado, quien lo volvió á admitir vistiéndole el hábito, con el cual vivió dando ejemplos de virtud. Continuamente solia decirle á los religiosos: Padres mios, los piadosos actos de comunidad no se deben omitir, y ninguno debe singularizarse faltando á ellos: otras ocasiones les amonestaba se doliesen de sus pecados, é hiciesen penitencia implorando la misericordia divina del modo mas eficaz que pudiesen. Por tan piadoso trato era amado de todos, y recibido con veneracion, cual lo acredita el suceso siguiente.

Una muger, ilícitamente preñada, deseando comer unas manzanas por impulso de su preñez ú antojo, juzgó serle mas conveniente abstenerse de solicitarlas para conseguir el aborto, con el que pensaba quedaria oculta su fragilidad, conservando el concepto de doncella que gozaba. Sabedor de todo por revelacion divina el siervo de Dios, procuró al momento las deseadas manzanas, é inopinadamente se las llevó á la muger, quien habiéndolas recibido las puso sobre la mesa, ratificándose en su propósito y determinacion de no comerlas á ver si lograba su deseado fin; mas el siervo de Dios, sabedor de la deprabada resolucion de la muger, para apartarla del nefario crimen que deseaba, y que no se perdiese el feto, la persuadió con instancia á que las comiese, lo que consiguió logrando salvar la inocente prole y á ella de la censura que recelaba, y tal vez de la propia vida que podria haber perdido en el aborto.

Ilustrado por Dios el venerable padre Camacho de que cierto sacerdote era sumamente negligente en rezar el oficio Divino, le amonestó con suavidad y melifluas palabras cumpliera con la obligacion á que se habia constituido. Enmendó-

se, pues, y habiendo encontrado otro día al siervo de Dios, quiso manifestarle haber obedecido sus amonestaciones, á lo que el venerable le contestó, que ya Dios así se lo había manifestado, é igualmente la mucha precipitacion con que lo hacia, por cuya causa omitia decir las oraciones consuetas de sufragio en los dias debidos, y por esto le advertia que Dios mas atendia á los adverbios que á los verbos. Por esta reiterada amonestacion consiguió el varon justo la enmienda del sacerdote, quien procuró en lo sucesivo rezar con toda devocion, y siempre que encontraba al siervo de Dios, le daba afectuosas gracias por sus amonestaciones.

Hallándose sumamente angustiado un mercader, llamado D. José de Castro Cagerol, por no haber recibido cartas en un correo que llegó de España, de sus parientes que residian en la ciudad de Zaragoza, presumiendo le hubiese sucedido algun infortunio, manifestó su pesar al siervo de Dios, quien le mandó escribiese, pues al inmediato dia haría por remitirla. Hizolo así, y entregóse la al venerable, el que apenas pasados tres meses le entregó la respuesta, con grande admiracion del mercader, que no atinaba como podia haber acontecido esto, cuando atendida la distancia de los lugares no podia naturalmente suceder lo que experimentaba. No dejó de preguntárselo; pero el varon de Dios, vueltos los ojos ácia una imagen del Sr. S. José que se hallaba en aquella tienda, lo señaló, cual autor del suceso, persuadiéndole lo reverenciase de corazon, y le diese debidas gracias.

Divinamente prevista por el siervo de Dios, despues del terremoto del dia 20 de octubre del año de 1687, la ruina que amenazaba la bóveda de la escalera que sube al coro, mandó se estuviese con él á Fr. Francisco Soriano, religioso del propio Orden, que iba á subir al coro; y en efecto, apenas se detuvo el religioso cuando la bóveda cayó, la que cierta é indubitavelmente le hubiera muerto á no haber sido

detenido oportunamente por el venerable padre Camacho, asi consta por declaracion del mismo religioso.



La misma preservacion de semejante é inminente peligro, con divina luz prevista, procuró á un niño de tres años, y por los mismos oficios de su caridad eximia para con los prójimos, aun olvidado de su propio riesgo, pues cayó el mismo padre Camacho, instantáneamente oprimido del torbellino, en el segundo temblor ocurrido á las seis de la mañana del mismo dia 20 de octubre, viéndosele salir despues sobrenaturalmente ileso de entre las ruinas y escombros de una pared, preservado sin duda para los ulteriores actos de caridad.

No menos se demostró su gran caridad desvaneciendo y quitando una siniestra opinion que cierto hombre habia concebido de la fidelidad de su muger, la cual lo tenia inquieto premeditando hacer muchas é infaustas cosas contra ella. A este fin se puso una noche fuera de su casa en acecho para investigar quien entraba en ella; y habiendo visto cerca de las ocho entrar á un hombre incógnito, al momento siguiéndole los pasos entró tras él en su casa con deliberacion de aprehender al uno y otro, tomando venganza de la injuria. A este tiempo, lleno de celeste luz nuestro caritativo padre Camacho, deseando quitar de aquel hombre la mal concebida opinion de su muger, y tranquilizar su inquietud apartándolo de los malos pensamientos que habia concebido y consentido, rogó eficazmente á Dios por ellos, y aconteció que habiendo entrado en su casa dicho marido tras el adúltero que deseaba aprehender, hallóse con el siervo de Dios que estaba sentado en el aposento, y no á otro; de suerte que lleno de espanto por lo intempestivo de la hora, y admirado del suceso, salió de su casa y partió para el convento, en donde cerciorado que el venerable Camacho estaba en él, no solamente conoció que aquello habia acontecido por una sobrenatural apa-

ricion del cuerpo, sino que convencido de ello se tranquilizó, y separó de sí toda siniestra sospecha contra su pobre muger, á quien desde entonces dispensó todo género de atenciones.

No es menos prodigioso el siguiente suceso. Otra muger habiendo tenido un hijo adulterino ausente su marido, estando para llegar temió de su furia y penas por la fé violada que le quitaria sin duda la vida. Para evitarlo determinó simularlo con decir que dicho niño le había sido encargado por el venerable padre Camacho para criarlo y educarlo: en este estado he aquí que inopinadamente se presenta su marido, quien le pregunta, ¿qué niño era aquel? y ella con la meditada disculpa le engañó; mas entretanto el siervo de Dios conociendo divinamente el inminente peligro de la muger por la falsa respuesta que habia dado á su consorte, sin haberle prevenido de ello al venerable, salió al encuentro de su esposo al tiempo que iba para el convento á cerciorarse de la verdad, á quien despues de haber dado el parabien de su llegada le añadió estas razones: Ten por mí todo cuidado con aquel angelito. Esto fue bastante para que el marido quedase plenamente satisfecho del dicho de su muger, y esta libre de todo riesgo por la prósida caridad de nuestro siervo de Dios Camacho.

CAPITULO XXII.

Prosigue la misma materia y actos heróicos de su eximia caridad.

No menor caridad demostró segunda vez con un mercader, que meditaba hacer un dilatado viage, porque conocidos por el siervo de Dios los peligros que ciertamente habia de sufrir en daño de toda su familia, procuró apartarlo de su propósito, aunque en vano, por estar resuelto á verificarlo.

Con este objeto salió un día de su casa para ir al lugar que nombran el Cercado, distante de esta ciudad veinte cuadras, á fin de ajustar el pasage con el capitan del navío en que pensaba ir: era esto al mediodia, hora en que el venerable recogia la limosna en la plaza de esta ciudad, cuando repentinamente lo vió con admiracion el mercader, que estaba en la calle de aquel lugar, quien le preguntó: ¿Qué hace usted aqui á esta hora? A que le respondió el venerable, haber ido á un negocio urgente, y habiéndole dado limosna se despidió y subió en su mula, que á todo andar y por camino derecho dirigió á su casa, y cuando se aproximaba á ella he aqui que vé á su puerta al padre Camacho, lo que no pudiendo ser en lo humano se admiró, y conoció que el varon santo solamente por vilocacion podia haberse aparecido para apartarlo de su propuesto viage, y para demostrar en el mismo acto las señales mas unívocas de su eximia caridad para con él y su familia; de suerte que amedrentado no dudó mas seguir el consejo del siervo de Dios, apartándose del viage intentado.

Otros casi innumerables actos caritativos, ejercitados por el venerable Camacho en evidente utilidad espiritual y temporal de su prójimo, comprueban verdaderamente su heroica caridad, á mas de los enumerados hasta aqui, y otros que se referirán, merece escribirse por muy ilustre el ejercitado con cierto caballero principal de esta ciudad.

Caminaba este perturbado á ejecutar un mal pensamiento, y encontrándose con el siervo de Dios se avergonzó por la fama de santidad que oía decir, y él mismo hacia juicio gozaba, y para evitar la ocasion de hablarle varió de camino. Mas el siervo de Dios ilustrado salióle al encuentro, y tomándole la mano se la apretó diciendo: Sepa, mi querido, que lo sumo de las cosas es Dios; asi, pues, es necesario amarlo, y rogarle para que con benéficos auxilios nos libre de peca-

do. Esta fue suficiente y caritativa amonestacion para que aquel hombre condecorado conociese era sabedor de la interna pasion amorosa de su corazon, y lleno de confusion y vergüenza procuró apartarse, arrojando de sí la ocasion de su perdicion y deshonra.

Estando muy acongojada Adriana de Sotomayor por haberle suscitado un litigio injusto cierta persona de su familia, sobre el dominio y pertenencia de una esclava, incesantemente rogaba á Dios una noche con todo su corazon la libertase de tan injusta vejacion y disgustos, deparándole un piadoso varon que la consolase y dirigiese. Apenas habia amanecido cuando el venerable padre Camacho, aunque nunca habia ido á aquella casa, llegó á ella prevenido de celestial luz. No aguardó á que Adriana le esplicase la causa de su tristeza, sino dirigiéndole la palabra la dijo: Que dentro de dos ó tres dias se acabaria el pleito, apartándose el actor de tan injusta demanda y pretension, con lo que todo se terminaria felizmente, por lo que le aconsejaba se tranquilizase y no se afligiese. Todo se verificó segun habia predicho, atribuyéndolo la muger á la gran caridad que el siervo de Dios, movido por el Altísimo, habia tenido con ella.

Estremadamente angustiado D. Alonso Rojano Varaona, oficial del Real Erario, por la pérdida que le amenazaba, tanto de su destino como de su honor y buen nombre, pues que teniendo que dar cuentas al supremo tribunal se le habian estraviado los comprobantes justificativos que acreditaban la integridad é inversion dada á los intereses que tenia á su cuidado, cuya pérdida, no sin fundamento, se le atribuía á la mala condicion de su esclavo, á quien habia castigado por ello sin lograr declarase su paradero. En medio, pues, de tan gran conflicto acudió al venerable padre Camacho, quien de tal suerte lo ayudó con sus oraciones, consejos é intercession, que consiguió hallar milagrosamente todos los docu-

mentos que le faltaban en poder del contador D. Pedro de Villalba, de lo que asombrados uno y otro creyeron ser este acontecimiento milagroso, atribuyéndolo solo á causa sobrenatural, por lo que no cesaron de dar infinitas gracias á Dios alabando la santidad del venerable padre Camacho, por cuya intercesion habia salido de aquel tan apretado lance, en que hubiera sin duda alguna perdido honra, fama, hacienda, y tal vez la vida con semejante pesar.

La heroica caridad de nuestro venerable Camacho para con los pobres no se restringió entre los cancelos y límites de su hospital, sino que se estendió á dar auxilio á los pobres estraños con las limosnas que recojia, como lo practicó con la hermana Luisa del Espíritu Santo, fundadora del monasterio de las Nazarenas, cuidando socorrerla y proveer las necesidades del Beaterio con oportunos auxilios. Lo mismo hacia con otras personas cuando sabia se hallaban en necesidad, aliviándolas con oportunos socorros, ó dándole el debido consuelo, segun el carácter de la necesidad y persona, distinguiendo á aquellas que ó por la vergüenza no les era permitido mendigar, ó por la demasiada pobreza las amenazaba un próximo peligro de pecar, é igualmente á aquellas que por la indigencia se habian prostituido para atraerlas al camino de la virtud, se vió socorrerlas con ardiente caridad, con subsidio cierto y mas que suficiente para su manutencion, y con asignacion de vestuario.

No visitaba ni servia á pobre que no le dejase muy consolado; los acariciaba, regalaba y persuadia á que se confesasen á menudo, á que fuesen virtuosos y ofreciesen á Dios el serlo, pues podrian lograrlo fácilmente. Un pobre, decia, ningun estorbo ni embarazo tiene para no estar sirviendo á Dios, y contemplar su bondad suma de dia y noche, porque ni negocios le embarazan, ni tratos le ocupan, los deseos de ambicion no les roban los sentidos para no pensar mas que

buscar mucho, y tener mas con mala conciencia, segun costumbre de los codiciosos y avaros del mundo; de todo esto está libre el pobre, y es muy grande la ventaja que le proporciona para lograr ser santo. Con estas bien dichas palabras podemos decir convertia á muchos y muchas al servicio de Dios.

Finalmente, entre los frecuentes actos de la admirable caridad de este portentoso varon, debemos trasmitir los que ejercitó por las almas del purgatorio con los mas liberales y espléndidos sufragios, porque juzgando no haber hecho bastante, ó no ser suficiente socorro y refrigerio el de sus oraciones, vigiliass, ayunos y penitencias, cuidó de erogar grandes cantidades de dinero, buscadas por él, para limosnas de otros tantos sacrificios que se habian de aplicar en alivio de ellas, pasando de doce mil misas las que mandó celebrar, por cuya eminente caridad el mismo Dios quiso mostrarse grato con evidentes señales, haciéndolas ver gloriosas muchas y repetidas veces, despues de su liberacion de aquella cárcel, volando á los cielos como en accion de gracias á su libertador.

CAPITULO XXIII.

Resplandece el Siervo de Dios en la heróica virtud de la prudencia, compruébase con varios sucesos.

Es la prudencia la primera de las cuatro virtudes cardinales. Tienen este nombre porque son virtudes principales, y como fuentes de todas las otras virtudes morales y humanas, y asi la prudencia gobierna el entendimiento, la justicia rige la voluntad, la templanza domina el apetito concupiscible, y la fortaleza el irascible. Su oficio es mostrar en todas las acciones el debido fin, los medios convenientes, y todas las circunstancias; esto es el tiempo, lugar, modo y cosas semejantes para que la obra sea bien hecha en todo, y por esto se

llama maestra de las otras virtudes, y es como los ojos en el cuerpo, la sal en las viandas, y el sol en el mundo.

Nuestro esclarecido Camacho resplandeció en esta virtud de la prudencia heroicamente, demostrándolo con superabundancia, porque en su obrar no se propuso otro fin que el de agradar á Dios, haciéndole aceptable un mérito para conseguir el premio celestial: para su mas segura consecucion no difirió dirigir sus acciones y poner los medios para que en ellas nada se le notase culpable ni digno de reprehension, logrando llegar al grado de la verdadera perfeccion, abrazó de buena gana los oportunos medios para conseguirla, no resistiendo á la voz y voluntad Divina, se entregó con prontitud y alegre ánimo á mi sagrado Orden regular del padre de los pobres S. Juan de Dios, juzgando en su corazon que en él conseguiria mas próxima ocasion y necesidad de servir y obedecer á Dios.

Entre otros medios que adoptó para adquirirse la gloria eterna fueron la huida del ócio, porque sabia muy bien que no hay en el mundo raiz para los vicios como él, segun lo enseña el Crisóstomo (1). El continuo estudio de la oracion, las penitencias con que afligia su cuerpo, las vigiliass, ayunos, meditaciones, la frecuente recepcion de los sacramentos, los ejercicios de otras obras piadosas, y de otras cristianas virtudes; pero particularmente aquella continua y eximia caridad con que procuraba ayudar y servir con todas sus fuerzas y mucho amor á los prójimos, asi en las cosas espirituales como en las corporales, ademas su grande celo por el adorno de la casa de Dios, mediante el cual no solo cuidó nada faltase para su culto proveyéndolo de todo, sino que se estendió á proporcionar ricas alhajas de plata y oro con el deseo de fomentar y promover mas y mas su

(1) Cris. Homil. 14.

culto, amor y veneracion, por cuya causa dos veces completó la reedificacion de nuestra Iglesia, en cuyos ejercicios de verdadera perfeccion consumó la carrera íntegra de su vida.

Igualmente en el don de consejo fue conocida la mas illustre prudencia de nuestro siervo de Dios, porque mediante aquel pareció no solo dirigirse á sí mismo óptimamente en el camino de la salud, si tambien á otros, y así se gobernó prudentísimamente cuando conoció por superior luz la hipocresía é ilusion de cierta muger, nombrada Angela Carranza, beata tercera de nuestro padre S. Agustín, de quien se abstuvo de tratar con familiaridad, eludiendo las maquinaciones con que esta infeliz ilusa con instancia le solicitaba, á lo que el siervo de Dios improbando su espíritu le respondió, mirase estaba oprimida del demonio con ilusiones, lo que se demostró evidentemente por el tribunal de la Inquisicion de esta ciudad, quien la puso en su cárcel y castigó con las debidas penas, condoliéndose nuestro venerable de su calamidad á impulso de su caridad.

Asimismo ayudó á otros con sus prudentísimos y saludables consejos, escitando en unos el horror al pecado, y desviando á otros del camino de la perdicion, infundiendo y fomentando en sus corazones el temor y amor divino. Con admirable industria procuró con sus consejos, en materia muy árdua, sostener á un religioso de nuestro Orden, llamado Fr. Francisco Soriano, conventual en el presidio y plaza del puerto del Callao; mas habiendo este religioso despreciado la ejecucion de ellos, y teniendo despues precision de venir á esta ciudad, pensó por todo el camino en el menosprecio que habia hecho de los consejos del siervo de Dios, y avergonzándose por esto de encontrarse con él, determinó ocultarse de su vista, pero el acontecimiento engañó su esperanza, porque apenas habia entrado en la ciudad cuando divisó á lo lejos á nuestro venerable Camacho,

y procurando sustraerse de su presencia al instante tomó otra direccion; mas en vano, pues no favoreciéndole la suerte, é iluminado el venerable, con paso acelerado llegóse á él, y descubriéndole los secretos de su corazon con palabras muy suaves y edificativas se apartó de él, dejándolo confundido. Esto fue bastante para que el mencionado religioso, admirando otra vez la santidad de este varon, hiciese propósito de seguir en todo sus saludables consejos, como así lo declaró.

Habiendo apostatado un religioso de nuestro Orden que procuraba anular su profesion, se encontró con el venerable padre Camacho poco antes que saliese de este mundo, y recibiendo de él un saludable consejo, dirigido á que se volviese al gremio de la Religion, le respondió que en manera alguna lo haria á no venir otro padre Comisario, á lo que el siervo de Dios le replicó, volviese sin tardanza al claustro, pues le aseguraba habia de ver al nuevo Comisario general. Con estas esperanzas y saludables amonestaciones se redujo el descaminado religioso, condescendiendo á ellas, y volviéndose al momento á la religion, habiéndose verificado poco despues así la muerte del siervo del Señor, como la venida del nuevo Comisario general, segun se lo habia pronosticado.

No solo ayudó con sus saludables consejos á los religiosos, sus hermanos, sino que á cuantos ocurrían á él, y á todos aquellos que conocían los necesitaban. Así aconteció con el capitan D. Fernando de Ortiz y Montemayor, á quien para sosegarle de una grande turbacion y ansiedad de ánimo que tenia por un débito, causado por haberse retardado la llegada de la flota que en aquellos tiempos venia de España con mercaderías, nuestro venerable Camacho, inspirado de celeste luz, acostumbraba á decirle, ¿cómo va de tribulaciones? ¿se aumentan cada dia los regalos de Dios? Con estas palabras no solamente le manifestaba era sabedor de la causa de su tribulacion, sí tambien le amonestaba que aquellas angus-

tias se debian tolerar con ánimo alegre y festivo, como dones enviados por la mano de Dios.

Ademas de esto al mismo capitan Ortiz, despues de haber vuelto á mejor estado por la mortificación de sus apetitos, por el ejercicio de obras piadosas, y por la penitencia de sus pecados, con ardiente caridad y espíritu le encomendó amase mucho á Dios é hiciese segun lo que debia, con cuyos consejos dióle á entender que aun todavia no estaba del todo libre de los lazos del demonio, porque todo lo que hacia no era bastante para hacerse partícipe de la Divina gracia; con cuyos consejos aquel caballero logró el aumento de su arrepentimiento y penitencia, y ponerse enteramente en gracia para con Dios, como así lo refiere él mismo en su deposicion.

Del propio modo, con muy buenos y santos consejos, dirigió á Francisco Sanchez Becerra, quien trataba familiarmente con nuestro siervo de Dios, y estaba acostumbrado á comunicarle todos sus negocios, de cuyo uso y ejecucion, como conformes á razon y justicia, consiguió que todos le saliesen bien, con grande aprovechamiento en lo espiritual y temporal.

Aunque nuestro siervo de Dios desconocia del todo las letras, con todo muchísimas personas calificadas, doctas, religiosas, nobles de uno y otro sexo, no dudaban ocurrir á él como á oráculo á consultarle y recibir sus consejos y direcciones, así en asuntos espirituales como temporales, y en negocios y materias verdaderamente difíciles y árduas, cuyos dictámenes y consejos los reconocian ilustrados y fortalecidos con sentencias cóngruas y autoridades del sagrado testo y de los dichos de los Santos Padrés, oyéndolos con suma veneracion, recibéndolos y dándoles su debida ejecucion, como que del todo los esperimentaban útiles; de tal suerte que por esta causa á cada paso se juzgaba por todos á este incli-

to varon admirable, adornado mediante la ilustracion Divina con el don de consejo, y que como águila perspicaz le bebía al sol los rayos, superior en alas y vuelos á los querubines del carro, estendiéndose asimismo la elevada virtud de nuestro siervo á la contemplacion del Divino Sol, bañado de ilustraciones su entendimiento para la asecurion de las verdades eternas.

¿Quién le oía discurrir del inefable misterio de la Trinidad Santísima con tal pureza de términos y propiedad de voces como pudiera hacerlo el mas consumado teólogo? ¿quién le veía desatar dudas para el gobierno de las conciencias, consultado de hombres doctos, maestros letrados y jueces, tanto en esta ciudad como de todo el reino, cual si fuese un oráculo? ¿quién le atendia dictar algunas cartas de consejo y consuelo, citando sentencias de las Sagradas Escrituras? ¿quién le oía repetir varias veces, no me enseñó eso S. Pablo, que admirado no esclamase: *Unde hic literas scit, cum non didicerit* (1)? ¿quién al buen hermano Camacho, hombre rudo, ignorante, criado en el campo y la campaña, le ha enseñado artes políticas, ciencias teológicas, noticias morales y positivas? Pero no hay que estrañar si frecuentaba una escuela donde se sabe sin aprender, y con solas lecciones de la mas profunda humildad, cual es mi caritativo instituto, por el cual se pueden alcanzar luces de la mas alta sabiduría. Gran cosa es en las escuelas de Dios ser como Tomás Buey mudo, y arrastrarse por tierra cual Camacho como Buey ignorante, para ser perspicaz y remontarse al cielo como águila.

Pensando D. Diego Manrique de Lara, alcalde ordinario de esta ciudad, trasportarse á las provincias de tierra arriba, creyendo con esta mutacion hacer mas benigna su suerte, se lo significó al siervo de Dios, del cual aconsejado que mas le

(1) Joan. 7. v. 15.

convenia proseguir ejerciendo el ministerio en que se hallaba, al instante condescendió obedeciendo su consejo; y con efecto, habiendo proseguido en su oficio experimentó después admirables efectos de la Providencia Divina, conociendo que sus negocios corrían mas felizmente, por lo que concibió mayor opinion y veneracion de la santidad de nuestro Camacho.

Asimismo le sucedió al Licenciado D. Nicolás García de Vitiaga, á D. Francisco Becerra, á D. Alonso Rojano Baraona, á D. Pedro Virillo y á otros muchísimos, que acogíendose al venerable padre Camacho en sus graves y árdulos negocios, tanto espirituales como temporales, para oír sus dictámenes y recibir sus consejos, jamas el siervo de Dios dejó de dirigirlos y ayudarlos muy oportunamente, con gran beneficio é incremento espiritual y temporal, cual lo acreditó la esperiencia, admirando y predicando todos su eximia prudencia.

Con no menor estudio nuestro siervo de Dios ayudó á los pobres de este hospital y á otras personas estrañas con muy salubérrimos consejos en sus aflicciones, dolores, enfermedades é indigencias, insinuándoles ya una paciente tolerancia, ya su oblacion al Altísimo en satisfaccion y holocausto de sus pecados, ó ya en sufragio de las almas del purgatorio, encendiendo é inflamando á todos á emprender nueva vida para vivir piadosa y santamente en el amor y temor de Dios y confianza en su auxilio, cuya utilidad de semejantes consejos ellos mismos los experimentaron, particularmente aquellos que cuidaron de cumplirlos, y al contrario todos los que los despreciaron y siguieron su mala vida.

Esta misma admirable prudencia la hizo patente en procurar la concordia fraterna, ya entre sus correligiosos, ya entre los mismos pobres convalecientes, y ya tambien entre los estraños, apaciguando en ellos, con modos suaves, las alter-

caciones, disensiones y amarguras, quitando ó componiendo, y tambien velando, para que nada faltase á la necesidad de todos. Del mismo modo demostró su grande prudencia estinguendo y destruyendo abusos, corrigiendo con dulces y amables palabras á aquellos que caian en algun error ó negligencia; y en fin se le veía apaciguar y desvanecer frecuentemente, no sin particular admiracion y edificacion de todos, los ódios, enemistades y disensiones que sabia se habian suscitado entre sus prójimos, con prudentísimas palabras, ruegos y exortaciones.

De suerte que la heróica prudencia del venerable padre Camacho fue deducida y comprobada de otros muchísimos, continuos y repetidos actos, hechos, dichos y obras, asi ejecutados como respectivamente exhibidas, segun son referidas por los testigos informantes mas latamente, y segun las circunstancias, no hay duda se puede considerar constituyeron en nuestro admirable Camacho un ábito de prudencia, llegando al grado de heroicidad.

CAPITULO XXIV.

Floreció el siervo de Dios heróicamente en la virtud de la justicia, compruébase con varios casos.

La justicia es una virtud que da á cada uno lo que es suyo, igualando las cosas y contratos humanos, fundamento de la quietud y paz; y asi es que si cada uno se contentase con lo que es suyo, y no quisiese lo que es de otro, no habria jamas guerra alguna ni discordia.

Con las virtudes referidas de fé, esperanza, caridad y prudencia, se apoderó el siervo de Dios de la virtud de la justicia, dando á Dios todo lo que es suyo, que es cuanto podemos tener por nuestras potencias y buenas obras. Todo lo

tenia rendido á Dios su resignadísimo siervo, consigo hacia justicia quedándose con la nada que todos somos, y con los pecados que es caudal de hombres; con sus prójimos tambien la hacia dando alabanzas á los buenos, y buen ejemplo á buenos y malos.

Tuvo esta virtud en tan heroico grado que en todo el tiempo que le conocieron no se le vió hacer obra ni decir palabra que pareciese culpable, ni mereciese reprension, porque vivia con grande cuidado de no ofender á Dios, ni agraviar á sus prójimos, ejercitándose siempre en obras de su servicio y de buen ejemplo. De la misma caridad con los prójimos procedia el no permitir que se murmurase en manera alguna de ellos. En su presencia todos tenian guardadas las espaldas, aunque fuese socolor de bromas ó entretenimiento, ni por celo de virtud ni reformation consentia alguna detraccion, por ser gran falta de caridad no tolerar y encubrir las ajenas, ni consentia palabras vanas de gracejos, risa ú donaire, y otras que llaman agudezas, que en las comunidades son perjudiciales, porque de ordinario vienen á parar en una paliada murmuracion.

Altísimamente demostró el siervo de Dios en sí mismo el ejercicio de esta virtud por los muchos y continuos actos con que en sí propio lo comprobó, pues apenas el venerable Camacho iluminado con celeste luz se convirtió á Dios, y se dedicó á nuestro religioso Orden, cuando del todo se señaló irreprehensible á sus directores, maestros y otros superiores, no habiéndosele visto faltar á ninguna ley, á ningun precepto ni oficio, aun en las cosas mas pequeñas, porque resplandeció en él una exactísima custodia de los divinos y eclesiásticos preceptos, asi como de los consejos evangélicos y constituciones de la Religion; de modo que no solo los demas conovicios, sino tambien los religiosos provectoros de este convento, tuvieron que admirar y tomar grande edificacion y ejemplo.

De la observancia de la justicia se derivaron igualmente sus continuos actos en todas las virtudes y santas obras, en las cuales indeficientemente estaba empleado, ademas aquella ardiente caridad casi inmensa para con Dios y el prójimo, con la cual parecia se abrasaba su corazon, cual difusamente queda escrito, á la cual siempre atentó, y del todo olvidado de sí mismo, no huyó jamas á los grandes trabajos y peligros, sino que de dia y noche sin recelar de la inclemencia del tiempo, omitiendo la comida, sueño y descanso, sin consideracion á sus debilitadas fuerzas siempre se demostró todo sumergido en el ejercicio de una y otra caridad.

Igualmente la eximia justicia de nuestro venerable padre Camacho resplandeció en la virtud de la religion, porque no dejó de dar y exhibir con toda su alma y corazon á Dios como supremo autor de todas las cosas, Redentor del género humano y á única y suma bondad indeficientemente el debido culto, veneracion y obsequio, lo que admirablemente probó por aquella continua é interna oracion, en la que pasaba muchas horas cuando vacaba de su obligacion, y de noche quitando el sueño á sus ojos, en cuyo ejercicio de oracion y sublime meditacion las mas veces de rodillas con los ojos dirigidos al Santísimo Sacramento é inmóviles con el semblante inflamado de caridad, no dejaba duda de que verdaderamente era perenne y del todo ardientísima su oracion, como así lo declaran los testigos informantes.

Por la singular y estática oracion de este serafin, queda probada su religion, porque arrebatado con el fervientísimo y tiernísimo incendio del amor para con el augustísimo Sacramento de la Eucaristía de que era llevado, se le veia estar de rodillas mucho tiempo delante de él, orar con el fervor de un ardiente corazon, meditar en él, y esplicarle los incendios de su alma arrebatado en éxtasis. Obtenida la de-

bida licencia del prelado y director acostumbro en cada mañana al rayar el alba recrearse con esta celestial vianda, disolviéndose despues en deliquios de amor para con Cristo, Señor nuestro, y arrebatado por dos ó mas horas en una altísima contemplacion quedaba inmoble, dirijiéndole dulces coloquios, y retribuyéndole abundantes gracias en prueba del beneficio recibido.

De tal suerte se radicó en el ánimo de este portento de la gracia el culto de nuestro Dios y Señor, que atendiendo á esto, no solamente proveyó abundantemente la iglesia y sagrario de este convento de las cosas necesarias, sino tambien reedificó la misma iglesia ademas de todos los actos de piedad que ejercitaba en beneficio del prójimo todas sus mortificaciones, ayunos, penitencias, continuas y diarias disciplinas, todo lo consagraba á este culto de Dios, deseando en gran manera que en todos se propagase larga y estendidamente.

De la devocion y culto referido cuidaba encender á sus compañeros, y de ella nació su admirable devocion y veneracion con la Madre de Dios y todos los santos, de modo que leia, oia é imitaba sus gloriosos hechos, y de ellos hablaba con recreo y admiracion. Tan alta é interesantemente meditaba sus admirables acciones, que muchas veces quedaba arrebatado en éxtasis, cual aconteció contemplando en la imagen de santa Rosa de santa María, virgen limana, colocada en el oratorio privado de Gerónima Morillo, como queda dicho.

De la observancia para con las personas constituidas en dignidad, fue reconocida la justicia de nuestro humilde siervo de Dios, porque á estas siempre las acató con el debido honor y reverencia, y nunca acostumbro hablar á sus superiores, principalmente sino de rodillas, habiendo antes besado sus manos; y si alguna vez llegaba á ellos á pedir al-

guna cosa que siempre era justa y accesible, lo hacia con humildes ruegos, y no se le veia volver doloroso, turbado, triste, ni mucho menos quejoso, aun cuando por ellos se le hubiese denegado la concesion para mas probarle su virtud, sino que hacia su despedida con ánimo del todo tranquilo y alegre.

De esta heroica virtud de la justicia emanó aquel celo que manifestó para que á cada artífice ú operario se le conservase íntegro su derecho, y se le diese sin algun detrimento ni desfalco el valor de su trabajo, estudio que observó en los consejos, amonestaciones y exhortaciones siempre y todas las veces que se presentaba ocasion para que todas las cosas fuesen arregladas, y sucediesen del todo segun la recta justicia, rechazando y prohibiendo lo contrario de todos modos, como ya se tiene referido.

CAPITULO XXV.

Lo mucho que ejercitó la virtud de la obediencia como dimanada de la justicia.

Fue siempre atento y obedientísimo á todo género de personas de cualquiera estado y clase que fuesen, como sacerdotes, superiores, prelados, justicias, gobernadores y hombres ancianos, respetándolos á todos con grande humildad, obediencia y rendimiento, particularmente á sus padres espirituales; y segun ella cumplia puntualmente y con rendida humildad todo lo que ellos le ordenaban. Admiraba la cortesía que con todos usaba, aunque fuesen personas de la inferior esfera, cual plebeyos, esclavos, muchachos y niños, decia que aquellos eran mucho mejores que él, y que á nadie se debía despreciar por malo que pareciese, porque Dios podia formar de él un gran santo: con esto tenia ganadas

por virtud del cielo las voluntades y corazones de todos los vecinos de esta ciudad; su reverencia á los sacerdotes era ejemplarísima, y en cualquiera parte que encontraba alguno se paraba y arrimaba á las paredes hasta que pasase, con lo que se edificaban todos los que le veían cumpliendo de este modo con la virtud de la justicia.

La divisa de nuestra sagrada Religion ademas del cuarto voto de hospitalidad es la virtud de la obediencia, virtud tan recomendada del Apóstol de las gentes y corroborada por el Tridentino: nuestro venerable padre Camacho como hijo verdadero de mi Religion é imitador de nuestro patriarca, desde que entró en ella vivió enamorado de esta virtud, sacrificó siempre en las aras de su resignacion los hijos propios que eran los actos de su voluntad, y llegó á ensangrentarse mas, pasando la cuchilla por los mas queridos, que son los del entendimiento, rindiendo estos al juicio de sus superiores, en que consiste la mayor perfeccion de la obediencia.

Acostumbrose á no mirar, como aconseja el Apóstol san Pablo, la persona que le mandaba, sino á Cristo nuestro Señor en ella. De aquí nació que para obedecer rendido, no necesitaba que le mandasen superiores doctos y de autoridad, bastaba que un hermano enfermero ó cocinero cuando servia en su oficina, le diese alguna orden para obedecerle con gusto. No quisiera dar paso sino mandado, porque se tenia por un baston de anciano ó cuerpo muerto, que careciendo de movimiento propio, solo se mueve al impulso ageno. Ya le vimos en la enfermería y cocina siendo novicio que le suplicaba al hermano enfermero que mandase aquello mismo que habia de hacer, diciéndole: mándeme mi hermano fregar, mándeme barrer, &c., logrando en una sola accion merecimientos de dos virtudes, y esmaltando sus humildades con el realce de sus obediencias.

Fue tan perfecta la obediencia para con sus superiores

en todo el curso de su vida, y con voluntad tan unida á ellos que manifestaban la alegría de su semblante, no tener otro deseo que depender enteramente de sus inclinaciones, de sus mandatos y consejos aun en las cosas mínimas, y esto lo comprobó así en la aceptación del laborioso cargo de la postulación, y en su diligentísimo y continuo ejercicio que siempre ejercitó con alegría, como en prestarse á las amonestaciones del prelado á que templase el rigor del ayuno y la frecuencia y diuturnidad de las disciplinas, á fin de que no descaeciese de las fuerzas necesarias para cumplir sus cargos, á lo que obediente el venerable padre Camacho, aunque impelido por el ardor de su espíritu á estas mortificaciones que perfeccionaba con toda alegría de su alma: sin embargo condescendiendo muy de buena gana á las insinuaciones de sus prelados, ciega y prontamente obedecía, pues ni en esto ni en alguna otra cosa por leve que fuese, se arrogó arbitrio alguno.

Esta misma obediencia prestó con una plena prontitud y alegría de ánimo á sus confesores y directores, como la que exhibió del todo al venerable padre Francisco del Castillo, profeta y autor de su conversión á cerca de las amonestaciones que le dió así de abrazar el hábito religioso de nuestro hospitalario orden, como del método de vivir segun las sendas de la perfección evangélica, y esta obediencia observó despues con los demas confesores y directores que tuvo, los cuales se aventajaban en virtud y piedad, á cerca de todo lo que juzgaron conducir al gobierno de su alma, entre los cuales fue uno el reverendo padre fray José de Guadalupe, lector jubilado del orden seráfico, esclarecido por la santidad y humildad de su vida, el cual habiendo examinado muy á fondo repetidas veces el espíritu de nuestro venerable padre fray Francisco Camacho, y conversado con él familiarmente, acostumbraba decir que mas bien conocia

al padre Camacho por su director, que el que se pudiese decir fuese dirigido por él.

Para que pudiese el siervo de Dios obedecer con mas pronto y alegre espíritu á sus directores, no dejó el Altísimo de llenarlo de sus dones, principalmente del de penetracion de sus corazones y de las cosas ocultas: para prueba de ello referiremos lo que pasó un dia que vino á buscarle el padre Francisco de la Maza, rector del noviciado de la Compañía de Jesus, hoy convitorio de san Carlos. Habiendo pues venido al convento en busca del siervo de Dios Camacho, entendiéndolo éste divinamente, y sin ser llamado, prontamente salió á encontrarlo á la puerta, dejando admirado al religioso portero y al mismo padre Rector.

Ademas de esto al reverendo padre maestro fray Gaspar de Saldaña del Orden de Predicadores, y su consultor muchas veces por precepto de obediencia, le reveló los secretos de su corazon, y no menos esperimentó el referido padre Saldaña la espiciosa obediencia de nuestro Camacho, cuando se hallaba trabajando sus comentarios sobre las cuestiones del Angel, maestro y doctor. Todas las veces que iniciaba en alguna dificultad, imploraba el socorro de este humilde varon, aunque ausente, designándole tácita é intencionalmente dia, hora y lugar, mandándole fuese á aquel sitio y sin la menor demora, celestialmente avisado, se hacia presente, y aguardaba al requirente, quien le obligaba con el precepto de obediencia le explicase la causa de su deseo y venja, al cual obedeciendo y protestando que él cumpliria todo á la mayor gloria de Dios, heria las dificultades de las cuestiones y sus dudas, prontamente y con gran magisterio las resolvía, escusándose despues diciendo: qué sé yo padre maestro, que soy un pobre lego ignorante: se retiraba no sin gran admiracion y edificacion del mismo padre Saldaña, como ya en otro lugar queda dicho.

Ultimamente, la heroica virtud de la justicia y obediencia de nuestro ínclito Camacho fue confirmada de otros muchísimos continuos y asiduos actos, dichos, hechos y obras, los cuales fueron practicados por el siervo de Dios fácil, pronta y alegremente, constituyendo en él un hábito de justicia que llegó al grado de heroicidad y eminencia.

CAPITULO XXVI.

Resplandece el siervo de Dios heroicamente en la virtud de la fortaleza.

La fortaleza es una virtud que nos hace prontos á vencer todas las dificultades que nos impide el buen obrar, estendiéndose su disposicion á padecer muerte, cuando es necesario por la gloria de Dios ó por no faltar á nuestra obligacion, y asi todos los santos mártires han triunfado de sus perseguidores por medio de esta virtud, y por ella todos los valerosos soldados en las guerras justas han hecho grandes y gloriosas proezas.

Sobre el cimiento de justicia puso Dios las maravillosas columnas de la fortaleza que nunca dijeron basta en los trabajos, sino siempre mas y mas fiando en la gracia de Dios, jamas le turbaron ni mudaron los sucesos prósperos ó adversos, llevando con grande igualdad y serenidad de ánimo algunos desconsuelos que le originaban su cotidiano ejercicio de la limosna, sin desistir jamas del servicio de nuestro Señor, y propósito de la vida que habia comenzado.

En algunas injurias que le hacian mostraba admirable fortaleza, sin que jamás se le oyese palabra de ira ú enojo, ni quedó en su corazon rastro de enemistad con persona alguna, antes agradecia cualquier mal tratamiento que le ha-

cian, pareciéndole que mucho mas merecía por sus pecados, y esto era lo que siempre decía.

De tal manera resplandeció nuestro venerable Camacho en esta virtud mostrándose eximio, así en emprender cosas árduas como en sostenerlas, que se le vió siendo de edad de treinta y cuatro años despreciar con valeroso y fuerte ánimo las delicias del mundo, y entrarse en nuestra humilde Religión, sin que jamás se hubiese mostrado temeroso por la severidad de la disciplina, austeridad de la vida en los trabajos, vigiliass, ascoss, ni por las visiones horrendas de los demonios, como adelante veremos.

Empezó á demostrar la fortaleza y admirable paciencia nuestro valeroso Camacho en el principio de su admirable conversion, quando entregado á la mortificacion de sus sentidos, y al menosprecio de sí mismo, horrorizándose con la memoria de su pasada vida, de tal suerte fue atemorizado que salió de la Iglesia como embriagado del amor de Dios; con la capa descompuesta, arrojándola por los suelos, dando motivo para que los niños observasen la novedad del suceso, y lo juzgasen por loco, é insultasen con irrisiones, lodo, piedras, y otros actos contumeliosos; pero nuestro ínclito héroe, en manera alguna turbado con estos insultos, los toleró con invencible y fuerte corazon, deseando ser acometido con peores injurias y vejaciones por amor de Dios, y para espiacion de sus pecados.

Igual é insigne fortaleza y paciencia manifestó quando concebida por otros la opinion de su locura, no solo le condujeron al hospital de los locos, sino que fue fuertemente castigado con cruelísimos azotes, sin que nuestro valeroso Camacho hubiese demostrado quejarse, lamentarse ó dolerse, antes al contrario todo lo sufrió, pacientísima y valerosísimamente, y en estas sus aflicciones rogaba á Dios le concediese ser castigado con otras tantas llagas y heridas cuantas

Cristo nuestro bien permitió sufrir atado á la columna.

No menos fue reconocida en este siervo de Dios la imperturbabilidad de ánimo en toda ocasion de desgracias é infortunios, como fue el del terrible y espantoso terremoto que ocasionó la ruina y desolacion de la Iglesia de nuestro convento y de toda la ciudad, y las adversidades, vejaciones, burlas y demas injurias que le acontecieron, permitiéndolo Dios ó sus Prelados para afirmar su virtud, cual veremos en el capítulo de su paciencia y humildad, ni los trabajos que continuamente sufria, enfermedades y dolores de que fue bejado, porque no demostrando ni sacando á luz turbacion, fastidio, tedio, y mucho menos algunas quejas por estas ú otras causas, sostuvo y fue visto sufrirlo todo con corazon tranquilo y sereno.

Con un modo mas brillante manifestó la heróica virtud de la fortaleza de su alma contra las tentaciones diabólicas, y horribles visiones y vejaciones de las que igualmente permitió el Altísimo fuese afligido para mas afirmar su virtud. La eximia fortaleza del corazon de nuestro venerable siervo resplandeció igualmente en otras cosas árduas emprendidas, y con prontitud sostenidas; asi sucedió cuando con grandes gastos cuidó de proveer todo lo necesario al hospital, enfermos, sagrario é iglesia, adornándola y enriqueciéndola con todas las alhajas precisas, y mucho mas cuando emprendió reedificar la Iglesia casi desde sus cimientos por dos veces, por haber sido destrozada por la repeticion de los temblores, ampliando con mas suntuosidad las oficinas de la enfermeria, sin contar para ello con otro medio que el de las limosnas que solia recoger, y el de la Divina Providencia en que habia confiado y constituido toda su fé y esperanza, cuyas obras, aunque verdaderamente árduas é insignes, no solo las empezó á ejecutar con prontitud, sino que obtuvo llevarlas hasta su complemento con una infatigable fortaleza de su corazon.

Del mismo modo sostuvo asuntos muy árdulos con alegre ánimo, ya apaciguando pertinaces discordias de sus prójimos, ya conciliando y quitando inveteradas disensiones é intestinos ódios, ya corrigiendo los vicios, arrancando y estirpando costumbres sensuales, y disolviendo peligrosas familiaridades entre personas en poder, riquezas y nobleza sobresalientes, espuestas á la imprudencia, á la ira, al deseo de la venganza ó á las sensualidades, y ya finalmente sacando á sus prójimos de los infortunios temporales de esta vida, no perdonando para conseguirlo ningun trabajo, industria, ni presentándole dificultad ni peligro, pues todo lo superaba la confianza en Dios, y deseo por el bien y utilidad de sus prójimos, asi todo lo llenó y completó felizmente sin perturbacion.

Jamás dejó nuestro venerable Camacho de persuadir é infundir á todos varonil y eficazmente esta misma fortaleza de alma y paciencia en los lances árdulos y cosas adversas, manifestándolo admirablemente en cada una de las ocasiones que se le ofrecieron, animando á sus Prelados y correligiosos á que confiasen firmemente en Dios y su Providencia, esforzando á los desconfiados y tímidos con su ejemplo, é infundiéndoles la virtud de la fortaleza y paciencia á sus prójimos para que soportasen las enfermedades y calamidades con resignacion.

CAPITULO XXVII.

De su admirable paciencia, guerra con el demonio, y valerosa resistencia que le hizo.

De la virtud de la fortaleza nació su perseverancia en la virtud, que sostuvo siempre tan firme que jamás se observó en él género alguno de desmayo ó tibieza en ella, sin embar-

go de que le sucedieron muchas cosas que pudieron afligirle ó entibiar su devocion, particularmente quando le llamaban valadrón, fanfarrón, hipócrita, y hombre que hacia con ficcion quanto obraba, hasta llegar el caso de que un insolente le diese una bofetada, como á mi glorioso Patriarca y padre S. Juan de Dios en Granada: tenia siempre nuestro paciente Camacho la sentencia del Señor en los oídos: El que perseverase hasta el fin será salvo. Los fervores de cuatro dias suelen tenerlos algunos, y son como las llamaradas de paja ú estopa; la perseverancia es la que alcanza la corona. Bienaventurado el siervo que á cualquier hora de la noche le hallare velando el Señor.

Permite Dios á nuestro enemigo que aflija y maltrate los cuerpos de sus mayores amigos, pero de suerte que quede el alma libre de semejantes turbaciones. ¿Quién pensara que Job era tan querido de Dios, viendo al demonio hecho tan dueño de su cuerpo que no habia en él cosa que no le atormentase? Pero el Señor da esta mano á su enemigo para probar la lealtad de sus siervos, y aumentarles sus méritos, y aunque parece que el demonio se huelga de afligirlos, no deja de ver cuán mal le va con semejantes batallas, pues lo que saca es quedar confuso, afrentado, y dando á los santos grandes coronas en ellas.

No pocas veces estando de noche haciendo oracion en la Iglesia, arrebatado en éxtasis y deliquios amorosos, nuestro venerable padre Camacho, los demonios, envidiosos de su dicha, le atormentaban á puros golpes; otras veces con amenazas, visiones y espantos horrendos, muchas permitió Dios esto para ejercitar y coronar á su bendito siervo, á quien favorecia, al paso que era odiado del comun adversario, que como soberbio siente mucho se le opongan, y menosprecien los hombres.

Viendo inespugnable su fortaleza intentó aportillar su pa-

ciencia, y tambien la halló invencible; aparecíasele en monstruosas figuras, unas ridículas y otras formidables; en las ridículas lo hallaba muy sério y mesurado, en las formidables intrépido y valiente, quedando siempre confuso, irritado y vencido; intentaba espantarlo con bramidos de fieras, y lo veía inmóvil; divertirlo con voces humanas, ya dulces y armoniosas ó ya lisonjeras en su alabanza, pero á las músicas respondía con funestos suspiros, á las lisonjas con desprecios; de suerte que siempre salía burlado, vencido, confuso, y por último rabioso.

Viéndose esta infernal bestia así burlada por un hombre, en cuyo corazón no podían hacer mella tan repetidos golpes de su enojosa malicia, valiéndose de la permisión que tenía, trató de tomar venganza con malos tratamientos corporales; pero de estos mismos golpes quedaba él mas herido, porque nuestro invencible Camacho con osadía intrépida le decía: De tantos daños como me has ocasionado alguna vez habias de dar con alguno que me estuviese bien, aunque tu intención siempre sea mala y deprabada. Hombre tan infame como yo merece castigo de mano tan perversa como la tuya: á tan ruin delincuente tal verdugo; aprieta, aprieta la mano en todo lo que te permita mi Señor, pues con eso me vengará de tí, y de mí que es lo que mas aborrezco: á mí porque fui enemigo de Dios, y á ti porque lo eres y serás eternamente. Piensas que me ofendes, y me curas: por las bocas de estas llagas espero purgar el pestilente humor y podre de mis culpas: hiere, hiere que no estoy tan bien hallado con mis males que no quiera, aunque venga por tu infame mano el remedio. ¡Ay de tí, desventurado, y como te alucinas en tu misma malicia! ¿No ves, mala bestia, que en estos males padecidos por mis pecados está la suma de mis bienes? Anda, anda de ahí bruto indómito; sabía yo que eras mal intencionado, pero no que eras tan tonto. Este buen despacho sacaba

el demonio de las comisiones con que intentaba abrir portillo en su constancia, mas contra Dios no hay arma fuerte; siempre salia sataná confuso y avergonzado, aunque como enemigo declarado del siervo de Dios no dejaba piedra que no moviese para vencerle. ¡Oh soberbia de lucifer en tantas ocasiones humillada y atropellada por los siervos de Cristo, pues los que quisieron competir con el mismo Dios no pueden resistir ahora la presencia de un hombre flaco! Castiga Dios así el atrevimiento de los espíritus infernales, y premia de este modo la humildad y paciencia de sus siervos.

Animo tenia el siervo fiel Camacho, como valeroso leon, para luchar con el demonio, y sufrir cuantos trabajos y asechanzas intentase su adversario, porque sus ayunos, oracion y penitencias no tiraban á otro blanco sino al de la voluntad resignada, que se dedica totalmente á Dios para querer siempre lo que él quiere, y tomar como de su mano todo lo que nos enviare.

Armado con esta consideración nuestro venerable siervo de Dios, fuerte y vigilante, como un generoso leon en las reñidas batallas con el demonio, que como leon rugiente en continuas rondas y cercos solicita brechas por donde hacer irrupcion á la fortaleza del alma. Del fuego de la oracion y mesa cotidiana del altar cobraba alientos para rebatir los asaltos del enemigo, y poner fuego á sus asechanzas. ¿Cuántas veces le acometió esta bestia cruel en figura de un rabioso mastin, con amagos de despedazarle entre sus fieros colmillos, agarrándole una pierna dando con el santo en tierra, y á la invocacion del nombre de Dios, dando ahullidos espantosos, huyó cobarde, dejándole sin lesion? ¿cuántas por perturbarle el santo sosiego de la oracion en la Iglesia le asaltó de noche, como príncipe de las tinieblas, escupiéndole el rostro, y arastrando una gruesa cadena con estruendoso ruido? Otras le tiraba con unas bolas esféricas de fierro para hacerle levan-

tar, muchas postrado en tierra el siervo humilde, y abiertos en forma de cruz los brazos se le cargaba sobre las espaldas, con peso tan insoportable que abrumando el cuerpo le ahogaba y sofocaba la respiracion; pero de las fuerzas de tan soberbio Hércules se burlaba Anteo con abatirse á la tierra, huyendo el demonio, porque la humildad y oracion son armas poderosas que lo rebaten, ahuyentan y vencen.

Cumpliendo con su encargo de pedir limosna por la ciudad le salieron al encuentro algunas mulas, y por una de ellas fue violentamente herido con los pies, en términos que quedó quebrado el cristal con que se cubria la imagen de S. Juan de Dios, mi padre, pintada en la demanda, y por la violencia del golpe que recibió en el pecho nuestro siervo fue obligado á doblar el cuerpo, faltando poco para dar con la cabeza en tierra. Todos los que se hallaron presentes, atemorizados del suceso, acudieron prontos á auxiliarlo; pero el constante siervo, nada turbado con tranquilidad de espíritu, les aseguró que nada habia padecido, y lo que aumentó su espanto fue el haber hallado el cristal, ya del todo quebrado y esparcidos los pedazos por el suelo, íntegro é intacto como hasta de presente se conserva para testimonio de este caso, por lo que todos lo atribuyeron á duplicado milagro la preservacion de este venerable, y union del cristal. Ningun temor tenia nuestro Camacho á estas tentativas, pues estaba bien persuadido de que ningun poder tiene el demonio si no en aquello que el universal Señor le permite, quien mira por los mas minimos cabellos de los suyos, mira mejor por su vida cuando para su servicio importa que la tengan.

Como leon vigilante pasaba orando las noches con los ojos despiertos para ver las astucias y deshacer las marañas del demonio. A un correligioso sacerdote, nombrado Fr. Fernando de Mendoza, le habian desconcertado la imaginativa pesados humos de una pasion hipocondriaca, por donde le asestaba el

comun enemigo fuertes baterías contra la confianza en las misericordias de Dios; hipocondría fuerte y diablo arrimado hay quien diga es todo uno. Sobre los despechos arrebatados é hipocondriacos de Saul contra David (1) á este, pues, religioso enagenado de los crueles síntomas y vapores de su hipocondría le sugirió el demonio, repitiéndole sin duda al oído el *mitte te de orsum*, arrojarle del claustro alto al suelo entre tres y cuatro de la mañana. Al golpe saltó de su oracion nuestro venerable siervo de Dios, que estaba en la Iglesia, y hallando á su hermano semi-vivo, caído en tierra, quebrada y herida gravemente una pierna, con igual caridad á la del Samaritano con el peregrino de Gericó, medio vivo ó medio muerto (2), lo cargó sobre sus hombros, á imitacion de mi glorioso padre S. Juan de Dios, llevólo á su cama, trató de curarlo y volverlo á su acuerdo hasta que amaneció el dia y pudo partir sus desvelos entre sus compañeros en los ejercicios de la caridad. No logró el demonio su intento, pues aunque á costa de intensos dolores en la pierna fracturada, y estar su cuerpo cubierto de feas escamas de lepra, mereció el dolorido purificar su alma y morir santamente, pues despues de breve purgatorio se le apareció á nuestro Camacho ya glorioso. Burlado quedó el demonio viendo desvanecidas sus marañas de lograr en un arrojito dos precipicios, el del cuerpo en la caída, y el del alma en el despecho.

Con semejantes victorias ilustrado de Dios en su oracion desarmó á muchos que, instigados del demonio, salian de noche á la venganza de sus pasiones, ya encendidas al fuego de los celos, ó ya irritadas al filo de los agravios. Un hombre por despicarse de otro que le habia hecho mal tercio en un casamiento, le acechaba con un trabuco cargado de metra-

(1) 2. Reg. 16. 13. caitan. Genebrar. apud P. Gaspar Sanchez.

(2) Lucas. 20. D. 30.

lla á las nueve de la noche sobre el puente de Lima, cuando he aqui al venerable Camacho que acercándose á él le reprehende su intento y amenaza con la ira de Dios, quitándole el trabuco y obligándole á marchar á su casa.

Otro caballero agraviado esperaba á las once de la noche á un señor ministro de justicia que saliese de cierta casa para quitarle la vida, cuando de repente se halló con el siervo de Dios, que afeándole su culpa, haciéndole patente su riesgo, el desamparo de su muger é hijos, y el daño irreparable del alma de aquel contra quien maquinaba dar muerte, le sosegó su ira, llevándosele consigo hasta la puerta de su casa, donde se le desapareció dejándole atónito y confuso.

Por mas que se lo habia ofrecido á Cristo Crucificado, no pudo un hombre de bien sufrir el vilipendio con que le habia tratado un caballero cruzado, entorpeciendo el casamiento de unos esclavos. No tiene remedio, vive Dios que me lo ha de pagar: coje su capote y dos pistolas bien cargadas y vase á esperarlo de noche á una esquina de la plaza por donde ciertamente habia de pasar al salir de palacio; pero aqui se encuentra con el venerable Camacho que le dice: no hay que castigar á nadie, dejarlo á Dios que él lo hará; quedó cortado el hombre viéndose descubierto, y la gran veneracion que al siervo de Dios tenia, lo desarmó de ira su pecho: retirose dejando á Dios su venganza, la que vió dentro de tres meses ejecutada con muerte repentina del triste caballero en el oficio de correjidor de una provincia, vengando Dios el agravio del pobre ofendido con la muerte arrebatada del poderoso ofensor.

Lo mas admirable en estos y otros semejantes sucesos que ya hemos referido y continuaremos haciéndolo en sus respectivos lugares, es que de noche jamas salia del retiro del convento, y le veian por las calles de esta ciudad, desvaneciendo tan inminentes desgracias. Algunos curiosos acudie-

ron luego que amaneció á informarse del portero si el venerable padre Camacho habia estado fuera de casa la noche antes, y asegurados que no, reconocieron asombrados la ilustracion sobrenatural y replicacion milagrosa del Varon santo, y que los prodigios que en san Antonio de Padua, san Francisco Javier y otros santos, hizo Dios algunas veces colocándolos á un tiempo en dos lugares, los reprodujo en nuestro venerable padre Camacho para que sin faltar de su oracion en la iglesia, se hallase al mismo tiempo en las calles de la ciudad evitando ofensas de Dios, y desarmando las marañas del demonio.

Cordero paciente, y leon vijilante fue Cristo nuestro bien; cordero para sufrir, y leon para vencer; en su Santísima Pasion fue cordero, y en el sueño de su muerte y vigilia de su Resurreccion fue leon; sienten los santos segun el capítulo 49 del Génesis (1), y resucitando como si diese un bramido, hizo temblar la tierra, arrojando y desarmando á los soldados que de orden del presidente guarnecian armados el sepulcro (2). Asi el venerable Camacho como leon vijilante supo en su oracion fervorosa desarmar á cuantos la instigacion diabólica ó la pasion ardiente alistó al despique de la ofensa, y armó para la ruina y la muerte. Verdadero hijo de Abraham, que acometiendo de noche á los príncipes victoriosos con la rica presa de Pentápolis, los desarmó y puso en vergonzosa fuga, quitándole la presa de las manos (3).

(1) S. Ag. S. Leon. S. Bern. S. Greg. S. Ambr. apud Silver.

(2) Mat. 28. (3) Geron. 1 et 4.

CAPITULO XXVIII.

De la virtud de la templanza en que se conservó toda su vida religiosa, y de sus anejos.

No fuera creible su templanza y abstinencia sino supiéramos lo mucho que puede la Divina Providencia, y lo bien que se acomoda á una buena costumbre. Era muy templado en la comida para no echar leña al fuego, cuyo ardor pedia á Dios constantemente aplacase con el agua de su gracia; desde su vocacion y conversion ayunó todos los dias, teniendo presente que la templanza es una virtud que pone freno á los deleites sensuales, y hace que la persona se sirva de los placeres con la medida que manda la razon.

Por esto el venerable padre Fr. Francisco Camacho resplandeció insigne en esta virtud, pues desde el principio de su ingreso en la Religion hasta el último dia y aliento de su vida, insistió sobremanera en refrenar y domar su carne y cuerpo de todas las cosas deleitables para que no se levantase contra el espíritu, y á la verdad en cuanto á la comida y bebida resplandeció del todo su heroica templanza, pues por espacio de veinte y dos años una vez tan solamente al dia acostumbraba refaccionarse con solo pan y agua caliente con unas gotas de aceite, y con la prévia aprobacion de sus prelados y directores, con la que siempre procedia en todas sus operaciones, y así cuando concurría con la comunidad al refectorio solo tomaba sus acostumbrados pedacillos de pan y agua, á cuyos actos asistia tanto por no faltar á esta religiosa reunion, quanto por su deseo de intervenir en la devota leccion que de costumbre se hace en esta ocasion al tiempo de comer, para recrear las almas ínterin el cuerpo se sustenta.

Ademas castigaba su carne con el mas rígido ayuno en

los tres sagrados dias de la Semana Santa, absteniéndose en ellos absolutamente de toda comida, en cuyo rígido sistema habria perseverado nuestro abstigente varon hasta el último dia de su vida si los Prelados, considerando cuán provechosa y necesaria era su existencia é incolumidad para nuestro hospital é iglesia, y temiendo perderlo bajo de aquel método, no le hubiesen mandado por obediencia tomase en cada dia alguna comida caliente, á lo cual, como de costumbre, no dejó de obedecer el penitente siervo aceptándolo; mas por lo mismo comia tan económicamente y con tanta parvedad, que comunmente fue reputado se mantenía mas de milagro que del uso de la comida.

La insigne templanza de nuestro siervo de Dios consistió no solo en la abstinencia ó austeridad de comida y bebida, si tambien en las continuas vigiliás, porque el sueño que solia tomar, á mas de ser muy corto, era sobre la tierra desnuda, encima de un banco de la Iglesia ó en la peana del altar de la Virgen de Regla, pernoctando lo mas en oracion: otras veces se reclinaba sobre el duro cuero de su cama, sin que estas vigiliás, ni la misma enfermedad, le pudiese apartar ni amedrentar, ni las increpaciones del enfermero, y amenazas de revelarlo á los médicos, antes si el siervo de Dios para eludir su vigilia pasaba las primeras horas de la noche, en que juzgaba ser visitado, sobre la penitente cama, pero las demas ó sobre el desnudo suelo, ó sobre un escaño, para estar mas espedito á la oracion, porque sabia muy bien que el ejercicio de la oracion no es virtud, y sí medio para la conservacion de la fé, como dijo el padre Tobías Lohner en su biblioteca (1).

Por esto el Obispo Arecio para delinear de esta los primores pintó una encendida lámpara, y una mano que le mi-

(1) Lohner Bibliot. c. 5. Fides.

nistraba abundante licor pingüe para mantenerla constante con esta letra. No basta el adornarla (1) siendo la fé lámpara que encendió Cristo, para que en la obscuridad de la noche de este mundo nos sirva de guia y segura senda, no es menester mas para conocer su importancia, á que se agrega lo que el Divino Maestro nos dijo por su misma boca cuando la calificó precisa para vencer las tentaciones.

Asi en el huerto, reprendiendo el sueño de los Apóstoles, les mandó que orasen para alejar toda tentacion (2). Este es el empleo de María, en nada incompatible con el de Marta; pues aun cuando este detenga al hombre exterior no divierte al interior, enlazados uno y otro con Dios por el amor y caridad que los estrecha. Acudia nuestro venerable Camacho á los ejercicios y obras de piedad usando entonces de la oracion vocal, dirigiendo con ímpetu amoroso aquellas místicas saetas que penetran los cielos, y se llaman jaculatorias. A esta ocupacion ayudaba el fervor de la meditacion, en cuyo fuego las enardecia, y en esto conversando con Dios empleaba lo mas de la noche asegurando que una hora de sueño le bastaba.

Aquellas alas de paloma que deseaba el Profeta para volar al descanso (3) son las que sirven á un alma penitente para remontarse á la gloria (4); de palomas las pedia no de águila, de buitre, de nebli ni de garza, porque se distingue de estas aves la paloma en que es ave gemidora, que aun cuando canta llora (5). Miente el que diga que no tiene pecado, dijo S. Juan Evangelista en el principio de su primera Canónica (6), con que si todos pecamos todos tenemos necesidad de ser penitentes.

Hicieron penitencia Adan y Eva, la hicieron los ninivi-

(1) Ares. ap. Pisc. lib. 14. (2) Mat. c. 26. (3) Psalm. 54.

(4) Incog. hic. (5) Man. in Bibliot. mor. t. 4. tract. 81. disc. 26.

(6) Epistol. 1. de S. Joan.

tas. Esta fue la escala para llegar á vestirse segunda vez la hermosa estola de la gracia. En los santos que no han cometido pecado grave, aunque no tenga la penitencia este efecto, sirve de arma y remedio preservativo para la culpa. Del aborrecimiento del delito con que se ofende á Dios, y del deseo de aplacarle, nace esta virtud heroica, y como al paso que en los santos crece el horror al pecado, su deseo por la perfeccion les estimula al castigo, por tanto ejercitan excesivas penitencias. Este es el motivo porque los Santos Padres contemplan en la fiereza del basilisco al demonio, moralizando que solo con la amargura que produce la penitencia le vence con la mayor ignominia (1). Por estas corrió nuestro venerable Camacho, y voló despues al descanso como pájaro inocente, segun piadosamente creemos.

Añadió á sus ayunos y vigiliass cruelísimas penitencias, y además de aquellas que por uso y regla de nuestro Orden se acostumbran hacer por los religiosos, á cuyos actos siempre asistió desde su ingreso hasta el fin de su carrera, y en los que inhumanamente affligia su cuerpo de tal suerte que sus azotes y golpes se distinguian de los demas. Otras cotidianas y nocturnas ocultamente en los corredores, corrales y ante-coro, y en otras partes mas secretas y ocultas del convento, con tanta furia y crueldad que las paredes inmediatas ó el mismo pavimento quedaban manchadas de la copiosa sangre que deramaba, de suerte que muchas veces los Prelados cuidaban de que se lavasen ó limpiasen aquellos lugares donde quedaban voceando con la sangre la crueldad que ejecutaba con su cuerpo.

Especialmente en obsequio de la pasion del Señor acostumbraba por toda la Semana Santa despedazarse cruelísimamente, de cuya asperísima flagelacion le resultaron en sus

(1) Berch. V. Penit.

hombros enormes úlceras, lo que sabido por los superiores examinaron y vieron con admiración y horror de su alma tanta crueldad contra su carne, y al momento le pusieron término y ley, bajo el precepto de obediencia aun para los azotes de regla, á fin de evitar cayese por su vehemente celo en alguna irreparable enfermedad, cuyo mandato perfectamente obedeció, aunque su fervoroso espíritu deseaba lo contrario por la implacable guerra que habia determinado hacer á su cuerpo, como ya se ha dicho.

Aunque por esta razon se le impuso por los Prelados un freno y regla, con todo le quedó íntegra la facultad para afligir su cuerpo en otras penitencias, y así para que ninguna parte de él quedase libre de dolores procedió á ceñir sus lomos, brazos y muslos con rigidísimos cilicios de hierro: en la cintura se ajustó una de hoja de lata que, cual navajas cortantes, despedazaban las carnes, y para que sus pies no careciesen de la participacion de su penitencia, procuró atormentarlos por medio de piedrezuelas pequeñas y redondas que ponía entre su calzado y zapatos para que siempre que intentase moverlos, caminar, ó estar de pie, fuese afligido con agudos dolores. No contento con estas maceraciones del cuerpo y sentidos el penitente varon, añadió igualmente una rigidísima abstinencia de todo intermedio, de ocio ó recreacion, aunque lícito, gastando este tiempo en oraciones ú otros ejercicios piadosos, pues sabia muy bien cuantos peligros y ocasiones se deriban del ocio.

No hay en el mundo raiz para el vicio como el ocio. El Crisóstomo enseña que á nuestro padre Adán le puso Dios en el paraíso para el trabajo, porque la ociosidad es materia y maestra de toda malicia (1): que trabajemos siempre nos enseña el máximo Gerónimo, para que nos halle ocupado el

(1) Crisost. Hom. 14. in Genes.

(1) Buch. V. Penit.

demonio (1). La ruina y destruccion de Cartago por las armas de los romanos labró la ociosidad, pues en sentir de mi padre S. Agustin fue causa de una seguridad que parió al ocio, por eso le llamó Séneca muerte y sepultura del hombre (2); por consiguiente la ocupacion es fuente de todo bien, segun Eurípides escribe (3): bien penetraba nuestro venerable Camacho una máxima tan importante.

CAPITULO XXIX.

Su pureza de alma y cuanto la celó en sus prójimos.

Desde la virtud de la templanza y penitencia que ejercitó nuestro venerable Siervo de Dios, y desde las muchas mortificaciones que practicó la mayor parte de su vida, no será dificultoso entrarnos en la pura y blanca flor de su castidad y pureza. Angélica llamaron los Santos Padres á esta virtud hermosa (4), que para lograrla es eficaz remedio golpear la tosca materia de nuestro barro. Por eso animaba el profeta á que con trompeta de metal se entonasen las alabanzas del sumo bien (5); pues si el metal se labra á violencias del martillo, golpeando el cuerpo se purifica de las groserías del polvo. Escribiendo el Apóstol á los Corintios les dice: que no declara por precepto la virginidad, porque es mas angélica que humana esta excelente virtud (6), de lo que se infiere que si el matrimonio es lícito y bueno, mucho mejor y mas perfecto es el estado de continencia y pureza; por eso aquel corderillo divino que se apacienta entre los cándidos lirios, quiso ser virgen, nació de Madre virgen, su precursor fue virgen, virgen su padre putativo, y

(1) Div. Hieron. apud Salian. fruct. sanct. (2) Senec. apud Salian.

(3) Eurip. ibid. (4) Ambr. L. 1 de virgin. (5) Psalm. 97.

(6) Ad Corint. c. 7.

virgen su amado Benjamin, como para recomendarnos la virginidad por prenda muy especial.

Sube de punto esta virtud en nuestro héroe Camacho si se considera el extraño y poco seguido camino que emprendió á esfuerzos de la gracia. Pacto hice con mis ojos, decia el padre de la paciencia, de borrar del pensamiento la halagüeña belleza de las vírgenes (1), porque siendo en pluma del águila africano, los ojos, las puertas por donde el vicio se introduce (2), solo cerrando estas quedaba segura su limpieza. Por esto el casto José dejó la capa en manos de la gitana (3): por lo mismo huyó al desierto la muger de la Apocalipsis (4), pues en materia de purezas es la fuga la que pone la corona. No ignoraba nuestro venerable siervo de Dios este camino, pues nuestra regla así lo enseña: con todo, como la gracia dirige muchas veces por caminos poco usados, se entraba en las casas menos recatadas, trataba con las mugeres prostitutas, y hablábala á solas, accion admirable, aunque inimitable, porque pretendia conseguir lo que generalmente los demas héroes procuran reusar, logrando de este modo multiplicados triunfos con solo decirles: para que no ofendás á Dios, yo me venderé: no obstante esto conservaba su alma ilesa y mas hermosa cual la larsa de Moisés entre las llamas (5), ó como los niños hebreos en el horno de Babilonia (6), y san Juan Evangelista en la tina, de donde salió mas puro y fuerte (7), y cual mi padre san Juan de Dios que se entraba en las casas de este infame comercio, y las convertia quedando su alma inmune del contagio.

Este favor que le hacia la soberana mano y sus protectores y compañeros san Juan Evangelista y san Meteo, era

(1) Job. c. 13. (2) Agust. supr. Job. ibid. (3) Genes. c. 39.

(4) Apocalip. c. 12. (5) Exod. c. 3. (6) Dan. c. 3.

(7) S. Hieron. con Jovin.

espuela para que mas se humillara, y formase de sí el concepto mas bajo y abatido, pues siendo la humildad el fundamento de toda virtud, cuanto mas le elevaba Dios á la cumbre de la santidad, él bajaba otro tanto en humillarse y abatirse, considerando su propia ineptitud. De este modo copiaba los pasos de los ángeles que vió Jacob en la escala, en los cuales se equivocaba el subir bajando con el bajar subiendo (1).

Fue la pureza de alma de nuestro venerable padre Camacho angélica; traslucíase en sus palabras y movimientos; ninguno le reparó accion menos decente ó palabra menos pura; huian de su vista los deshonestos, como de la mas seria reprension de sus vicios; á muchos que vivian ciegos en las tinieblas de su error y apetito con sola una palabra les hizo abrir los ojos al conocimiento de su peligro, y emprender con una confesion general la senda de la virtud. A algunos les dijo sus públicos engreimientos, y á otros sus ocultos amores. A un eclesiástico que se habia desembarazado de las redes de cierta dependencia lascivia, le cojió la mano, y le dijo: hasta ahora no habia habido luz, pues aprovechémosla y buen ánimo. No entres en tal casa, le dijo á otro, que está llena de demonios; así llamó á las mugeres deshonestas.

Esta pureza y candor de vida la bebió en las fuentes de los sacramentos, confesando y comulgando todos los dias, sobre cuyo punto deponen sus últimos confesores que no hallaban materia ni aun venial de que absorverle, pues acusábase de las culpas pasadas y de las tibiezas presentes, por lo que sus padres espirituales le veneraban siempre por una alma pura; y á pesar de esto cierto hombre mundano viendo pasar á nuestro varon justo decia entre sí cual otro fariseo, miren este vigardo, pues tendrá su amiga tambien

(1) Genes. c. 28.

como yo. Revelóle al punto el Señor el pensamiento de aquel malvado, y llegándose á él el siervo de Dios le dijo: amigo, solo usted me ha conocido. Quedó el murmurador bastante avergonzado y confuso, mudando en veneracion su mal juicio.

Viendo dos sacrilegas mugeres venir al venerable padre Camacho, dijo la una, ahí viene el padre Camacho, y añadió la otra: ¿Niña, si sabrá de mugeres? Cuando llegó el siervo de Dios al sitio donde estaban con los ojos bajos en tierra, levantó el dedo en alto, moviéndole de una á otra parte, y les dijo por señas que no.

Raro modo es este de escribir en el aire su inocencia: con el dedo escribió Cristo en la tierra; ¿y qué escribe? En unos caracteres mismos una condenacion y una defensa. Mal intencionados los fariseos trajeron á la presencia de Cristo una muger adúltera diciéndole: Señor, segun la ley debe ser apedreada; ¿mas tú qué juzgas? Esta fue tentacion que armaron contra Cristo, dice el Evangelista (1), queriendo acusar á la muger y desacreditar á Cristo, pues ó la perdona ó no: sino la perdona y la manda apedrear, acredita no ser hijo de Dios, ni tener facultad para dispensar la ley, y vive el pueblo engañado de que es manso y apacible; si la perdona, está cogido por hombre quebrantador de la ley. ¿Pues qué hace Cristo? Escribe con el dedo en la tierra las maldades de los acusadores y la intencion siniestra con que intentaban difamarlo, y á un mismo tiempo se defiende y los condena dejando grabada en la tierra la defensa de su inocencia y la condenacion de la maldad de los escribas. Asi pues nuestro inocente varon escribe en el aire su inocencia con el dedo, y rebate la atrevida maldad de las mugeres livianas. Escribir con el dedo en la tierra solo lo hizo

(1) Joan. 8. 6.

Cristo; pero escribir con el dedo en el aire y defenderse, solo lo hizo nuestro venerable padre Camacho.

De este amor á la pureza le nació el celarla, cual á mi glorioso patriarca san Juan de Dios, dando limosnas á muchas almas frágiles espuestas al peligro de perderla por el medio mas facil de venderse en la estrema necesidad de sustentarse. A muchas encontraba en las calles, á otras buscaba en sus casas, y dándolas algun socorro, les decia: recibe esto para comer, y no ofendas á Dios, que para que no le injuries ni le faltes, yo me venderé: á una encontró, y la dijo: no vayas adonde caminas que vas á ofender á Dios, era así; mas su voz y limosna la contuvieron, temerosa de hallarse descubierta, y alentada de verse socorrida.

Un hombre iba á cambiar un peso duro por reales sencillos, pidióle limosna el venerable Camacho, y escusósele diciendo no tenia; venga acá, le dijo el siervo de Dios, ¿cómo dice eso si lleva un peso en su faldriquera? Dé limosna á los pobres, y no lo gastes en lo que intentas, ni vayas á donde ibas. Quedó el miserable dos veces avergonzado viéndose cogido con el dinero en la bolsa y el intento del corazon, y nuestro celoso varon consolado, con la ofensa de Dios evitada, y la limosna para sus pobres adquirida.

Esto era comprar la virtud agena con el mismo precio que compraran la culpa propia. ¿Cuántas conservaron su honestidad con los continuos socorros de nuestro limosnero? ¿A cuántos sacó de la ocasion su mano liberal? El comer y vestir son dos escollos en que padece naufragio, la mas robusta virtud que navegaria feliz en tiempo de abundancia y serenidad; pero si falta el velamen, estan demas los vientos; y si escasean los víveres, desmayan las fuerzas. Si falta el vestido y sustento, muy singular es el alma que con hambre y desnudez siga la senda del espíritu. Por esto el siervo de Dios cuidaba socorrer á manos llenas para que tuviesen que

comer y vestir las doncellas pobres, evitando que la necesidad las hiciese esclavas de la culpa, y que en infame comercio vendiesen su virginal desnudez por la gala, ni sus almas por las delicias, conmutando el hambre de la virtud por el regalo del vicio. En la otra parte de la templanza, esto es, en la virtud de la humildad y paciencia, de la que trataremos ahora, se manifestó eximio nuestro venerable siervo de Dios Camacho.

CAPITULO XXX.

De la admirable paciencia y humildad del siervo de Dios.

Resplandeció admirablemente nuestro venerable fray Francisco Camacho en la virtud de la paciencia y templanza de sus pasiones, de tal suerte que ninguna cosa por adversa que fuese, le perturbaba la paz de su alma, así sufría las persecuciones, contradicciones y murmuraciones sin defenderse, y á los que le perseguían, trataba con amor y afabilidad.

Cierto hombre diole una bofetada, y el paciente varón se le arrojó á los pies, pidiéndole perdón, pareciendo culpado en lo arrepentido, ó como si fuese ofensor el agraviado, empeñándose despues en que no le castigasen. Decía á los que querían volver por él, no le quitasen su corona, pues mejor le conocían los que así le trataban que ellos. Todas las injurias se convertían en oro fino por su caridad encendida, donde aun la vil escoria de la murmuración se vuelve fineza del amor de Dios, padeciéndola por el que lanzando demonios, oyó el temerario y sacrilego juicio de los que dijeron que en virtud de Bercebu, su príncipe, los desterraba de los cuerpos humanos. Y así no es nuevo en este mundo blasfemar contra la luz los dormidos, contra la sal

los enfermos que tienen deprabado el gusto, ni contra los varones santos los pecadores.

Jamas por esto se turbó en las persecuciones, trabajos é injurias que recibió de los hombres y demonios que fueron muchas en el discurso de su vida, especialmente cuando el terremoto de 20 de octubre de 1687 siempre lo sufrió todo con alegre corazón y rostro de paz, porque en la interior que poseía, tenía rendidas las pasiones, y no daba lugar á la turbacion; sabia que padecer cualquiera injuria por Cristo era preferible á las mayores mortificaciones, pues las penitencias se pueden dejar sin pecado; pero la impaciencia, vicio contrario á la paciencia, no se puede tener sin culpa; si le reprendian por probarlo, no se escusaba, y se dejaba culpar siguiendo en esto la máxima que en las cosas que tocan á nuestro particular, como hombres, y de ordinario jueces apasionados, es santo sufrir sin defendernos, pues si la defensa es para edificar, ninguna cosa da mas ejemplo que la paciencia en las propias injurias.

El demonio instaba á muchos para que le injuriasen, y nuestro invencible Job, cual roca inexpugnable, sufría y clamaba al Señor, quien le daba á entender se holgaba venciese Dios por él á sus enemigos é injuriadores; y aunque muchas personas querian volver por su causa, les rogaba le dejasen, y no le quitasen el mérito de sufrir injurias por Dios.

De suerte que en medio de las injurias era digno ver la paciencia, silencio y resignacion con que las llevaba, procurando en todo imitar al cordero de Dios, de quien dice Jeremías, que enmudecía á presencia de quien le trasquilaba. Su paciencia y humildad fueron célebres en todas ocasiones, sin que nadie entendiese sus tribulaciones, fuera de los que trataban lo interior de su alma, y sin que por ello cesase en lo mas mínimo sus devotos ejercicios.

Finalmente, dió el Señor á su siervo como á otro Ezequiel un corazon fuerte para contrastar y padecer las sinrazones y agravios de algunos mal intencionados, haciéndole con su gracia sumamente humilde y señor de sus pasiones tan visiblemente, cuanto que antes de ser religioso no sufría á nadie, por ser su condicion áspera, de valeroso espíritu, genio tenaz, dominante y altivo, complexion cálida, biliosa y voraz, imaginativa, traviesa, veloz y penetrante, espíritu téntrico, árido y duro, inclinacion viva, propenso á la magnificencia, esplendor y prodigalidad; estas eran las cualidades que formaban el caracter de su hombre inferior, cualidades todas que por su violencia estan en contradiccion á obrar segun la recta razon, y se resisten á aquella uncion eficaz y amorosa que forma el suave yugo del Señor, de que se colige con razon que solo por singular virtud del Altísimo pudieran verse en su alma los triunfos, las iluminaciones, los carismas, los privilegios que son propios de los perfectos.

En efecto, así hubo de ser, porque ya lo hemos visto, aunque dominante obediente, aunque altivo humilde, aunque tenaz docil, aunque cálido casto, aunque colérico manso, aunque voraz templado, aunque melancólico tratable, aunque árido tierno, aunque duro compasivo; en fin, aunque muy manirroto pobre verdaderamente evangélico, y aunque de potencias muy alteradas siempre firme en el servicio del Señor, fuerte para emprender lo mas heróico por su gloria; de forma que enriquecido con estas preciosas prendas de la paciencia y humildad que seguiremos tratando, era queriendo del mismo Dios y de los varones cuerdos.

La humildad sobre quien todas las virtudes estriban, no era de las aparentes ni de las que hacen humillaciones para engrandecerse. De las sólidas era, pues, que echaron hondisimas raices sobre el conocimiento propio que abate al hombre hasta hacerlo decaer, y buscar la afrenta, el me-

nosprecio, el abatimiento por el profundo conocimiento de los pecados propios, y dolor de haber ofendido á quien tan digno es de ser amado. El estilo de aquel grande artifice de santos, cuando quiere levantar un edificio insigne de santidad, es ahondar profundamente los cimientos, vaciando y aniquilando el sugeto con la virtud de la humildad, para llenar el alma de preciosas piedras, dones y tesoros de divinas virtudes. Por lo estendido y pomposo de la gran copa de un árbol, se conoce la profundidad y estension de sus raices, dice S. Gregorio; de las grandes misericordias y favores divinos que recibió nuestro humilísimo Camacho, se colige facilmente los profundos fundamentos de humildad y santidad que tendria, para que el edificio no faltase.

Nunca el humilde entiende que acierta ni el soberbio que yerra; la virtud cuanto mas procura crecer en los ojos de Dios, tanto mas recela sus frutos á la vista de los hombres, que llenos de malos humores, suelen hojearla y marchitarla con alguna alabanza lisonjera, ó con otro donaire de los que suele admitir nuestro propio amor para destruirnos con algun espíritu de soberbia, si no llevamos siempre la senda de la humildad en las manos de nuestras obras.

Por esto se tenia por el peor de los hombres y mayor pecador del mundo, y si alguna vez con superior impulso comunicó á algunas personas los favores que Dios le hacia, era humillándose hasta el abismo, y por alentar las almas al amor de la virtud; si á mí, decia, que soy el hombre mas ruin del mundo, záfio, ignorante y el mayor pecador, me hace el Señor estas misericordias, solo por mostrarme su bondad, ¿qué hará con quien sepa merecerlas y servirle con mas fidelidad y amor? asi es que á un tiempo, si le obligaba Dios á manifestar sus secretos y declararse favorecido, era para quedar mas humillado.

Aborrecia de muerte toda sombra de propia estimacion y superioridad, pero como el demonio procura siempre con mayor cuidado derribar las torres mas levantadas en santidad y virtud, bien porque estos le hacen mayor guerra, ó ya porque su soberbia le induce á no contentarse con triunfar en pequeño, sino que fomenta su loca presuncion en la mayor victoria, de aqui las raras astucias de que se valió para tentar á S. Antonio en el desierto (1), en la soledad á S. Benito (2), y segun se refiere en las vidas de los Santos Padres, el abad Arsenio le vió descansando y sin tener que hacer nada en la ciudad de Alejandría, al mismo tiempo que en el Yermo una legion de estos infernales espíritus andaban con suma diligencia sobre el monasterio, para hacer caer á los penitentes y humildes anacoretas.

Procuró, pues, este descomunal enemigo disparar un fuerte y rigoroso tiro contra la humildad de nuestro héroe: ocho dias continuos tuvo de resistencia y batalla con un padre comisario que le obligaba con la honra de prior de este convento, casa matriz de toda la provincia, y viendo las violentas instancias que le hacia, le dijo: padre nuestro, si el fin que vuestra paternidad muy reverenda tiene en hacerme prelado es para que le redifique la iglesia, déjeme con mi demanda, y yo la repararé mediante Dios. No era otro el objeto del reverendo padre comisario, y como se vió conocido, asombrado lo dejó en el ejercicio de su caridad, y consiguió que nuestro venerable padre Camacho reedificase esta iglesia antes del terremoto ya dicho del 20 de octubre de 1687.

No quería Dios en el eminente puesto de prior á su querido siervo, porque le habia menester para limosnero y padre de pobres: baja, no subas, que mientras mas bajáres, subirá mas la reedificacion de la iglesia y la fábrica de la enfer-

mería: últimamente para evitar en lo sucesivo cualquier contingencia de superioridad y mando, dirigió por mano de su padre espiritual el padre Francisco de la Maza una solicitud al Sumo Pontífice y al general de nuestra orden; ¿y qué pretendía? lo que últimamente consiguió. Bula de su Santidad y patente del general de la Religión para no ser en todo lo restante de su vida superior, ni tener voz activa y pasiva, esto es, no poder elegir ni ser elegido, sino quedarse en el ministerio humilde de su demanda y en el caritativo empleo de padre de pobres.

Lo mas recomendable de su virtud es la sutileza y primor con que disimuló sus virtudes y ocultó su humildad. Nunca se le vió caído el cuello, melancólico el semblante, pausada la voz ó desmandado el suspiro; no huía de los hombres, ni se escandecía por la impertinencia y ociosidad de sus pláticas; antes sí se le observó un rostro placentero, paso alentado, voz entera, natural partido, familiar con todos dándoles la mano de amigo, y con santo disimulo manifestándoles que era hombre como los demas. Esta es la sutileza mayor de su virtud, este no dar á entender que era humilde, este ocultar los ápices de perfeccion es verdaderamente el velo de Moisés (1) que oculta los resplandores de su retrato bañado de gloria, por la íntima familiaridad que tuvo con Dios.

Estas son las alas de los serafines que esconden lo que gozan, interponiendo las plumas entre la bienaventuranza de sus ojos y los rayos de la Magestad Divina (2): este es aquel disfraz prodigioso de Rafael, que en obsequio de Tobías emboza la nobleza de su espíritu y su cara de ángel, vistiendo el semblante de hombre como todos (3) y aun menos, pues sirve de page, de guía, de cobrador y enfermero. Estos son

(1) Exod. 34. (2) Isaias 6. (3) Tob. 12.

los misteriosos animales del carro (1) que parecen lo que no son; y nada menos son que lo que parecen, pues solo no se ve la cara de querubín que es propia, y solo se miran los extraños rostros de león, águila, buey y hombre; y es lo mismo que dijo S. Pablo del Verbo de Dios, que ocultando en carne mortal los rayos de divino, quiso á los ojos del mundo aparecer humano, para enseñarnos que el tesoro cuanto mas escondido es mas seguro, y que la santidad tanto menos se arriesga, cuanto mas se recata, ó como notó con elegancia S. Máximo: la divinidad de Cristo, que en su humanidad se ocultaba, en sus obras se descubría. Disimulaba nuestro venerable padre Camacho pareciendo en lo exterior como todos, y dando á entender que era un pobre pecador. Pero al esplendor de sus obras quiso Dios hacer visible la oculta santidad de su siervo.

Miren aquel baladron, decían desde el coro bajo de la iglesia de la Merced dos hombres al pasar por su puerta el humilde padre Camacho, miren este vigardo hipócrita; ¿y qué junte tanta limosna? si estos fueran demandantes no se extrañara, por aquello de quién es tu enemigo. Entró, pues, en la iglesia, hizo oración, y llegándose al uno de ellos, el que mas caridad le hacia, apretándole la mano le dijo: baladron sí, pero buen amigo, y lo hemos de ser hasta la muerte; turbóse el murmurador, y viéndose conocido, reconoció con asombro haber mas virtud de la que él entendía en aquel hombre.

Miren aquel modo de andar á lo jaque, decían dos mercaderes al ver entrar por su calle al venerable padre; venía con su demanda en una mano, terciado el escapulario, y el paso como siempre acelerado; luego que llegó, pasando por medio de ellos les dijo: amigos, cada uno anda como Dios le

ayuda; corridos quedaron entrambos mirándose mudamente el uno al otro, mas le veneraron despues como á varon santo, á quien revelaba Dios lo mas oculto en crédito de su santidad. Lo mas seguro es andar con llaneza cristiana y limpieza de corazon, y quien este paso lleva, las mismas ocasiones le dirán lo que ha de hacer, sin que la virtud se ofenda, ni la crianza se pierda.

Asi autorizaba Dios la humildad de su siervo, cuanto él mas escondia á los ojos de los hombres el tesoro de sus virtudes y los favores del cielo, y por esta causa quemó, para nuestro dolor y sentimiento, los cuadernos escritos y apuntes de su vida, que por orden de sus confesores habia dictado, como ya dijimos, en el exordio. Fue tan grande y heroica la humildad del siervo de Dios, que si en vida se reconoció indigno de recibir los favores de Dios, aun en muerte se juzgó mas indigno de publicarlos. No quiso se dijeran sus favores, porque no se entendiese que mereció ser favorecido, sino que quedara entre cenizas sepultada su vida, pues no merecian sino fuego sus culpas.

¡Oh admirable entereza de humildad! ¡Oh fiel custodia de los arcanos de Dios! ¡Oh hijo verdadero de Abraham, que lleva el fuego en las manos para abrasar la vida de su hijo en el monte (1)! mas tú haces la hoguera de tu propia vida; empero de este fuego que encendió la humildad de nuestro venerable Cainacho, se ha encendido en todos la mas ardiente devocion y vivo aprecio de su santidad, la que al presente se halla introducida con general aclamacion ante la piedad de la cabeza de la Iglesia.

No solo era humilde, como hemos visto, sino la misma virtud de la humildad; celebraba mucho aquellas virtudes de nuestros antiguos padres, que los llevaron á tan alta esfera

(1) Genes. 22.

y dignidad, como ser abuelos de Cristo por ellas, y procuraba imitarlos en todo aquello que las fuerzas de su espíritu alcanzaban. Para los actos de fé heroica que hacia, consideraba la que tuvo Abraham, por la cual mereció ser padre de muchas gentes. En la obediencia á sus prelados ofrecia á su memoria la obediencia de Isac, y discurría cuánto mas facil es la que á los superiores tenemos, pues no les rendimos mas que la voluntad, y el santo mozo sometia gustosamente su vida, ofreciéndose á ser víctima y sacrificio por solo el mandato de su padre, añadiendo á esta consideracion la de que no nos mandan cosas tan dificultosas, sino aquellas que se pueden hacer, consiguiendo por esto tan grande mérito, cual es el ver á Dios en la bienaventuranza: volvia los ojos á la paciencia de Job, y consideraba que de tantos y tan grandes trabajos como padeció, no le causaron un ligero sentimiento; antes bien le servian de motivo para conformarse mas con la voluntad del Señor; y decia: «los trabajos de la Religion comparados con estos, no son trabajos sino alivios; ¿pues por qué no los hemos de abrazar, si siendo alivios tienen el premio de trabajos?»

La caridad y compasion del anciano Tobías le llamaba toda su atención, viéndole ocupado en su ministerio mismo de socorrer á los pobres, servirlos, consolarlos, mirando mas la miseria y desdicha del pobre para aliviarla, que el porte de su nobleza para dejar de socorrerla: enterraba los pobres que morian, y enterraba toda la vanidad con los pobres, pues no háy nobleza como acudir al socorro de las necesidades, que es lo que hace Dios siendo el Señor mas noble que hay en los cielos y tierra. ¿Qué apoyo, decia nuestro Camacho, si nada de esto hago? ¿De qué me sirve aquel vivo ejemplar del santo Tobías si en algo no le imito? Si asisto y sirvo á los pobres es porque tengo obligacion, por mi profesion é instituto santo de hacerlo, nada hago de mas de lo que tengo obli-

gacion, pues este anciano santo sin obligacion los socorria, servia y amortajaba los muertos dándoles sepultura. ¿Quién me diera la caridad de Tobías y de S. Juan de Dios, mi padre, exclamaba, para que yo mereciese tanto como alcanzó? ¿quién pudiera hacerse muchos para poder acudir á todos? Con estas consideraciones dió muchos pasos en todas las virtudes, porque procuró imitar las de estos Santos Padres.

Parece queria Dios tener en su siervo un ejemplar de virtudes en la tierra para que ninguno se cansase de seguirlas, habiéndolas visto en él tan á las claras. Resplandecia en el humilde varon con tanta claridad cualquiera de las virtudes, que cuando se consideraba cada una llevaban las demas la consideracion con su brillante resplandor. No habia regalo para su corazon como entender que merecia ser desterrado de la compañía de todos. Sentia con verdadero afecto de santo la estimacion que de él algunos hacian, y afrentábase con mas corrimiento de las honras que de cualquiera de las afrentas, ponía los ojos en sus pecados, y parecíale poco todo el infierno para sus castigos.

CAPITULO XXXI.

De su estremada pobreza, y distribucion de cuanto adquiria.

Aunque este capítulo pudiera ser mas lato solo me ceñiré al testo del Eclesiástico, en el cual el Espíritu Santo dice: Bienaventurado el varon que no corrió tras del oro (1) á la esplicacion del melífluo padre S. Bernardo, que manifiesta es un género de martirio la pobreza voluntaria, porque no puede llegar á mas que á padecer, entre manjares, hambre, verse con ricos vestidos, desnudo, entre riquezas, mendigo, y

(1) Eccles. c. 31.

crucificar con Cristo todo temporal deseo (1), y á lo que sentó con su pluma el Apóstol de las gentes Pablo, contemplando en el pobre voluntario una representación del mismo Cristo. Hízose pobre Cristo siendo el mas rico de todas las criaturas, para que con su pobreza fueseis vosotros ricos en abundancia (2), de lo que se colige que si lo especial que ejecutó la soberanía del Redentor consistió no precisamente en venir pobre al mundo, mendigando, pidiendo y rogando, sino en hacernos ricos con su indigencia; quien en esto sobresalga será de este Señor resplandeciente copia.

Pobre voluntario fue el esclarecido padre Camacho: desprendido de todas las cosas del mundo no tuvo á la verdad posesiones grandes ni bienes de fortuna considerables, mas si S. Pedro lo dejó todo con solo la propiedad de unas redes (3), este nuestro siervo de Dios, aun siendo sus bienes pocos, todo lo dejó: dejó al mundo, crucificó sus deseos, y con esta pobreza hizo que se enriqueciera el pobrecito. Desprendióse el venerable padre Fr. Francisco Camacho de todo, porque para sí nada queria: quitóse el vestido, quedando desnudo con solo los calzones y camisa por honestidad, pues si esta lo permitiera hasta sin camisa quedara. ¿Pero á qué fin? para enriquecer al pobre.

Buscaba limosnas, entregábalas al convento, y con licencia de sus Prelados daba á los pobres vergonzantes, y socorria otras muchas aflicciones: pudo reservar para sus necesidades, prevenir contingencias, mas nada de esto hizo porque solo quiso para sí la pobreza. Las raposas tienen cuevas y las ave-cillas nidos para recogerse, dijo la Magestad Divina, y el hijo del hombre no tiene sobre que reclinar la cabeza (4). Cuando el Señor se aposentó era en casa agena: si comía, en mesa estraña; digámoslo de una vez, desde el pesebre al sepul-

(1) Div. Bern. Sup. (2) Ad Corint. c. 8. (3) Math. c. 19.

(4) Luc. c. 9.

cro todo fue ageno. El venerable padre Camacho procuró imitarle: las alhajas de su celda fueron una cruz á la cabecera, un catre de cuero por cama, con una fresada, un banquillo viejo por asiento, y de esto nada era propio: comia, vestia y se afanaba, calle arriba, calle abajo, mas todo cuanto ejecutaba solo era con el destino de beneficiar al pobre, que de todo le veneraba dueño. Solia decir este ínclito héroe que la pobreza era para la vida embarazo, en la muerte alegría, para el cuerpo descanso, y para el alma gozo.

Esmeróse mucho toda su vida religiosa en ser de veras pobre. ¿Pero en qué virtud no se esmeró? Cuando se mira cada una de por sí parece lleva la ventaja á las demas, y en volviendo á mirar otra se vé sobrepuja á la primera, y asi con las demas, cual hemos visto. Desde el dia de su vocacion y mudanza de vida, siempre tuvo y vistió de sayal vil y grosero, sin mudarle hasta estar muy roto y remendado, seguia en esto el consejo del Apóstol, que cuando trató de las ropas que habian de llevar los varones apostólicos dijo: Teniendo sustento, y con que cubrirnos, estemos contentos. No dijo con que vestirnos, sino con que cubrirnos, porque el que procura vestir su alma con el ropage de la Divina gracia, no ha de tener cuidado de la proporcion y hechura del vestido del cuerpo, sino contentarse con que sirva para cubrirle.

Alguna vez que importunado de sus hermanos mudaba hábito, procuraba fuese del sayal mas basto y áspero para que mas le sirviese de cilicio que de vestuario. Recelaba, sin duda, no le ocupase el corazon el cuidado del vestido, por no hallar mundo huyendo de él. La ropa que buscaba era caridad perfecta, de que David vió vestida á la reina á la diestra del rey, rodeada de la variedad de virtudes, que andan con la caridad, reina de todas.

CAPITULO XXXII.

De los dones sobre naturales; ilústrole Dios admirablemente con el don de profecía, refiérense algunas cosas en que predijo sucesos presentes y futuros muy distantes.

Escelente calificacion es de ser amigo de Dios, la comunicacion de los secretos, motivo por el cual llamó Cristo nuestro bien á sus Apóstoles no siervos sino amigos, pues aquellos, á diferencia de estos, ignoran lo oculto de los intentos de sus dueños (1). Por este motivo á S. Pedro, en prueba de ser mas querido, le manifestó el Señor la profundidad de misterios no penetrados (2). Al amado Benjamin Evangelista se los dió á beber en la copa soberana de su pecho (3). Al Apóstol Pablo para este fin le subió á los cielos (4). Al Bautista le graduó de Profeta, el mayor entre los nacidos (5), y al Patriarca Abrahan dió cuenta del castigo que ejecutaria en los sodomistas (6).

Como el venerable Camacho fue hijo tan parecido de mi Patriarca S. Juan de Dios, por antonomasia llamado el Abrahan de la ley de gracia, y tan igual con el de la ley escrita, no dejó de enriquecerle la Magestad suprema con esta nobleza; además de las virtudes teologales y cardinales comunicóle el don que se llama de Profecía, no solo para adornarle su preciosa alma, si tambien para remediar muchos males. Por esto regaló Dios á nuestro siervo Fr. Francisco Camacho con este conocimiento, para que no careciese su alabanza de lo que merece este favor. Dijo este amigo de Dios muchas cosas, tiempos antes que sucediesen, las cuales despues fueron confirmadas con los sucesos. Veía las ocultas y apartadas de

(1) Joan. c. 15. (2) Mat. c. 16. (3) Joan. c. 21.

(4) Ad Corint. 2. c. 12. (5) Math. c. 11. (6) Genes. c. 18.

los sentidos: sabia otras venideras, como si ya hubieran sucedido, y las que se hacian en ausencia suya, cual si estuviera presente. Algunos de los casos referidos en los capítulos antecedentes se pudieran citar, como prueba de su espíritu de profecía; pero no faltan otros que puedan llenar este capítulo y los siguientes.

Al don de profecía reduce el Angel Maestro el conocimiento de los interiores secretos, llamándoles Espejo Divino. Habia robado uno cierta cofaina de plata: clama su dueño al siervo de Dios para que rogase á su Magestad Divina pareciese, y hé aquí que pasa un mulato por la esquina del correo, que entonces estaba en la plaza, y acercándosele nuestro venerable padre Camacho le dice: Ven acá, hijo mio, dame esa cofaina que has hurtado, y al punto se la quita de debajo de la capa. ¿Qué diré que fue? ¿Profecía y luz sobrenatural, ó que el plato estaba presente? Que importa si estaba oculto, así la profecía de S. Pedro que descubrió el hurto que ocultaban de sus propios bienes Ananías y Saphira su esposa (1).

Aconteció á D. Lucas de Vergara y Pardo, caballero del orden de Calatraba, que estando para emprender un viage con gran cantidad de plata y oro en el navío S. Antonio, le predijo nuestro venerable padre el inminente peligro que corria ir en dicho navío; que otra nave de igual buque habia de hacer igual viage, y la juzgaba mas segura, la cual aunque mas tarde habia de salir de este puerto; con todo llegaria mas presto al lugar de su destino. Estas predicciones no fueron suficientes á hacerlo desistir de su determinacion, por la palabra que tenia dada al capitan del navío, por lo que el siervo del Señor concluyó diciéndole: pues mas pronto de lo que usted espera nos hemos de volver á ver; así sucedió, porque el navío S. Antonio despues de treinta y un

(1) Astor. 5. a

días de navegacion quedó casi destrozado de una furiosa tempestad, de suerte que despues de dos meses de peligros y de estar entregado al arbitrio de los vientos, milagrosamente llegó á este puerto del Callao de donde habia salido, y en donde el caballero encontró al siervo de Dios, verificándose al mismo tiempo haber concluido felizmente el otro navío su navegacion.

Fue el padre José Ortiz á notificarle al siervo de Dios la enfermedad del Licenciado don Felipe de Medina, para encomendarlo á sus ruegos, mas el venerable padre antes de comunicarle la noticia le dijo: vaya vuestra paternidad y amonéstele que se disponga y prepare para la muerte, y aunque por entonces parecia que la enfermedad no era de peligro, asi se verificó, pues á los dos dias murió con gran resignacion en la voluntad de Dios.

Asi mismo pronosticó una enfermedad epidémica que habia de sobrevenir á esta ciudad de Lima, la cual tuvo cumplido efecto.

Estando enferma la hija del médico don José de Ribilla, fue nuestro siervo de Dios á visitarla, y preguntándole cómo se hallaba, le respondió la niña, que se sentía mejor y dispuesta á salir de la ciudad, para gozar en el campo la mutacion de saludables aires; el siervo del Señor le dijo entonces: mejor será que de casa vayamos á la iglesia que al campo: entendiose por esto que la niña habia de morir en breve, como en efecto se verificó á los cuatro dias.

Cristobal Garcia de Paredes, habiendo tomado el arrendamiento de ciertos predios, se lo dijo al siervo de Dios, quien le respondió despues de una breve suspension: mire que este contrato le ha de ser sumante perjudicial; si puede deságalo y apártese de él: no quiso Cristobal dar crédito á las razones del venerable padre, y habiendo sobrevenido una extraordinaria esterilidad, se vió precisado á contraer un

gran débito, y en la necesidad de vender todos sus esclavos y demas bienes, para poder satisfacer y cubrir su crédito, quedando reducido á la indigencia.

Del mismo modo prometióle á doña Beatriz, esposa de don Gines de Bustamante, abogado de esta Real Audiencia, la que hallándose gravemente enferma, y al juicio de los médicos del todo desauiciada, llegó nuestro venerable Camacho á visitarla, y consolándola le dijo: buen ánimo, pues de esta enfermedad no habeis de morir, primero moriré yo: así se verificó en todas sus partes segun sus palabras.

Con esta misma señora en otra ocasion, recelándose hallarse en cinta segun las señales, síntomas y molestias gravativas que sentia, pesarosa le manifestó un dia al siervo del Señor, así de sus fatigas, como de su mucha fecundidad, quien la consoló diciéndole: vengan albricias para los pobres, que ni está preñada, ni ha de parir mas; todo lo cual se verificó.

A doña Luisa de la Calzada y á su madre les aseguró muchas y repetidas veces el venerable, que el matrimonio que estaba tratado con un principal caballero de Lima mucho tiempo antes por interposicion de personas de autoridad, á pesar de estar muy próximo á terminarse, y que no podia dejar de ejecutarse, que de ninguna suerte se efectuaría, y la esperiencia así lo acreditó, porque en dos dias se desbarató, y se casó la doña Luisa con otro caballero llamado don Juan de Avila y Mendoza.

A Gregoria, muger de Juan Perez de Llano, que padecia de una acre y mordaz destilacion de cabeza, le predijo que su enfermedad era incurable, la amonestó á la paciencia, y le mandó usase solamente para mitigarla de una ablucion continua en la cara con agua fria, como así lo experimentó todo el tiempo que vivió.

Don Nicolás de Cárdenas proyectaba hacer un viage por mar, lo consultó con el venerable, y le predijo su feliz é in-

cólume vuelta á esta ciudad, mas habiéndose levantado despues un rumor, del grandísimo peligro que se corria en la ciudad de Panamá por la peste que habia aparecido en ella, y de la cual se aseguraba haber muerto don Nicolás, su desconsolada muger, herida de dolor vehementísimamente, y contristada, ocurrió al venerable padre Camacho, quien la consoló diciéndola: que su marido estaba bueno, y presto volveria sin daño alguno: exactísimamente y con presteza lo demostró el éxito, pues en breves dias volvió á su casa, sin haber experimentado ningun quebranto.

No fueron menos insignes las predicciones que hizo nuestro gran siervo de Dios á Bartolomé Baquerizo y á Juan Díaz, quienes habian determinado ir á la ciudad de Panamá, mas antes de resolverse, por la gran veneracion y concepto que tenian formado de la santidad de nuestro amigo de Dios, llegaron juntos á impetrar su favor y comunicarle su pensamiento, el que oido por este justo varon les dijo: no llegareis á Panamá; vuestro viage será á la otra costa, en la que tendreis buen éxito, aunque pasareis grandes trabajos; á Juan Díaz le añadió, dadme un abrazo Juan, porque vos merecereis aquello que yo he anhelado y no he podido conseguir.

Estas predicciones del siervo fiel fueron cumplidas á la letra, porque el Baquerizo navegó, no á la ciudad de Panamá, sino á la costa opuesta, y habiendo padecido muchos contratiempos en el camino por la falta de agua, de la que abundantemente fueron proveidos en dos veces por el Altísimo, implorando al efecto el patrocinio del siervo de Dios Camacho, llegaron incólumes al puerto de Sonsonate, que es el correspondiente á la ciudad de Guatemala; descargaron el navío de toda su mercancia, y á los tres dias en el mismo puerto padeció naufragio; pero toda su carga fue conducida á la dicha ciudad, y vendida con grande reputacion y utilidad, quedando así verificada la prediccion en cuanto al Baquerizo.

Juan Díaz igualmente habia corrido la misma fortuna, y llegado á la dicha ciudad de Guatemala fue elegido por su presidente, que á la sazón lo era don Jacinto de Barrios Leal, comandante de la expedición que se preparaba contra los indios infieles por haberse rebelado, y habiendo emprendido la marcha con ochenta soldados, los acometió con mano armada, y fue rechazado varonilmente por los indios, obligándole á volverse á dicha ciudad: segunda vez volvieron con mas gente y municiones á hacer otra tentativa, acompañándoles dos religiosos del sagrado Orden de predicadores, para que se dedicasen á cumplir con su loable y santo instituto, y habiendo llegado la expedición, cuando todos descuidadamente estaban comiendo, fueron sorprendidos dolorosa y preditoriamente, en odio de nuestra santa fé, por los infieles, quienes los aprisionaron, y degollados cruelmente fueron sus cuerpos asados y comidos por la barbarie de los indios, cumpliéndose así el pronóstico del siervo de Dios Camacho á Juan Díaz, cuando le dió á entender que el conseguiria la palma del martirio, que el venerable habia deseado.

Fueron muchísimas é insignes las predicciones, de las cuales salió comprobado el don de profecía en nuestro fiel amigo de Dios, y con las que el Altísimo quiso testificar su santidad á los fieles en su utilidad espiritual y temporal, por lo que con razón comunmente fueron reputadas por sobrenaturales y deribadas de celeste luz, no solo por varones prudentes, doctos y calificados, sino tambien por todo lo general de las gentes, sin que jamás se hubiese dicho ni sentido lo contrario, ó reputado por falsedad, antes sí se mantienen en la memoria y veneración hasta el día, alabando á Dios en su querido siervo, que no solamente le enriqueció con este don sobrenatural, sino tambien con otro maravilloso, cual fue el de escudriñar los corazones y penetrar las cosas ocultas, demostrándolo en muchos casos y ocasiones, como adelante di-

remos, para gloria de Dios y beneficio de sus prójimos, descubriéndoles y declarándoles aquellos secretos y arcanos que no podía penetrar ni conocer sino divinamente.

CAPITULO XXXIII.

Prosigue el mismo asunto de las gracias, gratis datas, que el Señor comunicó á su querido siervo en el conocimiento de los secretos y las cosas ocultas del corazon humano.

No se deben estrañar en este varon los relevantes favores con que lo sublimó la mano poderosa de Dios, si se atiende á las costosas y esquisitas diligencias que puso para merecer su agrado, y obligar sus misericordias: los progresos de sus virtudes no fueron pasos, sino vuelos con que venció, presuroso los senos de la montaña eminente de la perfeccion evangélica. Mucha esperanza dejó á los pecadores de sacudir el pesado yugo de sus culpas, y de adquirir por premio inmarcesibles coronas; pero tambien les dejó mucho campo para que sudasen en dar alcance á sus ejemplos. No hay duda, todos quisieran su dicha, pero pocos son los que se atreven á poner los medios, como si pudiera gozar del descanso quien retarda la tarea, y se desdeña de la fatiga. Hízose cargo nuestro venerable Camacho de la importancia de un negocio en que se aventura la eternidad de una vida á pena ó gloria, y ninguno de cuantos sacrificios y dispendios podian conducir á su feliz logro omitió su prudencia. No le dolieron lágrimas, ni las prendas mas estimables que aprecia el mundo, viendo que todas eran precio de sí mismo. Vióse en la funesta region de la culpa distantísimo de Dios, y conociendo que la luz de su vida era breve dia para tan inmensa jornada, se apresuró en el camino para que no le cojiese la noche infeliz y eterna de la pena.

¿Qué violencias no hizo al cielo para aportillar sus murallas? ¿qué rebatos no dió á sus fortalezas para asaltar su inaccesible altura? Fue valeroso campeon, cual hemos visto, y en tal grado que es necesario tener presente las primeras noticias de su flaqueza para creer fuesen de hombre cualquiera de sus azañosas virtudes: para la culpa fue de carne, para la penitencia de bronce: en la fragilidad de aquella se hace lugar la compasion con alguna disculpa; en la valentía de esta obra la admiracion y la gloria.

Uno de los dones sobrenaturales gratuitos con que el Señor enriqueció á su querido siervo fue el conocimiento de los secretos del corazon humano, abismo solo penetrable á la perspicacia de la Divina sabiduría; pero la humildad de nuestro venerable padre mereció de su amado Señor le hiciese tesorero de sus riquezas, y le fiase con intimidad sus secretos. Este don fue un desahogo de su avanzado celo, porque penetrando lo mas escondido de las conciencias redujo á muchos al camino de la verdad, y los sacó de las torcidas sendas de sus pecados á muchas personas que por cortedad, ó falta de exámen, tenian confesiones mal hechas, hacia para su rescate y remedio oracion fervorosa, y les descubria sus intimidades, para que valiéndose del sacramento de la penitencia se pusiesen en la libertad de la gracia.

No le faltaron á nuestro venerable Camacho aquellos accidentes de santidad y esmaltes que hermosean las almas singularmente escogidas de Dios, cuyo agrado se muestra en los dones sobrenaturales que las distinguen. Ilustró la suma piedad del Señor á su querido siervo con el don de oracion, levantándolo á una contemplacion altísima, de que hemos tratado. Tambien lo dotó del don de entendimiento y sabiduría, cual queda comprobado en lo mucho con que ilustró al reverendo padre maestro Saldaña, su director, y escritor de los comentarios del Angel Maestro.

Queda igualmente demostrado su don de consejo, reconocido por todos los que le solicitaban, á quienes con sus saludables dictámenes separó de muchas ocasiones de perdicion, y adelantó á muchos en el espíritu, así lo testificaba el reverendo padre lector jubilado Fr. José de Guadalupe, quien siendo varón tan esclarecido é iluminado del Señor se valió en sus dudas de los consejos de nuestro Camacho. Ultimamente de otros dones divinos en que resplandeció, cual se ha dicho y mas adelante veremos. Ahora me ceñiré á referir el espíritu profético y don de conocimiento de las cosas ocultas del corazon humano que tuvo: sabido es que el espíritu profético no es mas que el conocimiento de lo futuro, ó una ciencia de lo oculto y distante, concedida por Dios á sus mayores amigos para acreditar su virtud: tan señalado fue en el conocimiento de los arcanos del corazon, como que le revelaba el Señor los pensamientos más ocultos, y así leía los corazones de todos.

Habiendo condecorado el excelentísimo señor Virey con una capitania de infantería á D. Lucas de Vergara y Pardo, marchando éste un dia con mucha pompa, aplauso y decoroso acompañamiento, vió venir á cierta distancia al venerable padre Camacho con su demanda al pecho y un bordon en la mano, y con un intenso discurso dijo entre sí: Mejor estaria yo, y con mas gusto, en la portería de un convento con las llaves de él, que con esta vanidad y esplendor. Salióle al encuentro el siervo de Dios, y tomándole la mano le dijo: Señor don Lucas, sepa que en todo estado se sirve á Dios, y de todas maneras se puede dar gracias á su Divina Magestad del honor que le ha querido conceder, siempre que se observen sus mandamientos divinos; con lo que dejó á dicho caballero edificado y asombrado de la penetracion de su interior.

Eso es lo que le conviene, ejecútelo cuanto antes, le dijo á uno que iba pensando en casarse. ¿Y con quién nos ca-

saremos? con doña Fulana, le dijo á otro que encontró pensativo en buscar modo de casarse con quien el padre le decia. No quiero hoy su limosna, otro dia me la dará, le dijo á un sacerdote que, llevando determinada cantidad de reales para hacer un pago, al ver al siervo de Dios sacó un real para dárselo de limosna. A otro le dijo al oido: ¿Por qué no reza el oficio divino? En tiempo de los temblores habia ofrecido un hombre traer cilicio para aplacar la ira de Dios: quitósele un dia porque le juzgó de embarazo al trágico de su oficio, y encontrándolo nuestro venerable siervo le dijo: La carne se ha de domar, y no aliviar; pues á un animal quitándole el freno luego dispara. Iba cierto religioso á comunicarle un punto de conciencia; vióle venir nuestro iluminado varon, y le dijo: Ea, vaya, que bien vá.

Conferian dos mercaderes que les sería de conveniencia entrar en una porcion de bayetas; pasó el venerable padre por su puerta, diéronle limosna, y el uno le dijo: padre fray Francisco, encomiéndeme á Dios un negocio; al punto saltó el iluminado siervo, diciéndole: ¿es el de las bayetas?

En estremo afligido se hallaba un hombre por no hallar quinientos pesos para hacer una satisfacción en que le iba la honra, y maquinando urdir una mentira con que obligar á otra persona á que se los diese, llegóse á él nuestro venerable Camacho, y le dijo: mire, no engañe á nadie, vaya á este ó aquel sugeto, nombrándoselos, á quienes puede pedirselos. Apartóse de su presencia, aun persistiendo en la idea de verificar su engaño, mas antes quiso ver á uno de los sugetos que el siervo de Dios le señaló, á quien habiéndole propuesto su necesidad, al punto, sin que fuese necesario para moverlo de súplicas ni falsedades, le dió el dinero que necesitaba; y volviendo muy alegre al venerable Camacho para darle las gracias, oyó de él estas palabras. ¿Pue-

no le dije fuese y no engañase á nadie, que no es bueno? Y en este caso á mas de la luz profética con que penetró su pensamiento, se debe notar la facilidad y confianza que infundió en el rico, para dar luego su dinero con tanta generosidad, pues no es menos maravilla contener á un mentiroso que hacer liberal á un rico.

Hallábase con grande alegría y gozo de su corazón cierto dia el reverendo padre fray José Ortiz del seráfico Orden, y maestro en sagrada teología, por la confeccion general que en aquella mañana habia hecho; cuando por la tarde se encuentra con nuestro siervo de Dios, quien le pregunta: ¿por qué está venerable padre tan alegre? A lo que respondió el reverendo padre maestro Ortiz: mi alegría nace de haber hoy logrado hacer confesion general, á lo cual el venerable padre Camacho pidiéndole permiso, le hizo ver dos circunstancias agravantes que debia haber explicado en la confesion, y que inadvertidamente no las manifestó; lo que oido por el religioso lleno de pudor, pasó á explicárselas á su confesor, quedando tan avergonzado que por muchos dias cuidó evitar encontrarse con el siervo de Dios.

Con este mismo reverendo padre sucedió que hallándose de guardian en el convento de la ciudad de Trugillo, aguardaba la visita de su reverendo padre provincial, y en ella ser reprendido, y aun separado de su destino; escríbele á nuestro venerable manifestándole sus temores y penas, suplicándole lo dirigiese en este asunto, y le encomendase á la Divina Magestad, para que no espirimentase lo que justamente temia; á lo cual le respondió el venerable padre Camacho tuviese presente y se consolase con la leccion del salmo 12 *Usque quo*; con efecto, llegado que fue el reverendo padre visitador, no obstante los motivos que encontró y reparos que puso, no lo pudo remover del oficio, de suerte que el religioso padre Ortiz quedó admirado en gran mane-

ra de la penetracion de las cosas ocultas que poseia el venerable.

Estando gravísimamente enfermo el general don Melchor Malo de Molina, caballero del Orden de Santiago, enviaron súplica á nuestra comunidad le fuesen á cantar el Credo, según religiosa costumbre de aquellos tiempos, y habiéndose prontamente puesto en camino todos los religiosos á cumplir este piadoso ministerio, iba presidiendo la comunidad en este acto nuestro venerable padre Camacho en calidad de presidente, y cerca del convento de nuestra señora de la Merced se les hizo encontradizo el demonio bajo el disfraz de un criado seminegro, y dirigiéndose al venerable padre le dijo: puede la comunidad volverse, pues el enfermo se siente mejor; mas el venerable, ilustrado divinamente, conocidas las acechanzas del demonio dijo: andemos, porque este es el diablo que ha venido para inquietar al enfermo. Llegaron los religiosos á la casa, y sabiendo que no habia sido enviado ningun criado á avisar tal cosa, se confirmaron todos unánimemente en aquella credulidad y opinion, y por esto después de cantarle el Credo, volvieron al convento con grande espiritual consolacion del enfermo, que falleció después de pocas horas.

Deseando el capitan don Juan de Tena Cabezas abrir tienda, y angustiado en gran manera porque le faltaba para el surtido de ella unas bayetas, fue á ver al venerable padre, á quien tanto le espuso y suplicó lo encomendase á Dios para que le sacase de un grande apuro y afliccion; que el siervo de Dios, tomando la palabra, y penetrando divinamente la causa de su pesar, le respondió: ¿son todas bayetas? pues no se acongoje: esta respuesta lo dejó á don Juan Cabezas en gran manera maravillado, por ser asunto que no habia comunicado con nadie, ni menos proferido; sino solamente pensado.

Riéndose don Pedro Llaguno Gomez con Juan Sanchez Cabero de que por no haber dado limosna á un religioso de nuestro hospital, este hubiese gruñido y hablado poco urbano, se encontraron con el venerable padre Camacho al volver la esquina de la calle por la parte opuesta á donde acababa de suceder el chasco, y habiéndole dado limosna le dijeron: padre Camacho, ¿en qué ley se nos ha dicho que nos andemos riendo? Al instante les respondió, era sabedor de la causa, mas creyendo ellos lo contrario, y que el siervo de Dios quería fingir ó burlarse dándoles á entender la sabia, al punto les volvió á decir: no es lo que pensais, señores; se estan riendo de una flaqueza de mi compañero; con lo que dichos hombres quedaron asombrados, conociendo en el venerable una gracia sobrenatural, no habiendo podido el venerable padre saber este hecho ni de su compañero ni de otros.

El mismo don Pedro Llaguno, que meditaba la muerte de un hombre, porque sospechaba escitaba contra su vida. Nuestro padre Camacho conociendo divinamente su depravado intento, le aconsejó y desengañó sobre la falsedad de su recelo y prevencion que tenia de aquel hombre inocente, diciéndole: no se aflija usted, porque es un falso recelo el que tiene, y así desista de cometer el atentado de quitarle la vida á su prójimo; de este modo salvó los dos, y los hizo muy amigos para siempre.

Doña Luisa Muñoz de la Calzada, preguntando en la Iglesia por un hombre voluptuoso que le habian prometido para marido, deseosa de verlo, el siervo de Dios, que conoció con luz superior su voluntad, y reprobaba aquel matrimonio, se llegó á ella, y la dijo: ¿Qué haces aquí? No pienses en tal, y vuélvete á tu casa; de lo que quedó confusa la niña, no habiendo declarado su intencion á nadie.

A un sacerdote nombrado don Cipriano Manrique que se hallaba agitado de malos pensamientos, llegando á él nuestro venerable padre Camacho, instruido con celeste luz, le dijo: guerra, guerra con el infierno; de suerte que el sacerdote atónito juzgó que le eran manifiestos los íntimos afectos del corazón.

Del mismo modo conoció encendido de soberana luz los internos escrúpulos de otro sacerdote llamado don Antonio Gonzalez de Peña, de que era atormentado por estas palabras: ¿cómo va, cómo le trató la batalla? é implorando el auxilio del santo varón en aquella necesidad, le dió por respuesta: vos que sois médico aplicaos la medicina que daríais á otro; le prometió encomendarlo á Dios; y en efecto, despues de dos ó tres horas el sacerdote se reconoció libre de aquella molesta y pertinaz inquietud que tanto le affigia sin consuelo alguno.

Meditaba una persona en su interior confesarse, y el siervo del Señor con luz sobrenatural le dijo: eso conviene á tu estado, ejecútalo presto; siempre se le observó por todos los moradores de esta ciudad que no pedía limosna al que divinamente sabia no llevaba plata en la bolsa, mas que á aquel hombre á quien socorrió su necesidad con los siete reales que le dió en cambio del peso que no llevaba, y el siervo de Dios se lo puso en la bolsa para aliviarle de su congoja, á imitacion del glorioso san Francisco de Asís, cuando para hacer bien á un pobre sacó de la manga un escudo de oro sin tenerlo, y del patriarca Santo Domingo, cuando pidiéndole limosna la señaló en el suelo con el dedo, mandando al pobre la tomase.

Sirva de realce á este capítulo el caso siguiente, digno á mi ver de toda admiracion. Un hombre affligido por la reciente pérdida de su esposa venia en su corazon repitiendo actos de conformidad, y diciendo entre sí: Dios sea bendito;

llega á este tiempo el padre Camacho, y dice: y sea alabado y glorificado en los cielos y en la tierra. Quedó el hombre atónito y fuera de sí al ver y oír que el siervo del Señor continuase en público lo que él venia repitiendo en secreto.

No puedo dejar correr la pluma sin primero preguntar, aunque me aparte de lo histórico, ¿qué clase era esta de profecía? Sabemos que Isabel, madre del Precursor, al merecer la visita de María Santísima, reconoció con luz profética la dignidad de Madre de Dios á que se habia sublimado, y el fruto bendito que ya abrigaba en su purísimo vientre, y así exclamó: *Benedicta tu inter mulieres, etc.* (1). A esto dijo san Ambrosio que las madres profetizaban con el espíritu ó inspiracion de los hijos: *Prophetant matres spiritu parvulorum*; y así es que el Hijo de Dios encerrado en el vientre de María, como fruto bendito ilustró é hizo profetizar á Isabel. Ahora bien: ¿qué venia diciendo aquel buen hombre en su corazon? Bendito sea Dios, pues ese Dios bendito encerrado y oculto en el pecho de ese hombre, ilustró sin duda á nuestro siervo de Dios para que penetrándole su pensamiento, lo revelase é hiciese público, continuando el elogio diciendo: y sea alabado y glorificado; con lo que dió á entender que el hombre venia diciendo sea Dios bendito.

Aun mayor misterio me parece hay en esta luz profética del venerable padre Camacho, porque dice: y sea alabado y glorificado en los cielos y en la tierra. Obsérvese de quien habla, y á quien se dirijen aquellas voces; y sea alabado, teniendo presente que la y es una conjuncion que une y ata las dicciones. Acuérdome haber leído la cuestion suscitada por san Gregorio (2) sobre el principio de la pro-

(1) Luc. c. i. (2) S. Greg. lib. i. hom. 2.

fecia de Ezequiel que comienza *et factum est*, y de otros profetas, y se hizo y sucedió. Desde luego parece extraño modo de principiar un libro. Aquel y es conjuncion que ha de atar precisamente la cláusula antecedente con la consiguiente; pues si nada habia dicho antes ¿cómo dice, y sucedió, y se hizo? Me parece está el misterio en que los profetas, á lo que interiormente conoce, atan lo que esteriormente pronuncian; y á la palabra con que Dios les habla ilustrándolos, juntan ellos la palabra que profieren, siguiendo la cláusula, y perfeccionando la sentencia; del mismo modo aparece el misterio de las voces proféticas del venerable padre Camacho, quando sin haber dicho antes otra cosa, dijo: y sea alabado y glorificado, porque hacia referéncia con aquel sea Dios bendito, que el hombre decia en secreto, y él concibió, continuando la alabanza de la palabra interior con la exterior, y sea alabado y glorificado; de modo que atando unas y otras cláusulas, vino á publicar entera la alabanza de Dios.

Aun hay algo mas que notar: Ezequiel ilustrado oyó dentro de sí mismo la palabra de Dios que hablaba; pero nuestro venerable Camacho oyó y conoció no en sí sino en otro las palabras que interiormente repetía; oírse uno á sí mismo, no es mucho; mas oír á otro lo que interiormente se dice para que nadie le oiga, es lo que mayor admiracion debe causar para no cesar de dar infinitas alabanzas á Dios por haber así ilustrado á su querido siervo fray Francisco Camacho.

CAPITULO XXXIV.

Revelale el Señor á su siervo sucesos muy distantes.

Como el águila sobre un elevado risco registra la campiña, y á su vista no pierde el objeto por distante que se halle, así el venerable Camacho, cual águila cherúbrica, tenia á la vista de su ilustracion profética los sucesos mas distantes, trayendo, como en un mapa, á sus ojos los mas remotos lugares para reconocer alli la realidad de ellos. ¡Qué descuidada y curiosa se hallaba en esta plaza de Lima una muger el dia en que celebra esta religiosa ciudad la festividad del Dulce Nombre de María, y en el que toman las armas todas las milicias para hacer alarde de su obsequio, y rendimiento de todas ellas á esta Soberana Emperatriz, como á su tutelar y patrona! Al tiempo de dar principio á la solemne procesion llégase el venerable Camacho, y dícela: Señora doña Antonia, mas falta hace en su casa que aqui; váyase pronto á ella que importa. Partió al punto, y halló gran turbación causada por la desesperacion de un criado, que por verse en prisiones se habia dado de puñaladas, y con el cuchillo en la mano asestaba contra los que intentaban quitárselo, defendiendo su muerte como otro pudiera su vida. Trece cuadras, tres callos, distaba la casa del sitio en que el venerable siervo tuvo luz de la desgracia, y dió el aviso para el remedio, *oculi ejus de longe prospiciunt.*

El dia de la Porciúncula andaba en la iglesia del llagado Serafin, ganando este santo jubileo, Feliciano de Jaúregui, sábia obtetrix: llegóse á ella el venerable padre Camacho, y le preguntó: ¿Qué le falta de rezar? respondióle: cuatro estaciones: pues yo las rezaré por tí; vé presto á ejercer una obra de caridad en casa de doña Isabel, muger de don Juan

Serrano, que se halla al presente en mucho peligro: obedeció al momento; llega á la casa, que estaba bien distante, y halla á dicha señora peligrando á un tiempo en dos vidas, en la propia, y en el naufragio de una criatura: llegó tan oportunamente la buena muger partera, tan docta cual experimentada y feliz en los partos, que su presencia sirvió de aliento á la vida de la madre, y de alguna detencion á la del hijo, que recibida el agua del santo bautismo voló al cielo. Preguntada despues la comadre quien la habia enviado respondió: El padre Camacho. ¿Cómo y de dónde lo pudo saber, pues que ninguno de casa ha salido que se lo pudiese decir? Mas el siervo de Dios tenia dentro de sí quien le dijese y diese luz de todo, sujetando á la presencia del remedio aun la distancia del daño.

Ausente en Tierra-firme en la feria de Portovelo se hallaba un comerciante de esta ciudad. El año habia sido fatal por la cruel epidemia del vómito prieto ó cólera-morbus, que quitó muchas vidas, de cuyas desgracias llegaron á esta ciudad funestas memorias, trayendo á muchos el dolor, y á todos el susto. Una buena señora hallándose sin carta de su marido temió lo peor, y creyó fuese muerto, aunque le ocultaban por piedad la noticia para ir la con mañosidad consintiendo. Bien afligida iba á solicitar consuelo en la capilla de nuestra Señora del Rosario, y anticipósele el Señor con encontrar al venerable Camacho, que le dijo: No se aflija señora, pues hoy puede ser entre bueno y sano su marido en el puerto de Payta, ya de vuelta para Lima. Apuntó el día la muger, y despues se supo que el mismo día que le dijo el siervo de Dios entró en el referido puerto sano y bueno.

En casa de otra señora igualmente afligida por no tener cartas de un hermano suyo que habia bajado á emplear á Portovelo, entró el venerable padre Camacho con la demanda de sus pobres, y sabiendo su afliccion, la dijo: Ea, no se aflija,

que en buena parte está, ¿Pues cómo lo sabe el padre Camacho? le preguntó la muger; porque lo he visto, le respondió, y le aseguro está en buena parte. Esto fue avisarla su muerte, y al mismo tiempo asegurarla de su salvacion, recibiendo á un tiempo la pena y el consuelo. Súpose despues como habia muerto en Portovelo; pero pudo fácilmente consolarse el dolor con la esperanza de su felicidad, pues el puñal de la noticia en los mismos filos de herir trajo tambien el antidoto con que sanar la herida y consolar el alma. *Una manus vobis vulnus openque tulit.*

¿Qué ruido es este? preguntó el venerable padre Camacho á dos capitulares de esta ciudad. Dispónese, le respondieron, unas máscaras para regocijar esta noche al pueblo por las buenas nuevas que han llegado de haber nuestra armada derrotado á la de los ingleses, sobre las islas del Rey. Bueno, en verdad, dijo el bendito padre, ¿y qué haremos con el traquido de la capitana? Apartóse al punto de los dos caballeros regidores, dejándolos bastantemente confusos sobre qué traquido seria aquel, y porque no se les pasase de la memoria escribieron en lo alto de las paredes del cabildo esta palabra: *El traquido*. Dentro de breves dias llegó á esta ciudad la triste nueva de haberse quemado en el puerto de Payta á 5 de setiembre de 1685 nuestra Capitana, en que murieron mas de cuatrocientos hombres, habiéndose librado solo quince; fue el fatal y lamentable suceso en los términos siguientes.

Entró por el estrecho de este mar del Sur un pirata inglés, nombrado Eduardo David, con una fragata de treinta y seis cañones, y se unió á otra de diez y seis tambien inglesa, con quienes se juntaron doscientos sesenta y cuatro franceses del Petit-Goabe en la isla Española, llamados Finisterre, nombre corrompido de *Finibus terræ*, para dar á entender ser gente desterrada de Francia como al fin del mundo, los cuales despues de haber servido de esclavos en el referido

Petit-Goabe por tres años salian á infestar los mares. Pasaron estos el año de 1685 por tierra de Darien y el rio llamado Boca Chica en canoas que labraron, y se unieron en las islas del Rey á otros que antes habian pasado, y al referido David; de suerte que su flota se componia de diez embarcaciones, y eran dos fragatas, un navío sin artillería, un borlot y seis barcos, las dos primeras habian sido apresadas, y en ellas llevaban considerable número de gente.

Sabedor de esto el excelentísimo señor don Melchor de Nabarra y Rocaful, duque de la Palata, virey vigésimo segundo, que habia entrado en esta ciudad de Lima en 20 de noviembre de 1684, envió prontamente contra estos piratas el año de 1685 una armada de siete bajeles, la mas fuerte que habia salido de este mar, la cual se componia de capitana almiranta, gobierno y otros tres bajeles de guerra, con un borlote de fuego, bajo la direccion de don Pedro Pontejo, general de mar, y don Antonio de Veas, almirante, ambos á las órdenes del general del Callao don Tomás Palavicino, cuñado del duque á quien acompañó algunos de la nobleza de esta siempre leal ciudad de los Reyes.

Deseaban los piratas coger nuestra armada, que esperaban en las islas del Rey, mas habiendo salido ellos con direccion á Panamá, para cumplir la orden de entregar primero en el tesoro del Rey y de algunos particulares del comercio caudales, lo practicó así, y despues marchó en busca del enemigo, que encontró en las referidas islas con once bajeles de vela de gavia y cien canoas y piraguas, muy esperanzados de coger nuestra armada y tesoro; mas habiéndose dado por nuestra armada el combate á los piratas cerca de la isla grande de las del Rey el dia 8 de junio de 1685, logró cercarla, maltratarla y destruirla, en términos de haber llegado el momento de rendirse ó perecer, por no tener ya alientos para pelear, y sí cobardía para huir, lo que habria

sucedido si nuestra armada se hubiera aprovechado de su ventaja, y el viento no se les hubiese presentado favorable el día 9, con el cual y la oscuridad de la noche, pudieron, aunque descalabrados, escapar (1).

Después del referido combate dieron la vuelta al puerto de Payta los nuestros, y hallándose la armada surta en él, saltó á tierra el general don Tomás Palavicino con algunos pocos que le acompañaron, y á breves horas se oyó el espantoso traquido de la capitana, en la que sin duda se le prendió fuego al pañol de la pólvora, y voló en tempestad formidable, arrojando por los aires envueltos en fuego y humo cuatrocientos hombres, para ahogarlos segunda vez en las aguas, hallando los miserables dobladas muertes en uno y otro elemento; no habiéndose salvado más que don Pedro Pontejo, hijo del general, que se halló en una tabla sobre las ondas.

Tragedia tan dolorosa fue esplicacion del traquido de nuestro venerable Camacho, á quien revelaba Dios en los sucesos distantes los arcanos de su justicia: verdadero hijo de Abraham, á quien como amigo no le ocultó Dios el traquido de las ciudades de Sodoma y Gomorra (2); en que el ruego del santo Patriarca no pudo evadir del incendio á Pentápolis: así el venerable Camacho oyó el traquido distante doscientas y catorce léguas de la capitana envuelta en fuego.

(1) Tabeno de Lussan, pág. 88. (2) Genes. 18.

CAPITULO XXXV.

Predice lo que ha de suceder, sabe su muerte y circunstancias de su entierro.

De la distancia de los lugares sube la profecía á mayor eminencia de ilustraciones, divisando las ocurrencias de los tiempos en lo que hay gran diferencia, pues en el lugar distante no se ve lo que hay, porque aún no existe cosa que se vea, pero se ve lo que ha de haber de futuro, y ver como si se estuviera presente lo que aún todavía no tiene ser ni presencia, constituye la preeminencia de la profecía, que es una vista mas perspicaz que la del águila.

Nuestro venerable padre Camacho con la ilustracion Divina logró registrar los volubles senos del tiempo, y desdollar de las contingencias del ser la escondida verdad de los sucesos futuros, que solo están en la poderosa mano del Eterno Padre ocultos á toda humana indagacion. En cierta ocasion le dijo el venerable siervo de Dios al reverendo padre maestro Saldaña: qué, andamos con revelaciones y profecias, padre maestro: yo soy el mayor pecador del mundo, y por la gracia de Dios puedo decir lo que de aqui á diez años ha de suceder; luego tenia luz para conocer las cosas antes que tuviesen ser, y conocer al tiempo antes del tiempo.

Don Luis de Rojas, caballero joven y rico, en una ocasion que pasaba por la esquina de la plaza de esta ciudad, llegóse al siervo de Dios á darle limosna, y tomándole la mano nuestro venerable padre Camacho le dijo: cuidado con la puerta de Segovia, señor don Luis; de estas palabras no hizo por aquel entonces caso, ni fijó su idea en ellas; mas al cabo de algunos años tuvo necesidad de pasar á la Corte de Madrid, á practicar varias pretensiones con bastante dinero que

para ellas le consignaron sus deudos y hermanos; dióse este caballero á la profusion de galas, banquetes y otras diversiones, en que le fue preciso consumir casi todo el caudal propio y ageno, y noticiosos los interesados de esta prodigalidad, remitieron sus poderes á la Corte, para que se le tomasen cuentas y recogiese lo que existiese. Al mismo tiempo no faltó quien de esta determinacion le diese noticia, con la cual, y conociendo la responsabilidad y descubierto en que se hallaba, determinó, para librarse del peligro que le amenazaba, tomar asilo en el convento de san Francisco.

Los comisionados procuraron con astucia sacarle de allí, á cuyo fin tomaron un coche y pasaron al convento, usando de una aparente amistad y de todo género de urbanidades, persuadiéndole mirase por su honor, que conservase la dignidad de su esclarecido linage, á lo que ellos estaban dispuestos siempre que se restituyese á su posada, á cuyo fin habian traído carroza correspondiente á su persona, concluyendo con las protestas mas espresivas de que le favorecerian en cuanto contribuyese á su decoro y tranquilidad. El caballero, cual noble, les dió crédito á sus fementidas palabras, y salió del convento: sin duda no tuvo presente aquellas sentenciosas palabras del gran Séneca cuando exclamó: feliz el hombre que puede del hombre conocer los engaños: puesto ya en el coche, á corta distancia del convento de donde salia para volverse á su posada, divisa en la puerta de Segovia una partida de soldados que estaban en acecho de su persona, la que prendieron y condujeron al cuerpo de guardia, acorlándose en aquel instante de la prediccion de nuestro venerable padre Camacho cuando le dijo: cuidado con la puerta de Segovia: así lo refirió este mismo caballero en aquel día al señor don Agustin Carrillo, regente en este tribunal de cuentas, y padre de la señora condesa de Vista Florida, que en aquella ocasion se halló en la Corte de Madrid.

Llegó la noticia á esta ciudad de haber anclado los galeones en Portovelo, y un mercader muy afligido por no tener mas de treinta y tres mil pesos que debia pagar al primer pregon de la llegada de la armada, buscó para su consuelo á nuestro caritativo padre Camacho, quien se lo dió, solo con decirle: ea, no se aflija, que Dios aprieta la mano á sus criaturas para bien suyo, mas luego la abre y las socorre; con esta esperanza corrieron los tres meses que restaban para cumplir el plazo, y se le proporcionaron medios de pagar y quedar con dinero; y sin comunicar á nadie su buena fortuna, encontrándolo el siervo del señor le dijo: ¿qué hay señor capitan? parece que Dios abrió la mano: reconoció el mercader que con luz sobrenatural le habia nuestro varon venerable consolado antes, y conocido despues.

Yo no sé que hacerme, padre Camacho, porque hoy á las cinco de la tarde debo pagar cuatrocientos pesos, á cuyo fin he salido á cobrar de diferentes personas que me deben, y no he podido recoger mas que sesenta pesos. Asi se lamentaba un hombre de honor sumamente acongojado, y el venerable siervo de Dios le dijo: No se desconsuele y fie en Dios, que antes del plazo tendrá con que pagar la dita y algo mas. No sabia el triste como pudiese ser verdad la promesa del santo varon, porque todas las puertas se le habian cerrado, y solo hallaba un mar de congojas en que ahogarse. Acertó á pasar por la calle de Malambo, y llamado de unos amigos se pusieron á jugar por diversion: favorecióle tan bien la suerte al buen hombre, que al poco tiempo se levantó ganando cuatrocientos ochenta pesos. Alegre se volvia á su casa para satisfacer la deuda, cuando hé aqui se encuentra con nuestro venerable Camacho que le dijo: ¿por qué no me dá el varato? Venga, pues le ha ido tan bien. Quedó el hombre asombrado, porque ninguno si no solo él habia salido de la casa, ¿Quién se lo pudo decir

al padre Camacho? Dióle las gracias por su remedio, y un varato para sus pobres.

A un capitán de comercio que se despedía para bajar á Panamá le dijo el venerable padre: Vaya en buen hora; pero á la vuelta no embarque en el navío S. José ni una madeja de seda. Hízolo así, y el bajel anunciado se perdió de vuelta en el puerto de la Punada ó Guayaquil.

A otro comerciante en la armada del año de 81 le dijo no se embarcase en tal navío. Corrió esta voz del venerable padre Camacho entre los que bajaban á la feria, y no hubo quien se animase á navegar en él. Súpolo el dueño, y quiso desquitar el descrédito de su bajel con vituperar y calumniar la fama de nuestro iluminado Camacho, tratándolo de hipócrita y embustero; mas no hallando carga para Panamá hizo viaje para Africa, donde perdió el vaso y la hacienda en castigo de su murmuración, y cumplimiento de la profecía.

¿Qué tiene, pues parece que está enfermo? le dijo á un sacerdote. Yo padre Fr. Francisco nada tengo, le respondió; pues paciencia y conformidad, añadió el venerable padre. Dentro de tres dias se le presentó al buen sacerdote una aneurisma en la garganta, de la que al cabo de mas de cuatro años que padeció con gran resignación murió con grande aprovechamiento de su alma.

A Trujillo te quieres ir, le dijo á Feliciano Jáuregui; pues anda, que presto volverás, porque ha de venir una excelentísima señora vireina, para cuyo parto te han de llamar. No habia entonces noticia de la llegada de nuevo Virey; pero al cabo de un año vino á este reino del de Méjico el excelentísimo señor Conde de la Moncloba con su señora, ya en meses mayores, y fue llamada esta muger, á quien el venerable padre Camacho se lo habia dicho un año antes, para asistir al feliz alumbramiento de D. Francisco Javier Portocarrero, bellísima criatura, que en breves años se la envi-

dió el cielo á la tierra para estrella mejor del firmamento.

Publicóse en esta ciudad venia de Virey el señor Conde de Cañete. Mucho es de temer en su travesía, dijo entonces nuestro venerable. Súpose despues como habia pasado con felicidad de la aguada de Puerto-rico á la de Vera-cruz, y no faltó quien curioso reconviniere con su dicho al siervo de Dios, quien volvió á decir: Mucho le temo en su travesía; y así sucedió, pues murió en este mar del Sur en la travesía de Aca-pulco á Payta, con justo dolor de su desgracia, que aumentó despues la señora Condesa viuda cuando la mereció ver y tratar esta ciudad.

El dia 20 de octubre de 1687 en que la tempestad de dos terremotos echó por tierra la hermosura y suntuosidad de Lima, pasado el primero, que fue á las cuatro y cuarto de la mañana, rogó el venerable padre Camacho á un padre sacerdote de nuestro Orden le reconciliase y diese la comunión. Salió este revestido á decir misa en un altar del crucero en que estaba el depósito de las formas. Al punto se levantó el siervo de Dios del lugar en que estaba de rodillas, y llegándose al sacerdote le dijo: Padre Fr. Juan, no se detenga en darme la comunión, ni diga Misa en este altar del Santo Cristo de la Salud, véngase presto al de nuestra Señora de Regla, que está colateral á la entrada de la Iglesia: ejecutó el consejo el sacerdote, y apenas habia llegado al referido altar cuando hé aqui comienza el segundo terremoto, que echó por tierra las bóvedas del crucero, en que hubieran ciertamente perecido el sacerdote y nuestro venerable padre Camacho. Salió huyendo por entre muchos peligros á la calle, y al pasar por la portería á la plazuela que llaman de los Aserradores, porque á ella se conducian todas las maderas del puerto del Callao, y se labraban para las fábricas de la ciudad, hé aqui que vé venir sobre sí una pared muy alta, y temiendo le cojiese debajo invoca el Dulce Nombre de María, y sin

saber el modo se halló de rodillas puesto, é improvisamente sin lesion alguna en medio de la plazuela. Asi atribuía este beneficio á la Santísima Virgen el venerable padre, en que se debe notar la luz profética del terremoto que habia de suceder, y la milagrosa conservacion de su vida, sin saber el modo con que escapó de la muerte.

De esta plazuela pasó á vivir á la huerta de la recoleccion de los PP. predicadores, en que le hospedó el reverendísimo padre maestro prior fray Pedro Lobo, dándole la llave de la ermita que fue vivienda del venerable siervo de Dios fray Juan Macías, cuya beatificacion se espera, y como tal prenda se conserva en este ameno huerto de santidad. Aquí mantuvo por espacio de un año sus ejercicios de oracion y penitencia con grandé edificacion de aquellos santos padres.

Salía á las seis de la mañana como jornalero á pedir la limosna y sustento de sus pobres, pagando el agasajo de su hospicio al padre prior que se hallaba sin medios para sustentar su comunidad, que estaba la mayor parte enferma por los destemples, incomodidades y soles que sufrían, pues con las fincas caidas no cobraban los arrendamientos de que se sustentaban, ni tenían alvergue, por lo que estaban resueltos á abandonar el convento. Pero nuestro caritativo siervo del Señor prometióle al padre prior que para lo necesario nunca le faltaria, y así lo esperiméntó proporcionándole la limosna de los fieles por espacio de dos años, hasta que pudo reparar sus posesiones, y poner corriente sus rentas. Morando nuestro siervo de Dios en la compañía de aquellos padres, se acercó la eleccion de prior, y dijo el iluminado varon á varios religiosos el qué lo habia de ser, y fue el que menos se pensaba, y quien lo pensaba menos, verdadero modo de acertarse las elecciones.

Un caballero capitular de esta ciudad tenia una hija muy linda de pocos años, á quien queria mucho el siervo de

Dios, y siempre que la veía decía: esta niña es para el cielo; estando para salir su padre á servir un corregimiento, le dijo el venerable padre: déjeme acá esta niña, señor don Martin de Samudio, déjemela acá: ¿cómo puede ser eso, padre fray Francisco? ¿cómo y dónde si mañana nos vamos? Pues me la ha de dejar, añadió nuestro Camacho. Salió el caballero á despedirse por último para emprender al día siguiente su viage, y al volver á casa halló la niña con una maligna fiebre, que ni los médicos ni medicinas la pudieron extinguir, ni evitar marchitase las frescas flores de su tierna edad, convirtiéndolas en mustias palideces de la muerte. ¡Qué puñal de dolor en el corazón del padre! ¡Qué desesperacion al no estar de por medio la fé que sabe corregir estos sentimientos de amor!

Llamaron para su consuelo al venerable padre Camacho, anunciador de aquella desgracia á los ojos del mundo, y para el cielo felicidad. No acudió para no ser reconvenido, pues le imputarian como culpa su profecía; disponíase el entierro del ángel en la iglesia de nuestra señora de las Mercedes, donde tienen sus padres suntuoso sepulcro, para cuyo acto el reverendo padre provincial se habia ofrecido á la celebridad de los Oficios; y todo así dispuesto corría á su ejecucion, falsificando en parte la profecía de nuestro venerable que todavía perseveraba misteriosamente en su retiro. El padre lleno de dolor, y la madre en su llanto, y en grave sentimiento la familia, no hallaban consuelo en su pena, ni sabían si existían; no obstante recordaron la profecía del venerable, y trataron deshacer todo lo dispuesto, y complacerlo diciendo: pues supó anticipadamente esta determinacion del cielo, y dijo que se la habia de dejar, cúmplase su gusto, y el de Dios, y dejémosela.

Con esta resolucion se deshizo el entierro en la Merced, y se llevó á nuestro convento para que así se verifi-

case y cumpliesse la profecía, teniendo un ángel mas que acompañase á nuestro venerable siervo de Dios.

Este don de profecía experimentado en tantos sucesos, como hemos visto, se vió mas espresamente manifiesto en las muchas veces, y particulares circunstancias en que el siervo de Dios profetizó su muerte y entierro mucho tiempo antes que sucediese con particularidad en el mas próximo á su bienaventurado fin, como veremos despues que demuestre otros dones con que fue servido el Altísimo Dios y Señor nuestro perfeccionar esta dichosa alma.

Ademas pues de los dones referidos nuestro venerable Camacho fue enriquecido por Dios con el don de éstasis y raptos, principalmente cuando oraba ó se recreaba con el sagrado convite, lo que fue observado por nuestros religiosos y otras muchas personas repetidas veces, abstrayéndose frecuentemente de sus sentidos por muchas horas, y quedando con el semblante inflamado, inmoble, y los ojos atentamente fijos en el tabernáculo, en cuyo estado lo vió evidentemente comprobado Gerónima Morillo y otras personas que estaban presentes quando nuestro venerable padre Camacho delante de la imagen de nuestra patrona santa Rosa de santa María, cuya festividad solemnemente celebraba ella en su oratorio privado, teniendo estendidas sus manos, fue tal la violencia del espíritu, que le dejó el cuerpo insensible, pues con una de las luces que ardia delante de la santa se abrasó un dedo, sin haber hecho el menor movimiento de sensibilidad, pareciendo á la vista de todos haberse privado de los sentidos.

En otra ocasion fue observado lo mismo, en la casa de un sacerdote que estaba gravemente enfermo, al que fortuitamente fue á visitar, y habiendo sido rogado por el enfermo y otros que estaban presentes, que le encomendase eficazmente á Dios para que le concediese la sanidad, el vene-

vable siervo del Altísimo volvió los ojos á una imagen del Ecce-homo, que estaba colgada en la cabecera de la cama, y en este acto, admirablemente encendido el rostro, permaneció inmóvil y estático por largo tiempo, no sin grande espanto de los presentes, hasta que habiendo vuelto en sí, se dirigió al enfermo, que conoció por inspiracion divina ser sacerdote, le besó la mano como tenia de costumbre, y le dió algunos saludables consejos, dejándolo consolado y con esperanza de recuperar su salud, como en efecto así lo experimentó, pues inmediatamente se le quitó el vehemente dolor de estómago que le quitaba la vida, y al siguiente día se encontró del todo sano, mediante la eficaz oracion del venerable padre Camacho.

Fueron muchos y frecuentes los éstasis y raptos de este justísimo varon, con los cuales el Altísimo lo distinguió y atrajo á sí, para que su alma aun en la tierra gustase de las celestiales dulzuras; estos fueron notorios á sus confesores y á otras muchas personas de esta ciudad, y reputados comunemente por sobrenaturales y celestiales, sin que jamás se dudase en nada contrario á ellos, antes sí hasta el presente tiempo, aun habiendo corrido mas de ochenta años desde su fallecimiento, se mantiene firme su reputacion.

Ademas de los insignes referidos dones, fue igualmente enriquecido por el Altísimo nuestro venerable padre Fr. Francisco Camacho con el don de milagros, para hacer mas patente á los fieles la santidad de su vida, y á la verdad se deben tener á milagro sus frecuentes bilocaciones, entre las cuales debe enumerarse cuando se le apareció al mercader en el lugar nombrado el Cercado, quien meditaba pertinazmente emprender una navegacion peligrosa, y poco despues se le hizo contradizco, á pesar de haber regresado velozmente el mercader sobre una mula á esta ciudad, insistiendo separarlo de aquel propósito perjudicial.

Asimismo cuando se le apareció al otro que dudaba de la fidelidad conyugal de su muger, y trató de sorprenderla á deshora de la noche, y cuando creyó encontrar en su casa al adúltero, se halló al siervo de Dios sentado en el cuarto, el cual supo á la mañana siguiente, que en aquella misma hora estaba en su convento, y que de ningún modo habia salido de él; y cuando á otras personas que meditaban la muerte ó daño del prógimo se les apareció nuestro venerable en otras nocturnas, para apartarlos de los inícuos pensamientos de que estaban poseídos.

Se deben tener á milagro las producciones de plata y multiplicaciones que obtuvo el siervo de Dios para socorro de muchas personas, ya pobres ó necesitadas en la ocasion que les pedian limosnas, ó que los veía estar tristes por su gran pobreza, haciéndoles hallar inesperadamente dinero en sus bolsas ó que se les multiplicase. Tambien se deben abscribir por milagro aquella invencion de manzanas fresquísimas en invierno, para satisfacer el deseo de una muger preñada, quien las habia buscado con gran solicitud por todas partes, siendo inútiles cuantas diligencias habian practicado para encontrarlas.

Aquella repentina creacion de los maderos de cocobola para el barandaje del coro, hecha en el almacén del mercader de maderas, quien sabiendo ciertamente no tenerlas por haber vendido toda la madera de esta especie, y para evadirse de las instancias de nuestro milagroso siervo, que rogaba importunamente se las vendiese, le ofreció donarle todos los que hallase en la bodega, como en efecto lo hizo, cuando fue y la encontró en abundancia, con grande asombro del dueño.

Del mismo modo se debe connumerar entre los milagros las preservaciones del religioso, nuestro hermano; de la violenta caída del claustro alto; la del niño de la ruina de la pared, en ocasion del terremoto que habia de sobrevenir; la pre-

servacion del sacerdote que le administró la comunión, y la de otros muchísimos peligros de muerte, enfermedades y otros infortunios, de los cuales naturalmente no se hubieran podido librar sin el socorro y auxilio de este caritativo siervo de Dios, con el que se vieron salir sanos y sin lesion alguna, siendo de notar que por la agudeza y gravedad de algunas enfermedades eran ineficaces y no alcanzaban las medicinas, segun la opinion de los médicos, y por tanto reputaron las curaciones por sobrenaturales, sin que jamás alguno hubiese dicho lo contrario, como así lo espresan los declarantes, sucediendo lo mismo á los que referiremos cuando tratemos de los milagros hechos en vida, y despues de su feliz tránsito.

CAPITULO XXXVI.

Conclúyese esta materia con las predicciones de su muerte, enfermedad, fallecimiento, y suntuoso entierro.

Quien profetizaba en otros lo que les habia de suceder, profetiza de sí lo que en el tiempo le tenia de acaecer. Los querubines del carro (1) tenian dentro y fuera guarnecidas de ojos sus alas, que si hay ojos para ver lo que por fuera sucede es razon los haya para mirar sobre sí, y ver hácia dentro lo que les puede suceder. A un árbol subió Zaqueo para ver por fuera á Cristo, y baja del árbol para ver á Cristo por dentro, y en su casa á fin de verse Zaqueo así, y lo que le convenia: sobre las ruedas del carro cargaban tambien los ojos, es decir, que los ojos de la profecía ó consideracion se deben cargar tambien sobre la rueda del tiempo y giro de la vida. El venerable padre Camacho que, como águila querúbrica, con vista profética registró por fuera los sucesos, ba-

(1) Apocal. 4. v. 4. et 8.

tiendo alas y ojos al sitio más distante y tiempo mas oculto, los volvió tambien sobre sí, y sobre las ruedas de su propia vida, conociendo el término en que habian de parar, y el fin que habia de tener.

Nuestro siervo de Dios Camácho, no tanto por la edad quanto por los trabajos y estremada austeridad de vida, conoció por superior luz instaba el tiempo de su muerte, y el de conseguir el premio de sus virtudes y méritos, y lo anunció muchas ocasiones á sus compañeros y á otros amigos, indicándoles el lugar de su sepultura, la brevedad del tiempo en que su cadáver habia de permanecer inhumado, y que no sería sepultado por sus correligiosos sino por otros.

Al padre García Paredes, religioso de nuestro Orden, en una de las ocasiones que consultaba con el siervo de Dios sobre el nuevo edificio de la enfermería de esta convalecencia, engrandeciendo la obra, le respondió el santo varon: Sabed padre Fr. Juan, que esta obra es asistida de Dios, siendo grandes y evidentes los auxilios de su bondad Divina: yo espero en su misericordia concluirla, y concluida que sea moriré en breve, muy contento por dejar á los pobres, nuestros amos, acabada y habilitada su casa; y aunque el padre Paredes le dijo: No sucederá así, porque Dios le ha de preservar incólume hasta que igualmente concluya el edificio de la Iglesia: el siervo del Señor le respondió firmemente que acabada la enfermería habia de morir, como así lo mostró el éxito.

Seis meses antes de su fallecimiento don Francisco de Zúñiga y Sotomayor encontró á nuestro venerable padre en una esquina de la plaza de esta ciudad, y le dió limosna. Nuestro venerable, apretándole la mano, le dijo: Amigo, amigo, buen ánimo, porque ya se vá acercando el tiempo. El caballero, juzgando que la prediccion era alusiva á sí, dijo en su corazon: ¡ojalá el camino esté allanado para mí como para tí! Pero habiendo seguido despues la muerte del venerable siervo, cono-

ció que las dichas palabras habian sido alusivas á su muerte.

En comprobacion de esto, dos meses antes de su última enfermedad se despidió de varios amigos, diciéndoles tenia que hacer un gran viage: esto era cargar los ojos sobre las ruedas del tiempo, para el viage de la eternidad.

Algunos días antes de su muerte, paseándose con el padre sacristan mayor por la nueva enfermería, que era al jardin de su recreo y alivio de su enfermedad, llegando á la peana del altar del Santo Cristo le preguntó el padre sacristan: Padre Fr. Francisco, ¿por qué no se enterró aqui el capitán Sebastian de los Rios, que tanto bien hizo á esta casa, y tanto quiso á vuesa reverencia? Nuestro venerable le respondió: Que las disposiciones de Dios nadie las podia comprender. Se dirigió al medio de la peana del altar, y levantando los ojos al Santísimo Cristo, inflamado de repentino incendio su corazon, y su alma bañada de celestial luz, volvió al sacristan y le dijo: Sepa vuesa reverencia que este lugar lo venero mucho, lo venero mucho, repitiéndolo así tres veces: se arrojó al suelo, cosió su rostro con la tierra, y besó la peana diciendo: Dios me haga mas humilde que la tierra. Así estuvo gran rato, con gran confusion del compañero.

Cuál fuese ahora el sentimiento que aqui le comunicó el Señor, cuál el motivo de venerar aquel sitio, cuál el impulso de abatirse al suelo á besar la peana, y cual el movimiento de desear en aquella ocasion ser mas humilde que la tierra, no del todo se oculta á la noticia de quien oye en los sucesos las voces que informan de la verdad, que los secretos invisibles de Dios en los efectos de su providencia se dejan ver manifiestos (1).

Murió el venerable padre Camacho en breves dias, y determinaron los Prelados darle sepultura en la Iglesia en la

(1) Paul. ad Rom. 1. 20.

peana del altar de nuestro padre S. Juan de Dios, mas aquella noche intermedia se ocasionaron mil dificultades sobre el sitio de su sepulcro, porque en la Iglesia sería embarazo, y ocasionaria mucho ruido, lo que se evitaria si se determinaba poner ante el altar del Santo Cristo de la enfermería: por la mañana acudieron á los Prelados haciéndoles ver los motivos que impedían poder cumplir lo que tenían resuelto, y en su vista determinaron fuese su sepulcro en la enfermería á los pies del Santo Cristo, y en compañía de sus pobres.

Ya, pues, podremos investigar el interior movimiento de nuestro venerable padre Camacho sobre la peana del altar, sin duda le reveló el Señor que aquel sitio le tenia reservado para depósito de su cuerpo y veneración de sus reliquias, y lugar en que le hablaba Dios; con razon lo venera, y como tanto le honra, con razon se humilla. Asi Jacob en Bethel donde le habla Dios, y favorece (1) con rendidas religiosas veneraciones lo celebra.

Padre Fr. Francisco, cuando vuesa reverencia se muera no nos dé mucho que hacer en su entierro, le decian estando enfermo los religiosos. Pierdan cuidado, les respondió, que solo veinte y cuatro horas les durará mi cuerpo, pues despues no habrá quien me sufra: asi sucedió, como adelante veremos.

Vino el padre Fr. Juan García Paredes á visitar al siervo de Dios en su enfermedad, cuatro dias antes de su fallecimiento, y al despedirse para volverse á su hospicio, que era la ermita que tiene este hospital en el camino real del Callao, le dijo: Quedad con Dios, padre, hasta que nos veamos; mas el siervo de Dios prontamente le respondió: Andad, padre, con Dios, que aqui no nos volveremos á ver. Juzgando el padre Paredes que el venerable padre Camacho se chanceaba,

(1) Genes. 28. v. 16.

por segunda vez le dijo el siervo del Señor: No discurrais que es chanza, pues jamás en adelante nos hemos de volver á ver; y á la verdad así lo comprobó el suceso, porque en la vuelta que hizo á esta ciudad el día 23 de diciembre halló ya difunto al siervo de Dios.

No solo predijo nuestro venerable padre Camacho el tiempo y lugar de su sepulcro, sino tambien las circunstancias de su entierro, porque dias antes de su muerte varios religiosos que le asistian por entretenimiento le dijeron: Padre Fr. Francisco, cuidado con lo que hace, no inquiete la ciudad y nos tenga embarazados con el concurso de la gente en la ocasion de vuestra sepultura. A estas palabras, como tan prudente, con gran placer les dijo: Ninguno de vuestras reverencias me ha de enterrar. Y se vió así cumplido, porque el venerable, piadoso y respetoso cabildo de esta santa metropolitana iglesia se convidó á hacer sus exequias y honras.

Llegó, por fin, el tiempo que Dios habia decretado para dar á nuestro ínclito Camacho eterno descanso en premio de tantos trabajos y penitencias, verificándose todo lo que pronosticó en los sucesos antecedentes; todo se realizó en su muerte. Ya corria en los sesenta y nueve años de edad, y sus continuados trabajos, penitencias, ayunos y enfermedad adelantaron en ellos los inseparables penosos atributos.

A todo lo corruptible desmorona y desportilla el tiempo, decia Plutarco (1), y de esta jurisdiccion é injuria solo la Sabiduría se exime, recibiendo mas perfeccion y aumento. Iba rozándose con el punto mas alto la verdadera sabiduría del ínclito venerable padre Camacho; y siendo esta la de los santos (2), cuyo ejercicio es el de las virtudes, declinaron sus años en enfermedades mortales. Este fue, sin duda, el motivo de llamar S. Ambrosio á las dolencias oficina de las vir-

(1) Plut. de Educ. lib. (2) Sap. c. 10.

tudes (1), y llegando nuestro Camacho al ventajoso cúmulo de ellas, quiso Dios que por su mortal enfermedad de hidropesía se manifestaran los fondos.

Conoció el varon justo, no solo por los síntomas que le asaltaron, si no por revelaciones y divino aviso, dado sin duda por S. Mateo Apóstol, á quien llamaba su padre, y S. Juan Evangelista, que era su maestro de espíritu, y que le asistían desde el día de su conversion; por nuestro padre S. Juan de Dios, que desde la imagen de su demanda le habló varias veces, y como guiándole, se le aparecía frecuentemente en el airé, causa porque andaba siempre destocado; por el señor S. José que desde su altar le decia donde habia de ir, y á quien habia de socorrer. El Niño Jesus que tiene en su mano la Imagen de nuestra señora de la Caridad que se venera en nuestra Iglesia, ó por la Virgen de la antigua venerada en la metropolitana Iglesia, que le llamaba amorosamente hijo. ¡Oh dignacion soberana de tan divina madre! Tiene á su hijo Dios en sus brazos y llama hijo á un pobre pecador? sí: por eso tiene dos pechos para dos cerbatillos (2); por eso es madre de Dios y madre de los hombres: pues señora, á gloria de vuestro Hijo y en honra de vuestro adoptivo Camacho, reitero que sin duda vuestra misericordia le dió aviso, junto con sus protectores, de su próxima muerte, y como siempre pensó en ella, no le atemorizó la noticia, antes sí la recibió complacido y con alegre rostro.

Los malos reciben la noticia de la muerte con gran susto y dolor porque la vida que tuvieron les da motivo para afligirse (3); al contrario en los buenos lo laudable de su vida les quita el aguijon para la congoja (4): buena es la muerte de los justos por el descanso, decia S. Bernardo, mejor por

(1) D. Ambros. in Psalm. 36. (2) Cant. 4. 7.

(3) Boet. L. 1. de consol. (4) Mar. T. Cic.

la novedad de la misma vida bonísima y óptima, por la seguridad que abraza, y por esto trueca su horror en hermosura (1) que suavemente lisonjea. S. Juan Damasseno dice, que no se atreve á llamar muerte á esta separacion, sino sueño; una union mas íntima con Dios, ó un tránsito de la vida mortal á la dichosa inmortalidad.

Cierto muchos dias antes nuestro venerable padre Camacho de su fin, se le agravaron los sintomas con dolores y una recia calentura, originada mas del venturoso incendio de la caridad, que como volcan impaciente de las prisiones del pecho revertia su corazon; las llamas de su incendio en lágrimas y suspiros exalándose como incienso, y humeando como sacrificio en las purísimas aras del amor. Los continuos rebatos y vuelos de su espíritu lo tenian en perpétuo desasosiego, rindiendo la vida á las violencias dulces del amor. El alma ansiosa de su esfera, la divinidad, forcejaba santamente, impaciente por salir de prisiones, y romper los lazos de la carne; de sus vehementes afectos se ocasionaban desmayos, de que volvía para recaer en los mismos afectos, y era su vivir un movimiento continuo, dando vueltas y giros en la máquina suavísima del amor.

Tuvieron en este tiempo absoluta permission los demonios para ejercitar su invicta paciencia, y lo hicieron con aquella prontitud y fiereza á que los induce su rabia, su envidia y su malicia, conociendo acabarse el tiempo, y que era el último combate. Hallaron á su mortal enemigo armado y tan invencible, que se dió por vencida su soberbia y obstinacion, quedando en tranquilidad permanente hasta su dichoso tránsito. Las vehemencias del amor y de los afectos interiores del alma, fueron apurando las fuerzas del cuerpo, y en la flaqueza de este tenia aquella hipotecados sus mayores alientos. Ya

(1) Bern. ap. Andr. Ebor. v. Mors.

llegó á ser la debilidad tanta, que se rindió á la cama por fuerza de la necesidad, y sin deseo ni esperanza de alivio.

Dió aviso al prelado de su próximo fin; para que con su licencia se le administrasen los Santos Sacramentos, y su espíritu se fortaleciese con el pan de la vida, diciendo: que aunque era indigno de hospedar á un Señor tan grande como la soberanía de Cristo, se dignase disponer se le administrase aquel sagrado Pan, que se llama Pan de fuertes (1). Dia era aquel en que la Iglesia celebraba la fiesta del Apóstol santo Tomás; sin duda la Divina Providencia con misterio lo dispuso así, aun cuando no fuese otro que colocarse para su mayor culto en el pecho de un santo, que hacia coro con los ángeles que asisten á su divino sόlio, ó bien como sacramento de amor, quisiese poseer un corazon que siempre ardió en llamas como el antiguo altar (2).

Siendo fortalecido con grande recreo de su alma por los santos sacramentos, y pedido perdon á la comunidad, segun costumbre, de cualquiera imperfeccion ó mal ejemplo, se dispuso á la muerte con fervorosos afectos de devocion y ternura, gastando lo restante del tiempo en mentales escesos, abstraído, no oyéndosele otra cosa sino jaculatorias ardientísimas y dulcísimos coloquios con Jesus sacramentado; y habiendo llegado á la última agonía, aumentó los mas intensos actos de amor con un simulacro de Cristo crucificado que abrasaba, y uniéndolo á su pecho, aplicaba y retenia los labios á su costado, como si de aquella fuente chupase algun licor de dulzura, lo que puso en tanta admiracion á los religiosos que le asistian, que deseando curiosamente indagar si el siervo de Dios deliraba, ó hacia alguna cosa en aquella última hora, uno de ellos le advirtió mirase que aquel era un simulacro de nuestro señor Jesucristo; al cual dijo nues-

(1) Novarin, lib. 5. Sacr. Elector. Ang. Euchc. (2) Lev. cap. 6.

tró venerable Camacho: ya lo veo, sé bien que no es jarro de agua: llegando segunda vez sus labios á su dulcísima lengua del costado con rostro alegre y sereno, entregó así su inocente alma á su Criador, y en las de sus compañeros y protectores S. Mateo y el Benjamín Evangelista, sus inseparables compañeros en la vida, de quienes debemos creer en esta última agonía no le faltarian, ni menos María Santísima, señora nuestra, la que prometió á mi glorioso Patriarca en su agonía, no faltaria en esta hora á sus devotos, á los pobres que muriesen en nuestros hospitales, y que ampararía á todos sus hijos que siguiesen su forma de vida.

Y pues nuestro venerable siervo de Dios en todo le imitó y siguió su vida, como hasta aquí hemos visto, no ofrece duda lograría esta soberana dicha, y que juntó con tan sagrada presencia la gloria del nacer con la corona del morir; elogio que le dió esta madre de clemencia una devotísima y sabia pluma (1), sin duda por esto la llamaria Juan Geometra estrecha union, vínculo hermoso con que el cielo se junta con la tierra (2), esto es, la tierra que en nosotros se descubre al nacer, con la gloria ó el cielo con que Dios premia á los justos cuando llegan á acabar: así, pues, acabó el venerable siervo de Dios Fr. Francisco Camacho en su santa paz el día 23 de diciembre á las dos de la mañana, día en que nuestra madre la Iglesia celebra á santa Vitoria virgen y martir, como en demostracion de la victoria con que salió triunfante de este mundo, para entrar en el gozo eterno de la bienaventuranza, cual piadosamente se cree, á los sesenta y nueve años de edad, y treinta y tres, dos meses y diez y nueve dias de religion.

Quedó su venerable rostro como de ángel, la boca en figura de risa, graciosamente abierta y en amoroso ósculo, si-

(1) Ormaz. Gran. del Evang. lib. 3. (2) Joan. Geom. himn. 1.

no como Moisés á la esposa, sellando la boca divina (1) quizas para mayor crédito, chupando como mística abeja los claveles de la llaga del costado del devotísimo simulacro. Así permaneció hasta la venida del dia; mas como era preciso se cumpliese la prediccion de nuestro venerable padre, se presentó la corrupcion, despues de haberse determinado por los prelados dilatar tres dias su entierro, para dar mas tiempo al concurso y veneracion de la ciudad, y en consideracion á que el cuerpo estaba tratable, el rostro tan apacible que parecia estar vivo, flexibles las manos, y todo él de temperamento tan natural, que hiriéndole á punta de lanceta una vena de la mano el cirujano, al punto corrió la sangre, aun despues de ocho oras de su fallecimiento, caso verdaderamente extraño, así por el tiempo ya pasado, como por haber sido el mal de su muerte hidropesía.

Era ya mucho el gentio á su veneracion y al despojo de sus reliquias, pues fue necesario remudarle varios hábitos, y el humilde aun despues de muerto, sentido de estas estimaciones á su virtud, de que tanto huyó en vida, cumplió su palabra, y á las veinte y cuatro horas comenzó á inmutarse en el rostro como amago de corrupcion, si ya no indicio de sentimiento, por donde conociendo que se cumplia su dicho, anticiparon su entierro.

CAPITULO XXXVII.

Dase noticia de su entierro, y lugar de su sepultura.

Al clamoroso toque de las campanas se conmovió toda la ciudad de Lima, levantándose al romper el alba todos sus vecinos para saber lo cierto, porque ya estaban pesarosos con la

(1) Cant. c. 1.

enfermedad, y justamente recelaban su pérdida, por lo que aun antes de la señal habia numeroso concurso al rededor del hospital. Corrió, por último, la voz de la preciosa muerte de nuestro venerable padre Camacho, y al punto se vieron llenas las calles de innumerable pueblo, haciendo dignísimas demostraciones del mucho amor y subido concepto que tenian de su santidad. Aqui era de ver como todos se hacian lenguas predicatoras de las virtudes de nuestro siervo de Dios, sin que faltase la retórica de las lágrimas, no solo para significar la sensible pérdida de sus heróicas prendas, si tambien por el desconsuelo de muchos pobres, de toda clase y sexo, que vivian de sus limosnas.

Murió en la ciudad de Zope una señora nombrada Tabita (1), y concurrieron á la veneracion de su cadáver el Principe de los Apóstoles S. Pedro, con algunos de sus discipulos: le rodearon, dice el testo, todas las viudas pobres, enseñándole con tiernas lágrimas las túnicas y vestidos con que las habia socorrido la difunta. La camisa que traigo puesta me la dió esta santa; á mí me dió esta saya, decia otra; á mí este manto; este vestido á mí, repetian muchas, y aun tiempo se veian lágrimas de dolor en los ojos de los pobres, y en sus manos obras de caridad de aquella santa limosnara, que eran su mayor alabanza.

A venerar el cuerpo de nuestro venerable padre Fr. Francisco Camacho concurrieron los hijos del Señor S. Pedro, el venerable y respetable cabildo de esta santa metropolitana iglesia, los que en repetidas veneraciones concurrieron á la fúnebre celebridad de entierro y honras, viendo y admirando en todas el dolorido clamor de los pobres de esta ciudad de los Reyes y de nuestra enfermería, que mostrando las ropas de sus aseadas camas confundian con el alarido la piedad dicién-

(1) Actor. 9.

do: A mí me daba de comer; á mí de vestir; á mí me socorria con cuatro pesos semanalmente; á mí me sanó de una enfermedad; á mí me libró de la muerte, y á mí me apartó de ejecutarla; á mí, dice la otra, me alentó á la virtud; á mí me reveló mis pensamientos; á mí, refiere otra, me sacó del vicio; á mí me predijo cuanto me habia de suceder; á mí me descubrió unos papeles de cuentas que estaban perdidos; á mí, manifiesta otro, me dijo con quien me habia de casar; aquella repite, á mí me aseguró que pariría hijo; este dice, á mí su invocacion me desató el corazon empedernido en tiernas lágrimas. Estas obras de su gran celo y caridad fueron en aquel dia el mejor sermón de sus alabanzas. Y aun pudieran hablar por él en su muerte los Santos que le hablaron en vida, pues S. Pedro cuando honró á la limosnera Tabita, no solo tuvo á los pobres que ponderasen su caridad, sino que los Santos tambien publicaron su vida y milagros.

Apenas habia acabado de salir la luz del dia cuando concurrieron nobles, plebeyos, eclesiásticos, ministros ciudadanos, y muchos de los lugares comarcanos, sin ser llamados mas que por las campanas, volando en tropas á este convento-hospital, donde se agolpaban á entrar con fuerza á la celda en que estaba espuesto el cadáver de nuestro venerable. Tanto nobles como religiosos, y otras esclarecidas personas en grado, letras y carácter, se veian á porfia besar sus manos y pies, y juzgando que esto solamente no fuese suficiente á su devocion dividian en pedazos el hábito, arrebatándolo con ansia en lugar de reliquias para guardarlas entre lo mas estimado. Siendo tanto el concurso y afluencia de pueblo quando su bendito cadáver fue espuesto en la iglesia, y dada licencia á uno y otro sexo para entrar, que es inesplicable el número de personas que se vieron venir á ella conmovidos del ímpetu de su gran devocion, implorando con ahinco y afectos internos del corazon su ayuda y proteccion; y para que

no se hiciese en el cadáver algun imprudente, aunque piadoso, destrozo, fue preciso poner tropa y centinelas al féretro.

Para que con mas abundante demostracion fuese testificada la eximia devocion y estimacion con que habia florecido nuestro siervo de Dios en el concepto de todos, el muy insigne é ilustre cabildo de esta iglesia catedral quiso dar un público testimonio de su veneracion, disponiendo hacer con la mayor celebridad y pompa el funeral, al que asistieron capitularmente, haciendo al difunto y humilde siervo de Dios los justos y últimos oficios de la piedad de la iglesia, de su devocion y amor; mas porque dió señales el cadáver de una próxima corrupcion no se pudo tener inhumado por tres dias, como lo habian dispuesto los Superiores de nuestro convento-hospital, con el fin de poder satisfacer la general devocion de todos, y asi fue sepultado pasadas apenas veinte y cuatro horas por los señores del cabildo eclesiástico, delante del altar del Santísimo Crucifijo que existe en la enfermería, segun las predicciones de nuestro venerable padre Camacho, como ya hemos referido en el capítulo antecedente.

Empezó, pues, la fúnebre funcion con la asistencia de los pobres y religiosos de nuestra Orden, las viudas y doncellas desamparadas que habia remediado, con la amargura de sus llantos y descompasadas articulaciones por la pérdida de su padre y benefactor, sin cesar de publicar los muchos bienes que de la mano del siervo de Dios habian recibido. Dificil será al que haya leído la historia de Mardoqueo no recordar el bando que, á pesar de su soberbia, publicaba Aman de orden del Monarca, quando montado en un régio caballo, y trocado el saco humilde en púrpura, iba por las calles diciendo: Asi es honrado del Rey aquel que S. M. manda que se honre (1). Del mismo modo, y habiéndose trocado en nues-

(1) Esth. c. 6.

tro humilde padre Camacho sus trabajos, mortificaciones, ayunos, cilicios, y su humilde y tosco sayal en brocados de gloria, parece que sonarian estos ecos: Asi Dios honra á un amigo, siervo suyo, que por su amor trabajó tanto.

En la enfermería de este hospital quedó enterrado el cuerpo de nuestro esclarecido varon, disponiéndolo así la Divina Providencia, porque como hijo verdadero de Abraham debia tener su sepulcro en compañía de sus pobres: prolija diligencia parece la del santo patriarca en solicitar su descanso en la heredad de Ephron, y no en las posesiones de los hijos de Heth, que galantes las ofrecieron á su eleccion (1). Misteriosa disposicion es del cielo, porque el sepulcro que escoge en la heredad de Ephron está vecino, y tiene á la vista el valle de Mambré, dice el testo, porque Hebron es lo mismo que compañía: Sosietas y Mambré es el paraje donde hospedaba Abraham á los peregrinos para libertarlos de la fatiga ardiente del sol, los acogia á la sombra, les lavaba los pies, servia á la mesa, y hacia todos los buenos oficios de hospitalidad. Aqui en Mambré es donde quiso Dios honrar su ministerio disfrazándose en el traje de peregrino; pues aquí y no en otro sitio sea el descanso de Abraham en Hebron ó Mambré, en compañía y á vista del lugar de su caritativo empleo para que sea el sepulcro de su reposo, el que fue campo de su fatiga.

¡Oh venerable y amado hermano mio! Verdadero hijo del Abraham de la ley escrita y del de la gracia, llamado así por antonomasia, S. Juan de Dios, nuestro padre, aquí en este Hebron ó compañía de pobres debe ser tu sepulcro, porque no te separe la muerte de quien no te supo apartar el empleo de la vida. Este debe ser en todo, venerable padre Camacho, tu Mambré para descanso de tu cuerpo, como lo fue

(1) Genes. 23.

para el ejercicio de tu caridad, pues me resistes aquí ver á Cristo disfrazado en pobre muchas veces; aquí á esta sombra acojistes á los enfermos; aquí les distes lecho, curacion y sanidad. Pues yace aquí con los pobres; ya que ellos fueron la causa de tu fatiga, hoy sean el motivo de tu descanso.

Una ceja hermosa de árboles coronaba el valle de Mambré, y el sepulcro de Abraham (1). Un árbol fue testigo de que á su sombra acogió caritativo Abraham á los peregrinos; pues no solo ese árbol, sino todos los demas, hagan sombra y coronen el sepulcro de Abraham. El ámbito de nuestra enfermería, los árboles vivientes, aunque marchitos y enfermos, esas camas y alcobas, á cuya sombra ¡oh venerable padre Camacho! acojisteis á los pobres, te hacen hoy grata sombra, y disponen corona á tu sepulcro.

En esta, pues, breve urna ¡oh nobilísima y amada patria mia, corte Peruana! descansa el incansable limosnero de tus pobres; en esa peana del Santo Cristo se encierra y arde el fuego de la caridad: *ignis in altari meo semper ardebit*, que si entre cenizas está como dormido, él despertará al aire de tus suspiros y al clamor de tus necesidades: no sé si diga que está muerto, estando entre sus pobres, pues con ellos vivía: reconócelo ¡oh Rimac! por uno de tus ilustres hijos que tanta honra te acrece, como si fueras su madre; tú has sido su patria, pues merecistes ser el teatro de sus virtudes, y el campo de sus maravillas. A la ciudad de Jerez, no hay duda, debió el ser de la naturaleza; pero á la ciudad de Lima el mejor ser de la virtud.

Levanta, pues, ¡oh ciudad de los Reyes! la voz, y publica á gritos y aclamaciones que eres patria de nuestro siervo de Dios, aunque se ponga Jerez en Frontera. En Nazaret se concibe Cristo, y en Belén nace, ¡luego será su pa-

(1) Genes. 28. v. 17.

tria y ciudad Bethalem ó Nazaret? Los evangelistas dicen, que Capharnaum fue la ciudad de Cristo (1) y nuestro padre S. Agustin, que aunque tuvo Bethalem la dicha que en ella naciese, fue Capharnaum el teatro de sus virtudes, y campo de sus maravillas. En Capharnaum, ciudad marítima y de comercio, emporio y metrópoli de Galilea, habitó Cristo lo mas de su vida; en Capharnaum resplandeció con el ejemplo de sus soberanas virtudes; en Capharnaum hizo prodigiosas curaciones en los enfermos, sana á un paralítico, alumbra á dos ciegos, dá habla al mudo endemoniado, cura al siervo del Centurion, libra de calenturas á la suegra de S. Pedro, contiene la sangre del pertinaz flujo á la muger sanguinaria, y resucita á la hija del Príncipe de la Sinagoga. Pues qué mas razon para que Capharnaum se llame la ciudad y patria de Cristo, pues á fuerza de maravillas y virtudes la hizo suya.

Luego, digo bien, mas que la ciudad de Jerez de la Frontera esta ciudad es de nuestro venerable padre Camacho, pues con sus virtudes y obras maravillosas la hizo patria suya. En Lima habitó continuamente en el empleo de sus limosnas y ejercicio de su caridad mas de treinta y cuatro años; en Lima dió insignes ejemplos de oracion, humildad y mortificacion; en Lima ejecuta prodigiosas obras, no menos en la curacion que en el socorro de los enfermos. Luego, seguramente, Lima es su patria, y como tal debe clamar, como hasta aqui lo ha hecho, por su culto, y no cesar en postular á la cabeza de la Iglesia se sirva declararlo por bienaventurado, como asi lo espera mi humilde y sagrada religion, confiando en la magnanimidad y piadosos corazones de sus moradores concurren con sus limosnas hasta la conclusion de esta causa, pues de este modo no dudo logrará ver en los altares otro santo mas. Asi sea.

(1) Math. 9. Marc. 2.

CAPITULO XXXVIII.

De la fama de santidad en la vida, y despues de su muerte.

Quebrado ya el brazo frágil de la mortalidad se deja ver la hermosa luz de las virtudes, que habia escondido su recato en la cárcel del silencio, y desquitándose de la opresion en que estuvieron, á gritos se declaran en las voces y veneracion de todos, porque no solo la sangre de Abel habria de abrir bocas en la tierra, y desahogarse en voces que publicasen su inocencia. A nuestro ínclito héroe Camacho, despues de muerto, nos le representan vivo, sus obras, sus piedades y profecías que son el mejor panegirista de sus virtudes.

Aquella arma fuerte de los proverbios (1) que para alivio de los pobres se volvió toda manos, nos dice el Espíritu Santo la tributemos del fruto de sus manos, y que en las puertas se graben elogios en su alabanza. ¡Oh espíritu sublime y fuerte de Fr. Francisco Camacho! ¿Y qué sembraron tus manos en el campo de tu cuerpo sino espinas de penitencias, piedades y limosnas en tierras pobres para coger coronas de gloria? ¿Y qué sembraron tus manos sino rosas de caridad y azucenas de pureza? pues á manos llenas coronar de azucenas y rosas su sepulcro (2).

Y si en las puertas le han de alabar sus obras, no se halle puerta en esta ciudad en que no se erija una estatua á su caridad; para apagar la vanagloria de Demetrio (3), y premiar sus insignes obras, levantó tantas estatuas la república como días tiene el año. En los portales de esta ciudad le predicán sus obras limosnero y padre de pobres, permaneciendo aquella universal fama de santidad y opinion que se

(1) Proverb. 31. (2) Virg. (3) Plutarch.

adquirió viviendo, mediante sus heroicas virtudes, superiores dones y frecuentes milagros hasta el presente tiempo, sin que en mas de ochenta años que han corrido desde su dichoso tránsito, se haya en manera alguna extinguido, entibiado ni disminuido, antes bien florece mas y mas cada dia la memoria siempre viva y perenne, porque habiendo muerto, ha quedado grabada en los corazones de innumerable pueblo y de todo orden de personas, ya religiosas, seculares, ya nobles y plebeyas, ya aventajadas en doctrina y prudencia, como constituidas en dignidad y en otro cualquier grado; todas las que volando á este convento hospital dieron de ella una amplísima fé y testimonio; porque todos estos aclamando á una voz sus virtudes é insignes méritos, le llamaban santo, y se vieron puestos de rodillas encomendándose á su patrocinio, besándole las manos y los pies, aplicar sus rosarios y con suma ansiedad y solicitud procurar y aun arrebatarse sus reliquias, como ya queda dicho.

Esta opinion de santidad tiene y tuvo tambien su vigor entre nuestros religiosos despues de su muerte, por los frecuentes y continuos milagros que el Altísimo se dignó y hace obrar por su intercesion, no solo en esta ciudad y sus convecinos lugares, si tambien por todo el Peruano reino y en naciones estrañas, difundándose y propagándose cada dia con aumento, sin que nunca contra esta fama, en estos ú otros lugares se haya dicho, hecho, escrito ú oido cosa en contrario, como lo comprueban cuarenta y ocho cartas que desde el año de 1724 hasta el de 1753 consecutivamente se han escrito á la cabeza universal de la santa Iglesia, así por nuestros Monarcas los señores Reyes don Felipe V y don Fernando VI, de feliz memoria, como tambien de los señores vireyes del Perú, obispos, arzobispos, tribunales, magistrados, prelados de todas órdenes con sus dignísimos generales, cabildos eclesiásticos y seculares, teniendo aplicacion á estos

sucesos la analogía que guarda la honra con la sombra que sigue al que la huye, y huye de quien la sigue.

Toda la vida de nuestro venerable padre Fr. Francisco Camacho, como hemos visto, fue huir de la honra, porque enamorado de la humildad, gozaba en los desprecios, y sentía pesar de las alabanzas; pero como los amigos de Dios son siempre muy honrados, á su pesar, le amaron y honraron todos (1). Ya le hemos visto estimado de sus confesores y directores, siendo el primero el venerable padre Francisco del Castillo, Apóstol de Lima, venerado de toda esta ciudad por santo, cuya vida se halla introducida en la curia romana del padre Maza, del reverendo padre maestro Saldaña, del reverendo padre Fr. José de Guadalupe, varones todos verdaderamente espirituales, y lo mismo practicaron otras muchas personas de todos estados y clases, quienes así por las heroicas virtudes con que vieron resplandeció nuestro venerable, como por las esclarecidas celestiales gracias y milagros con que fue enriquecido por el Altísimo, no dudaron tenerle por varón justo y santificado, cuya grande fama, opinion y estimacion de santidad que se tuvo de él fue general, conservándose hasta el dia en que se reputa por santo, venerándose con fé humana, como así lo contestan ciento veinte y un testigos que concurrieron á la informacion del primer proceso que se formó en esta Peruana curia fuera de sesenta y dos en los demas procesos, de fama de santidad y el de virtudes *in specie*.

(1) Psalm. 138.

CAPITULO XXXIX.

De los milagros que Dios obró en su vida para ornamento de su santidad.

Aun no son los milagros señales infalibles de la santidad de un sugeto, por haberse visto réprobos y enemigos de Dios que han lanzado demonios de los cuerpos, profetizando sucesos y obrando maravillas que esceden al poder humano, como se vió en Balaan, apóstata de la verdadera Religion (1) y Caifás, sacrilego pontifice, uno y otro aunque malvados, escogidos por Dios para instrumento de predicciones verdaderas, con todo en sus familiares ordena su alta providencia, para crédito de su virtuosa y ejemplar vida, este prodigioso modo (2), con el fin de su mayor culto y veneracion. Asi decian las almas que corrian siguiendo el olor de los ungüentos del esposo por el cual entendió la paráfrasis caldea el sonoro clarin de las maravillas que obraba (3).

La vida del esclarecido padre Fr. Francisco Camacho fue toda un continuo milagro, y aunque esta virtud se depositaba en su alma, no porque se dividió del cuerpo para gozar el premio que Dios le tenia preparado, se suspendieron los prodigios; antes bien por medio de las yertas cenizas y frios huesos los obró y está obrando el Hacedor Supremo, cual si tuviera impreso su cadáver sagrado aquel espíritu ardiente de caridad que vivifica.

Aunque en los capítulos antecedentes he tratado de varios milagros y estraordinarios sucesos, dejé reservado para

(1) Div. Hiero. in c. 7. Mat. D. Greg. hom. 29. in Eu. Mat. c. 7. vid. D. Justin. M. vi. resp. ad ques. 5.

(2) Num. c. 22. Joan. c. 11 et 18.

(3) Cant. c. 1. D. Greg. lib. 3. Dial. c. 31.

este, por no alargar aquellos, referir los siguientes. Ofreciósele á un vecino honrado de esta ciudad hacer un viaje por largo tiempo, como somos de frágil y quebradísimo barro, (segun el padre de la paciencia, Job, hizo presente á Dios) (1), faltó su consorte á la lealtad debida; conocióse la infeliz muger embarazada, y á su tiempo dió á luz un niño que le criaba, bien persuadida de que la ausencia de su esposo daría lugar á ello, mas cuando lo imaginaba menos entró por las puertas de su casa, verificándose el refran, que el marido y el diablo no tiene cuando; turbóse la infeliz muger al verlo, y advirtiéndolo con la turbacion al niño, lleno de sorpresa le preguntó de quién era. En tal afliccion recurre á Dios y le responde, que el padre Camacho se lo habia traído, para que le cuidase y diera educacion.

No satisfecho el hombre, le punzaba la sospecha de su deshonor, y para certificarse la encerró en un aposento; llevóse la llave, y partiendo en busca del padre Camacho, resolvió darle muerte á la vuelta, caso de no conformar la respuesta del venerable padre; á pocos pasos se encontró con él, quien comenzó á hablarle de este modo: amigo, bien sé que habeis tenido disgusto con vuestra muger por el niño que ella cria, el pobrecito es huérfano, y pues ella os ha dicho que yo doy un tanto cada mes porque le cuide, si á pesar de esto os da molestia, dádmelo que yo haré le crien en otra casa. Pasmado quedó el hombre oyendo aquella verdad que solo por revelacion divina pudo ser sabida; arrojóse á sus pies confesando el mal propósito de dar á su muger la muerte, buscó un sacerdote con quien confesó para quedar absuelto, y volvió á su casa pidiendo á su esposa le perdonase, con quien pasó lo restante de su vida en una paz dichosa, quedando el niño adoptado por hijo.

Una afligida muger se hallaba padeciendo de una físi-

(1) Tob. c. 10.

tula en la cara que le iba comiendo gran parte del rostro por la sanie y acritud corrosiva de los humores que supuraba, la cual desauiciada de los cirujanos, ocurrió á nuestro venerable Camacho, quien le aplicó un dedo sobre el rostro, diciéndola: ea, póngase unas hilas secas que no será nada: al punto sintió la enferma gravísimo dolor sobre un colmillo dañado, y sacándosele quedó sin otro remedio sana y buena, dando infinitas gracias á Dios.

Otra padecia intolerable dolor de estómago, sin hallar en remedio alguno alivio; bebió de un jarro de agua, en que antes habia visto beber al siervo de Dios, y desde aquel instante cesó el escesivo ardor que le affligia.

Atravesando un dia esta plaza de Lima una muger, llevada de su liviandad, porque viéndose despreciada de cierto caballero principal con rabioso celo iba determinada á la iglesia de Santo Domingo á hacerse enconradiza con él, y brindándole un polvo de tabaco de una cajita de oro que llevaba confeccionada con veneno para quitarle la vida, y quedar vengada del que habia concebido agravio, le salió al encuentro hácia la pila nuestro venerable siervo de Dios, y saludándola por su nombre, le pidió un polvo de tabaco; la muger prontamente y con todo disimulo le dió de otra caja de su uso, reservando la preparada con el tósigo; pero el varon santo le dijo: saca, saca esa de oro que llevas ahí: ella escusándose lo negó: mas instada y reconvenida con su mal intento, avergonzada y confusa púsola en sus manos, y despues de haber derramado en la acequia todo el envenenado polvo, y bien limpia se la devolvió nuestro venerable Camacho, exhortándola con tan vehementes palabras que llorosa y arrepentida se volvió á su casa con tal propósito que enteramente mudó de vida, y siguió el verdadero sendero de la virtud hasta morir con señales de un grande arrepentimiento

No es menor prodigioso el siguiente suceso. Habiendo venido á esta ciudad don Francisco Castañeda con el empleo de general de plaza y presidio del Callao, informado de la buena fama y opinion de nuestro siervo, y de que era jerezano, solicitó su trato, y habiéndose visto se conocieron al instante por haber sido coetáneos en la escuela, y militado juntos bajo una misma bandera en el cerco de Lérida; con esta relacion y conocimiento se unieron con el vínculo de parentesco espiritual, sacándole un niño de pila nombrado Antonio, que vive al presente siendo religioso de san Agustin, maestro y actual prior y cura de Cajabamba. Al año de estar ejerciendo el empleo de gobernador, pasó á Riobamba á servir su corregimiento, y al tiempo de despedirse ambos, nuestro venerable padre Camacho le dijo: compadre, feliz viage, y en viéndose apurado llamarme. A los dos años de su residencia en Riobamba le acomete una maligna erisipela en una pierna que dejeneró en gangrena, poniéndole al último término de su vida sino se la cortaban, por lo que los cirujanos dispusieron recibiese los últimos ausilios espirituales, diciéndole era necesario tuviese ánimo y resignacion, pues al siguiente dia precisaba cortar la pierna, si se habia de conservar su vida. Quedó muy afligido el enfermo pasando una noche de incomparable quebranto; buscaba medios en la tierra, y no lo eran por su alivio. Toda su casa se hallaba con imponderable desconsuelo: su esposa, á quien tocaba la mayor parte de la pena, se acordó en medio de su afliccion de las palabras que al tiempo de su despedida le habia dicho su compadre el siervo de Dios; movió á su esposo el recuerdo, el que volvió los ojos al cielo clamando á Dios le socorriese por los méritos de su siervo fray Francisco Camacho á quien con ansia invocaba.

No hay duda que es la oracion como saeta que pene-

tra los cielos; pero con mas seguridad la de los afligidos y desconsolados, por cuyo motivo fueron tan atendidas la de los niños de Babilonia en sentir de san Juan Crisóstomo; como los ruegos de nuestro enfermo eran de este linage, fueron oidos con tal ligereza, que al instante notó mejoría. Durmió aquella noche algun espacio con bastante sosiego: cuando entró por la mañana el cirujano con los instrumentos del martirio, y descubrió la pierna, la halló con tal novedad que no juzgó necesarios los rigores á que estaba condenada, y admirado preguntó al enfermo si atinaba la causa de tan gran novedad, á que respondió este con gran contento: Yo no sé mas sino que he tenido y tengo mucha confianza en Dios y en mi compadre el siervo del Altísimo fray Francisco Camacho. Preguntó mas el cirujano, y el enfermo y su esposa le refirieron el pasage que al tiempo de su partida de esta ciudad les habia ocurrido con el siervo de Dios, el cual hasta el dia lo refieren los hijos de dicho caballero: este continuó su mejoría hasta su completa sanidad.

Mas no terminó en esto el prodigio, porque concluido su gobierno, y retirándose á esta ciudad de Lima el general con su familia á los seis años despues, en el instante que se apeó de la cabalgadura, he aqui á su compadre el siervo de Dios que le da urbanamente la bien venida, y le dice: apuradillo se vió mi compadre con la pierna: con estas palabras acabó de confirmarse el consabido milagro en el aprecio del jerezano don Francisco de Castañeda, quien lo mandó retratar para eterno recuerdo del beneficio recibido.

Por último, aunque en toda la vida de este prodigioso varon obró la Magestad Divina muchos prodigios, porque cada una de sus acciones se puede reputar por milagro, no han faltado despues de su muerte muchas maravillas de aquellas que solamente llama el vulgo milagros en algunas curas repentinas á beneficio de sus devotos, con las cuales ha

mostrado Dios la santidad del venerable padre fray Francisco Camacho, escitando á los hombres á su devocion, confirmando el cielo aquel alto concepto de heroica perfeccion en que le tuvieron en vida, y que si en la raya de la muerte paran desvanecidos los favores de los hombres, en los justos comienza aun desde la raya fatal del morir, nuevo oriente y claro dia á los favores de Dios; pues quedan aun todavía calientes al estímulo de sus virtudes las reliquias, y sustituye por la actividad de la viva voz el influjo de su benigna asistencia.

Muchos sucesos se han señalado ya que al parecer acreditan el empeño de su patrocinio y la eficacia de su invocacion. A un hombre herido de muerte en la cavidad vital y en parte príncipe, enajenado de los sentidos, y á juicio de todos moribundo é incapaz de recibir los sacramentos, por los gravísimos síntomas, le puso el cirujano sobre la herida mortal una sortija que habia siempre traído consigo nuestro siervo de Dios, á quien invocó en riesgo tan ejecutivo. Al punto se recobró el herido, diciendo: padre Camacho, favorecerme; luego se confesó, y recibió el viático, y en breves dias, con admiracion de los que le vieron casi muerto, se levantó sano.

Una niña de año y once meses jugando con una caña se hirió en el paladar, de que brotó mucha sangre, por haberse roto la arteria palatina; el incesante grito y lágrimas de la criatura, y el continuado flujo de sangre afligieron gravemente á sus padres que no hallaban modo ni de acallarla ni de que tomase el pecho, ni de que se dejase curar, acudieron á la intercesion del siervo de Dios en este conflicto, y aplicándola una reliquia de su hábito, admitió al instante el pecho, y se quedó dormida, cesando á un tiempo la hemorragia y llanto en la hija, y el desconsuelo y dolor en sus padres que al amanecer la hallaron buena y alegre pidién-

do pan; y para hacer prueba del favor del venerable padre le dieron un poco de bizcocho, el que comió sin muestra de dolor ni pinta de sangre.

Otra señora de un parto recio y pares detenidas por mas de veinte y seis horas, daba ya no poco susto á su noble casa por los gravísimos accidentes que se presentaban con señales de corrupcion. Despues de varios remedios inútiles, y sin esperanza, se le aplicó una reliquia del siervo de Dios, señalándole el espacio de una hora para que se reconociese ser favor suyo, y no de otro santo invocado: la constancia y confianza fue premiada con el pronto alivio de la madre antes del plazo señalado.

Una religiosa, adoleciendo de ardientes calenturas, sintió una llaga bajo del paladar. Púsose una pequeña reliquia del venerable padre dentro de la boca, durmió con ella, y despertó sana.

Otra muger padecía una ateroma en la cabeza, y en los ojos grave inflamacion, tan vehemente que no le dejaba descansar. Aplicóse una reliquia del venerable padre con viva fé y confianza, durmió con ella, y despertó libre del tumor é inflamacion, y enteramente sana.

Un caballero, ya difunto el venerable padre Camacho, le mandó decir una Misa para alivio ó para mayor gloria de su alma. Al oirla sintió su corazon compungido, y sus ojos arrojando copiosas lágrimas, de cuya sequedad y dureza siempre vivía con sentimiento, en que conoció ser aquel movimiento interior efecto de la intercesion del siervo de Dios Camacho; y asi podremos piadosamente dar crédito á otra alma justa, Abadesa de religiosas Nazarenas de esta ciudad, que dice lo siguiente en su declaracion.

En la noche de Navidad quise ofrecer la comunión por el alma del venerable padre Camacho, cuyo entierro habia sido el dia antes, y apenas me aparté de la reja del comul-



E. Boix lo grabó.

APARICION DEL V.^o SIERVO DE DIOS F.^o FRANCISCO CAMACHO
á la virtuosa Abadesa de Religiosas Nazarenas de la Ciudad de Lima en
la noche de Navidad del año de 1698. Dedicada á su Religion el P.^omo
y Remo P. General P.^o José Bueno.

gatorio cuando se me apareció, poniéndoseme delante con el rostro glorioso, coronado de rosas encarnadas, blancas y violadas, el hábito salpicado de estrellas, y una palma. Dice san Egesippo, discípulo que fue de los Apóstoles, que las gotas de sangre que sudaba el Señor al regar con ellas la tierra produjeron flores, ó se convirtieron en rosas encarnadas y blancas, y en violetas (1). Y que confortó al Señor un ángel entretejiendo de ellas una hermosa corona, y coronando con ella su Divina cabeza. Demos por verdadero este prodigio, posible al poder Divino.

En esta corona se simboliza la que goza, segun piadosamente se cree, porque las violetas representan la gloria que corresponde á la penitencia, las rosas blancas la que corresponde á la pureza, y las encarnadas al amor y caridad ardiente. Y siendo la de nuestro venerable Camacho incomparablemente mas preciosa, es darnos á entender los admirables excesos de Dios con este su humilde penitente y caritativo siervo: en las estrellas del hábito sin duda quiso Dios manifestar que cuantas fueron las virtudes que en vida ejercitó, tantos eran los topacios que resplandecian en su hábito; tantas las estrellas que centelleaban; tantas las antorchas que lucian; tantos los fuegos que abrasaban, haciéndonos ver ser el venerable padre Camacho un abreviado cielo, ú otro S. Nicolás Tolentino, á quien no solo le favoreció con una brillante celestial antorcha para manifestar al mundo su santidad, sino que le enriqueció de resplandores una noche yendo á maitines, siendo visto por muchos que de su hábito negro despedia tan resplandecientes luces que llenaban de tanta claridad la iglesia como si fuese de dia, cuyo celestial favor le repitió el cielo varias veces, por cuya causa le pintan con el hábito salpicado de estrellas, y una de mayor grandor en el pecho,

(1) Hegesippus lib. de Anima. apud fidele serm. in Parasceve apud siuri tom. 3. tract. 5. c. 5. n. 56.

que es la que le servia de norte cuando iba á su oracion al oratorio. Y finalmente, en la palma quiso Dios demostrar la pureza angélica de alma, la castidad en que vivió, y el anhelo que tuvo por infundir en sus semejantes tan preciosa virtud. ¿No son maravillas estas con que aun despues de su muerte está Dios acreditando la santidad de su venerable siervo, y que Lima es su patria? Pues si Jerez es su Belen, Lima es su Capharnaum: *venit in civitatem suam.*

CAPITULO XL.

Prosiguen los milagros que ha obrado, y hasta el presente hace Dios, por los méritos de su querido siervo.

Pasan sus vidas mas hallá de la muerte los que las han sabido emplear en el servicio de Dios, y como él les pagó algo de lo que merecieron sus obras con hacer muchos milagros por su intercesion, despues de sus bienaventuradas muertes, es fuerza que tambien pasen sus historias á la relacion de tales maravillas, y que haya de ellas que decir despues de sus gloriosos tránsitos. Muchas son hasta el presente año de 1778 las que el Señor, en abono de su santidad, ha obrado por la intercesion del venerable padre Camacho despues que fue á gozarle. Referiré otras mas de las que ya quedan escritas, segun consta de sus informaciones, dejando muchas que he oido á personas de ancianidad y crédito de todos estados, con el motivo de ser postulador y procurador de esta causa, las que omito por no estar calificadas en el cuerpo del proceso, ni revisadas por la sagrada congregacion de Ritos, como las antecedentes y subsecuentes.

Doña Magdalena Lizperguer padecia una habitual enfermedad que cada año se acrecentaba con gran fuerza, y afligía con indecibles dolores á la miserable paciente; invocó la

intercesion del venerable padre, y se halló luego al punto milagrosamente sana, sin haber vuelto á tener ni amagos de la molesta enfermedad que sufrió por tantos años, en los que no se pudo hallar medicina que la sanase.

A una muger, cuyo nombre se ignora, seria tal vez pobre, pues estos viven sin nombre en el mundo, le acometió tan recio dolor que la redujo al extremo de tener que recibir los santos sacramentos. Viéndose en tan apretada congoja ocurrió al favor de nuestro bendito siervo, quien se le apareció, consoló y advirtió, que heridas las venas para dar salida á la sangre escorbútica y maligna recobraría la salud, tristemente perdida: el recurso era contrario al comun dictámen de los médicos, cuyas opiniones eran opuestas á la sangría, juzgando segura la muerte si se ejecutaba. Sin embargo, se procedió á verificarla por instancia de la enferma, que con fé viva clamaba porque se le hiciese, pues se la habia recetado el siervo de Dios: practicóse al fin, quedando milagrosamente resituida á la salud, que en el comun juicio se imaginó irreparable.

El dulce Bernardo hablando de María Santísima, de quien fue devotísimo, y mereció grandes favores, contemplando como esta señora sin ruego alguno acudió á socorrer la falta de vino en las bodas de Caná de Galilea, decia con ternura, ¿cómo podrá dejar de socorrernos, invocada, si aun cuando no lo es puntualmente nos favorece (1)? Con la proporcion debida la misma espresion cabe hablando del venerable padre Camacho, viendo su asistencia en el siguiente caso, sin ser llamado por el mismo enfermo, ¿cómo será dable que cuando le invoquen falte? Asi lo darán á conocer este y algunos otros que referiremos, omitiendo muchos por no recrecer este libro.

Cierto hombre jóven, humilde de color, por ser negro,

(1) Div. Bern. de Mutat. aque in vinum. Serm. 2.

y de condicion por ser esclavo, fue repentinamente exaltado de un dolor sciático, al que sobrevino contraccion, ó encojimiento de una pierna, con frecuentes deliquios y pribacion total de sentidos, con agudas calenturas y convulsiones interiores que le atormentaban por ambos costados el pecho. No asistia otra esperanza á este triste que librarse con la muerte de tan recios dolores y síntomas, pues en tal aprieto perder la vida era para él el único beneficio que esperaba, visto que de las medicinas que aplicaban con desvelo los médicos, en lugar de producirle alivio solo servian para agravarle. Constituido el enfermo en estado tan deplorable, el médico que le asistia desconfiado, y aun desesperado de todo remedio que podia proveer el arte para auxilio de enfermedad tan prolija, ocurrió al del siervo de Dios, que imploró con piadosa confianza; y aplicando al enfermo una cataplasma hecha con tierra del sepulcro de este venerable siervo, ¡oh qué admirable es Dios en sus Santos! luego al punto se templaron los dolores que el miserable negro sufría, sosegaron las convulsiones, y el abrasado incendio de la fiebre con que se quemaba, restituyéndose á una inalterable y serena quietud. En una palabra, en un instante se halló libre de una dolencia que se reputó incurable.

D. Diego Fernandez de Narvaez, presbítero, padeció largo tiempo una enfermedad que habitualmente le afligia, la que vino á impedirle enteramente el uso y ejercicio de sus miembros. No eran para él de alivio alguno los remedios, pues aunque probó todos los que podia ministrar el arte, antes sentia con ellos las fuerzas del cuerpo mas debilitadas, y la de la enfermedad mas enervadas ocurrió como al último á la intercesion del venerable padre Camacho, y por su ruego alcanzó de Dios instantáneamente la salud, abandonando sus miembros la torpeza, que hasta aquel instante los habia tiránicamente poseído.

Aun mas admirable es el siguiente suceso. Doña Teodora de Vera se vió, por resultas de una larga enfermedad, en la última agonía, en tal grado que llegaron los sacerdotes que la asistian á encomendarla el alma. Entre los últimos alientos con que daba á conocer que, aunque tan postrada, no se le habia acabado la vida, levantó el corazon é invocó al siervo de Dios, á cuyo asilo la indujo el deseo de su alivio que asistia á los circunstantes. Cayó en un mortal parosismo, y enagenada de sentidos le pareció veía á nuestro inclito Camacho, y que una y otra vez la mandaba se levantase pues que tenia recobrada la vida y salud. Recobró luego al punto sus sentidos; y siendo asi que en muchos dias no habia podido pasar ni aun líquido el alimento, ni una gota de agua, pidió le trajesen de comer, y con efecto comió con despierta gana y apetito, cosa que llenó á los circunstantes de asombro. Este caso y el siguiente sirvan de bastante prueba á lo arriba dicho.

Como la caridad no reconoce límites, en cualquiera peligro manifiesta su precioso fondo; es decir, que como nuestro venerable padre Camacho la ejercitó de esta manera viviendo, estando en la celestial patria, permanece como en su centro, y á cualquiera necesidad atiende, cual sucedió en el siguiente prodigioso caso, de que fueron muchos testigos.

Una hija de la dicha doña Teodora habia ofrecido veinte reales para las informaciones de la santidad de nuestro siervo de Dios por haber alcanzado por su medio la salud y vida de su madre, que vió en desesperado peligro: con esta intencion los tenia separados para evitar el riesgo de gastarlos en otra indigencia, que suele ser indispensable á quien nada le sobra. La hija de doña Teodora debia á una vecina suya dos pesos, y reconvenida por ellos, haciéndose cargo de que se hallaria en igual necesidad para cobrarlos á la en que ella se halló para pedirlos, que si de esto se hicieran cargo los que deben tuvieran menos enemigos los que cobran, determinó

enviarla el peso que tenia destinado para las informaciones del venerable, siempre con ánimo de reponerlo, y pagar el peso que restaba. Con este intento mandó á su pequeño hijo sacase el peso que guardaba para dicho fin, lo que verificó el niño sacando el retazo de lienzo en que su madre lo habia envuelto, y desliándolo para satisfacer su curiosidad halló en él dos pesos, que llevó á su madre, cuya multiplicacion la llenó de asombro, del que participaron los que se hallaron presentes, creyéndola todos una de las maravillas del venerable padre Camacho.

Juana de Góngora enfermó de muerte, hasta llegar á la última desesperacion. Viéndola en este estado su ama, en el nombre del padre Camacho, con viva fé le dió á la enferma una bebida, con la que se recobró prontamente, hallándose milagrosamente sana; asi consta de sus declaraciones.

El prodigio que obró la intercesion del siervo de Dios con una criada de doña Isabel de Quesada, nombrada tambien Isabel, merece ser referido entre los demas. Padecia esta una enfermedad habitual, que traía su origen de su mala y viciada complexion, é invocando el patrocinio del venerable padre Camacho se halló instantáneamente sana, y perfectamente convalecida.

Doña Josefa de Landa adoleció de una apostema en parte muy delicada; médicos y cirujanos probaron todos los medios con que podia socorrer la dolencia el arte, pero aquella siempre obstinada frustraba sus auxilios; de modo que desconfiados los cirujanos, la dejaron en manos de la enfermedad que la conducia á la muerte, que la doliente esperaba conforme, entre acerbos y lancinantes dolores, los que un dia la apretaron de tal suerte que la dejaron sin pulsos, y enteramente privada de los sentidos. En angustia tan desesperada, su esposo Francisco Sanchez Bercin ocurrió al siervo de Dios buscando en su intercesion el remedio de su con-

sorte, en cuyo acto vino el cirujano, no con esperanza de darle la salud, porque ya la juzgaba irremediable, sino solo para suministrarle á la enferma algun anodino que le adormeciese el recio dolor que la aquejaba; á este fin dispuso se le aplicase un apósito narcótico, mas Francisco Sanchez se opuso, sin duda por la fé viva con que presentó al siervo de Dios su ardiente ruego; hizolo sin resistencia el cirujano, por ser ninguna la confianza que tenia de su buen resultado, y creer inescusable la muerte. ¡Caso maravilloso! Descubre la parte ofendida, cuyo color denegrido habia presentado hasta alli evidentes señales de corrupcion y podredumbre, y la halló restituida al natural color de la carne, y la enferma en el mejor estado de salud.

Felipe Diaz del Rincon ya cercano á la muerte, destituido de sentidos, y desauiciado de los médicos por no hallar recursos en su arte, y prevenido para morir con los últimos auxilios espirituales, invocó el auxilio de nuestro venerable padre Camacho, y habiéndole aplicado una reliquia suya, volvió instantáneamente á su entero acuerdo, recobrando en breve la salud que daban ya por irreparable todos los médicos.

Un infante de seis meses, incapaz de otro alimento que el que podian suministrarle amorosamente los pechos de su madre, fue repentinamente asaltado de tantos y tan agudos síntomas, que cada uno de por sí bastaba para ocasionar la muerte al hombre mas robusto, cuanto mas á un infantilillo tierno, porque fue acometido de una fuerte inflamacion en la parte interna de la garganta, la que supuró, y con la acritud del pus se le dislaceró y ulceró el paladar, lábios y cara á manera de fuego sacro, á que se agregaba una fiebre mortal que lo consumia, y una inflamacion de vientre que lo devoraba.

¿A reunion de tales síntomas qué remedios podian valer,

aunque para hallarlos se desvelase sin pestañear el mismo Hipócrates y Galeno? luego era casi indispensable la muerte en un infante tierno, que imposibilitado de ser alimentado frustraba á mas el esfuerzo que hacia la dolorida madre para darle el delicado licor de sus pezones; en esto convinieron los físicos todos á quienes se habia confiado la cura del enfermito. En tan apurada situacion, Pedro Alvarez, amo de la doliente criada, ocurrió al favor del venerable padre Fr. Francisco Camacho, á quien le pareció veia en el éstasis á que le elevó su misma confianza, y con la misma le pedia el remedio de aquel inocente, á quien por instantes amenazaba la muerte, que solo por no tener razon para conocerla, no le asustaba temor para aguardarla.

En aquella representacion imaginaria, concibió esperanza firme de la salud de su esclavito, y de que se libraría por su ruego de la muerte; con efecto así fue, porque luego al punto comenzó á mamar el chiquillo, la inflamacion del vientre cesó, el fuego sacro que le habia salpicado todo el rostro desapareció enteramente, y las úlceras de la garganta quedaron limpias de toda podredumbre, tanto que los médicos conocieron que transformacion tan repentina solo pudo suceder por milagro, al ruego que los domésticos atribuyeron de nuestro ínclito héroe.

Roque Rosales tenia una hija de dos años, y estando ella pagando á su edad aquellos inocentes entretenimientos que la ejecutaban tan tiernos años, se tragó un alfiler, que hiriéndola en lo interior del exófago, salia por la herida gran cantidad de sangre, que no se pudo detener por la aplicacion de los remedios mas estápticos que tiene la medicina para estos casos; en tal afliccion la desconsolada madre le aplicó una reliquia del siervo de Dios, y al punto se estancó la sangre, mamó la niña y recobró las fuerzas que ya tenia enteramente perdidas, quedando sana y tan robusta como estaba

antes que se tragase el alfiler, con asombro de todos los que presenciaron este suceso.

Juan Gonzalez de Escudero, perseguido del gobernador de una de las provincias de este reino del Perú, que deseaba vengar en su persona y vida cierto agravio, que pretestaba que por pequeño que fuese era bastante para darse por ofendido gravemente un poderoso, fue una noche asaltado en su casa por muchos hombres armados, y en el acto previno su seguridad en la fuga, pasándose por los techos á una casa inmediata, mas el asilo no fue suficiente á libertarlo del riesgo, porque habiéndolo entendido el gobernador vengativo, entró en dicha casa y lo buscó con diligencia esquisita; el afligido Gonzalez se encomendó al siervo de Dios, por no hallar otro recurso en tan apurado peligro. En efecto le valió tanto en este aprieto, que pasando los que le buscaban por el lugar donde estaba escondido muchas veces por delante de él, no le pudieron hallar, quedando burlado con la proteccion del venerable Camacho la prolija diligencia de su enemigo.

Una esclava de don Bartolomé Bustamente adoleció gravemente de enfermedad tan pertináz y aguda, que despues de apurados los recursos médicos, estos la declararon por incurable; ocurrió el amo al patrocinio del siervo de Dios, ofreciendo mandar celebrar una Misa en el altar del Santo Cristo que está en la enfermería de este convento, á cuyo pie se halla el sepulcro del siervo de Dios, y dar dos libras de cera para que ardiese en dicho altar: con esta sola diligencia la muger que estaba desauiciada, convalació en breve instante, y se restituyó á su primera sanidad.

Gerónima Murillo, próxima á la muerte y prevenida para ella con los Santos Sacramentos y el de la Extrema-uncion, por la intercesion de nuestro venerable padre Camacho, cuyo auxilio imploró con aquel fervor á que la ejecutaba su peligro y la confianza que le ofrecia la voz comun de los

prodigios que obraba Dios por los méritos de su querido siervo, instantánea y milagrosamente recobró la salud, sin la ayuda de algun auxilio humano.

Doña Leonarda Vergara salió de esta ciudad á visitar á una hermana suya, que residía en una chacra ó heredad cerca del Callao; en el camino que es muy frecuentado por el crecido comercio de aquel puerto, perdió una rica gargantilla de finas y preciosas perlas: ya se deja entender cuántas serian las diligencias que practicaría para hallarla, así es que no quedó senda en todo el camino que no registrase puntualmente el cuidado, sin lograr su deseo; pero qué esperanza podía haber de encontrarla en un camino tan pasagero? En tal conflicto, invoca la intercesion del venerable padre Camacho, quien al punto facilitó pareciese la perdida gargantilla.

Ursula de Quesada padecía una fiebre pútrida, que en la medicina es tenida por funesta precursora de la muerte; adolecía igualmente de asquerosas y pestilentes úlceras en todo su cuerpo, con otras misérias ocasionadas porque avara la naturaleza habia omitido pagar en su acostumbrado tiempo las pensiones de que está indispensablemente obligado el femenino sexo. Conocia por esperiencia que para curarse de tan graves males, era en vano el remedio y recurso de la medicina, y así lo buscó en nuestro caritativo Camacho. Encomendóse á él con el fervor á que la alentaba su misma necesidad y la de un tierno niño que criaba con crecido dolor á sus pechos, en el mismo dia en que pasó el venerable de la triste estacion de este mundo miserable, á los eternos gozos que tiene Dios prevenidos para sus escogidos siervos, é inmediatamente comenzó á arrojar la menstrual sangre detenida, manifestando en la fetidez del olor la corrupcion que la acompañaba; se secaron las úlceras que cubrían de pustulas lastimosas su cuerpo, se le deshincharon las piernas, y

en fin desaparecieron todos los malignos síntomas que le causaba la enfermedad, quedando perfectamente sana, con general admiracion de cuantos la habian visto padecer antes.

Doña Maria de Herrera se halló en un parto tan apurada, que la pusieron en término de espirar los recios y acerbos dolores que experimentaba, y temiendo muy inminente este trance, ya habian determinado que un cirujano ejecutase las operaciones de que echa mano el arte obtetríz en semejantes aprietos para extraer el feto y desencajarle de su seno: la madre ya sin fuerzas ni sentido, invocó interiormente al siervo de Dios, á cuyo tiempo uno de los circuns-
tantes le aplicó un rosario que estaba tocado á su venerable cuerpo, y al instante dió á luz un infante con tanta facilidad, que casi no lo sintió, llegando á saberlo cuando le avisaron que estaba ya fuera de tan inminente peligro.

Gregorio Tamayo se halló repentinamente asaltado de un flujo de sangre tan copioso, que en forma de dos caños la arrojaba por los conductos de la nariz, llenando en breve dos vasos no muy pequeños, por lo que era consiguiente quedarse en breve sin aliento ni espíritu. Asi fue poniendo en tal cuidado á los de su casa, por no ser suficiente ningun remedio á contener la sangre que queria dejar á su dueño; en semejante conflicto determinaron por último recurso colgar al cuello del paciente una reliquia del venerable padre Camacho, á su contacto obedeció la sangre, conteniéndose en los vasos; á esta maravilla sucedió otro prodigio, y fue que habiendo apartado la reliquia, volvió con el mismo impetuoso flujo la sangre y con nuevo riesgo del paciente; mas volviéndosela á aplicar con nuevas súplicas á nuestro caritativo siervo de Dios se volvió á contener, por cuya prodigiosa repeticion, aunque alguno porfiadamente incrédulo pudiera haber puesto en duda el primer milagro, al verlo repetido ya no era posible suspender el ascenso ni por consiguiente el asombro.

Corone y cierre este capítulo el prodigioso caso siguiente; Jacinto Alcocer por tiempos padecía acerbísimos dolores, tanto que muchas veces creyó que con una aguda espada le dividían en dos iguales partes la cabeza, fueron muchas las medicinas que se le aplicaron por libertarle de tan cruel molestia, mas sin utilidad, por lo que ocurrieron á los auxilios divinos, trayéndole una reliquia del siervo de Dios, y encomendándose á su patrocinio se la aplicaron al doliente, que se halló repentinamente sano. Pero ¡oh incredulidad de algunos, que no entendiendo como deben las sentencias del Espíritu Santo, dichas por los labios de Salomon cuando dijo, que no creyésemos brevemente á los ojos, ó á los oídos, olvidan lo que el mismo Cristo dijo al Apóstol santo Tomás, de que no fuésemos incrédulos, sino fieles; esto es, creyentes. La sentencia del Espíritu Santo es tan sabia cual suya, y solo tiene lugar cuando lo que se vé ú oye viene tan solo que no le acompaña la evidencia, como lo convence el caso de Tomás, que tocando las heridas de su resucitado maestro le creyó triunfante y glorioso. Neciamente incrédulo anduvo Jacinto Alcocer, pues llamado para que testificase el prodigio en la informacion que se hacia de los milagros que obró el poder de Dios por la intercesion de su amado siervo, no se resolvió dudoso de la realidad del portento, bien que siempre con recelo de que le asaltase segunda vez el dolor; y en efecto vino á sucederle lo mismo que recelaba, porque en castigo de su duda le repitió con mas violencia que antes; ocurrió por segunda vez á la intercesion del venerable padre Camacho, y repitió tambien su favor el bendito siervo, testificando como Tomás uno y otro prodigio, pues en realidad no se puede decir es uno solo, sino dos milagros. *Semel locutus est Deus, duo hæc audiivi.*

CAPÍTULO XLI.

Prosigue la materia del pasado.

No se ajusta la santidad con escasear beneficios, porque como las almas justas los participan de Dios, de cuya liberal mano se deriban todos los bienes, procuran imitar en los favores que hacen aquellos generosísimos destellos. Acreditó esta verdad el inclito venerable padre Camacho con los continuados prodigios que ha hecho y hace, de los cuales continuaré refiriendo algunos.

Don Pedro de las Infantas, enviado á España para negocios de la corona, haciéndose á la vela, caminaba la nave con viento próspero; aplaudiendo el aire los clarines y trompas, tendida la bandera de popa, adornados los penoles de las entenas con flámulas y gallardetes; con tal bonanza zarpáron del puerto; pero como traidor el mar oculta en la misma serenidad los peligros, la bonanza se transformó en tormenta, que reconocida por los pilotos dijeron: tormenta viene; apenas lo hubieron pronunciado, cuando luego los marineros comenzaron á maniobrar, aferrando velas y calando masteleros; el mar empezó á irse inquietando; el viento embraveciéndose; el cielo á ir negando sus luces, y todo en fin á entrar en confusion y miedo, viendo por instantes enfurecerse mas el mar, cubrirse mas el sol, encrespase mas las olas, y como el riesgo era comun, todos trabajaban, aumentando la turbacion, pues muchos por adelantar la prevencion la embarazaban. Creció mas el temporal; las nubes con relámpagos repetidos alumbraban quitando la vista, y los truenos espantosos despidiendo rayos confundian mas y mas, haciendo desaparecer la serenidad oportuna para tomar medidas que evitasen el inminente naufragio.

El viento por instante mas reforzado se llevó las velas menores de los masteleros, rasgó el trinquete, rompió el palo mayor, desarboló el trinquete baupres y mesana, y rompió la jarcia; un furioso golpe de mar arrebató el timon, alcázar y castillo, y desencajando todo lo sobrepuesto, dejó el buque sin ninguna de las obras muertas, arrancando cadenas y mesas de guarnicion; en tal conflicto se creyeron zozobrados, y abandonando los medios humanos, se valieron de los divinos que nunca llegan tarde pidiendo á Dios misericordia, ofreciendo votos, y con corazon contrito á voces confesaban sus culpas para recibir la absolucion. En fin, fue tan desecha la que levantó aquel soberbio monstruo que parece solo tiraba á sacudir de sus hombros la nave que se los oprimia, y que en castigo del arrojo con que se fió á sus espumas, queria sepultarla en sus entrañas: tan cerca se vió de esta fatalidad la triste nave, pues rotos mástiles y velas á la furia desapiadada de los vientos, solo aguardaba el naufragio.

Cuatro dias enteros se mantuvo la nave en este apretado y pavoroso conflicto; pasados los cuales el mencionado don Pedro, viéndose sin esperanza de poder salvar la vida, conmovió á los demas navegantes que como compañeros en aquel peligro igual suerte les esperaba, á que ocurriesen al patrocinio de nuestro venerable Camacho en tan desesperado aprieto; lo mismo fue levantar la voz todos implorando su auxilio, que empezar el aire á minorar su fuerza: las hondas, como movidas por su influjo, á amainar sus desaforados enojos, recogiéndose á su primera quietud los vientos, y corriendo plácidas las hondas, las nubes á ausentarse, el dia á reconocerse, y el sol á comunicar sus castos resplandores; rayó en fin la bonanza, y los pilotos con la tranquilidad no esperada siguieron su rumbo sin velas, árboles ni timon, hasta concluir con prosperidad su viaje, descubriendo el deseado puerto que el propio mar hizo tomasen milagrosamen-

te, anclando en él con todo asombro, sin que ninguno dudase de la milagrosa proteccion del venerable siervo de Dios fray Francisco Camacho, á quien consagraron sus votos, dando infinitas gracias á Dios por milagro tan conocido, pues en todo escedió á la naturaleza humana.

Y Doña Juana López de Lastra tenia en su servicio á una cholita: asi se nombran en este reino á las indias niñas, de quienes los españoles se sirven como de esclavas por el natural humilde de ellas, y buena enseñanza que les dan las señoras, pues de ordinario las tratan como si fuesen hijas propias, lo que acredita el caso siguiente: habiendo enfermado esta cholita, que tambien se llamaba Juana, de una fiebre maligna con síntomas tan alarmantes que los médicos anunciaban una muerte infalible, encomendola su ama á la intercesion del venerable padre Camacho, y al punto comenzó la enfermita á dar manifestas señales de mejoría: despues el ama entró en una imprudente duda de si la mejoría seria efecto natural de la medicina, y fue tan porfiada, que no se determinaba á confesar milagrosa la convalecencia; pero halló en un nuevo susto el castigo de su incredulidad, porque se reprodujo en la inocente cholita con tanta violencia la fiebre, que ya no solo daba indicios, sino evidencia de la muerte. El nuevo peligro de la enferma hizo mas devotamente atenta y mas atentamente devota al ama, y tan arrepentida como avergonzada de su duda, ocurrió segunda vez al favor del venerable siervo de Dios, á quien halló como antes propicio en su amargo llanto; porque sobreviniendo á la cholita un quieto y apacible sueño, cuando despertó, no solo se sintió con conocida mejoría, sino enteramente sana, levantándose de la cama para mayor evidencia del prodigio, que atribuyeron á la intercesion de nuestro venerable padre Camacho todos los que se hallaron presentes á tan portentosa maravilla.

-105 Una niña á los tres meses de su edad comenzó á disfrutar la herencia que dejó á todos los mortales el pecado; en tan tierna edad fue asaltada de una grave y desconocida dolencia que convirtió su cuerpecito á un nevado yelo, precursor infalible de la muerte que con brevedad y acelerados pasos se le acercaba á la cuna; destituida de sentidos, y como suele vulgarmente decirse, hecha un tronco, la declararon los médicos incurable. Aplicáronla una reliquia del siervo de Dios, y recobró instantáneamente la salud.

-106 Dionisio de Soria, soldado de infantería, fue acometido de un vehementísimo dolor de estómago que le redujo á términos de espirar; ya sin pulsos ni alientos, desconfiando poder conservar la vida, solo esperaba por breves instantes la muerte; en tal conflicto se encomendó al padre Camacho, y llamó á un soldado de su misma compañía, á quien le instó trajese para su socorro en angustia tan grande alguna reliquia del venerable; hizolo así, y aplicándosela, se halló repentinamente bueno, en términos de poder continuar sin molestia el ejercicio militar en que se hallaba cuando le asaltó el dolor, por no haberle quedado recencio alguno de él.

-107 Juan Caquimarra, herido mortalmente en el cerebro, habiéndole aplicado una reliquia del venerable padre Camacho, é invocándole en su socorro, se halló en un solo instante sano de la herida y sin lesión alguna.

-108 Francisco Balbas, desahuciado de los médicos y muy cercano á la muerte que le preparaba una fiebre maligna, invocando al siervo de Dios Camacho, y aplicándose una de sus reliquias, le dejó instantáneamente libre la calentura, y restituido á su primer estado de salud, quien como agradecido no cesó de publicar el prodigio lo restante de su vida.

-109 Ursula Salgado padeció por mas de seis meses un recio dolor en el brazo derecho que no la permitia el descanso, ni

le era posible reconciliar el sueño, pasando en continuada vigilia las noches. Invocado el siervo de Dios, ofreció remedio á tanto mal, y aplicada una reliquia suya á la parte ofendida, restituyó á la enferma la salud deseada.

Sirva de complemento, para cerrar este capítulo, el pasmoso suceso que voy á referir. Lorenzo de Aguilar, soldado de la guardia del excelentísimo señor Virey del Perú, nombrada de los Alabarderos por llevar una alabarda siempre que acompañan en público á su excelencia, no para resguardar su persona, que está muy defendida en la lealtad de los peruanos, sino para autorizarla y dar el debido decoro á la augusta magestad que representa.

Este, pues, Lorenzo de Aguilar, tuvo ciertas incomodidades con otro soldado de su misma escuadra, quien anduvo siempre buscando ocasion para tomar venganza del agravio que le habia hecho, ó que él habia imaginado; y habiéndose encontrado una noche con el referido Lorenzo, que iba solo y sin ningunas armas, le acometió osado con ánimo de consagrar la vida de su enemigo á su feroz venganza: repitióle las heridas con tan ciego y desapiadado encono, que aun viéndole caído y sin aliento no se contuvo en los golpes, y solo le dejó y se marchó cuando ya le imaginó difunto. Iba el soldado á caballo, y tropezando de manos el bruto cayó sobre Lorenzo, dejándole oprimido su pesantes. En tan angustiada congoja imploró el favor del venerable padre Fr. Francisco Camacho, y levantándose se halló sin el mas leve daño, solamente para la evidencia del prodigio, traspasadas por muchas partes las ropas, sin señal alguna en las carnes, llenándose el agresor, cuando lo supo, de espanto, terror y asombro por tan clara evidencia del milagro.

CAPITULO XLII.

Conclúyense los milagros del poder Divino, obrados por intercesion del venerable padre Camacho despues de su dichosa muerte, los hechos en el primer reconocimiento de su cuerpo al año y siete meses de su entierro, y la eruditísima carta que el ilustrísimo señor Arzobispo de esta dirigió á su Santidad.

Restan para remate de este libro que se refieran algunas de las muchas maravillas que nuestro Señor obró por su siervo Fr. Francisco Camacho, despues de la visita que hizo el ilustrísimo señor doctor don Melchor de Liñan y Cisneros, dignísimo Arzobispo de esta ciudad, al año y siete meses de su feliz tránsito, el que se ejecutó conforme al decreto del señor Urbano VIII, de feliz memoria, dado en 13 de marzo del año de 1625, y confirmado en 5 de julio de 1634 por la sagrada congregacion Cardenalicia.

Vístose han en los capítulos antecedentes algunas de las muchas marayillas que obró en su vida, y las que se experimentaron despues de su preciosa muerte por medio de sus reliquias, cual fueron pedazos de hábito y rosarios tocados á su bendito cuerpo antes de ponerlo en el sepulcro; ahora diremos las que se vieron en el día de la primera visita de su cadáver, que se hizo por el Ordinario de esta metrópoli, citfiéndome solamente á las que constan del proceso, que se mandó imprimir en la corte romana, en lengua toscana, el año de 1721 y 1753, de cuyos ejemplares me he valido para esta obra, como dejo dicho en mi exordio, dejando otros muchos sucesos que tengo oido de personas ancianas y veraces, por no faltar á las leyes de la historia, y por estar enterado que á los referidos impresos solo se debe dar entero cré-

dito, por estar ya confirmados y vistos por la sagrada congregacion de Ritos, reservando las demas noticias para quando se publiquen con lejítima aprobacion, y mayor que la que puede dar la fama estrajudicial, que de ella cada dia crece por todo el orbe.

Empezáronse ha hacer las primeras diligencias en esta curia limana, segun consta del primer difinitorio, celebrado en este convento de S. Diego, casa primitiva de esta santa provincia del señor S. Rafael, del Orden de la hospitalidad de mi padre S. Juan de Dios, el dia 10 de febrero del año de 1699, siendo Comisario general el reverendo padre Fr. Juan Antonio Cabeza de Baca, y Prior el reverendo padre Fr. José de Ocaña, en cuyo tiempo murió el venerable padre Camacho, el anterior año, como ya se ha dicho, se nombró para Procurador postulador de esta causa al reverendo padre Fr. José de Isasi, presbitero de nuestra Orden, siendo actual Arzobispo de esta metrópoli el escelentísimo é ilustrísimo señor doctor don Melchor de Liñan y Cisneros, Arzobispo que fue de las Charcas, de donde vino á ser Virey vigésimo primero, el año de 1678, tomando posesion del gobierno el 7 de julio, hasta el 20 de noviembre del año de 1681 que entregó el baston de Capitan general al escelentísimo señor don Melchor de Navarra y Rocaful, Duque de la Palata, quedando despues en calidad de octavo Arzobispo por espacio de veinte y dos años.

Dióse principio á la informacion de la vida de nuestro siervo de Dios el dia 28 de abril del dicho año de 1699 y el 23 de julio del mismo año, habiéndose hecho la visita del cadáver de nuestro venerable padre Camacho por el mismo ilustrísimo señor Arzobispo, demas conjueces, fiscales y testigos nominados por esta curia. Descubierto que fue el cajon de madera de alerse, en que se depositó tan rica joya, empezaron los prodigios, porque se halló su venerable cuerpo

tan incorrupto y tan sano, hermoso y de grato olor, como el día de su muerte, siendo así que el lugar sepulcral era y es muy húmedo, á causa de la vecindad de una azequia de agua, y de que el mismo cadáver estaba lleno por todas partes y rodeado de humedad; todo lo cual, segun los principios químicos, inducian á la corrupcion, mayormente habiendo fallecido de hidropesía, y habiéndose presentado la corrupcion, segun su prediccion, á las veinte y cuatro horas de su dichoso tránsito, por lo que el estado del cadáver y humedad fue declarada por los peritos de milagrosa, y como tal aclamada con universal asombro. Así lo testificó Leandro de Godoy con los demás médicos que asistieron á la visita por nombramiento de la curia.

En este mismo acto, y á presencia de todo el tribunal, se dignó la piadosa Magestad Divina, en honra de su querido siervo, hacer el prodigio siguiente para confirmacion de lo que acabamos de referir. D. Francisco de Zúñiga y Sotomayor, caballero del Orden de Santiago, tuvo mucho tiempo una mano encojida y seca que le constituía inhábil para todo ejercicio. Asistió á la visita y reconocimiento del cuerpo del siervo de Dios, y tomando un puñado de tierra de la sepultura, con piadosa devocion imploró su ruego, y al instante repentinamente sanó, con admiracion de todos los circunstantes.

Cierto jóven fue herido en el costado siniestro, y la brecha que, á violencia del estoque, abrió el rencor y enojo del enemigo fue tan honda y profunda que por ella se salia envuelta en sangre la vida; y esperimentándose inútil cualquier remedio humano, no dejaba otro recurso que el Divino. Aun para los del alma hizo imposible el socorro de los sacramentos, que era único en tan manifiesto peligro. El cirujano, á quien se encomendó la cura, viendo al enfermo en estado tan desesperado, y que era infructuoso cualquier humano recurso, conociendo que solo Dios podia dar el remedio ocurrió á

él, interponiendo el ruego de nuestro venerable Camacho. Aplicóle con viva fé una reliquia de este varón portentoso, y restituyéndose luego al punto al uso de sus sentidos, que le robó la herida, pudo recibir los santos sacramentos, y en muy pocos dias logró estar perfectamente convalecido, lo que nunca pudo caber en los largos espacios de la esperanza, quedando al fin enteramente sano y cerrada del todo la herida, con general admiracion de todos los que le vieron ya casi muerto, que no cesaron de publicar esta portentosa maravilla.

A María Solis se le atravesó una espina en la garganta, que no pudiendo pasarla, ni siendo suficientes las diligencias mas esquisitas que practicaron los facultativos para extraérsela, en tal conflicto se encomendó al venerable padre Camacho, y confiada en su patrocinio se introdujo dos dedos de su mano, y sacó tan facilmente la espina como si se hubiese quedado en la exterior superficie de la lengua.

Como si tuvieran instinto los accidentes suelen acometer á una misma parte, dando lugar á que se verifique el proverbio vulgar que dice, todo da en el dedo malo, todo venia á incomodar en la garganta de la referida Solis; padecia esta de aquellos ruines animalillos que se crian dentro de nuestros cuerpos, pagándoles el hospedaje y sustento que les roban con quitar la salud á su dueño, y no pocas veces la vida, cual suele suceder de ordinario quitando el sosiego, que es otra especie de vida, á quien le quitan con disfrazado hurto la hacienda. Hurtemos nosotros á la frase para referir y entender con claridad el suceso. Padecia de lombrices la nominada muger, quien de ordinario las arrojaba por la boca; en una ocasion acometió á salir una de irregular longitud y grueso; mas su prolongada estension retardaba la salida, y á la muger la dificultaba en la respiracion en términos de que la habria indudablemente ahogado si ella, ya acostumbrada al favor del venerable padre Ca-

macho, no se acojiera á su ruego, valiéndose con igual confianza é industria para estraerla que la que tuvo para desclavar la espina, introduciéndose los dedos, y sacando ensortijada en ellos la lombriz de media vara, librándose de la sofocacion que con inminente peligro la amenazaba.

Francisca Camacho tenia un hijo de pecho, á quien le acometió tan aguda inflamacion á los ojos, que no ofrecia la medicina colirios suficientes y eficaces á librar al niño de la perpetua sequedad; que con evidencia se temia. Ocurrió al siervo de Dios la desconsolada madre, y al punto experimentó la eficacia de su poderoso ruego, viendo con asombro que tan luego como consagró la proteccion del venerable padre Camacho al infante tierno, é invocó con viva fé su nombre, le gozó enteramente sano y del todo disipada la fluxion.

Pero ¡oh incredulidad humana! á vista de esta evidencia duda la madre, atribuyendo á otros principios lo que á su parecer no debia atribuirse á milagro, dudando por lo mismo confesar en público el prodigio; mas pagó de contado el hijo la terca incredulidad de la madre, porque le repitió la fluxion con tanta intensidad y mordacidad que dió á la criatura que padecer, á su incrédula madre que llorar, y aun á todos los circunstantes que sentir. Volvió á ocurrir al siervo de Dios, y este repitió su patrocinio en favor del niño y de la madre, aliviando á aquel de su penosa dolencia, y ministrando á esta el consuelo de ver á su tierno hijo libre de la ceguera que evidentemente le amenazaba: no obstante de haber tocado la madre estos reiterados milagros, aun todavia no pudo apartar de su obscuro entendimiento la duda: entró otra vez en desconfianza del milagro, y el niño recayó tercera vez en el riesgo con mayor aprieto en el peligro. Pero el siervo de Dios, á quien ocurrió con mas docil creencia la madre, y á cuya proteccion encomendó al enfermo, se sanó con tan evidentes muestras de prodigio, que no era pó-

sible oponer ninguna resistencia á maravilla tan conocida y reiterada.

Rafael Nuñez, de edad de ochenta años, fue repentinamente asaltado de una violenta enfermedad de dolor cólico y otros síntomas funestos, que no solo en aquella edad avanzada, mas aun en la juvenil, debia temerse la muerte, como la recelaron, y aun tuvieron por cierta é inescusable los médicos; pero parece que Dios habia puesto en manos de su querido siervo las llaves de la vida y muerte para dar aquella, y librar de esta á cuantos se acojian á su amparo, como lo ejecutó con este enfermo, quien encomendándose al venerable padre Camacho, y aplicándose un lienzo de que usó en vida, recobró instantáneamente la salud.

Cierto niño, de edad tierna, fue acometido de una fiebre aguda ó pútrida que le redujo á estado deplorable, en tal grado que desauiciado de los médicos solo se prevenia lo necesario para la solemnidad de su entierro. Juan Gonzalez, su padre, en medio de tanta angustia, ocurrió confiado al favor de nuestro venerable Fr. Francisco Camacho, y aplicando al niño una reliquia suya le gozó repentinamente sano.

Es semejante el suceso de un hijo de Josefa de Balenzuela, que igualmente acometido de otra fiebre aguda, llenó de desconfianza á los médicos y á todos del recelo de que en breve pasaria á las tristes lobrequeces del sepulcro; pero nuestro venerable Camacho, á quien lo encomendó la madre, y cuyo solideo aplicó al enfermo, le restituyó al punto la salud, y ella agradecida lo consagró á la religion de mi Orden, cuyo hábito vistió inmediatamente.

Es tambien parecido al mismo suceso el de un hijo de María de Ospedes, que adoleciendo de unas tercianas malignas, nombradas atabardilladas, con igual peligro, y con la misma desconfianza de su salud porque la corrupcion escorbútica que ya exhalaba era anuncio de la muerte que le

aguardaba para acometerle de cerca; mas el bendito siervo, á quien ocurrió la angustiada madre en tan desesperado conflicto, le sanó milagrosamente.

La consorte de Lorenzo Flores fue una noche repentinamente asaltada de tan recia fluxion á uno de los ojos, que principió á arrojar un humor acre y sanguinolento. Ya se deja entender cuán intenso y acerbo seria el dolor que experimentar por fluxion tan acre y ejecutiva, pues parecia que el ojo queria dejar la cuenca que le servia de retiro, por estar ya en ella mal hallado: accidente tan acelerado puso en consternacion la casa toda, y no encontrando para el remedio alguno en lo humano, se hizo al Divino el recurso, esperando alcanzarlo por la intercesion de nuestro ínclito Camacho. A este fin persuadieron á la enferma se acojiese á su amparo: ella hizo al punto fervorosa oracion, y abrazó el remedio con aquel encendido fervor que en tal aprieto le enseñó la necesidad, y aplicando al ojo atormentado una reliquia del venerable siervo, en el breve tiempo que gastaron los circunstantes en rezar un Ave Maria hizo pausa el dolor, comenzó á disiparse la inflamacion, y quedó enteramente sana.

Doña Josefa Vazquez de Acuña con feliz y venturoso suceso dió á luz un infante; pero faltándole repentinamente las fuerzas para arrojar aquellos ascos que sirven de zurrón y abrigo á las criaturas desde que se conciben en el útero seno hasta que lo desamparan con el parto, se vió de repente en tan arriesgado aprieto y en riesgo tan apretado, que en el juicio de la comadre la era el morir inevitable. Penetrada la parturienta del riesgo tan inminente en que se hallaba, y en tan desesperado conflicto, viénesele á la memoria el comun y público crédito de santidad con que cerró sus dias el venerable Camacho, á quien encomendándose con animosa fé, arroja en el mismo instante las secundinas que la habian puesto en tan evidente peligro, hallándose libre del

riesgo con asombro universal de cuantos se hallaron presentes. ¡Bendito sea Dios, admirable en sus santos, y que tanto honra á sus queridos siervos!

En las prendas ó reliquias del venerable padre Camacho, como hemos visto, repartió Dios un específico milagroso para todo género de males, estuviesen ó no desesperados de remedios los dolientes; ya hemos referido los muchos prodigios que la soberana diestra del Altísimo ha obrado por los pedazos del hábito que vistió, y que la devoción de los ciudadanos de Lima cortaron de su cuerpo luego que murió, siendo necesario por tres veces vestirle otros. Así mismo de los que se han referido por las prendas que tuvieron contacto á su venerable cuerpo, como el solideo, rosario, lienzo y tierra de su sepulcro. Santa llamó Dios la tierra del Sinai en que se apareció Moisés (1), mas no dice el texto que la tierra santa que pisó Moisés arrimándose á la zarza, obrase prodigio alguno; este favor me parece se le concedió la Suprema Magestad, no solamente al venerable padre Camacho en su persona, sino á todo lo que tocó á su venerable cuerpo, para que conozca el mundo lo mucho que le estimó.

Ya me es preciso suspender la pluma por lo que toca á relacion de milagros, no porque hasta ahora se haya hecho mas que dibujar una uña de este leon jerezano, sino porque al ver tan innumerable abundancia se confiesa del todo vencida. El poder de la verdadera virtud jamás se rinde, siempre aspira á crédito mayor; por esto se compara, segun varias plumas, á la clava que manejó Hércules, la que despues de tantas victorias reverdeció en frondosos tallos (2): cada día está como reverdeciendo en nuestro venerable Camacho la virtud de hacer portentos de todas clases, como consta de los procesos y de la carta del procurador de la romana curia, su fecha 19 de junio del año de 1777, en la que participa

(1) Exod. 3. (2) Paus. lib. 2. Natal. comit. lib. 7.

á esta provincia la noticia de los prodigios que está el Omnipotente Señor haciendo en la corte de Roma y en sus intermediaciones por los méritos de este venerable, á quien imploran en sus necesidades, por lo que tiene muchos devotos que con ansia desean verlo en los altares.

Ultimamente mejor parece para crédito de la mano que escribe el silencio y suspensión reverente, contentándome con que corone esta relacion de la vida y virtudes de este inclito héroe la eruditísima carta, fuera de otras muchas de los tribunales, religiones, asi de este reino y Chile, como de toda la España, Méjico y Filipinas, y de nuestros Monarcas los señores don Felipe V, don Fernando VI, que escribió el ilustrísimo señor doctor don Melchor de Liñan y Cisneros al vicario de la universal Iglesia, que no dudo será por ella estimable esta obra, y es del tenor siguiente:

BEATISIMO PADRE:

Habiendo el Señor y Padre de familias con soberana dignacion, solo por su divina gracia y de la santa Sede apostólica, constituídome aunque inutil siervo, en el superior orden y grado de la eclesiástica gerarquía (1), criándome vuestra Santidad ciertamente de la nada de mis improporcionados y desiguales méritos y talentos arzobispo de esta Iglesia metropolitana de los Reyes de la ciudad de Lima en las Indias occidentales y reinos del Perú; y siendo los obispos, superintendentes (2), ministros (3), nuncios (4) y legados de Cristo (5) y de vuestra Santidad para desvelarse con angélica vigilancia en el sagrado ministerio de su oficio y dignidad

(1) Concil. trid. seis. 23. cant. 6. v. 7. D. Dionis. c. 5. de Eccl. Hier apud D. Thom. 3. p. q. 40, art. 4. (2) D. Aug. lib. 19 de Civ. c. 19.

(3) D. Paul. 2. cor. 4.

(4) Silv. in Apoc. cap. 1. v. 19. q. 81. Ecce cur prelati, seu episcopi angeli, seu Nuntij dicuntur.

(5) 2. cor. 5. pro Cristo legatione jungimus.

de pastores de ovejas racionales, señaladas con la indeleble marca de su preciosa sangre, y para dirigir las en todas sus acciones á la mayor honra (1) y gloria de Dios y al verdadero camino de la perfecta é importantísima salud espiritual de sus almas, haciendo personería (2) en sus causas y negocios; y finalmente siendo la Iglesia católica un solo cuerpo místico en que vuestra santidad es (3) de *jure divino* su soberana y suprema cabeza, y los obispos sus inferiores miembros quienes deben venerar, consultar y rogar á vuestra Santidad por todos.

Por eso primeramente debo por el estrecho vínculo de mi obediencia y filial amor postrarme humilde á los sagrados pies de vuestra Santidad, sellándolos mis labios con ternos y reverentes ósculos, como lo ejecuta mi rendimiento, por las espresiones de esta carta para impetrar su apostólica y santa bendición.

Y despues es muy propio de mi obligacion pastoral informar á vuestra Santidad del estado y aumento de la cristiana grey de esta Iglesia, á quien no dudo llamar santa, hermosa é inmaculada, no solo porque esta y la Romana Iglesia son una misma iglesia militante, la que es amada (4) de Cristo, y santificada con su preciosa sangre, ni porque en esta no ya muy reciente cristiandad los fieles de esta numerosa y dilatada diócesis, habiendo obedecido á la fé del santo Evangelio predicado, y detestado las ignorancias y er-

(1) Sylo. ubi sup. quia nequaquam propriis lucris, sed Dei honori, at suorum salutem debent invigilare.

(2) Sylo. ubi sup. Inde præsules dicuntur angeli; nam nuntii, et ministri est, alterius personam agere, alterius negotium procurare.

(3) D. Thom. 3. p. q. 4o. art. 6. Tibi D. Cyrill. Episc. Alexand. dicit: ut membra maneamus in capite nostro apostolico throno romanorum Pontificum, á quo nostrum est quærere quid credere, et quid tenere debeamus, ipsum venerantes, ipsum rogantes pro omnibus.

(4) Eph. 5. 25. Christus dilexit Ecclesiam, et se ipsum tradidit pro ea ut illam sanctificaret.

róres de su ciega gentilidad (1), estan santificados con las aguas del Bautismo y demas sacramentos, y profesan su santa religion y fé católica (2), que es una universal y menos rigurosa significacion de la santidad de la Iglesia, sino para que por la gracia de Dios, y para irrefragable argumento de la santidad y perfeccion de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, han florecido y florecen principalmente en esta ciudad de Lima personas eclesiásticas y religiosas de ambos sexos, y muchos seculares de inculpable vida, de pura é incontaminada perfeccion, por la integridad de sus virtudes y ejemplos: que es la propia y verdadera santidad (3) de las almas que estan en la gracia y amistad de Dios. Omíto las que viven, porque es lo seguro (4) alabar mas á los muertos que á los vivos.

Uno de los muchos cuyas cenizas yacen en los sepulcros respirando el suave olor de sus virtudes, y con piadosa memoria eterna de justos, es el siervo de Dios padre fray Francisco Camacho, religioso profeso de la Religion del glorioso patriarca san Juan de Dios, quien habiendo nacido de padres católicos en la ciudad de Jerez de la Frontera, del archobispado de Sevilla, en los reinos de España, vino á esta ciudad de Lima con especial providencia de Dios y con prodigiosa y admirable vocacion, ilustrado con repetidos favores y mercedes del cielo, recibió el hábito de dicho Orden, y despues del año de su noviciado y aprobacion, profesó en él, y se consagró á Dios y al servicio de los pobres enfer-

(1) Epist. 1. D. Pet. c. 1. v. 15. Quasi filii obedientiae non configurati prioribus ignorantiae vestrae desiderijs, sed secundum cum qui vocavit vos sanctum.

(2) Ad Philip. c. 1. v. 1. Paulus et Timoteus servi Jesu Christi omnibus sanctis in Christo Jesu, qui sunt Philippis. Velarq. plura ibi.

(3) D. Dion. de Div. nom. c. 12. Sanctitas est ab omni scelere libera, perfecta, ac omni ex parte incontaminata puritas.

(4) Ecclesiast. 4. 2. Et laudavi magis mortuos quam viventes. Ecclesiast. c. 11. v. 30 ante mortem ne laudes hominem quemquam.

mos y demas desvalidos de la ciudad, y con fervorosas y heroicas acciones de caridad, y con el perfecto ejercicio de todas las virtudes, mortificando su cuerpo con crueles y sangrientas disciplinas y cilicios, con ayunos continuados y rigurosos, su sueño mas era vigilia y austero quebranto que natural descanso y alivio. Su paciencia y sufrimiento de injurias y oprobios fue ejemplar y admirable, siendo abofeteado, azotado y escarnecido como loco en el primer fervor de su conversion. Su humildad fue un bajísimo conocimiento de su nada y de su miseria, teniéndose por un mal hombre, y no queriendo manifestar las misericordias y favores que recibia de Dios. Y para que quedasen en profundo silencio, quemó los apuntes de su vida que de orden de sus confesores habia escrito, ocultando tambien con humilde y discreta industria una limosna milagrosa, con que socorrió á un pobre oficial que iba á buscar el preciso alimento de aquel dia para su muger y sus hijos. Encontróle el siervo de Dios, y pidióle limosna, y respondiendo el miserable afligido y menesteroso que no tenia aun con que llevar un pan á su pobre familia, le replicó: miserable, dé limosna; busque sus faldriqueras; resistiase con la evidencia de su inopia; pero metiendo la mano en la faldriquera, halló en ella un peso de á ocho reales, escediendo la admiracion al interés de tan oportuno milagroso socorro; el siervo de Dios le volvió siete reales, diciéndole: aqui queda un real para los demas pobres. Hizo una prodigiosa limosna este religioso humilde y evangélico, y no quiso que para ella hubiese trompeta que la publicase (1), mereciendo por esto justa atencion; despues de su preciosa muerte, que las voces de la fama de sus virtudes, santidad de vida y milagros hayan llegado á las puertas del santuario, para que por sus oráculos se declare que

(1) Math. 6. 2. Cum ergo facis elemosynam, noli tuba canere ante te.

esté siervo de Dios ha recibido (1) en el cielo el galardón y merced de todas ellas.

Muy prolija relacion fuera referir aunque sucintamente toda la vida de este admirable varón, cuya serie es tejida de las virtudes teologales y cardinales y de las propias de su perfecto estado religioso, de una singular ternura y amor á la pasión del Señor y á María Santísima de reñidas batallas con el demonio y sus triunfos, de ilustraciones y favores sobrenaturales del Señor en su oración: humillándose el entendimiento con visiones y con el don y lumbre de profecías y claro conocimiento de los arcanos mas secretos del corazón humano, y abrasando con ardores seráficos su amante corazón, y regalándole con escesos mentales y enagenación de sentidos; para desprender aquella dichosa alma de las cosas terrenas, y unirla así con su gracia y con la perfecta unión contemplativa de su divina esencia y atributos; todo consta auténticamente del proceso por autoridad ordinaria, y remitido á vuestra Santidad en su sagrada Congregación de Ritos.

Y porque con las dilaciones se encienden mas los deseos, son cada dia mas fervorosos los suspiros con que estos reinos anhelan que se confirme con la canónica é infalible aprobación y sentencia de vuestra Santidad la privada y piadosa veneración, que en el secreto retiro de sus corazones devotos, tienen al siervo de Dios padre fray Francisco Camacho; sirviéndose vuestra Santidad de mandar que para honra de Dios y bien espiritual de estos dilatados dominios, se promueva esta causa, y se despachen las remisoriales y rótulo venerable. De mi parte y en cumplimiento de mi obligación, así lo suplico á vuestra Santidad con rendidos y efi-

(1) Math. 6. 1. Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum qui in coelis est.

caces ruegos, postrado humildemente á sus sagrados pies, de cuya benignidad creo que serán muy agradables á los oídos de vuestra Santidad las alabanzas (1) de un varon piadosamente justo, y en la gloria que vivió y murió acá en los confines de la tierra. Dios guarde á vuestra Santidad muchos años para el sagrado y feliz gobierno de la universal Iglesia, y para mayor aumento de nuestra santa fé y religion católica. Lima y enero 12 de 1708.

Este portentoso ejemplar puso Dios en esta ciudad para consuelo de aquellos que, oprimidos del intolerable peso de la culpa, gimen sentados en la funesta sombra de la desconfianza; para incentivo de los que ya rompieron la dura cadena de sus yerros, y pisan animosos las espinas de la mortificación; para rubricar con su sangre su dolor y arrepentimiento; para aliento de aquellas almas santas que aspiran á la enmienda de una caridad ardiente; para pregon clamoroso de las divinas misericordias; para finca segura de cristianas esperanzas; para ejemplo de virtudes; para asilo de tribulaciones, y para admiracion de los poderes de la gracia, que halló á este perdido hombre, y le hizo á los ojos de Dios tan precioso.

Ultimamente, estas fueron las maravillas del venerable padre Fr. Francisco Camacho, esta su prodigiosa vida, no sé si mas humilde en sus acciones que en los borrones de mi pluma; aqui se ven ceñidos en breve compendio altísimos ejemplos, y como en corta esfera se presenta congojado todo el cielo de sus virtudes. Escribí pocas hojas por estar persuadido á que la encojida modestia del venerable padre Camacho se halla embarazada en volúmen mas dilatado, y que aun las estrecheces de esta pequeña obra son espacioso campo para su humilde espíritu. Si mi cuidado no le dió á conocer

(1) Isai. cap. 24. 16. *Afinidus terrae laudes audivimus gloriam justii.*

por grande, mi pluma le ha propuesto abatido; si su vida no sale elegante para el aplauso, la elocuencia de sus acciones solicita á su imitacion, y persuade á su culto. ¡Oh! llegue el tiempo en que el indefectible juicio de la Iglesia le proponga para ejemplar, colocándolo en los altares. Pero, pues, fue tan regalado hijo y amante de María Santísima, corre esta honra por cuenta de nuestra Señora de la Antigua para aliento de su devocion, para lustre de mi humilde y sagrada Religion, y para mayor honra y gloria de Dios, adonde tuvo puesta la mira siempre este fiel siervo suyo.

¡Oh alma sublime! ¡oh padre caritativo de pobres! ¡oh limosnero de Dios! ¡oh hijo del Abraham de la ley de gracia! ¡oh espíritu doblado, y Juan de Dios revivido! ¡oh fuego desprendido de la esfera de la caridad! ¡oh ejemplar admirable de virtudes! ¡oh erario de divinos haberes, y estanco de misericordias y favores de Dios, por cuyas pródigas manos se deribarón los socorros á los necesitados! Tus limosnas te sirven hoy de geroglíficos; los pobres que sustentastes son las estátuas vivas en tu sepulcro; tus virtudes fueron topacios y rosas blancas, encarnadas y violetas, con que se tejió tu corona y esmaltó el hábito, como te vió la devota religiosa, que ofreció la comunión por tu alma al tercer día de tu dichoso tránsito. Vivistes para no morir, pues aun vives en la memoria para vivir siempre en la veneracion. Corresponde, pues, desde el cielo á la noble confianza de esta mi amada patria Lima, que te invoca.

Mucho recibistes y recibes de su generosidad cristiana, pues en ochenta años de tu fallecimiento no ha cesado constantemente de postular tu causa, y contribuir para los gastos de tus diligencias, reiterando continuamente sus humildes cartas á la suprema Cabeza de la Iglesia, por medio de sus nobles y sábios tribunales. Págale lo que le debes, y sea cuatro tantos mas, como Zaqueo: *Redde quadruplum*, restitu-

yendo por limosnas beneficios. Que si las esperiencias de tu intercesion se continúan, como hasta el presente año de 1778, levantará hasta el cielo, y duplicará sus clamores al solio de Roma solicitando tus cultos. ¡Oh! sea así Señor, á mayor gloria vuestra, para crédito de la virtud, fomento de la piedad, honra y corona de esta ciudad, y triunfo de vuestra Iglesia, para exaltacion del humilde y descanso del trabajado siervo de Dios venerable padre Camacho, padre y esclavo de los pobres.

LAUS DEO.



CAPITULO ADICIONAL.

Segundo reconocimiento del cadáver del siervo de Dios; decreto de la sagrada congregacion, confirmado por su Santidad, aprobando sus virtudes, y estado en que se halla el proceso de beatificacion.

Cuando el reverendo padre Fr. Domingo de Coria escribió esta vida, no le era lícito dar al público la relacion del segundo reconocimiento hecho al cuerpo del venerable siervo de Dios, asi porque era su procurador, y no poder faltar al sigilo con que debia manejar esta causa, por ser este último proceso el de *Apiscibus*, como por esperar se despachase el decreto aprobante de la sagrada congregacion, transuntado al fin de esta obra, con otras noticias para consuelo de sus devotos y amantes hermanos.

Habiéndose congregado el día 11 de mayo del año de 1778 á las nueve de la mañana el ilustrísimo señor Arzobispo de Lima, el Vicario general de su arzobispado doctor don Francisco Concha, los cuatro señores conjueces, todos Dignidades de aquella metropolitana iglesia, los dos Sub-promotores de la Fé, el Notario mayor y el Cursor, en el salon del dosel, lugar asignado para las audiencias públicas, se le pasó noticia por el Notario Cursor al reverendo padre procurador de esta beatificacion en aquella limana curia Fr. Domingo de Soria, que se hallaba reunido con el Ayuntamiento, con cuyo ilustre cuerpo, los de mar y tierra, y la mayor parte de la nobleza que esmalta á aquella peruana corte, salió acompañado de la sala capitular, cuya comitiva formada en dos alas presidía dicho reverendo padre, como Nuncio Apostólico, yendo en medio de los señores Alcaldes Ordinarios, llevando el del primer voto la peticion que se habia de presentar en nom-

bre de la ciudad para la apertura del Breve, que en una rica bolsa bordada de perlas y diamantes llevaba al pecho el padre Procurador, dentro de la cual conducia el Breve Apostólico, y habiendo llegado á la puerta del palacio episcopal el ostentoso acompañamiento fue saludado por el doctor don José Herrera, por el Secretario del señor Arzobispo y todos sus familiares, que se hallaban en ella para conducirlo al salon, á cuya puerta esperaba el señor Arzobispo con los señores conjuéces, Sub-promotores y Notarios, y ascendiendo al solio su ilustrísima y señores conjuéces. El ilustre Ayuntamiento y demas comitiva, sentados en el salon en sillas de terciopelo, segun sus gerarquías: hecha la señal para abrir la audiencia el Alcalde de primer voto se aproximó al solio, y puesto de rodillas besó la mano al señor Arzobispo, poniendo en ella el pedimento, por el cual pedia la ciudad se reconociese y abriese el Breve Apostólico de la sagrada congregacion, y que se le diese su debido cumplimiento. Concluida su lectura se levantó el reverendo padre Procurador, y haciendo una humilde y profunda reverencia lo entregó al ilustrísimo señor Arzobispo, por quien y demas señores conjuéces y Sub-promotores fue reconocida la signatura, y hechas por los Sub-promotores las correspondientes protestas se mandó abrir, cortando con unas tijeras el sello, á cuyo tiempo principió en la torre de la catedral un solemne repique con todas sus campanas, á las que acompañaron las de las setenta y dos iglesias y capillas de aquella ciudad, por espacio de una hora que duró aquel tan deseado acto, en el que se pidió humildemente por todo el ilustre cabildo y demas comitiva se diese curso á dicho Breve, haciendo la visita del sepulcro y reconocimiento de las reliquias del cuerpo del venerable siervo de Dios, con lo que fue cerrada la sesion, y despedidos los señores del Ayuntamiento y demas comitiva con finas y atentas espresiones del sacro tribunal, y llenos de

júbilo y alegría esperaban el feliz día de la visita sepulcral.

Llegado que fue el día 20 de agosto del espresado año de 1778, á las nueve de su mañana, estando congregados el ilustrísimo Tribunal Apostólico en el lugar diputado, habiendo pedido licencia para entrar el reverendo padre Fr. Diego de Soria, como Procurador de la beatificacion de nuestro venerable siervo de Dios, le fue concedida; y puesto á los pies de su ilustrísima, despues de una profunda reverencia besó la esposa, poniendo en sus ilustrísimas manos una peticion, en la que suplicaba que en conformidad á lo mandado en el Breve de la sagrada congregacion de Ritos, que presentó el día 11 de mayo, se sirviese su señoría ilustrísima y demas señores conjuces determinar el día de la visita y reconocimientto del sepulcro, cual lo tenia suplicado toda la ciudad, la que leida, entendida y aceptada, pasaron á nombrar los ocho testigos prevenidos en las remisoriales, determinando fuesen los mas calificados para la visita del sepulcro, en cuya conformidad fueron nombrados los señores siguientes:

El escelentísimo señor don Manuel de Guirion, Caballero del Orden de S. Juan, Teniente general de la Real Armada, Virey, Gobernador y Capitan general que fue del nuevo reino de Granada en Santa Fé de Bogotá, y en aquella actualidad del Perú y Chile.

El señor don José Antonio de Areche, Caballero del distinguido Orden del señor don Carlos III, Teniente general de los Reales ejércitos, y Visitador general de todos los tribunales y Reales cajas.

El señor don Melchor Jacot Ortiz de Ragona, Regente de esta Real Chancillería Pretorial.

El señor doctor don Pedro Bravo del Rivero, Oidor Decano de esta Chancillería.

El señor don José del Valle, Caballero del distinguido

Orden del señor don Carlos III, Gobernador político y militar de la plaza y presidio del Callao, Inspector general de las tropas de tierra, y Milicias de aquel reino.

El señor don Manuel de Berdoya, Capitan de navío de la Real Armada, y Comandante general de aquel mar del Sur.

El señor doctor don Baltasar Jaime Martinez Compañon, Dignidad de Chantre de aquella santa Iglesia Metropolitana, Juez de Cruzada, y Obispo electo de Trujillo.

El señor don José Ignacio de Cabero Vazquez de Acuña, Alcalde Ordinario de turno en aquella ciudad.

Nombrados que fueron todos estos ilustres señores por la curia Apostólica mandaron, con un Notario Cursor, oficio al reverendo padre Procurador comunicándoselo, y mandándole que á nombre de la Religion diese noticia á los señores del referido nombramiento, lo cual practicó con notable complacencia por ver lo bien recibido que fue este anuncio por dichos señores, quienes con mucha satisfaccion y espresiones muy urbanas lo aceptaron, congratulándose por ello estraordinariamente, dando de todo cuenta el reverendo padre Procurador al ilustrisimo señor Arzobispo, quien, y segun acuerdo de la Curia, mandó al Notario mayor, actuante de la causa, asociado del licenciado don Francisco Aguilar, Notario Cursor de ella, citasen á los mismos señores para el jueves 27, á las ocho y media de la mañana, á la enfermería del convento-hospital de S. Juan de Dios, en donde se hallaria el Tribunal Apostólico, y estendida la diligencia llegó el citado dia jueves 27 de agosto, en el que se vió tan gran conmocion en la ciudad por la piadosa memoria de este venerable siervo de Dios Fr. Francisco Camacho, que fue preciso destacase el escelentísimo señor Virey una compañía de soldados de su guardia á custodiar el convento, y contener el golpe de gentes de nobleza y plebe, que llevados unos de la curio-

sidad y otros de la necesidad, solicitaban llegar á la presencia del sepulcro de este ínclito héroe.

Llegado el dia 27 de agosto de 1778, congregados que fueron en el palacio arzobispal los cuatro señores Conjueces, el Vicario general de este arzobispado, los dos Promotores de la Fé, los cuatro Notarios de la Curia, con el ilustrísimo señor Arzobispo doctor don Diego Antonio de Parada, estando confiriendo sobre el asunto del dia, cual en Jerusalem el colegio Apostólico, á las ocho y media de la mañana, próximos á salir, he aqui parece quiso el Señor manifestar su misericordia, y que así como para bajar el Divino paráclito sintieron los habitantes de la ciudad santa un gran ruido á modo de temblor, y del mismo los guardas del sepulcro en la Resurreccion de Cristo, así se experimentó por espacio de ocho minutos, dando anuncios de querer arruinarse aquella ciudad con un fuerte terremoto; mas quedó solo en amago, sin duda para recordar á los moradores de Lima la proteccion que dispensaba Dios á su siervo, y que por ser el dia y hora señalada para exhumar su cuerpo, suspendia su rigor y Divina justicia.

Pasado, pues, este susto se dejó ver de los primeros el escelentísimo señor Virey, no obstante de haberle el señor Arzobispo pasado aviso no se molestase hasta que saliese el tribunal Apostólico de su dosel; mas el piadoso y religioso anhelo de su escelencia anticipó su salida, con el fin de que no le esperase el religioso tribunal. Tomó su carroza, sin ninguna ostentacion de familia, guardias, &c., teniendo presente los decretos de los señores Urbano VIII, Inocencio XI, y el novísimo del señor Lambertine, el que encarga en su tomo 2.º de *Beatificatione Sanctorum*, el secreto con que se deben manejar semejantes actos. Recibido que fue su escelencia por la religiosa comunidad y los demas señores testigos expresados, quienes á imitacion del gefe procuraron ser de los

primeros, saliendo todos á la puerta principal del convento á saludarle y conducirle al sitio destinado, junto al sepulcro del venerable siervo de Dios, donde tomó su asiento, siguiéndoles por su graduacion los demas testigos á la izquierda del altar de la enfermería.

Seguidamente llegó el sapientísimo tribunal Apostólico, formado en sus carrozas, que presidia el ilustrísimo señor Arzobispo, manifestando todos en sus semblantes el tierno y piadoso afecto con que venian á ejecutar tan religioso acto, regocijándose al mismo tiempo toda la ciudad al oír el sonoro repique de las campanas, con que fue recibido por la religiosa comunidad, conduciéndolos hasta la sala de la enfermería, señalado sitio de su tribunal, el que puesto bajo el solio al momento se puso en pie su escelencia con los demas señores, acercándose á besar la esposa y recibir la apostólica bendicion.

Habiendo tomado sus respectivos lugares á la derecha del altar, y hecha señal por su señoría ilustrísima para abrir la sesion, el reverendo padre Procurador hizo una reverente humillacion besando la ilustrísima mano, en la que puso una peticion para que se diese el debido cumplimiento al precitado Breve Apostólico: haciendo los Fiscales sus protestas, se publicó un auto para que compareciesen los testigos é hiciesen el juramento de sigilo, segun lo dispuesto en las remisoriales apostólicas.

Tomados que fueron los espresados juramentos sobre los Santos Evangelios, así de los señores testigos, como del proto-médico general, cirujanos y peritos, se publicó segundo auto, mandando con la misma pena de escomunion mayor que ninguna persona diese culto ni adoracion á las reliquias del siervo de Dios, ni tomasen tierra ni parte alguna que tocase al referido sepulcro, mandando compareciesen los maestros mayores de carpintería, herrería y alarifes, que estaban pre-

venidos para levantar la sepulcral losa, mensurar y observar las cosas notables que ocurriesen, segun lo dispuesto y ordenado en el mencionado Breve.

Practicadas todas las diligencias dichas, y levantada la losa de madera por cuatro religiosos, empezaron con hazadas á sacar la tierra que cubria el primer cajon, y despues de haber separado mas de una vara de ella, de color de cera y de gran olor, se manifestó el cajon, con bastante dolor de los circunstantes por hallarse desbaratadas las tapas de su cubierta y fondo por la injuria del tiempo, y mezclados los áridos huesos con una tierra muy menuda, reducida á polvo sutil, toda la que se fue separando y poniendo sobre una estera de junco, y los desunidos huesos sobre una mesa cubierta de un paño de tisú de oro y tohalla de olán guarnecida de encajes, en la que fue formado el esqueleto por los cirujanos don Agustín Perez y don Francisco Mendoza, á presencia del protomédico general doctor don Isidro Antonio Pimentel, catedrático de Prima, quienes revalidaron el juramento con la solemnidad debida á presencia de la Curia Apostólica y demas señores testigos, de guardar fidelidad y verdad sobre el juicio que formasen de lo que reconociesen sobre la integridad del cadáver, ó si notaban alguna cosa fuera de lo natural, segun su pericia y arte, lo que fecho pasaron á declarar no hallar mas de miraculoso en el sepulcro que el olor de la tierra, cuya fragancia no era natural, pues en lo demas hallándose el primitivo cajon á una vara y mas de profundidad en donde estaba el cuerpo, ó por mejor decir los huesos enterrados, cual acontece en cualquiera otra sepultura, por haber sido la tapa y fondo del cajon de madera de alerce, que por su naturaleza es corruptible, era natural haberle encontrado cual se ha visto, porque en el transcurso de setenta y nueve años, siete meses y veinte y cinco dias, precisamente habia de convertirse en astillas uniéndose con la

tierra, y formando un cuerpo con el cadáver, de que igualmente habia resultado que los huesos saliesen por partes, siendo preciso cernirlos para separar los minutísimos de la tierra, y por este medio lograr la reunion de todos ellos, la que no ha tenido efecto en el todo porque muchas partes de ellos se habian reducido á su materia prima, por cuya causa se encontraron los que se relacionarán, y son bastantes á hacer una integridad moral y casi física del cuerpo, haciéndose constar que á este nunca le faltó nada de sus miembros, y puesto sobre la predicha mesa, dividido el cuerpo en tres partes, que son cabeza, tronco y estremidades, se formó el esqueleto.

RAZON DEL ESQUELETO.

De la cabeza se encontró todo el cráneo, uno de los huesos petrosos, de los pomulos ó huesos de la cara, y uno de ellos con parte de la cuenca ó globo del ojo, y parte de la mandíbula superior; la mandíbula inferior toda íntegra, con cuatro dientes, dos muelas y dos colmillos.

Del tronco ó segundas cabidades se hallaron las dos clavículas, veinte y tres vértebras, entre íntegras y fracturadas; el cocsis; cuarenta y tres pedazos de costillas, que enteras debian haber sido veinte y tres; los dos omoplatos, y el hueso sacro; el esternon es muy natural que como parte mas esponjosa se redujo á polvo, y sus partes mas sólidas se confundieron entre las vértebras.

De la tercera parte que componen las estremidades, los brazos, manos, piernas y pies, se encontraron los huesos cubitos y radios, que hacen y componen los brazos, uno íntegro y los demas quebrados.

Los femures, tibias y perones, que forman las piernas

dos de ellos quebrados. Los ileos ó huesos del anca el uno hecho pedazos, y los demas de manos y pies, llamados falanges, con las cuñas y una rótula, se hallaron íntegros, que todos componen veinte y seis, y los demas hechos pedazos, formando una porcion considerable de menudencias en que se habia convertido el cadáver, y en una tierra arenisca en que se veía y reconocia estar envuelta con algunos fragmentos de los huesos isquios ó cadera en que se habian convertido por las fermentaciones y descomposiciones químicas verificadas en tan dilatado tiempo. Todo lo cual demostró que el cadáver estuvo íntegro en su origen, sin que le faltase ningun miembro, pues no se ha echado de ver en el escrupuloso examen osteológico que se ha practicado, por el cual tampoco aparece cosa prodigiosa que pueda atribuirse á milagro mas que la fragancia que se observa en ellos y la tierra.

En este estado la tierra que se halló inmediata á los huesos, y las pequeñas partículas de estos, fueron envueltos y liados en un extremo del paño de olan que cubria la mesa, y los restantes huesos en el mismo paño, y todo depositado por mano del escelentísimo señor Virey en una caja de incorruptible cedro, forrada por dentro de terciopelo carmesí, tachoneada con clavos dorados, y puesta la certificacion de todo lo referido por el Notario actuante don Juan Bautista de Irigollen. El mismo escelentísimo señor Virey, con piadosa ternura, puso una rodilla en tierra, ejemplarizando á todo el ilustre congreso, y cerró la caja con una de las llaves, que entregó al reverendo padre Procurador, quien la puso en manos del ilustrísimo señor doctor don Antonio de Parada, dignísimo Arzobispo de esta ciudad, en presencia de los demas señores Conjucees Apostólicos, quien la llevó consigo para depositarla en el archivo episcopal, y con la otra llave cerró el reverendo padre Fr. José Colomina, Reformador y Visitador general, como Superior de aquella santa provincia

del Perú y Chile, para hacer el propio depósito en el archivo de ella.

Concluido todo lo referido, se volvió á rellenar el propio sepulcro con la nueva caja, pedazos de tablas de la antigua y la estera de junco en que estuvo la tierra inmediata á las reliquias del cuerpo, y con la demas tierra estraida, volviendo á cerrarlo y solarlo, segun y como antes estaba, en conformidad de los decretos apostólicos; y concluida la sesion, que duró seis horas, fueron despedidas tan ilustrísimas personas por la Comunidad, con un solemne repique de campanas.

Esta fue la solemne funcion que se practicó para la visita del cadáver del siervo de Dios nuestro venerable padre Fr. Francisco Camacho, asegurando aquellos naturales, sin exageracion alguna, que hasta dicha época desde que se plantó el estandarte de la Fé en aquel peruano orbe jamás se habia ejecutado, en varios otros reconocimientos de cadáveres de venerables siervos del Señor, tan pio y religioso acto con tal ostentacion y dignidad, tanto por el régio aparato é ilustras personas que formaron la seccion, como por el inmenso número de personas de todas clases que, con piadosa devocion, concurrieron á él, pudiéndose dudar que en los venideros tiempos no se logrará ver tan completa esta funcion, verdaderamente sacra, régia y piadosa.

Con el referido acto y otras diligencias á él subsecuentes, fue terminado el último proceso de los que se actuaron por la limana Curia, en cumplimiento de varios Breves y decretos de su Santidad y sagrada congregacion de Ritos, con objeto á justificar la prodigiosa vida y milagros del venerable padre Fr. Francisco Camacho, cuyo proceso fue dirigido á la sagrada congregacion, la que despues de los mas minuciosos exámenes y discusiones hechas por espacio de mas de ocho años resolvió, en congregacion celebrada el dia 10 de marzo de 1787, su aprobacion, mandando se procedie-

se á la formacion del proceso *in specie*, cuya deliberacion fue sancionada por su Santidad en audiencia celebrada el 14 del referido mes y año, cual se demuestra por el decreto siguiente:

Decretum Limana Beatificationis et Canonicationis Venerabilis Servi Dei Francisci Camacho, Religiosi Ordinis S. Joannis de Deo.

Ex dispensatione Apostolica in congregatione ordinaria Sac. Rituum absque interventu, consultorum ab Emo. et Rmo. D. Card. Corsinio, Episcopo Sabino. Ponente causæ Ven. Servi Dei Francisci Camacho, instante Pater Antonio Moñino, Procuratore Generale Ordinis S. Joannis de Deo, Postulatore ejusdem causæ proposito dubio: *An constet de validitate Processuum tam Apostolica quam ordinaria auctoritate constructorum; testes sint ritè, et recte examinati, ac jura producta legitime compulsata in casu, et ad effectum, de quo agitur.* Sac. eadem congregatio audito prius, R. P. D. Carolo Erskine, Fidei Promotore, qui scripto, et voce sententiam suam exposuit rescribendum censuit: quo ad Processuum Informativum, et Apostolicum *ne pereant* affirmative, quo vero ad continuationem Processus in specie, supplicandum Sanctissimo pro Sanatione, qua obtenta in Reliquis Affirmative, si Sanctissimo Domino Nostro Pio Sexto placuerit. Die 10 Martij 1787.

Quibus à me infrascripto Secretario eidem Sanctissimo Domino Nostro relatis, Sanctitas sua benigne annuit atque continuationem Processus in specie sanavit. Die 14 ejusdem Mensis et Anni 1787. = J. Card. Archintus Prefectus. = D. Coppola. S. R. C. Secretarius. = Loco  sigilli. = Romæ ex Tipographia Reverende Camere Apostolice, 1787.

En los años subsiguientes al del anterior decreto muy pocos progresos hizo el reverendo padre procurador fray Antonio Moñino en los autos de esta beatificacion, pues dedicado á la del venerable padre fray Juan Pecador, apenas dió principio á las primeras diligencias para la formacion del proceso *in specie*, cuando los trastornos políticos ocurridos pocos años despues en aquella Corte por la invasion en ella de las tropas francesas, obligaron al referido padre Procurador á venirse á esta de Madrid, dejando suspensos los procesos de esta beatificacion, y los del venerable padre Fr. Juan Pecador que *simul postulaba*.

Como la revolucion fue transmitida y estendida á toda la Europa por la singular travesura é insaciable ambicion de Napoleon, que no esceptuó á su aliada la España de ella, ni de que sufriese las desastrosas é inauditas desgracias que trajeron en pos de sí sus ejércitos con la invasion que hicieron en ella por los años de 1808 y siguientes, desde cuya época los trastornos políticos se subcedieron unos á los otros, y en ellos la Religion experimentó dos estinciones con la pérdida de bienes, efectos y alhajas, que era consiguiente, y no fue posible reparar en muchos años, pues reducidos sus filantrópicos establecimientos al mas indigente estado de pobreza y destruccion, el preciso reparo y reposicion de estos á que atendió la Religion, le puso en la estrecha necesidad de tener que olvidar la continuacion de los procesos de sus venerables, dejándolos á dias mas tranquilos y felices en que repuestos sus conventos-hospitales, pudiesen fijar sus miras y afanoso celo á objetos que, aunque á su instituto secundarios, siempre reportaria de ellos singular dicha y honor, á la par de aumentar el culto y veneracion de los siervos del Señor. Este suspirado momento aun no era llegado; mas superando á las dificultades y escaseces el celo y laboriosidad de nuestro escelentísimo y reverendísimo padre General y su

digno Difinitorio resolvieron, en el celebrado por el mes de agosto de 1830, dar el competente poder de Postulador en dichas causas á don Cayetano Ludobisi, Presbítero romano, con las mas terminantes órdenes, para que las activase é hiciese los mayores esfuerzos para ponerlas en movimiento, cual lo verificó; pues en 17 de setiembre de 1833 la sagrada congregacion de Ritos se reunió antipreparatoriamente, presidida por el eminentísimo señor Cardenal Salas, Ponente en dicha causa, para conferenciar *super dubio an constet de virtutibus Theologalibus et Cardinalibus, earumque anexis in gradu heroico in casu, et ad effectum etc.* Pero aun restan, para que recaiga la confirmacion de su Santidad, otras dos congregaciones con el mismo objeto, de las cuales una está próxima á verificarse. Transcurridas estas, y logrando resuelvan con la felicidad apetecida, aun resta que nuestro venerable reitere su intercesion con Dios en favor de sus devotos, haciendo nuevamente visible la proteccion que le ha dispensado este Supremo Ser en favor de ellos con portentos y milagros; en cuyo caso para su justificacion y debida aclaracion de ser sobrenaturales, y como tal prodigiosos, deben formarse nuevos procesos, que concluidos y examinados por tres congregaciones, si estas deciden por la afirmativa declarándolos miraculosos, en este caso debe recaer la aprobacion de su Santidad, quien consecutivamente, y cuando lo juzgue oportuno, declarará y publicará, con el aparato que para tales casos tiene dispuesto la Iglesia, la beatitud de nuestro venerable padre Fr. Francisco Camacho, con cuyo acto quedará terminado el espediente general. Quiera el Cielo conceder á sus devotos y amantes hermanos esta dicha, porque tanto anhelan en premio de sus afanes y desvelos, coronando con ella sus ansiedades de ver en los altares al siervo de Dios recibiendo la veneracion y culto de los fieles.

Cuanto queda manifestado en este capítulo adicional ha sido sacado de los documentos originales, que existen en la secretaría general de mi cargo, por disposicion de nuestro escelentísimo y reverendísimo padre General, quien asi lo dispuso para que los devotos de nuestro venerable padre Camacho tengan el consuelo de saber el estado en que se halla su beatificacion. Madrid 11 de octubre de 1833.==
Fr. Antonio Pineda.



ERRATAS.

En el encabezamiento de la licencia de la Religión donde dice *Africa* léase *Asia*.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
88	6	arbor	árbol
93	23	asiéndose	haciéndose
96	9	favores	servores
103	8	sexo	ser
id.	id.	parto	pasto
128	2	para	por
129	9	acongojarse	aconsejar
137	14 y 15	es hacer por donde el	es hacer que el
198	23	larσα	zarza
230	27	obtettriz	obstettriz
244	9	otras	horas
259	1	me resistes	merecistes
267	1	prodigioso	prodigio
270	4	pares	parias
274	1	exactado	asaltado
284	29	castos	claros
289	32	alerse	alerce
292	9	sequedad	ceguedad
301	26	congojado	consignado

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA.



	PAG.
CAPITULO I. Patria, padres y nacimiento.	33
CAP. II. Deja la casa de sus padres, sienta plaza de soldado, vése en peligro de horca, escapa de este riesgo y pasa á Cartagena.	40
CAP. III. Fundacion y descripcion de la Ciudad de Lima, Capital y emporio de la América Meridional, con noticia de los varones ilustres que han florecido en armas, letras y santidad en todos estados y sexos.	44
CAP. IV. Conversion admirable del siervo de Dios, oyendo predicar al venerable padre Castillo en la Capilla del Baratillo.	53
CAP. V. Comienza el siervo de Dios á recibir favores del Altísimo y de Maria Santísima de la Antigua que se venera en la iglesia Catedral.	57
CAP. VI. Origen de la milagrosísima imágen de nuestra señora de la Antigua, estrella precursora de este nuevo Mundo.	61
CAP. VII. Asiste el siervo de Dios Camacho á un sermon en la iglesia de S. Pedro y S. Pablo, que fue de la Compañía de Jesus, hoy oratorio de S. Felipe Neri; vuélvese á fingir loco, y lo llevan al hospital real de S. Andres.	71
CAP. VIII. Prosigue el mismo asunto; aparécesele S. Juan de Dios y lo consuela, visítale el padre Castillo, declárase su mejoría y sale del hospital á continuar sus santos ejercicios.	75
CAP. IX. Sale del hospital, preséntase al venerable padre Castillo, y dedícase en la iglesia de los Desamparados á seguir sus ejercicios santos.	81
CAP. X. Entra en la religion con particulares señales del cielo, acompañado del Arcángel S. Rafael y guiado de Cristo crucificado.	85

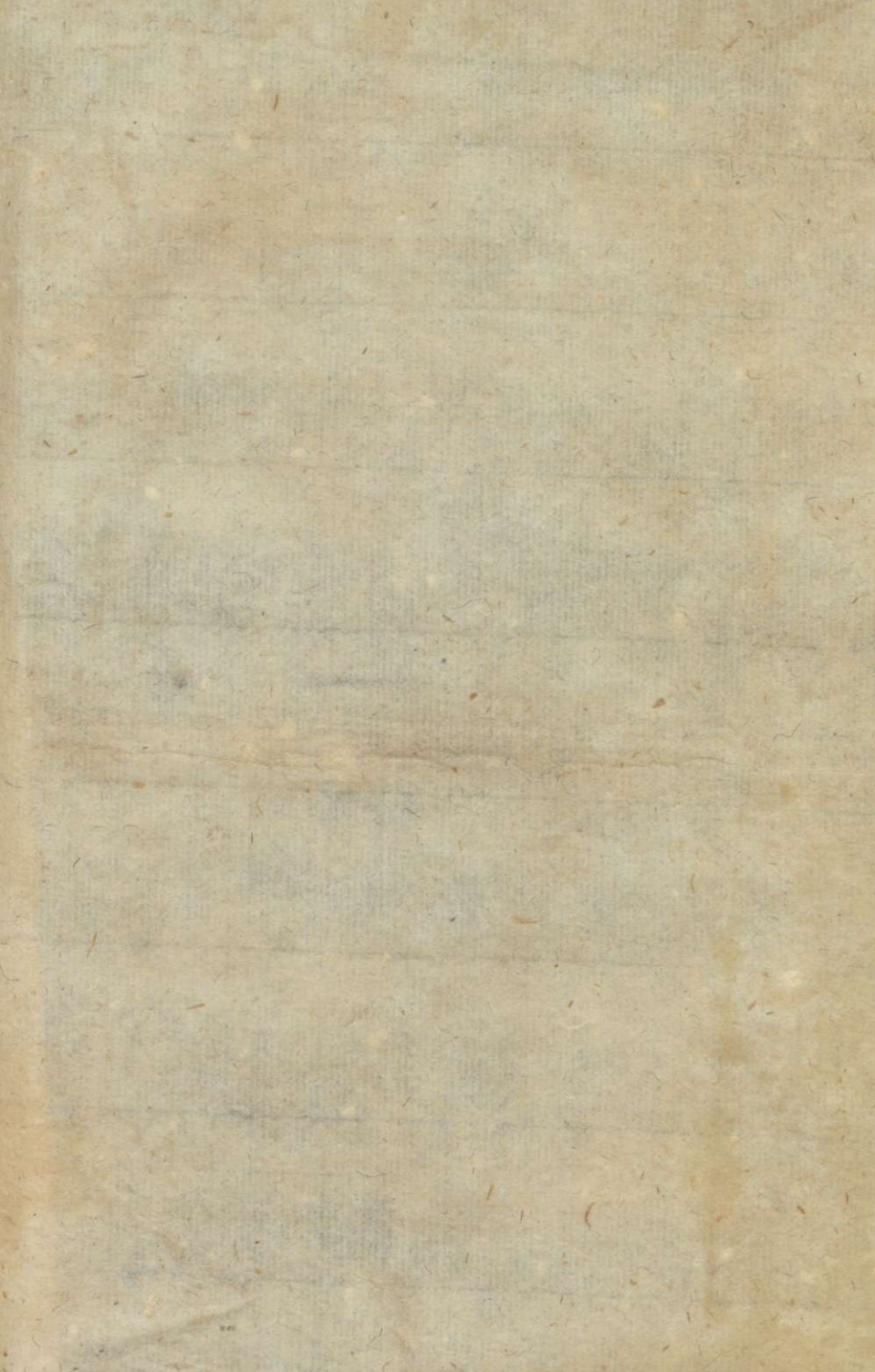
CAP. XI. Fundacion del convento y casa matriz del sagrado Orden de nuestro padre S. Juan de Dios de esta provincia del Perú, nombrada del Arcángel S. Rafael.	89
CAP. XII. Vestido del santo hábito corre el año de aprobacion, esmérase en los ejercicios de virtud y extraordinarias penitencias.	93
CAP. XIII. Cumplido el año de noviciado hace su profesion, y le manda la obediencia se ocupe en pedir limosna para el sustento de los pobres convalcientes.	101
CAP. XIV. Virtudes heroicas que adornaron al siervo de Dios, su encendida fé en los misterios Divinos, particularmente en el de Dios sacramentado.	106
CAP. XV. Continúa el mismo asunto y particulares milagros por la ilustracion de la virtud de la fé.	116
CAP. XVI. Resplandece el siervo de Dios en la virtud de la esperanza, sus deseos de la vida eterna, y varios milagros que comprueban esta materia.	122
CAP. XVII. Prosigue la misma materia.	129
CAP. XVIII. De la caridad hácia Dios del venerable padre Fr. Francisco Camacho.	135
CAP. XIX. Efecto de su intensa caridad y amor con Dios fue su continúa y fervorosa oracion, comprobada con varios sucesos miraculosos.	141
CAP. XX. Caridad espiritual del siervo de Dios con el prógimo; su ardiente deseo por la salvacion de las almas y fruto de sus diligencias para encaminarlas al cielo.	148
CAP. XXI. Su caridad corporal en las necesidades del prógimo, su piedad con los enfermos convalcientes, y cuidado en la adquisicion de la limosna para sus socorros.	153
CAP. XXII. Prosigue la misma materia y actos heroicos de su eximia caridad.	162
CAP. XXIII. Resplandece el siervo de Dios en la heroica virtud de la prudencia, compruébase con varios sucesos.	166
CAP. XXIV. Floreció el siervo de Dios heroicamente en la virtud de la justicia, compruébase con varios casos.	173
CAP. XXV. Lo mucho que ejercitó la virtud de la obediencia como dimanada de la justicia.	177
CAP. XXVI. Resplandece el siervo de Dios heroicamente	

en la virtud de la fortaleza.	181
CAP. XXVII. De su admirable paciencia, guerra con el demonio y valerosa resistencia que hizo.	184
CAP. XXVIII. De la virtud de la templanza en que se conservó toda su vida religiosa y de sus anexos.	192
CAP. XXIX. Su pureza de alma y cuanto la celó en sus prógimos.	197
CAP. XXX. De la admirable paciencia y humildad del siervo de Dios.	202
CAP. XXXI. De su estremada pobreza y distribucion de cuanto adquiría.	211
CAP. XXXII. De los dones sobrenaturales; ilústrole Dios admirablemente con el don de profecía; refiérense algunas cosas en que predijo sucesos presentes y futuros muy distantes.	214
CAP. XXXIII. Prosigue el mismo asunto de las gracias <i>gratias datas</i> que el Señor comunicó á su querido siervo en el conocimiento de los secretos y las cosas ocultas del corazon humano.	220
CAP. XXXIV. Revélale el Señor á su siervo sucesos muy distantes.	230
CAP. XXXV. Predice lo que ha de suceder, sabe su muerte y circunstancias de su entierro.	235
CAP. XXXVI. Conclúyese esta materia con las predicciones de su muerte, enfermedad, fallecimiento y suntuoso entierro.	245
CAP. XXXVII. Dáse noticia de su entierro y lugar de su sepultura.	254
CAP. XXXVIII. De la fama de santidad en la vida y despues de su muerte.	261
CAP. XXXIX. De los milagros que Dios obró en su vida por ornamento de su santidad.	264
CAP. XL. Prosiguen los milagros que ha obrado y hasta el presente hace Dios por los méritos de su querido siervo.	272
CAP. XLI. Prosigue la materia del pasado.	283
CAP. XLII. Concluyen los milagros del poder Divino obrados por intercesion del venerable padre Camacho despues de su muerte, los hechos en el primer reconocimiento de su cuerpo al año y siete meses de su entierro, y la erudi-	

288
 tísima carta que el ilustrísimo señor arzobispo de esta di-
 rigió á su Santidad.

CAPITULO ADICIONAL. Segundo reconocimiento del ca-
 dáver del siervo de Dios; decreto de la sagrada congrega-
 cion confirmado por su Santidad aprobando sus virtudes, y
 estado en que se halla el proceso de beatificacion. 304





Hago saber que el Excmo. Sr. D. Juan de Dios
Alonso de Sotomayor, Comisario de esta Real Audiencia
de Lima, en virtud de su Real Cédula de 15 de Mayo de 1763,
decretó que se le diese un premio de 1000 pesos por cada
carga de azúcar que se produjera en esta Real Audiencia
durante el tiempo que se le diese el premio, y en el
estado en que se halla el proceso de destilación.



